Contra la nocividad

anarquismo, antidesarrollismo, revolución

Contra la nocividad

anarquismo, antidesarrollismo, revolución

Miguel Amorós



Contra la nocividad

anarquismo, antidesarrollismo, revolución

Diseño de la colección y diseño de portada: Postof

Diagramación: Marcelo Sandoval Vargas

Corrección: Grietas Editores

Impreso y hecho en México

Printed and made in Mexico

Grietas Editores

Las grietas son accidentes en la historia geológica del planeta, dan cuenta de los momentos excepcionales y de transformación que ha vivido la Tierra. En el mundo social, las grietas son actos de creación contra la dominación; significan el espacio y el tiempo donde la ruptura y la crisis emergen producto del antagonismo social.

Las grietas irrumpen la historia plana del Estado y el capitalismo; son, al mismo tiempo, las cicatrices –el dolor– y la insubordinación –la dignidad– de los de abajo. Cuando las grietas se encuentran, descentralizada y transversalmente, desagarran la placa tectónica de la sociedad heterónoma y proyectan una sociedad autónoma.

Así, el horizonte de GE es ser, al mismo tiempo que una pequeña grieta, un proyecto editorial en el que se publiquen textos e imágenes de esas experiencias-grietas del pasado y el ahora. Se trata de una labor encaminada a la reflexión sobre las prácticas y el pensamiento que ayer y hoy se han propuesto la creación de un mundo donde quepan muchos mundos.

Índice

Prólogo

Es inútil complicar las cosas, porque la solución es simple. Es preciso que las grandes ciudades cultiven la tierra, como lo hacen los pueblos rurales

El cultivo del suelo hecho en común será el lazo de unión entre la ciudad y la aldea: las fusionará un solo jardín, cultivado por una sola familia

Piotr Korpotkin

Contra la nocividad. Anarquismo, antidesarrollismo, revolución es un libro donde se recopilan una serie de artículos que dan una imagen del pensamiento de Miguel Amorós. Un pensamiento que convoca porque lo hace desde una vida militante y porque nos recuerda la urgencia de crear una praxis revolucionaria contra la nocividad, es decir, contra la miseria de vida, contra la destrucción y la catástrofe provocadas por el capitalismo, el Estado y el patriarcado.

En el contexto actual, el acto de pensamiento es una tarea defensiva frente a la ofensiva de despojo, explotación, represión, violencia generalizada, desapariciones, asesinatos y un largo etcétera. Tarea que consiste en una serie de esfuerzos en la perspectiva de la revolución social como camino hacia la emancipación y la creación de un mundo nuevo, el atrevimiento de mantener vivo el pensamiento crítico y radical, así como la tentativa de contribuir a llenar la memoria con las experiencias refractarias de todos los tiempos y lugares.

El primero, se trata un hacer-pensar orientado a hacer irrumpir un devenir de insubordinación, en ruptura con toda forma de dominación: contra la división de la sociedad entre dirigentes y dirigidos, contra el patriarcado, contra el trabajo alienado, así como contra el uso utilitario y extractivista de la naturaleza. Una revolución social que rechaza cualquier pretensión de asociar el concepto con dirigentes, vanguardias, estatuas, nombres de calles, desfiles militares, constituciones políticas, comisarios, purgas, mártires, héroes, mausoleos, burócratas, tiranos, demagogia, prestigio y espectáculo. Un horizonte anticapitalista y antiestatal que hace evidente que no es posible una transición de la dominación a la libertad, no hay punto medio ni escala de grises entre una y otra, estamos ante la disyuntiva la emancipación o la alienación. La revolución no está en el futuro, sino en cada ahora-tiempo.

El segundo empeño es la necesidad de producir un pensamiento crítico y radical, aquel que se propone intervenir-ser-reflexivo en tanto pensamiento histórico, lo cual exige que sea, también, una práctica radical, La praxis radical nos sitúa desde la interrogación, es la creación de formas de resistencia y formas de organización situadas en el ahora del conflicto, es el despliegue de nuestro horizonte de lucha desde un caminar que en el mismo instante que obstruya la dominación y sea capaz de esbozar una vida en libertad para ser vivida directamente por sus participantes y creadores.

Un tercer esfuerzo, el de recordar y reconstruir el pasado, es un quehacer de resistencia frente a la imposición de la historia de los vencedores. La memoria rebelde que requerimos traer al ahora es aquella capaz de configurar una historicidad distinta, una temporalidad basada en lo que afirmó la Internacional Situacionista, cuando propone un entendimiento a contrapelo de las historias de las revoluciones sociales, donde plantean la necesidad de

> reemprender el estudio del movimiento obrero clásico de una forma desacostumbrada y, en primer lugar desacostumbrada en cuanto a sus diversas clases de herederos políticos o pseudoteóricos, pues no poseen mas que la herencia de su fracaso. Los éxitos aparentes de este movimiento son sus fracasos fundamentales (el reformismo o la instalación en el poder de una burocracia estatal) y sus fracasos (la Comuna o la revuelta de Asturias) son hasta ahora sus éxitos abiertos, para nosotros y para el futuro (Internacional Situacionista, *14 tesis sobre la Comuna*).

Dichas tentativas, que son parte de la tarea defensiva de ejercer el pensamiento, están contenidas en la vida y obra del Miguel Amorós, quien nos muestra que el hecho de comprometer la vida entera en una labor como la revolución social, en una labor tan dolorosa como la crítica de la vida cotidiana, no es un capricho al que algunas personas recurren como forma de ganarse prestigio y reconocimiento. Cuando se hace de manera honesta, cuando las contradicciones resultan una molestia y tratamos de configurar una praxis que nos permita dar rienda suelta a un nuevo planeta, cuando le dedicas tiempo a un hacer en el que sabes que no hay garantías y que no rendirá frutos económicos ni se traducirá en fama y popularidad, se vuelve un pasaje lleno de obstáculos, de un constante ir y venir, donde hasta ahora la historia se ha llenado de instantes frustrados, pero con todo y todo, para algunas personas no existe alternativa, y en entonces como dicen los compañeros de Fallas del Sistema en su canción *Resistir y Existir*:

> No podemos ser sólo espectadores y quedarnos inertes, y quedarnos paralizados, ante toda esta miseria y desesperación, ante todo este caos a donde esta siendo arrastrado el genero humano. Que nuestro lema sea: No venderse, No rendirse y ¡Nunca traicionar!

A lo largo del libro, Miguel Amorós insiste en que frente a la catástrofe nuestra única opción es la revolución social, una revolución que se proponga crear

> un sistema social caracterizado por la propiedad comunal de los recursos y estructurado por la solidaridad o ayuda mutua en tanto que correlación esencial. Allí, el trabajo –colectivo o individual– nunca pierde su forma natural en provecho de una forma abstracta y fantasmal. La producción no se separa de la necesidad y sus residuos se reciclan. Las tecnologías se aceptan mientras no alteren el funcionamiento igualitario y solidario de la sociedad, ni reduzcan la libertad de los individuos y colectivos. Conducen a la división del trabajo, pero si ésta debiera producirse por causa mayor, nunca sería permanente. Al final, iría en detrimento de la autonomía. La estabilidad va por delante del crecimiento, y el equilibrio territorial por delante de la producción. Las relaciones entre los individuos son siempre directas, no mediadas por la mercancía, por lo que todas las instituciones que derivan de ellas son igualmente directas, tanto en lo que afecta a las formas como a los contenidos. Las instituciones parten de la sociedad y no se separan de ella. Una sociedad autogestionada no tiene necesidad de empleados y funcionarios puesto que lo público no está separado de lo privado. Ha de dejar la complicación a un lado y simplificarse. Una sociedad libre es una sociedad fraternal, horizontal y equilibrada, y por consiguiente, desestatizada, desindustrializada, desurbanizada y antipatriarcal. En ella el territorio recobrará su importancia perdida, pues contrariamente a la actual, en la que reina el desarraigo, será una sociedad llena de raíces.

Para crear una vida en libertad, para aspirar a la autogestión de la existencia, para asumir de manera integral la responsabilidad en torno a nuestro mundo, de acuerdo a nuestros intereses y

necesidades, tenemos que destruir todo lo que nos destruye, todo lo que nos aliena y nos cosifica. El capitalismo y el Estado son guerra, se reproducen a través de la guerra, construyen relaciones sociales para hacernos dependientes de patrones, burócratas, especialistas y expertos.

Las miseria de vida que ha impuesto el sistema de dominación genera a lo largo de la historia, formas de resistencia, sin embargo, éstas no siempre van acompañadas de una crítica de la vida cotidiana, muchas veces la resistencia se enfoca en resolver ciertas problemáticas concretas o se contenta con algunas concesiones de parte de los gobernantes y los patrones. Además, el clima que se siente en el presente es de frustración, derrota, desolación e impotencia. Por tanto, en la mayoría de las ocasiones nos contentamos con un pensamiento débil, uno que nos impide sentir vergüenza por nuestra complicidad, sin sentir dolor, rabia o necesidad de venganza, que nos obstruye la necesidad de actuar aquí y ahora frente a la guerra total contra la humanidad.

Sabemos que la situación ha estado agravando y que cada vez será peor, cuestión que transforma las visiones teleológicas en una fe en el progreso y en la esperanza del mejoramiento irremediable de nuestras fuerzas, en la noción nihilista donde pensamos que no hay salida, que estamos acorralados. El optimismo diletante y el nihilismo coinciden en la misma lógica política. Olvidan que la liberación depende de las propias fuerzas que sean capaces de crearse.

El optimismo diletante y el nihilismo buscan soluciones externas para provocar las oportunidades revolucionarias: las crisis, los líderes carismáticos, los partidos, las vanguardias revolucionarias, las elecciones, los dirigentes, los articuladores. Se configura una práctica política que separa los fines de los medios. Y uno de los mecanismos más efectivos a lo largo de la historia donde se refleja la disociación de los medios y los fines,

es ver de manera separada la guerra y la revolución, creer que la solución de una no está interrelacionada con la otra.

El capitalismo se vale de la fragmentación y desintegración de lo colectivo para imponer otra temporalidad y otra espacialidad: el tiempo-espacio vacío y homogéneo que contribuye a la reproducción de un trabajo que es explotación y de una política que es dominación. El control, el disciplinamiento y la coerción se dan gracias a que estamos desterritorializados y sin capacidad de sobrevivir por nuestros propios medios, sin posibilidades de autogestionarnos la vida.

Los seres humanos estamos viviendo actualmente una situación, *un instante de peligro*. El colapso y destrucción de la naturaleza, el racismo, la explotación, el sexismo parecen ser el denominador común en la existencia de la mayoría de las personas. No se visualizan posibilidades concretas para salir de la catástrofe, parece que la guerra avasalla de tal manera que somos impotentes ante la fuerza del capital y el Estado. Predomina la apariencia de que no tenemos control sobre nuestras vidas, que cualquiera que tenga más poder que nosotros puede desaparecernos, asesinarnos, encarcelarnos, despojarnos, disponer nuestros cuerpos para hacerse de nuestros órganos, para la explotación sexual, laboral o como carne de cañón en las múltiples disputas militares evidentes y encubiertas que se extienden por todo el planeta.

Es una guerra contra todo, contra todas y todos. Sin embargo, la dominación no ha logrado hacerse del control total del hacer y la imaginación que nos caracteriza como humanos. Por eso, ayer y hoy nuestra opción es la guerra social, la lucha contra la mercancía, la negativa a convertirnos en fuerza de trabajo para ser explotada, la resistencia contra el despojo de todo aquello que se intenta poner al servicio de la acumulación del capital. Ayer y hoy nuestra opción es la rebeldía, es la creación de un mundo sin jerarquías, sin patriarcado, sin coerción, sin racismo.

La tarea de una praxis crítica y radical es urgente, porque en los momentos donde los poderosos se sienten amenazados aparecen las alternativas ilusorias, los caminos que llevan a la restauración de la misma dominación. A la persistencia de la guerra. La situación que hoy vivimos no acaba de surgir, no es que recién el capitalismo decidió implementar la guerra como medio para la acumulación, existe desde que se impusieron las jerarquías, desde que existe explotación. Lo que si ocurre ahora es una intensificación y reconfiguración de esa misma guerra, por tanto, vuelven a emerger las opciones que significan fantasmagorías, que no llevan a la emancipación sino a seguir dominados: el ciudadanismo, el ecologismo reformista y estatalista, el pensamiento débil, la fe en el progreso, los dirigentes y las vanguardias.

Nuestro desafío está en la construcción de una vida unitaria –no-alienada, no-separada, no-mercantilizada–. Tenemos que destruir el capital – junto con su ciudad, su técnica y su trabajo–, el Estado –con su jerarquía, su ciudadanismo y su legalidad–, el patriarcado –con su sexismo, su violencia y su acoso– y el colonialismo –con su racismo, su desprecio y despojo–. Y para esto sólo tenemos una opción: organizarnos. Auto-organizarnos de manera descentralizada y confederativa, de acuerdo a vínculos de apoyo mutuo y afinidad.

Así, la revolución social es el despliegue de "la acción autónoma de la clase obrera en lucha por la abolición del trabajo asalariado, de la mercancía, del Estado. Se trata de acceder a la historia consciente, de suprimir todas las separaciones y todo lo que existe independientemente de los individuos", como lo planteó Gianfranco Sanguinetti. Crear un mundo nuevo sin dominación, sin explotación, sin colonialismo y sin patriarcado. Un mundo que por supuesto no será el reino de la armonía y la paz, es un mundo que implica nuevos conflictos y contradicciones, pero con la diferencia que ahora será asumidas

mediante la participación directa y total por las propias individualidades y colectividades.

La revolución social como la puesta en marcha de momentos revolucionarios, como los señalo Camillo Berneri. No existe la revolución como lugar futuro ni como instante apocalíptico; Gustav Landauer sabia esto, por eso señala que somos libres durante el tiempo que luchamos contra la dominación, en ese instante que destruimos los obstáculos, la revolución "es camino y nada quiere ser sino preparación para el camino".

Por tanto, la urgencia de auto-organizarnos para descolonizar la vida entera, el esfuerzo de organización a través del cual logremos desplegar proceso de autogestión integral de nuestras existencias, para emanciparnos. Nuestro proceso de organización para que logre allanar la dominación tiene que entenderse como la prolongación de nuestras vidas, pero bajo una inversión total de perspectiva, la de la autogestión, la del comunismo anárquico. Pienso con Errico Malatesta que lo esencial es desarrollar el espíritu de organización, el sentimiento de solidaridad y la confianza de la necesidad de cooperar fraternalmente. No queda más que la auto-organización entre nosotros mismos, para hacernos responsables de nuestra propia vida, para fomentar la autonomía colectiva y construir formas de comunicación autentica y de base. Como dijo Walter Benjamin, cada instante contiene sus posibilidades revolucionarias, su despliegue depende de la acción que seamos capaces de construir, de nuestra fuerza colectiva, y esa sólo puede crearse en el aquí y el ahora.

En la guerra social actual el territorio es un espacio-tiempo de antagonismo. Y desde ese espacio-tiempo de antagonismo podemos construir un proyecto revolucionario y emancipatorio, un programa de lucha por Tierra y Libertad, donde nos damos cuenta que el antagonismo no se reduce a una batalla por ver quién ocupa un lugar dentro del aparato burocrático del dominación, sino que el problema está en crear y potenciar

una praxis capaz de disolver las relaciones de dominación, un proyecto que está dirigido contra la nocividad.

Crear un sentimiento y acción revolucionario, rebelde, autónomo, no se da en automático ni mecánicamente, tampoco se logra por mero voluntarismo un hacer-pensar en sentido de una revolución social o de una descolonización de la vida. Es necesario esbozar y poner en movimiento una praxis, es decir, un hacer-pensar no-separado. Combatir el cretinismo, obstruir la jerarquía, esbozar el despliegue de una autogestión tendiente a ser integral y crear un hacer militante revolucionario.

Hay que llevar a cada resquicio de nuestras existencias, en cada tiempo y lugar, una praxis rebelde. Donde estemos debemos saber que podemos precipitar e intervenir en un perspectiva crítica y radical. Si no creamos una fuerza colectiva capaz de inhibir y desarticular la guerra capitalista, si no creamos relaciones sociales que obstruyan la reproducción del dominio, si no creamos proyectos que permitan prescindir y dejar de depender del Estado y el capital, esta catástrofe en la que estamos viviendo nosotras y nosotros nos va destruir.

Marcelo Sandoval Vargas
octubre de 2017

Crítica anarquista del Estado y el capital

1. Hay capitalismo, por lo tanto hay crisis[1]

Corta es la vida, el camino largo, la ocasión fugaz, falaces las experiencias, la crisis difícil
Hipócrates. *Aforismos*

I

Para Hipócrates la palabra crisis designaba el momento culminante de una enfermedad, a partir del cual, desmenuzando los datos sintomáticos y teniendo en cuenta las experiencias, podía formarse un criterio con el que juzgarla. El final del razonamiento crítico, el juicio acertado, no es fácil, puesto que no todos los factores se hacen evidentes al mismo tiempo y a menudo una enfermedad esconde otra. Si trasladamos la reflexión a la actualidad nos encontraremos con una crisis aparentemente económica que suscita reacciones inmediatas, epidérmicas, guiadas por una óptica tacticista que se mantiene en el terreno del parlamentarismo y del capital. La crisis es algo inherente al régimen capitalista, puesto que su funcionamiento normal consiste en subvertir constantemente las relaciones sociales en las que previamente se había apoyado. Cada fase liquida la anterior, por consiguiente, no puede afrontarse la crisis sin atacar de frente al capitalismo, pero las respuestas que habitualmente se dan se refieren a sus consecuencias y no a sus causas. No cuestionan los fundamentos del sistema sino solamente lamentan su mal funcionamiento. Las protestas aluden a la pérdida del "estado de bienestar", o sea, al descenso del nivel salarial de las masas consumidoras, y por

[1] Charla debate en las *Jornadas Libertarias de Castellón*, 6 octubre 2012.

añadidura, del empleo y del crédito; a la mala calidad de los servicios públicos, de la asistencia y del sistema de partidos, a la voracidad de los banqueros y, para acabar, al dictado de las finanzas internacionales que se impone a la mayoría de la población gracias a la intermediación de los políticos. Parece entonces que puedan permitirse soluciones en el marco del sistema económico y político dominante, a través de medidas legislativas y ejecutivas que reduzcan el impacto crítico sobre las masas asalariadas y endeudadas, evitando de paso los fenómenos de exclusión. La solución ha de venir por consiguiente de la mano de un Estado interventor y no de su abolición. El capitalismo tendrá que desarrollarse más para crear empleos basura suficientes en vez de desaparecer. Pero, como en la medicina, aquí también una crisis superficial puede disimular otras más profundas y menos visibles.

II

La crisis es política, es urbana, y también ecológica. Es el momento culminante de una enfermedad social y cultural cuyos indicios son innegables: pérdida de memoria, desclasamiento, individualismo, narcisismo, degradación del lenguaje, analfabetización funcional, miedo, domesticación... y el tipo humano resultante explica por sí sólo la falta de reacción popular. Es la coyuntura donde la clase política acapara todas las instituciones públicas y se vuelve plenamente autónoma, defendiendo sus propios intereses en tanto que parte de la clase dominante. Es el instante en que el crecimiento urbano acumula millones de pobres en los suburbios al tiempo que aniquila el entorno rural y natural, cuando se toma conciencia del agotamiento de recursos naturales frente una demanda ilimitada de los mismos, cuando se da la circunstancia del calentamiento global del planeta como respuesta a la contaminación atmosférica por gases de efecto invernadero. La

inteligencia verdadera y total de la crisis produce un segundo nivel de cuestionamiento. La crítica apunta a la naturaleza del sistema y no se conforma con apaños ni reformas. Los individuos conscientes han de replantearse la forma de vida que desean llevar, la organización de su tiempo y de su espacio, el modelo de sociedad donde han de vivir, y finalmente el equilibrio metabólico con la naturaleza, a fin de elaborar una estrategia de intervención colectiva de largo alcance. Han de cuestionar el conjunto del sistema y no solamente sus aspectos más degradantes.

III

La cuestión del sujeto ocupa el lugar central del pensamiento crítico. La transformación radical de la sociedad necesita un agente social que la lleve a cabo, que necesariamente ha de nacer de la toma de conciencia de la población más afectada por la crisis. El problema radica en que dicho sujeto no puede constituirse dentro de un sistema totalitario, donde la dominación penetra y se apodera de todos los ámbitos de la vida. El sujeto ha de formarse mediante la deserción o la exclusión. Los procesos de segregación son lentos pues dependen de decisiones personales en situaciones difíciles; son problemáticos, puesto que el sistema no favorece una existencia al margen; y son propensos a desviarse de sus objetivos, ya que tienden a sobrevalorar un solo aspecto de la secesión, la cooperación, en detrimento del otro, la lucha, por lo que su anticapitalismo suele derivar hacia la experimentación dentro del capitalismo. Por otro lado, la exclusión, no voluntaria, a menudo recluida en las periferias urbanas, encerrada en entornos abandonados por el propio sistema, responde a la violencia económica que la ha originado con una violencia de signo contrario, pero el vandalismo de los excluidos no pretende cambiar el mundo, sino formar parte de él. La deserción es también un fenómeno cultural, pero el

desarraigo total impide que las bandas callejeras de saqueadores construyan una comunidad libre, ni siquiera en base a la depredación, como lo fueron en cambio, en otra época, las asociaciones corsarias: les sobra el rap y les falta una auténtica cultura de la exclusión. Por ahora, únicamente las comunidades que se han resistido a las relaciones sociales de mercado, las poblaciones indígenas ajenas al modo de vida que impone el capital, han sido capaces de forjar un sujeto social capaz de elaborar un proyecto de transformación radical al extender sus estructuras comunitarias tanto a sus entornos rurales próximos como a las barriadas urbanas. El ejemplo más claro de lo que hablamos sería la Comuna de Oaxaca de 2006.

IV

Lo que queda claro es que el protagonista colectivo de la salida de la crisis va a surgir de comunidades vecinales, no de organizaciones de vanguardia, sindicatos o consejos. Las comunidades no son necesariamente el resultado de una marcha al campo, puesto que la segregación anticapitalista puede producirse también en la conurbación. Es más, dada la actual correlación poblacional, la ruptura de hostilidades no tendrá más remedio que darse en las aglomeraciones urbanas en descomposición. Es allí donde las masas han de echarse al monte. Las avanzadillas rurales pueden abrir camino, pero la crisis se va a producir sólo cuando estalle la conurbación, lo que sucederá por ejemplo si la falta de combustible causa problemas de abastecimiento. La inevitable crisis energética, al paralizar el transporte, acarreará sucesivas crisis alimentarias de desastrosas consecuencias para la supervivencia en las metrópolis. En los países capitalistas desarrollados donde no existen zonas vírgenes en las que pueda sobrevivir una comunidad e irradiar su influjo hacia el espacio urbano, el conflicto territorial puede desempeñar el papel de catalizador de la comunidad, pero los

mayores efectivos los aportará la masa confinada en la urbe. Al contrario, la lucha urbana puede cobrar un sentido si se compromete con la defensa del territorio. La desurbanización seguirá el mismo camino que la urbanización.

V

Los procesos ruralizadores habrán de engendrar en principio comunidades mixtas en un doble sentido, agrarias y urbanas por un lado, de creación y de lucha por otro. La batalla más importante que hay que ganar es la que se está librando ya contra las ideologías progresistas, defensoras del desarrollo a ultranza de las fuerzas productivas. Discurre principalmente en el terreno de la crítica de la ciencia y la tecnología, es decir, en el terreno de la crítica de la cultura industrial dominante, pues de la desagregación de esa cultura del crecimiento, del consumo y del progreso, sin valor de uso, ha de nacer una contracultura de la fraternidad y del don, sin valor de cambio. Dicha contracultura no ha de existir como esfera separada del resto de la actividad comunitaria, sino como espacio interior de libre creación involucrado en la transformación anti-industrial de la sociedad. Por eso se asemejará más a la vieja cultura popular que a la cultura clásica de las elites, y será mucho más oral que escrita, puesto que como homenaje de las experiencias liberadoras del pasado estará hecha para ser contada, no para ser leída o "audiovisualizada". La oralización es el correlato cultural de la desindustrialización, tanto como la dialectización lo es del abandono de la tecnocultura uniformizadora del capitalismo tardío. Las germanías locales habladas en los espacios comunitarios desplazarán a las jergas especializadas de los espacios virtualizados del poder. La revolución futura –una revolución no es más que el final de una crisis– encontrará sus medios de expresión adecuados en el argot de los combatientes por la libertad.

VI

La crisis actual, umbral de una recesión en todos los sentidos, nos introduce en un escenario de cambios profundos y rupturas traumáticas, donde es imposible la vuelta atrás. Las consecuencias serán trascendentales. La sociedad, en tanto que reino de lo irracional y arbitrario –en tanto que dominio del espectáculo– se ha vuelto demasiado inestable y demasiado irreal. Los conflictos necesarios devolverán el mundo a la realidad, pero a una realidad beligerante. El combate social, como la guerra, se desenvuelve en el campo del riesgo; respira una atmósfera de peligro. Su desenlace es imprevisible: puede sumergirnos de nuevo en la peor de las pesadillas o sacarnos del atolladero. La victoria nunca está asegurada pero la crisis trabaja para ella. Nos muestra los momentos vulnerables del enemigo, aquellos donde es factible pasar al ataque con garantías de éxito.

2. Por una crítica del Estado[1]

... el aspecto principal de la majestad soberana y el poder absoluto consiste en dar leyes a los súbditos en general, sin su consentimiento

Jean Bodin, *Los seis libros de la República*

Cuando hace un tiempo detectamos un cambio fundamental en la naturaleza del Estado al dejar éste de encarnar el poder de la oligarquía nacional y pasar a simbolizar el de las finanzas internacionales, y así pues, a no representar otro interés distinto a la economía globalizada, dimos por sentado un adelgazamiento estatal que tendría como consecuencia, primero, la separación entre banqueros y políticos, dado el carácter subalterno de estos últimos, y segundo, una fase de desburocratización relativa teniendo en cuenta la menor necesidad de profesionales de la representación ("El partido del Estado", 1998). Nos equivocamos y veremos en qué. Por otra parte, las protestas ante semejante crisis del Estado que se elevaron en Seattle y en las siguientes cumbres mundiales de dirigentes, mostraron que de las masas asalariadas amorfas estaba surgiendo una nueva clase media capaz de iniciativa social, una especie de clase ciudadana, que oponiéndose a las consecuencias de la crisis en lugar de a sus presupuestos, se atrevía a concebir un reformismo propio al que la desaparición del pensamiento emancipador proletario daba apariencias de moderno, presentando sus mezquinas desventuras particulares como un drama universal. Nosotros denunciábamos a esos partidarios acérrimos del Estado por buscar en la política sus armas intelectuales y tratar de reforzar

[1] Prólogo al folleto *El Partido del Estado. Suma y sigue*, editado por la Distri Desorden, Valencia, septiembre 2012.

el sistema de partidos, el pilar mayor de la esclavitud social. Para nosotros la cuestión social se formulaba como fin del dominio de la economía global sobre la sociedad y no como reconciliación entre ambas por mediación del Estado. No cabía entonces elegir entre dos formas de opresión, una desregulada y otra perceptiva, una obediente a "los mercados" y otra arbitrada por "la gobernanza" y la "participación", sino en abolir todo tipo de opresión. En otros escritos posteriores convenimos en que la forma estatal no podía ser instrumento de una emancipación cuyo sujeto ya no eran masas organizadas en partidos, sindicatos o consejos, como la antigua clase obrera, sino en comunidades territoriales, tal como demostraron después las revueltas de las juntas vecinales de El Alto, en Bolivia, o de los aarch en la Kabilia argelina, o la Comuna de Oaxaca, en México. Incluso podía hablarse hasta cierto punto de comunidades en negativo cuando se aludía a las bandas espontáneas y destructoras que hacía poco incendiaban los extrarradios de diversas conurbaciones de Francia, Inglaterra y los Estados Unidos.

No obstante señalaré un hecho cierto, las consecuencias previsibles del cambio radical de función del Estado; nuestro planteamiento pecaba de ser demasiado racional, ignorando que la realidad no lo era. Partíamos de un Estado-nación ideal cuando se trataba en realidad de una partitocracia, es decir, de una forma de Estado donde las oligarquías políticas organizadas asumían la soberanía efectiva, el poder de dar leyes a los gobernados sin su consentimiento, como decía Bodino. Y en un Estado partitocrático el peso de la burocracia podía frenar desde dentro los cambios que no le beneficiaban. En dicho Estado el poder reside en el sistema de partidos que monopoliza el gobierno, el parlamento y la justicia. Las relaciones que el sistema mantiene con la Banca no son de subordinación sino de interdependencia. Marx decía que el gobierno del Estado era "la administración que se desenvuelve con el nombre de burocracia". Pues bien, la burocracia, cuyo corazón son los partidos, constituye el Estado

real, el verdadero. Por eso, la finalidad del Estado es en realidad la del burócrata, de forma que el interés general supuestamente representado por el Estado no es más que el interés privado de la clase burocrática. El derecho no triunfa pues sino como conciliación de los intereses particulares de la burocracia política y administrativa, o sea, de la clase política, con los intereses privados de las oligarquías económicas y financieras, o sea, de la clase económica. O dicho de otra manera, el interés general nace de la fusión de los intereses privados de las elites dominantes, políticas y económicas. El interés general no es otra cosa que el interés de la clase dominante, pero no es un interés unificado. Lo que ocurre es que los intereses privados locales –nacionales– siguen y se supeditan a los intereses privados de una economía mundializada profundamente especulativa, con lo cual se encuentran desprotegidos ante el estallido de las burbujas financieras, el incremento exponencial de la deuda del Estado o el agotamiento de los recursos energéticos fósiles. En ese momento los grandes intereses corporativos traspasan sus pérdidas a las elites nacionales, quienes a su vez han de transferirlas a la población asalariada por la fuerza, es decir, recurriendo al Estado.

La transferencia de capital antes mencionada necesita de un Estado fuerte, pero lo que hay es más bien un Estado hipertrofiado. La explicación es sencilla. En los Estados europeos, sobre todo en los del sur y este, se ha desarrollado una clase política a menudo heredera de dictaduras pretéritas, cuyo interés particular no coincide siempre con el de la economía, y es opuesto frontalmente al de la población gobernada. La política, el sindicalismo, el asociacionismo civil, la gestión administrativa, etc., se han profesionalizado, convirtiéndose en el *modus vivendi* de una verdadera clase. Gracias al acaparamiento del poder político y de la patrimonialización del Estado, la clase política, ramificándose extraordinariamente, ha penetrado en los tribunales, los bancos, las grandes empresas,

los medios de comunicación, las fundaciones y los organismos públicos, asegurándose elevados salarios para sus miembros y financiación suficiente de su estructura partidista y clientelar. Fenómenos como el nepotismo, la opacidad, el amiguismo, el caciquismo y la corrupción caracterizan la práctica de una clase política profesionalizada a la que nadie pone reparos en los periodos de bonanza, cuando la tesorería dispone de medios, pero en los momentos de crisis, con la tesorería esquilmada, dicha práctica indigna a todo el mundo. Entonces el gasto privado de la clase política entra en conflicto relativo con los intereses de las finanzas internacionales, o sea, de aquello que llaman "mercados" y que son sus acreedores, tal como indica la "prima de riesgo", pero lejos de reducirlo en aras de un interés "nacional", la clase política recurre a los recortes presupuestarios que no le conciernen y a los impuestos, acabando con las clases medias y empobreciendo a las masas asalariadas. La clase política no era como suponíamos simplemente un grupo de presión con intereses propios, ni tampoco una clase meramente auxiliar, sino una fracción de la clase dominante, y como tal, su interés particular tiende a prevalecer sobre cualquier otro: nunca se hará el harakiri. Su poder es el del Estado. Ninguna actividad de importancia queda al margen. En ese sentido, la clase propietaria del Estado sería el verdadero partido del Estado y la lucha contra el Estado sería fundamentalmente una lucha contra la clase política.

Es precisamente esa confrontación la que la clase ciudadana pretende evitar con una reforma del parlamentarismo que tendría la virtud de engordar todavía más la clase política con mecanismos de seguimiento y cooptación transversales. La clase ciudadana, a la que nosotros llamábamos Partido del Estado aunque se trataría más bien de un Partido del Estado Ciudadanista, pretende una reforma electoral que únicamente varíe la composición orgánica de la clase política sin modificar sus fundamentos, es decir, sin cuestionar la partitocracia.

Pero al proclamarla no hace más que pronunciar el secreto de su propia esencia, la de una clase media servil y perdedora. Resulta completamente ridículo hacer abstracción de los intereses en juego, que son intereses de clase, y confiar en un "espíritu de pacto y concordia" que presida la transición hacia un nuevo sistema político más transparente y modélico, con la clase política escenificando su reciclaje y repartiéndose el poder en función de las nuevas reglas de juego. Algo equivalente a la "refundación del capitalismo" en el terreno económico. El agotamiento del movimiento 15-M y Occupy ilustra el absoluto cretinismo de quienes albergan tales esperanzas, un cretinismo hoy por hoy desgraciadamente mayoritario en Europa. El Estado no representa ni puede representar en el actual momento histórico un interés general; no es ni siquiera capaz de constituir un espacio donde los intereses de las diversas facciones de la clase dominante puedan armonizarse en un interés "nacional". El Estado es sin embargo el último reducto de la irracionalidad económica y política, la verdadera zaguera del capital y de la explotación. La supervivencia del sistema dominante –la sociedad capitalista– y todas sus abstracciones –dinero, trabajo, valor, nación, partido, voluntad popular, ciudadanía– dependen de la fuerza y de la coacción institucionalizadas, o sea, dependen de él.

3. El partido del Estado: suma y sigue[1]

¿Quién te nombró nuestro príncipe y nuestro juez? Si ha sido Dios, haz que se muestre; si fue el pueblo ¿dónde se reunió para hacerlo?
Edward Sexby, *Killing no murder*

Todos los que han escrito sobre la ciencia política coinciden, y coinciden con la experiencia, en que los gobiernos frecuentemente deben infringir las normas de la justicia para mantenerse; que la verdad debe ceder el paso al disimulo; la honestidad, a la conveniencia; y la humanidad misma, al interés reinante. A este misterio de iniquidad se lo conoce como Razón de Estado
Edmund Burke, *Vindicación de la sociedad natural*

Cuando la sociedad funciona a través de una fuerza organizada y separada que recauda impuestos, decreta normas y las hace cumplir, estamos ante un hecho político singular, el Estado. No es una realidad intemporal, tiene fecha de nacimiento y también de caducidad. Como acertadamente dice Bakunin, el Estado es una forma histórica de sociedad, y como tal, perecedera. Y añade: "Es la autoridad, es la fuerza, es la ostentación y la infatuación de la fuerza". En efecto, el poder –la autoridad que confiere el monopolio de la fuerza– es el elemento clave del Estado y su conservación la razón última de su ser. A diferencia

[1] Para la reunión de Les Amis de la Roue, Francia, 27 agosto 2012. Charla en el Ateneo huertano Los Pájaros, La Arboleja (Murcia), 28 septiembre 2012 y en la Escuela Libre El jardí dels somnis, Torrellano (Elx), 29 septiembre 2012. Publicado en folleto por la Distri Desorden, de Valencia

del antiguo, el Estado moderno –después de que Bodino y Maquiavelo revelaran su verdad íntima– no necesita razones divinas para explicarse, se justifica por sí mismo, el Estado es su propia finalidad. A eso llamaron la razón de Estado. Sin embargo dicho Estado ordena una sociedad dividida, donde a lo largo de la reciente etapa histórica, una actividad específica, la economía, se ha vuelto independiente y ha acabado por dominar al resto de actividades sociales, particularmente la política, es decir, el ejercicio del poder. La clase dominante, la burguesía, ha sido la clase que controlaba la economía. Lo económico es cada vez más infraestructura al tiempo que superestructura, pues lo político ha perdido toda su autonomía: la razón de Estado se ha convertido en razón de mercado y viceversa. Para que sirva de ejemplo: en la Constitución Europea aprobada en 2005 la palabra "mercado" se repite 78 veces. Asimismo abundan las palabras "competencia", "circulación", "banco", "capitales", "empresa", "comercio", "crecimiento", "economía", "progreso", "inversiones", "desarrollo", "mercancía", "moneda", etc. En esta etapa, la defensa de los intereses que se escudan en dicha razón de mercado choca con las leyes garantistas imperantes, tan desfasadas que ya no se corresponden con las nuevas necesidades, y se ve obligada a quebrantarlas, para después abolirlas. Al final, o sea, cuando los gobiernos establecen el desarrollo económico como directriz absoluta de la política estatal, el Estado, que ha perdido su carácter nacionalista, da un paso adelante en su dependencia económica y de instrumento exclusivo de dominación de una burguesía nacional pasa a obedecer los designios de la elite corporativa internacional. Las relaciones interestatales dejan de ser políticas en sentido estricto, pues todos los Estados siguen las mismas pautas. A semejanza del planteamiento de Hobbes, una nueva teoría capitalista del Estado se fundaría en un contrato de sumisión ideal por el cual los individuos que votan (o ciudadanos) renuncian a sus derechos políticos en la medida que traban la libre desenvoltura de las

finanzas globales. Algunos detalles parecen corroborarlo, como determinadas medidas de orden público y de reforma financiera y, sobre todo, las cláusulas relativas al déficit presupuestario y al pago de la deuda estatal incluidas no hace mucho en las constituciones europeas. Desde entonces los individuos, que ya no existían "de facto" como seres independientes frente a los mercados nacionales, dejan de hacerlo legalmente, porque han traspasado "de jure" –o lo han hecho otros en su nombre– su libertad al mercado mundial.

Desde que el desarrollismo es ley suprema, Estado y capital dejaron de ser realidades distintas. Interés público e interés privado corporativo coincidieron en apariencia. El código mercantil devino la fuente principal de derecho civil. Una reorganización de las fuerzas económicas de enorme magnitud puso fin a la democracia típicamente liberal, al Estado-nación y al capitalismo nacional. Se dieron entonces las condiciones de una separación radical entre producción y finanzas, que se concretó en una deslocalización productiva, una circulación plenamente libre de capitales y una expansión unilateral del crédito (y del riesgo financiero) a escala mundial. La mundialización tuvo profundas consecuencias: la supresión de barreras a la especulación, la desregulación del mercado laboral, la pérdida de influencia de los sindicatos, la atomización y dispersión del proletariado, la liquidación definitiva de la agricultura no industrial, la decadencia de las clases medias... En una primera fase que podríamos calificar de neoliberal, el período eufórico de las burbujas inmobiliarias, tecnológicas y, en general, financieras, el papel del Estado tendía a reducirse al mínimo. El Estado había perdido su función mediadora entre la sociedad y los mercados, por lo que sus servicios habían dejado de ser necesarios. El Estado se justificaba exclusivamente por la economía, esfera adonde se había desplazado el poder: tenía que estar a su servicio. La sociedad globalizada requería pues un desmantelamiento del Estado en todos los sectores

ajenos a la defensa de la violencia económica, pero el Estado mínimo no es un Estado fantasma, sino un Estado policía. Es bien sabido que la libertad económica se lleva mal con los derechos sociales, pero ahora ni siquiera tolera el espectáculo de las libertades. Las medidas disuasorias dominaron pues sobre las preventivas. La desregulación de los mercados, la contaminación o el agujero en la capa de ozono no implicaban un desarrollo de los medios de control social tradicionales puesto que la prevención y el garantismo resultaban caros, sino solamente el incremento de los mecanismos de choque, especialmente las fuerzas de intervención rápida, los programas de evacuación, los centros de detención de indocumentados y el armamento antialgaradas.

El Estado policía ya no podía permitirse un adiestramiento positivo de la población bajo condiciones de supervivencia cada vez más extremas y tenía que habituarse a la contención y la concentración. El Estado policía no es un Estado de derecho al margen de la economía, sino un Estado de excepción disimulado donde la ley deroga todas las garantías jurídicas que obstaculizan el dominio absoluto de la economía. Imperio de la ley sí, pero de la ley de los mercados. La libertad de las personas es sólo un subproducto degradado de la libre circulación de los capitales.

El Estado-nación, sin embargo, no se ha disuelto completamente. En Francia la industria nuclear, terreno en el que un cierto interés nacional de clase podía mantenerse, impedía esa disolución y, en el resto de Estados, el interés privado de la burocracia desempeñaba la misma función. Los tejemanejes de la economía real y los fondos europeos proporcionaron suficiente efectivo para conservar e incluso agrandar el aparato político-burocrático, dando lugar a una patrimonialización partidista de la cosa pública favorecida por una ley de transparencia ausente. Así pues, la "clase" política estableció alianzas con los principales grupos de poder económico: los bancos, las grandes

constructoras, las eléctricas, las grandes compañías del gas y el petróleo, las multinacionales del transporte y la distribución... El resultado fue que los Estados no defendían los intereses económicos generales sino los intereses particulares de dichos grupos. Puede que los organismos directores de la economía global tales como el Tesoro americano, el Fondo Monetario Internacional (FMI), la Organización Mundial de Comercio (OMC), la Comisión Europea, el Banco Central Europeo (BCE), etc., dictarán orientaciones, pero no suplantaban a la oligarquía nacional político-burguesa: el Estado se debía antes a las corporaciones que trataban con él a través de su propia clase política y esa prioridad determinó una globalización más caótica de lo que cabía esperar. Es más, cuando la crisis ecológica se vio reforzada por el fenómeno del calentamiento global y el aumento exponencial de la demanda energética, desviando los mercados capitalistas hacia el negocio verde, la función de conciliar la ecología con la globalización fue otorgada por sucesivas "Cumbres de la Tierra" al Estado. A partir de los años noventa, el ambientalismo se convirtió en una religión política estatal con dogmas, íconos y soluciones sencillas "de mercado" para todos los problemas. El Estado tuvo que encargarse de poner en marcha los dispositivos locales de los nuevos mercados mundiales de la descontaminación, la descarbonización y de la energía, responsabilizándose de los residuos y subvencionando los sectores insuficientemente rentables como el de los agrocombustibles o el de las renovables industriales. La etapa del "desarrollo sostenible", la que correspondía a la valorización del territorio, devolvió protagonismo al Estado en tanto que promotor y legislador de la "sostenibilidad", nueva condición de la acumulación de capitales, pero sobre todo, como Estado inversor, costeando las infraestructuras, a menudo innecesarias, fruto de la megalomanía dirigente combinada con el interés privado y la corrupción política. El desarrollismo ha sido una constante huida hacia delante y toda huida capitalista hacia delante ha de ser tutelada y financiada por

el Estado. Cuando el coste de la huida es inasumible entonces se habla de crisis.

Las crisis ponen cada cosa en su sitio. La verdadera naturaleza del sistema queda al descubierto y el lado ficticio del dinero y del crédito se hace patente cuando el descontrol financiero y estatal sobrepasa los límites. La relación entre Estado y capital tiende a invertirse: a fin de cuentas el Estado puede existir sin capitalismo pero el capitalismo jamás subsistirá sin el Estado. Cuando el Estado es amenazado por la economía se descubre que en realidad la economía depende del Estado. El Estado, o sea, la fuerza monopolizada, es en último extremo su único baluarte. El valor, el factor abstracto convencional que fundamenta el capitalismo, no tiene otro asidero más seguro. La globalización ha acarreado un particular capitalismo de Estado. Efectivamente, el capital no es una acumulación de objetos, imágenes, conocimientos y medios, sino una relación social mediatizada por todos ellos, pero cuando por ejemplo, un enorme agujero crediticio, o una gigantesca acumulación de activos ficticios, o también el agotamiento previsible del petróleo, quiebran esa relación con más eficacia que una insurrección popular, solamente la fuerza estatal puede recomponerla y asegurarla. Las crisis, al señalar el Estado como tabla de salvación, le transfieren el poder que los mercados le habían arrebatado. El Estado se convierte en el gran interlocutor, no porque haya recuperado sus antiguas funciones políticas, sino porque se ha puesto realmente al servicio del interés general económico: se ha vuelto economista. La autoridad estatal sustituye en el tajo a la pretendida autorregulación de las finanzas incontroladas. El nivel de endeudamiento condiciona por supuesto su libertad de movimientos puesto que sus acreedores ante todo han de asegurarse el reembolso de los préstamos y el pago de intereses; pero la gravedad de las crisis, es decir, la amenaza del colapso económico, amplía los márgenes de actuación. El salvador ha de

ser salvado previamente si las circunstancias lo requieren. Véase Grecia, Irlanda, Portugal y... España.

El Estado parece ser la respuesta a todas las cuestiones sociales y el amigo de todas las clases. Los bancos y los gobiernos autonómicos[2] recurren al Estado para ser intervenidos; los empresarios apelan al Estado en demanda de liquidez; los funcionarios le exigen moderar los ajustes; los sindicatos mendigan empleos; los comerciantes rebajas de impuestos; e igualmente se dirigen al Estado los pensionistas, los inmigrantes, los mineros, los compradores de productos financieros tóxicos, los fabricantes de placas solares... cada cual con sus problemas particulares. Ya no se ocupan los lugares de trabajo, ni ocurren manifestaciones en los barrios; se viaja a la capital para llamar la atención del gobierno, o en su detrimento, del parlamento o del ministerio correspondiente. Advirtiendo de su perversa y abstracta naturaleza, alguien dijo que el Estado era el mal, pero resulta que es un mal con el poder de intervenir en una sociedad paralizada. Las crisis económicas y ecológicas actuales desembocan en crisis laborales, fiscales, crediticias y asistenciales, pues la transferencia de capitales que debe colmar la deuda energética, bancaria y administrativa arranca de los bolsillos de la población asalariada. El Estado ha de asegurar que el proceso discurra con orden y que la destrucción definitiva de la sociedad civil no genere focos de resistencia que causen a los dirigentes problemas de consideración. El Estado lo es todo, señor Vaneigem[3], porque sus súbditos no son nada. En esa atmósfera de temor y sumisión, la lucha de clases, lejos de reaparecer como lucha contra el Estado, se disuelve en peticiones ciudadanistas de reforma política que

2 Se refiere a los gobiernos locales del Estado Español, las llamadas "regiones autónomas" como Cataluña, País Vasco, etcétera. Es el equivalente a los estados en México [Nota del editor].
3 Raoul Vaneigem: escritor y filósofo nacido en Lessines, Bélgica en 1934. Militante de la Internacional Situacionista, agrupación política que dejó su impronta en el mayo francés de 1968. [Nota del editor].

sitúan al Estado en el máximo nivel, por encima de todas las clases. Si, al final, todo es cuestión de poder, la correlación de fuerzas no puede ser más desfavorable para los inconscientes desposeídos. Los usurpadores de la representación popular, los autoproclamados portavoces de la ciudadanía, "los macarras de la tiranía" en palabras del nivelador Sexby, los han persuadido de prostituir su libertad para mejor entregarlos al enemigo.

Nosotros venimos llamando partido del Estado a la tendencia que propugna una conciliación entre capitalismo y parlamentarismo a través de una fórmula que, todo y alentando el crecimiento económico y la oferta de empleos, permita un juego político menos condicionado por la economía. Para los partidarios de otro tipo de capitalismo, de un capitalismo políticamente correcto, con rostro humano, el Estado es el bien supremo. Es la llave maestra de todas las puertas que conducen a la reinvención de la democracia populista, y el motor de una nueva sociedad, capitalista por supuesto, pero mucho más receptiva a las pequeñas empresas políticas, gracias a sus numerosos canales de participación. Hablamos de un partido que se opone a la reducción del número de concejales y diputados; bien al contrario, pide la expansión de la burocracia, pues representa a las clases medias en descenso cuyo componente más afectado es el funcionariado. Del movimiento contracumbres a los indignados del 15-M, pasando por la creación o renovación de partidos terceros a base de antiguos fragmentos estalinistas, socialdemócratas o nacionalistas, se levanta una falsa oposición que en nombre de las masas ciudadanas en precario apela al Estado lo mismo para un roto que para un descosido. Así igual pide que aplique la tasa Tobin, que decrete la renta básica, reforme la ley electoral, elabore un programa decrecentista, consiga créditos para las pequeñas empresas, desoiga las recomendaciones de las autoridades monetarias o nacionalice la banca. En resumen, que el Estado detenga, regule o simplemente negocie los plazos de la transferencia de

capitales desde las cuentas de las clases endeudadas hacia las finanzas especulativas. Que gestione la crisis en beneficio de las clases perdedoras en el mercado mundializado, justamente lo que el Estado no puede hacer porque su misión es exactamente la contraria: administrar la crisis por cuenta de las clases ganadoras. El Estado no es un islote de seguridad democrática en un mar de finanzas embravecidas, sino una institución de la economía globalizada. El verdadero Partido del Estado sería el de los partidarios del mercado mundial y del crédito a muerte; la elite política financiera e industrial que está al mando. En pocas palabras, los grandes partidos oficiales. Y lo que hemos llamado hasta ahora Partido del Estado, sería mejor el Partido del Estado nodriza, una especie de Partido Nacional del Orden que reclamaría para el Estado funciones dirigentes propias de la etapa preglobalizante. Partido pues de la burocratización intensiva, del presupuesto hinchado y de la deuda estatal, partido del mercado nacional, del empleo subvencionado, de los impuestos, sin otra finalidad que la reconstrucción de la influencia perdida de una casta populista que ha servido bien a la dominación hasta la irrupción brutal de las fuerzas económicas transnacionales.

En la sociedad industrial desarrollista, la concentración de poblaciones masificadas en espacios asfaltados y urbanizados, sometidas a una clase dominante extremadamente jerarquizada y móvil, requiere un aparato de poder complejo y desarrollado, una sofisticada “megamáquina”. La conservación de las condiciones capitalistas esenciales obliga no sólo al sacrificio de la política autónoma, sino a la reducción de la burocracia partidista, de forma que la alternativa entre un Estado demócrata repleto de diputados y otro autoritario relleno de cargos arbitrarios es falsa; en una sociedad esclavizada por “los mercados” la opción discurre entre un Estado capaz de saldar sus deudas y otro insolvente. El primero puede permitirse mayor imaginería democrática a la hora de aplicar las medidas

terroristas que impone la buena marcha de la economía. El segundo ha de mostrar sus fauces a la población y agredirla sin contemplaciones, ya que ha de plegarse a las exigencias de instancias exteriores cuyas órdenes se manifiestan a través de un Estado mejor administrado que les sirve de referencia, como es el caso de Alemania. En el otro extremo, una sociedad libre de condicionantes económicos es más que nunca una sociedad emancipada de condicionantes políticos, libre pues tanto del mercado como del Estado. Una sociedad sin cargos electos, sin ejecutivos, consejeros ni asesores. Es una sociedad sin dirigentes ni expertos que ha de funcionar fuera de la economía autónoma y de la política profesional o amateur. Eso significa que ha de recrear en su seno condiciones no capitalistas suficientes e instituciones democráticas horizontales que hagan posible una existencia sin Estado. En palabras de P. J. Proudhon:

> Encontrar una forma de transacción que, unificando la divergencia de intereses, identificando el bien particular con el general, borrando la desigualdad natural mediante la formación, resuelva todas las contradicciones políticas y económicas; aquella donde cada individuo sea a la vez productor y consumidor, ciudadano y príncipe, administrador y administrado; donde la libertad aumente siempre sin que nunca sea necesario alienar nada; donde el bienestar crezca infinitamente, sin que nadie sufra, bien de parte de la sociedad o bien de sus conciudadanos, ningún perjuicio, ni en su propiedad, ni en su trabajo, ni en su peculio, ni en sus relaciones de interés, opinión o afecto con sus semejantes... Yo no pido ni el bien, ni el manejo de los asuntos de nadie, y no estoy dispuesto a sufrir que el fruto de mi laboriosidad sea presa de alguien. También deseo el orden, tanto o más que quienes lo perturban con su pretendido gobierno; pero lo quiero como efecto de mi voluntad, como una condición de mi trabajo y una ley de mi razón. No lo soportaré jamás si proviene de una voluntad exterior, que me impone como condiciones previas

la servidumbre y la esclavitud (*Idea general de la revolución en el siglo XIX*).

En 1850 Proudhon, cuyos conceptos de propiedad y de trabajo derivaban de la economía “moral” típica del proletariado primitivo, creía que podría saltarse la lucha de clases con esa fórmula transaccional que él llamó “contrato”, especie de pacto social federativo desde la base social organizada, “en lugar de la alienación de las libertades, del sacrificio de los derechos, de la subordinación de las voluntades”. Es en cierto modo lo que hoy ensalza cierto ciudadanismo económico y municipalista, pacifista, encandilado con las cooperativas autogestionadas, las redes de consumidores y las monedas que llaman solidarias. Sin embargo, la historia y, por consiguiente, la memoria de la experiencia, nos han enseñado que el conflicto es insoslayable, que la dominación utilizará todas sus fuerzas y recursos a su disposición para mantener la población en un estado de sumisión permanente, que la liquidación de los múltiples intereses de clase o de casta y que la supresión una tras otra de todas las piezas de la maquinaria gubernamental será obra de un sujeto revolucionario todavía por formar, y que el pacto o contrato social que lo constituya no se acordará en luchas laborales o reformas políticas, sino en revueltas territoriales y crisis urbanas. Cuando triunfe, los acuerdos entre iguales sustituirán a las leyes y la libre federación de comunidades hará lo mismo con el gobierno y el Estado. Es un camino largo y difícil, pues ha de pasar por encima de muchos cadáveres vivientes que, a pesar de haber sido sentenciados por la evidencia histórica, se obstinan en seguir coleando, abrazados al mundo tal cual es, el único lugar donde su sinrazón cobra sentido.

4. Masas, partitocracia y fascismo[1]

Todo dentro del Estado, nada fuera del
Estado, nada contra el Estado
Benito Mussolini

El tema de la partitocracia no ha sido seriamente estudiado ni por la sociología académica ni por la crítica "antifascista" del parlamentarismo moderno, y eso a pesar de que la crisis de los regímenes autoproclamados democráticos haya desvelado su realidad específica en tanto que sistemas autoritarios con apariencias liberales donde los partidos, y especialmente sus cúpulas, guiándose por intereses de poder, se abrogan la representación de la voluntad popular a fin de legitimar su acción y sus excesos. Los partidos, llegados a ese punto, se vuelven opacos y se cierran a la participación y al simple control de sus afiliados, convirtiéndose en maquinarias electorales. Al mismo tiempo, en tanto que aparatos de gestión indiferenciados, ya no son la expresión del pluralismo político, puesto que todos los objetivos partidistas confluyen en uno: la auto-conservación, o sea, la conservación del sistema dominante. Sus miembros son una verdadera clase que no se reconoce como tal en público, lo que no debe de extrañar a nadie, puesto que al igual que sucedió con la burocracia de partido único en los regímenes estalinistas y fascistas, la clase política engendrada por la partitocracia existe en la medida que oculta su existencia como clase. Como apunta Debord:

[1] Charla en la Librería La Malatesta, Madrid, 25 enero 2013; y en el local de la CNT de Aranjuez, 26 enero 2013. Editada en la revista *Estudios*, nº 9, y como folleto en Desorden Distro. Relectura en el local de la CNT de Elx, 27 septiembre 2014

"la mentira ideológica de su origen jamás puede revelarse". Su existencia como clase depende del monopolio de la ideología, leninista o fascista antaño, nacionalista o democrática ahora. Si la clase burocrática del capitalismo de Estado disimulaba su función de clase explotadora presentándose como "partido del proletariado" o "partido de la nación y la raza", la clase partitocrática del capitalismo de mercado lo hace exhibiéndose como "representante de millones de electores" o "representante de la ciudadanía", y por lo tanto, si la dictadura burocrática era el "socialismo real", la suplantación partitocrática de la soberanía popular es la "democracia real". La primera ha tratado de apuntalarse con la abundancia de espectáculos rituales y sacrificios; la segunda lo ha hecho con la abundancia de eventos espectaculares y créditos. Sendas abundancias han fracasado.

Para comprender el fenómeno de la partitocracia hay que remontarse a sus orígenes históricos. En un momento determinado de desarrollo capitalista, aquél en el que la racionalización de la producción, la multiplicación de infraestructuras administrativas y la expansión burocrática del Estado desempeñaron roles decisivos, surgió una nueva clase media profundamente conformista, que hallaba en el empleo público su principal fuente de ingresos. Los partidos se convirtieron en poderosas oficinas de colocación, y el nepotismo político sustituyó al paternalismo de los caciques y terratenientes. Este fenómeno fue estimulado por la degradación de las organizaciones obreras, la profesionalización total de la política y la formación de una clientela utilizando arbitrariamente fondos y empleos públicos, hechos intensificados en la posguerra mundial. La guerra fría, la modernización tecnológica y la crisis energética fueron otros tantos condicionantes de la fusión de la política, el Estado y el capitalismo nacional que fundamentó la moderna partitocracia. La clase media asalariada proporcionó una base social sólida al nuevo régimen, transmitiendo sus

valores a los obreros desclasados. En efecto, unas condiciones históricas dadas convirtieron al asalariado en un ser dócil dispuesto a sacrificar sus convicciones y su dignidad por la tranquilidad, el automóvil, la vivienda familiar, la seguridad social y la pensión. Ese miedo a perder su estatus en el mercado y esa falta de respeto consigo mismo lo prepararon para cualquier renuncia, fortaleciendo el sistema de partidos como antes había fortalecido al fascismo. El asalariado-masa carece de virtudes de clase pues para él sólo cuentan la vida privada y el consumo personal. Tan absorbido está por ello que apenas puede concebir una vida social, y menos aún una vida pública, de la que piensa que han de ocuparse otros, los "profesionales" que viven de ella. Es el súbdito ideal, el que miraba para el otro lado cuando tenía el trabajo y el crédito asegurados.

La patrimonialización del Estado por una clase política no alcanza su cenit y, por lo tanto, no desempeña un papel preponderante, sino cuando éste proclama como objetivo único el crecimiento de la economía autónoma, es decir, el abandono del nacionalismo económico en pro del desarrollo mundial del mercado. Entonces la clase política se funde con el interés económico y se convierte en parte de la clase dominante. En una nueva burguesía, si se quiere. Entiéndase que no es una clase subalterna, ni es toda clase dirigente (salvo en China); tampoco se trata de una clase nacional. Precisamente cuando se internacionaliza deviene un elemento fundamental en las relaciones de producción impuestas por la globalización financiera. La partitocracia suprime las contradicciones entre intereses partidistas, intereses nacionales e intereses globales al recrear en todas partes las mismas condiciones políticas óptimas para la expansión de la economía y el enriquecimiento de los aparatos; por un lado, forjando al mismo tiempo una extensa red clientelar mediante los copiosos recursos del Estado y la administración; por el otro, desactivando las protestas que emanan de la sociedad civil, integrando a la oposición

no parlamentaria y aportando la violencia institucional allí donde falla la violencia económica. La economía y la mordida no funcionan bien sin el orden, y la partitocracia, si no es exactamente el orden, es un desorden que funciona tanto en beneficio de la economía como en beneficio propio. Es el desorden establecido.

Bien que en un caso estamos ante un sistema abierto y competitivo que utiliza procedimientos electorales y, en el otro, ante un sistema cerrado y rígidamente jerarquizado donde los nombramientos no necesitan legitimación, en los últimos tiempos no es rara la comparación, incluso la asimilación, de la partitocracia con el fascismo. Ambas son formas autoritarias de gobierno que surgen tras los retrocesos y derrotas del proletariado, en el subsiguiente proceso de masificación y desclasamiento que dará lugar a un aglomerado conformista y aquiescente. Ninguna de las dos formas tolera un aparato de justicia autónomo o unos medios de información independientes, ya que son incompatibles con un poder judicial insumiso y una prensa libre. Ambas nacionalizan bancos en ruina y tienen un momento "plebeyo" inicial que estipula el "derecho al trabajo" y el "bienestar", bien apuntalando a determinados sindicatos o bien creándolos *ad hoc* para usarlos como interlocutores, momento que finaliza tan pronto como la clase obrera es domesticada y disuelta. La conversión del proletariado en una infantería pasiva de los sindicatos institucionales sin ninguna conciencia de clase ni deseo de transformación social, y el disfraz de la nueva clase media en "ciudadanía", son fundamentales. A partir de entonces las crisis se combatirán con contrarreformas laborales, sacrificios de funcionarios y privatización de servicios públicos. Porque aunque la clase media sufra también las consecuencias, permanecerá siempre fiel al sistema político-económico que le dio el ser.

Fascismo y partitocracia se empeñan en que la sociedad civil proletarizada no se constituya al margen del sistema y les dispute espacios, pero uno, en tanto que defensa extremista de la economía, recurre a la brutalización de la vida pública, mientras que la otra, en tanto que defensa modernizante, la privatiza. Son respuestas costosas a la crisis capitalista puesto que ambas necesitan mantener una creciente población improductiva, ya que la salida de aquella exige una renovación, una movilización y un trasvase de recursos que no están al alcance del Mercado. El Estado ha de encargarse de esas tareas. Pero el fascismo es una respuesta arcaica y dura, y la partitocracia, una respuesta más envolvente y racionalizada. Los momentos sangrientos del proceso de normalización corren a cargo de las bandas irregulares pro régimen en el fascismo, y a cargo de la policía en la partitocracia. Las dos son maneras de organización política del gran capital, diferentes de los regímenes "bonapartistas" –llamados así haciendo referencia a la dictadura populista implantada en Francia tras una victoria electoral por Luis Napoleón– como el del mariscal Pétain, también en Francia, el del general Perón en Argentina, o el chavismo en Venezuela. Partitocracia y fascismo poseen una base social concreta: la pequeña burguesía y el proletariado desclasado en el segundo, y las masas amaestradas –donde se incluyen la clase media asalariada y los obreros política y sindicalmente domesticados– en la primera. El bonapartismo es un híbrido de las dos, donde a la sombra de un caudillo una burocracia extractivista de antiguos luchadores cooptados media entre el gran capital y unas masas empobrecidas todavía rebeldes, a fin de que de un crecimiento de la economía basado en la explotación intensiva de recursos territoriales surja una nueva clase media aquiescente y estabilizadora.

La psicosis colectiva generada por la ausencia de ideales de clase, la desmoralización y el miedo a la crisis, hacen que dicha base crea en milagros con tal que una dirección salvadora

los prometa, y se disponga a someterse, no sin patalear, a toda clase de medidas restrictivas. El desastre de la globalización hace que la dominación reclame una economía de guerra. Y aquí comienzan las diferencias: el fascismo se produce en un marco nacional, de ahí sus planes autárquicos, las empresas mixtas, los trabajos públicos como solución del paro y su nacionalismo expansionista. La partitocracia se desarrolla en un contexto neoliberal, por lo que su planificación nacional obedece las directrices económicas del capital internacional y su política exterior se supedita a la estrategia diplomático militar del gran Estado gendarme del capitalismo, los Estados Unidos de América. De ahí sus grandes planes de infraestructuras, el recurso a los recortes presupuestarios, su obsesión por las inversiones foráneas y su política exterior alineada. Al revés de lo que sucede con el fascismo, cuyo principal rasgo es la arbitrariedad de una cadena de mando vertical, en la partitocracia la utilización del aparato burocrático con fines privados está descentralizada; lo cual extiende la corrupción a todos los niveles, su seña de identidad más llamativa. La partitocracia no necesita estatizar ningún medio de producción, aunque sí puede darse el caso de intervenir en los medios financieros; trabaja más en pro de los fondos de inversión internacionales que para salvar la empresa o la propiedad privada autóctona; se mueve siempre en la esfera de intereses que superan a los estatales y locales, aunque no los anule. Cierto es que al fallar la seducción se sirve del miedo como instrumento de gobierno, pero no para imponer una política de terror, sino una política de resignación. Para la partitocracia, los terroristas no son las fuerzas de orden, responsables de la mayoría de hechos violentos contra la población no servil, son los "otros", la encarnación de un "mal" absoluto que ella misma ha fabricado, y aprovechando la ocasión, se emplea a fondo contra toda clase de disidencia, aunque en condiciones estables prefiera disolver los antagonismos de clase con métodos represivos blandos: multas en lugar de cárcel, corrupción en lugar

de uso de la fuerza, tecnovigilancia en lugar de internamiento. El fascismo no admite la excepción, mientras que la partitocracia tolera minorías hostiles con tal de que su autoexclusión termine acoplándose al sistema y no se vuelva problemática. La comunidad ilusoria definida por el fascismo, de la que hay que formar parte por la fuerza, es la de la raza, la religión o la nación y su espacio vital, mientras que la comunidad partitocrática es la ciudadanía o los votantes, en cualquier país donde se hallen. Por eso carece del gran problema de las dictaduras terroristas de partido único, que antaño era la guerra contra las naciones vecinas. En virtud de los tratados internacionales que establecen la circulación libre de capitales y personas, la expansión de la economía no choca con aranceles, barreras aduaneras o escollos políticos nacionalistas, pudiéndose extender y hasta deslocalizar por el mundo sin necesidad de operaciones bélicas, salvo las exigidas por el control de las fuentes de energía o la posesión de minerales estratégicos. En consecuencia, las políticas "de defensa" de los sistemas partitocráticos no agotan las reservas nacionales en la fabricación de armamentos, ni condenan al hambre a su población sometida (como pasaba por ejemplo en la URSS y pasa hoy en Corea del Norte.) Los fascismos y totalitarismos han resultado fallidos casi siempre y se han desmoronado víctimas de sus insuperables contradicciones. Con frecuencia han sido sustituidos por regímenes partitocráticos más o menos imperfectos, es decir, más o menos mafiosos, según la presencia débil o fuerte de mecanismos reguladores, e inversamente, según la presencia fuerte o débil del personal del régimen anterior. Alemania, Suecia o el Reino Unido podrían ser ejemplos de partitocracias autorreguladas y, España, Portugal, Grecia, Italia o Rusia, ejemplos de partitocracias prevaricadoras y mafiosas. Tal reconversión se ha aprovechado de la derrota definitiva del proletariado revolucionario y del advenimiento de la sociedad de masas, nunca compensadas con nuevos avances que reanimaran la discusión y el debate social e hicieran posible

el retorno de un movimiento obrero radical e independiente en una sociedad de clases.

Podemos aceptar que la partitocracia no es fascismo, aunque se asemeje a él en muchos aspectos –sobre todo en la forma bipartidista– pero tampoco es democracia, ni siquiera "democracia enferma": en ella no existe separación de poderes, ni debate público, ni mecanismos públicos de control. Es un tipo moderno de oligarquía desarrollista que funciona relativamente bien en las fases de crecimiento económico, y relativamente mal durante las crisis, ya que el sacrificio obligado de un buen número de partidarios, produce un cierto grado de desafección. Las partitocracias se ven cuestionadas por su base social debido a su supeditación al sistema financiero, pero no hasta el punto de apelar a procedimientos revolucionarios, puesto que sus aspiraciones no van más allá de la reforma electoral, del control de la banca y de la demanda de inversiones. Las clases medias descontentas –y en general, las masas genuflexas– no rechazan el sistema partitocrático, simplemente exigen unos partidos más acordes con sus intereses y un Estado más keynesiano que solucione los problemas del paro, de la corrupción y del crédito; por consiguiente, sus armas siguen siendo la recogida de firmas, las movilizaciones por delegación, pacíficas y espaciadas, los recursos ante los tribunales... y el voto. Se toman al pie de la letra lo que el régimen dice de sí mismo. Así pues, las clases medias (entre las que cabría el proletariado inconsciente, disperso y desmoralizado) no persiguen un enfrentamiento con las instituciones partitocráticas, sino una mayor apertura de las mismas a un frente de terceros partidos y asociaciones. O sea, aspiran a una bautizada "democracia participativa". Quieren estar correctamente representadas en el régimen, por lo que nunca presentarán batalla ni seguirán a nadie que la presente. Sin embargo, de buena gana participarán en un simulacro mediático, carcasa vacía que sustituye al verdadero conflicto. Mojan la pólvora para que no explote. No obstante, cuando las instituciones dejan

de funcionar por quiebra –culpa de un excesivo endeudamiento, fruto de la corrupción o de una simple mala gestión prolongada– se produce ese circunstancial distanciamiento que, al aislar a la clase política y generar una reacción nihilista entre la población marginada, obliga la partitocracia a endurecerse y a aproximarse al fascismo. Sin embargo, ésta no se contenta con una legislación punitiva y fuerzas antidisturbios, sino que recurre a la "zona gris" del colaboracionismo. Hay que utilizar a los partidos ciudadanistas y sindicatos alternativos, a las coaliciones electorales y las plataformas cívicas, a los movimientos sociales y vecinales, etc., tanto por la derecha como por la izquierda, con el fin de apaciguar el descontento y reconducirlo por vías políticas y sociales legalistas. En España, uno se duerme en una asamblea de "indignados" y se despierta votando a Podemos, un remake de Izquierda Unida. En otros países, depositando en la urna la papeleta de la extrema derecha xenófoba, que desempeña la misma función seudo regeneracionista. Y mientras tanto, la clase política, el verdadero Partido del Estado, salva su *modus vivendi*, o como ella lo llama, la "gobernabilidad", gracias a una complicación pasajera del mapa político, con nuevos protagonistas mediáticos y unas puertas entreabiertas a la "iniciativa popular", a la participación "transversal" de "los ciudadanos y las ciudadanas", o incluso al neofascismo, si se requiere un suplemento de terror fuera del alcance institucional.

La partitocracia se consolidó gracias al apoyo de la clase media y las masas desclasadas, pero no se corresponde en absoluto con un gobierno ciudadanista, es decir, liberal y socialdemócrata; es, por el contrario, el gobierno total del capital globalizado. Al estar demasiado fragmentadas, las masas son incapaces de una política independiente y, tanto en épocas de bonanza como en épocas de crisis, se acomodan con las políticas desarrollistas que marcan los dirigentes de la alta burguesía ejecutiva. Pero algo han de decir cuando sus intereses son echados por la borda. La protesta ciudadana, de la que el izquierdismo vanguardista no

es más que una versión arcaizante, es su manera de manifestar el desencanto con los "políticos" y los parlamentos. Que no espere nadie ver transformarse las reivindicaciones "democráticas" consabidas en reivindicaciones socialistas. Que tampoco nadie espere encontrar en las propuestas ecologistas y decrecentistas una defensa del territorio. No se piden más que reformas y empleos; sin embargo, la partitocracia no puede reformarse ni está para colocar a nadie, sólo cabe derribarla, y eso es precisamente a lo que la clase media no se atreve. No está en su naturaleza. Si se concentraran fuerzas históricas suficientes para destruir la partitocracia, es decir, si los antagonismos entre dirigentes y dirigidos adquirieran caracteres más agudos, si se profundizara la crisis social hasta la ruptura con el Estado, una parte de la masa proletarizada las seguiría, mientras que la otra abrazaría la dictadura, el bonapartismo populista o el fascismo abierto y, entonces, el socialismo revolucionario y libertario se jugaría a doble o nada. Por desgracia, tal como lo demuestra la ausencia de mecanismos populares de autoorganización, esas fuerzas no existen.

Cualquier análisis serio de la partitocracia debe tener en cuenta las relaciones entre la clase dominante, incluida la clase política, las masas desclasadas, las clases medias y los movimientos contrarios al sistema capitalista. La clase dirigente debe asegurar la conexión con las masas mediante el Partido del Estado, neutralizando cualquier oposición resuelta que se forme directamente desde la contestación social. Si ello no sucediera y las protestas se convirtieran en revueltas, la clase dominante abandonaría los métodos pacíficos y conservadores en pro de tácticas propias de la guerra civil, acallándose los lamentos ciudadanistas y transformándose la clase política en partido unificado del orden. Cuando la clase dominante entra en conflicto con la democracia parlamentaria formal tratará de salir mediante leyes de excepción y estados de sitio encubiertos, como ha venido haciendo hasta ahora: el terrorismo

indiscriminado desempeña un papel fundamental. Esa es la verdadera función de la clase política y la burocracia obrerista en momentos de crisis aguda, introducir un régimen policial. La clase política o partido del Estado está para hacer innecesario el siempre arriesgado recurso al golpe militar o al fascismo, pues ella ha de bastarse y sobrarse para hacer de gendarme del capital mundial manteniendo las mínimas apariencias de legitimidad parlamentaria. Conviene ahora recordar que las masas no constituyen exactamente una clase, sino un agregado variopinto de fragmentos sociales, maleable y versátil, por lo que están condenadas a seguir siendo hasta el fin una herramienta del capitalismo. No pueden escapar a las alianzas de emergencia con la clase dominante, puesto que necesitan una "dirección" y no hay otra clase capaz de dársela. Por otra parte, las clases medias, el componente central de las masas, temen más a la anarquía popular, a la violencia incontrolada, al anticapitalismo o al desmantelamiento del Estado, que a los impuestos, a los recortes o a las privatizaciones. Están irritadas con los políticos, con el parlamento y con el gobierno, pero todavía creen en ellos, como también creen en los jueces y la policía, en la prensa y el ejército, en los funcionarios y las ONGs, en la ciencia y el progreso. Están sentadas en dos sillas, pero puestas ante una alternativa demasiado radical se aferrarán a las ilusiones seudodemocráticas y a los tópicos ciudadanistas del orden. Cualquier cosa antes que aventurarse por los inciertos caminos de la revolución social. No será así en todos los casos, pero sí en la mayoría. Al menos en un principio, cuando la clase dominante y el sistema partitocrático tengan las de ganar. Su papel histórico es subalterno, nunca determinante. El sujeto subversivo no surgirá de ellas, no encontrará en ellas sus ilusiones y su ser. Hemos apuntado la posibilidad de que de la plena descomposición del capitalismo pueda emerger una clase "peligrosa" dispuesta a cambiar la sociedad de arriba abajo y a eliminar el régimen político imperante. Esta clase o fuerza

histórica subversiva habrá de rechazar la ideología ciudadanista tanto como la política profesional mistificadora que hacen los partidos, pues su condición de existencia impone una estrategia disolvente y un proceder independiente e igualitario. Si eso llega a suceder, la cuestión de la clase media y de la masa sumisa manipulable se resolverá por sí sola.

Es muy difícil pensar estratégicamente después de una serie de derrotas decisivas. Los nuevos rebeldes persisten en ignorar la derrota de sus predecesores, pues cuanto mayor ha sido la destrucción del medio obrero y el progreso de la domesticación, mayor es la desorientación y la impotencia en vislumbrar una nueva perspectiva. La historia social registra un gran número de derrotas suplementarias como resultado de una mala evaluación de la derrota principal, en este caso la del proletariado en los sesenta y setenta, empeorada con los intentos de ocultarla o de ignorarla. Tampoco parece que influyan las transformaciones del capitalismo provocadas por la globalización, la crisis energética o la urbanización generalizada. En la guerra social este tipo de comportamiento lleva a la aniquilación de fuerzas, al compromiso efímero y al sectarismo vanguardista y aventurero. Resulta paradójico que quienes más partidarios son de una memoria histórica completa sean los más desmemoriados. Y que quienes se autodenominan la pesadilla del poder, no sean más que la facción indisciplinada y extremista de las clases medias en ebullición. A lo largo de la historia las crisis sociales han conducido a situaciones explosivas, pero en una atmósfera de confusión y en ausencia de una conciencia clara, las crisis solamente agravan el proceso de descomposición. La mentalidad nihilista y el oportunismo ocupan el lugar de la conciencia de clase, trabajando contra la formación de un sujeto revolucionario, y fomentando subsidiariamente en las masas sentimientos de frustración y de indiferencia. En los medios superficialmente contestatarios faltan análisis serios que destapen las raíces de la cuestión social. El atroz contraste con la

realidad tozuda y triste de los ridículos tacticismos ciudadanistas, obreristas e insurreccionalistas, por no hablar de los todavía más penosos montajes lúdicos o estéticos, induce a la pasividad, no a la radicalización. No puede haber radicalización sin toma de conciencia, y no hay toma que valga si no se ha evaluado críticamente el pasado. Solamente con buenas intenciones, rabia y escenografías no se va a ninguna parte. Desgraciadamente estamos en los comienzos de una revisión crítica. El capitalismo continúa venciendo sin encontrar demasiada resistencia. Y el bando de los vencidos continúa sufriendo las consecuencias no asimiladas de sus derrotas.

Crítica al ciudadanismo

5. Una crítica libertaria de la izquierda del capitalismo[1]

La proletarización del intelectual casi nunca genera un proletario. ¿Por qué? Porque la clase burguesa, bajo la forma de la educación, le impartió desde la infancia un medio de producción que –sobre la base del privilegio educativo– hace que el intelectual sea solidario con dicha clase, y en una medida acaso mayor, hace que esta clase sea solidaria con él. Tal solidaridad puede pasar a un segundo plano, e incluso descomponerse; pero casi siempre sigue siendo lo bastante fuerte como para impedir que el intelectual esté siempre listo para actuar, o sea, para excluirlo estrictamente de la vida en el frente de batalla que lleva el verdadero proletario

Walter Benjamín, Reseña de *Los Empleados*, de Siegfried Krakauer

El capital ha proletarizado al mundo y a la vez ha suprimido visiblemente las clases. Si los antagonismos han quedado subsumidos e integrados y ya no hay lucha de clases, entonces no hay clases. No hay clases rebeldes, ni tampoco sindicatos en el sentido genuino del término. En efecto, si el escándalo de la separación social entre poseedores y desposeídos, entre dirigentes y dirigidos, entre explotadores y explotados, ha dejado de ser la fuente principal de conflicto social y las escasas luchas que se originan transcurren siempre dentro del sistema sin cuestionarlo

[1] Charla en la Cimade, Béziers (Francia), 29 enero 2016.

jamás, eso es porque no hay clases en lucha, sino masas a la deriva. Los sindicatos y los partidos "obreros", la carcasa de una clase disuelta, persiguen otro objetivo: el mantener la ficción de un mercado laboral regulado y de una política socialista. Hoy en día el obrero es la base del capital, no su negación. Éste a través de la tecnología se adueña de cualquier actividad y su principio estructura toda la sociedad: realiza el trabajo, transforma el mundo en mundo tecnológico de trabajadores consumidores, trabajadores equipados con artefactos técnicos que viven para consumir. Fin de una clase obrera aparte, exterior y opuesta al capital, con sus propios valores; tecnificación, generalización del trabajo asalariado y adhesión a los valores mercantiles. Genocidio cultural y fin también de la polarización abrupta de las clases en el capitalismo. La sociedad no se divide en un 1% de elite financiera que decide y un 99% de masas inocentes y uniformes sin poder de decisión. Las masas se hallan terriblemente fragmentadas, jerarquizadas y comprometidas de grado o por fuerza con el sistema; sus fragmentos intermedios, cada vez más numerosos, enfermos de prudencia, desempeñan un papel esencial en la complicidad. La división entre oligarquías dirigentes por un lado y masas excluidas por el otro queda amortiguada con un amplio colchón de clases medias (*middle class*), una categoría social diferenciada, con sus propios intereses y su propia conciencia "ciudadana". Las clases medias son al capitalismo de consumo, a la sociedad del espectáculo, lo que la clase obrera fue para la utopía socialista y la sociedad de clases. Las clases medias modernas no se corresponden con la antigua pequeña burguesía, sino con las capas de asalariados diplomados ligados al trabajo improductivo. Han nacido con la racionalización, la especialización y burocratización del régimen capitalista, alcanzando dimensiones considerables gracias a la terciarización progresiva de la economía (y de la tecnología que la hizo posible). Son los estudiantes de antaño: ejecutivos, expertos, cuellos blancos y funcionarios.

Cuando la economía funciona dichas clases son pragmáticas, luego partidarias en bloque del orden establecido, o sea, de la partitocracia. Denominamos partitocracia al régimen político adoptado habitualmente por el capitalismo. Es el gobierno autoritario de las cúpulas de los partidos (sin separación de poderes), nacido de un desarrollo constitucional regresivo (que suprime derechos), y constituye la forma política más moderna que reviste la dominación oligárquica. El Estado partitocrático determina de alguna forma la existencia privada de las clases en cuestión. El divorcio entre lo público y lo privado es lo que dio lugar a la burocracia administrativo-política, parte esencial de estas clases. Por su situación particular, las clases medias son dadas a contemplar el mercado desde el Estado: lo ven como mediador entre la razón económica y la sociedad civil, o mejor, entre los intereses privados y el interés público, que es así como consideran su interés "de clase". Igual que la antigua burguesía, sólo que ésta contemplaba el Estado desde el mercado. Sin embargo, Estado y mercado son las dos caras de un mismo dios –de una misma abstracción– por lo que desempeñan el mismo papel. En condiciones favorables, las que permiten un consumismo abundante, las clases medias no están politizadas, pero la crisis, al separar el Estado partitocrático del Estado del bienestar consumidor, determina su politización. Entonces de su seno surgen pensadores, analistas, partidos y coaliciones hablando en nombre de toda la sociedad, teniéndose por su representación más auténtica.

Nos encontramos inmersos en una crisis que no sólo es económica sino total. Se manifiesta tanto en el plano estructural en la imposibilidad de una sobrecapacidad productiva y un crecimiento suficiente, como en el plano territorial con los efectos destructores de la industrialización generalizada. Tanto en el plano material, como en el moral. Sus consecuencias son la multiplicación de las desigualdades, la exclusión, la degradación psíquica, la contaminación, el cambio climático,

las políticas de austeridad y el aumento del control social. En la fase de globalización (cuando ya no existe clase obrera en el sentido histórico de la expresión) se ha producido de forma muy visible un divorcio entre los profesionales de la política y las masas que la padecen, que se acentúa cuando la crisis alcanza y empobrece a las clases medias, la base sumisa de la partitocracia. La crisis considerada sólo bajo su aspecto político es una crisis del sistema tradicional de partidos, y por descontado, del bipartidismo. La corrupción, el amiguismo, la prevaricación, el despilfarro y la malversación de fondos públicos resultan escandalosos no porque se hayan institucionalizado y formen parte de la administración, sino porque el paro, la precariedad, los recortes presupuestarios, las bajadas salariales y la subida de impuestos afectan a dichas clases. Las clases medias carecerán de pudor, serán indiferentes a la verdad, pero son conscientes de sus intereses, puestos en peligro por la clase política tradicional. Entonces, los viejos partidos ya no bastan para garantizar la estabilidad de la partitocracia. En los países del sur de Europa la ideología ciudadanista refleja perfectamente esa reacción desairada de las clases susodichas. Contrariamente al viejo proletariado que planteaba la cuestión en términos sociales, los partidos y alianzas ciudadanistas la plantean exclusivamente en términos políticos. Se dirigen a un nuevo sujeto, la ciudadanía, conjunto abstracto de individuos con derecho a voto. En consecuencia, consideran la democracia, es decir, el sistema parlamentario de partidos, como un imperativo categórico, y la delegación, como una especie de premisa fundamental. Así pues, el vocabulario progresista y democrático de la dominación es el que mejor corresponde a su universo mental e ideológico. Hablan en representación de una clase universal evanescente, la ciudadanía, cuya misión consistiría en cambiar con la papeleta una democracia de mala calidad por una democracia buena, "de la gente". Así pues, el ciudadanismo es un democratismo legitimista que reproduce tópico por tópico al liberalismo

burgués de antaño y con mucho alarde trata de correrlo hacia la izquierda. La crema fundadora de los nuevos partidos ciudadanistas proviene del estalinismo y del izquierdismo; para ella la palabrería democrática equivale a una actualización de las viejas cantinelas autoritarias y vanguardistas de corte leninista, que todavía asoman como actos fallidos en la prosodia verbal de algunos dirigentes. Formalmente pues, se sitúa en la izquierda del sistema. Claro, ya que es la izquierda del capitalismo.

La mayoría de los nuevos partidos y alianzas, dirigidos principalmente por profesores, economistas y abogados que, inspirándose en el cambio de rumbo de la izquierda populista latinoamericana y griega, o lo que viene a ser lo mismo, identificando las instituciones tal cuales como el principal escenario de la transformación social, trasladan a los consistorios y parlamentos las energías que antes se disipaban en las fábricas, en los barrios y en la calle. En realidad tratan de cambiar una casta burocrática mala por otra supuestamente buena a través de comicios y posteriores componendas, algo en lo que siempre habían fracasado el neoestalinismo y el izquierdismo. Aspiran a convertirse en la nueva socialdemocracia –para el caso ibérico, bien constitucionalista o bien separatista–. Todo depende de los votos. La revolución ciudadanista empieza y termina en las urnas. Las reformas dependen exclusivamente de la aritmética parlamentaria, o sea, de la gobernabilidad institucional, algo que tiene que ver más con la predisposición a los pactos de la socialdemocracia vieja o del estalinismo renovado. Se han de conseguir nuevas mayorías políticas "de cambio" para asegurar la "gobernanza", ya que nadie desea una ruptura social, ni siquiera los que persiguen una ruptura nacional, sino una "democracia de las personas": una partitocracia más atenta con sus creyentes. La desmovilización, el oportunismo y la rápida burocratización que ha seguido a las diversas campañas electorales demuestran que los agitadores de la víspera se vuelven gestores responsables a la hora de instalarse en las instituciones. El resto de los mortales han de

conformarse con ser espectadores pasivos del juego mezquino de la política con sus representaciones gestuales de cara a la galería, puesto que la actividad institucional ha eliminado precisamente del escenario a "las personas". El espectáculo político es un poderoso mecanismo de dispersión.

La derecha del capital ha venido apostando por la desregulación del mercado laboral y por la tecnología, generando más problemas que los que pretendía resolver. Por el contrario, imitando el modelo desarrollista latinoamericano, la izquierda del capital apuesta en cambio por el Estado, ya que en periodos de expansión económica mundial, con el precio de las materias primas por las nubes, podía desviarse parte de las ganancias privadas hacia políticas sociales, y en periodos de recesión podía evitarse que las masas asalariadas, y sobre todo las clases medias, soportaran todo el coste de la crisis: algo de neokeynesianismo en el cocido neoliberal. De ahí viene una cierta verborrea patriótica anti Merkel o anti troika, pero no antimercado: se quiere un Estado social soberano "en el marco de la Unión Europea", es decir, bien avenido con las finanzas mundiales. Aunque la crisis no pueda superarse, puesto que es "una depresión de larga duración y alcance global" según dicen los expertos, la reconstrucción del Estado como asistente y mediador quiere demostrar que se puede trabajar para los mercados desde la izquierda. Y especialmente para el mercado que explota la materia prima "sol, playa y discoteca", el petróleo de acá. Es más, los partidos ciudadanistas se creen en estos momentos los más cualificados para dejar las incineradoras en su sitio, respetar la privatización de la sanidad, imponer recortes y cobrar nuevos impuestos. Para los ciudadanistas el Estado es tan sólo el instrumento con el que tratar de maquillar las contradicciones generadas por la globalización, no el arma encargada de abolirla. La preservación del Estado y no el fin del capitalismo es pues la prioridad máxima de los nuevos partidos, de ahí que su estrategia de asalto a las instituciones, ridículo

sucedáneo de la toma del poder leninista, se apoye sobre todo en los electores conformistas y resignados decepcionados con los partidos de siempre y subsidiariamente, en los movimientos sociales manipulados. Por desgracia, los abogados y los militantes con propensión a convertirse en vedettes han conseguido monopolizar la palabra en la mayoría, neutralizando así todo lo que estos movimientos podían tener de antiautoritario y subversivo. La actividad institucional promueve una lectura reformista de las reivindicaciones colectivas y anula cualquier iniciativa moderada o radical de la base.

En definitiva, el ciudadanismo no trata de cambiar la sociedad sino de administrar el capitalismo –dentro de la eurozona– con el menor gasto y también con la menor represión posible para las clases medias y sus apoyos populares. Intenta demostrar que una vía alternativa de acumulación capitalista es posible y que el rescate de las personas (el acceso al estatuto de consumidor) es tan importante como el rescate de la banca, es decir, que el sacrificio de dichas clases no solamente no es necesario, sino que es contraproducente: no habrá desarrollo ni mundialización sin ellas. Quiere aumentar el nivel de consumo popular y volver al crédito a mansalva, no transformar de arriba abajo la estructura productiva y financiera. Por consiguiente, apela a la eficacia y al realismo, no al decrecimiento, los cambios bruscos y las revoluciones. El diálogo, el voto y el pacto son las armas ciudadanistas, no las movilizaciones, las ocupaciones o las huelgas generales. Pocos son los ciudadanistas que se han significado en una lucha social. Lo que quieren es un diálogo directo con el poder fáctico, y con "las personas" un diálogo virtual-mediático. Las clases medias son más que nada clases pacíficas y conectadas al espacio virtual: su identidad queda determinada por el miedo, el espectáculo y la red. En estado puro, o sea, no contaminadas por capas más permeables al racismo o la xenofobia tales como los agricultores endeudados, los obreros desclasados y los jubilados asustados, no quieren

más que un cambio tranquilo y pausado, desde dentro, hacia lo mismo de siempre. En absoluto desean la construcción colectiva de un modo de vida libre sobre las ruinas del capitalismo. Por otra parte, en estos tiempos de reconversión económica, de extractivismo y de austeridad, hay poco margen de maniobra para reformas, por lo que los partidos ciudadanistas "en el poder" han de contentarse con actos institucionales simbólicos, de una repercusión mediática perfectamente calculada. En la coyuntura actual, el nacionalismo resulta de gran ayuda, al ser una mina inagotable de poses. Las burocracias ciudadanistas dependen de la coyuntura mundial, del mercado en suma, y éste no les es favorable ni lo será en el futuro. En definitiva, sus gestos rompedores ante las cámaras han de esconder su falta de resultados cuanto más tiempo mejor, a la espera o más bien temiendo la formación de otras fuerzas, antiespectáculo, anticapitalistas o simplemente antiglobalizadoras, más decididas en un sentido (un totalitarismo mucho más duro) o en otro (la revolución).

El capitalismo declina pero su declive no se percibe igual en todas partes. No se ha considerado la crisis como múltiple: financiera, demográfica, urbana, emocional, ecológica y social. Ni se tiene en cuenta que fenómenos tan diversos como la egolatría post moderna, el nacionalismo y las guerras periféricas son responsabilidad de la mundialización capitalista. En el sur de Europa la crisis se interpreta como un desmantelamiento del "Estado del bienestar" y un problema político. En el norte, con el Estado del bienestar aún mal que bien en pie, tiende a tomarse como una invasión musulmana y una amenaza terrorista, o sea, como un problema de fronteras y de seguridad. Todo depende pues del color, la nacionalidad y la religión de los asalariados pobres (*working poor*), de los inmigrantes y de los refugiados. La división internacional del trabajo concentra la actividad financiera en el norte europeo y relega el sur al rango de una extensa zona residencial y turística. Por eso el sur

es mayoritariamente europeísta y opuesto a la austeridad; su prosperidad depende del "bienestar" consumista norteño. El norte es todo lo contrario; su prosperidad y buena conciencia "democrática" dependen de la eficacia sureña en el control de los pasos fronterizos y de las aguas mediterráneas. La reacción mesocrática es contradictoria, pues por una parte la ilusión de reforma y apertura domina, pero, por la otra, se impone el modo de vida industrial en burbuja y la necesidad de un control absoluto de la población, lo que a la postre significa un estado de excepción "en defensa de la democracia". A eso Bataille, Breton y otros llamaron "nacionalismo del miedo". Las mismas clases que votan a los ciudadanistas en un sitio, votan a la extrema derecha en el otro. Los libertarios –los amantes de la libertad entendida como participación directa en la cosa pública– han de entender esto como propio de la naturaleza ambivalente de dichas clases, que se dejan arrastrar por la situación inmediata. Han de denunciar este estado de cosas e intentar construir movimientos de protesta autónomos en el terreno social y cotidiano "a defender". Pero si las condiciones objetivas para tales tareas están dadas, las subjetivas brillan por su ausencia. Hoy por hoy, las clases medias llevan la iniciativa y los ciudadanistas la voz cantante. No abunda la determinación de usar la inteligencia y la razón sin dejarse influir por los tópicos característicos del ciudadanismo. La abstención podría ser un primer paso para marcar distancias. No obstante, la perspectiva política solamente se superará mediante una transformación radical –o mejor una vuelta a los comienzos– en el modo de pensar, en la forma de actuar y en la manera de vivir, apoyándose aquellas relaciones extra-mercado que el capitalismo no haya podido destruir o cuyo recuerdo no haya sido borrado. Asimismo mediante un retorno a lo sólido y coherente en el modo de pensar: la crítica de la concepción burguesa posmoderna del mundo es más urgente que nunca, pues no es concebible un escape del capitalismo con la conciencia colonizada por los valores de su dominación.

La necesaria desaculturación (desalienación) que destruya todas las identidades de guardarropía (tal como las llama Bauman) que nos ofrece el sistema, así como todos los disfraces deconstructivos del individualismo castrado, ha de cuestionar seriamente cualquier fetiche del reino de la mercancía: el parlamentarismo, el Estado, la "máquina deseante", la idea de progreso, el desarrollismo, el espectáculo... pero no para elaborar las correspondientes versiones "antifascistas" o "nacionales". No se trata de fabricar una teoría única con respuestas y fórmulas para todo, una especie de moderno socialismo de cátedra, ni de anunciar la epifanía de una insurrección que nunca acaba de llegar. Tampoco se trata de forjar una entelequia (pueblo fuerte, clase proletaria, nación) que justifique un modelo organizativo arqueomilitante y vanguardista, claramente reformista, ni mucho menos de regresar literalmente al pasado sino, insistimos, de lo que se trata es de salirse de la mentalidad y la realidad del capitalismo inspirándose en el ejemplo histórico de experiencias convivenciales no capitalistas. La obra revolucionaria tiene mucho de restauración, por eso es necesario redescubrir el pasado, no para volver a él, sino para tomar conciencia de todo el acervo cultural y toda la vitalidad comunitaria sacrificadas por la barbarie industrial. El olvido es la barbarie.

Es verdad que las luchas anticapitalistas aún son débiles y a menudo recuperadas, pero si aguantan firme y rebasan el ámbito local, a poco que el desarreglo logre aniquilar políticamente a las clases medias, pueden echar abajo la vía institucional junto con el modo de vida dependiente que la sostiene. No obstante, la crisis en sí misma conduce a la ruina, no a la liberación, a menos que la exclusión se dignifique y tales fuerzas concentren un poder suficiente al margen de las instituciones. La crisis todavía es una crisis a medias. El sistema ha tropezado sobradamente con sus límites internos (estancamiento económico, restricción del crédito, acumulación insuficiente, descenso de la tasa de ganancia), pero no lo bastante con sus límites externos

(energéticos, ecológicos, culturales, sociales). Hace falta una crisis más profunda que acelere la dinámica de desintegración, vuelva inviable el sistema y propulse fuerzas nuevas capaces de rehacer el tejido social con maneras fraternales, de acuerdo con reglas no mercantiles (como en Grecia), amén de articular una defensa eficaz (como en Rojava o en Oaxaca). La estrategia actual de la revolución (el uso de la exclusión y las luchas en función de un objetivo superior) ha de apuntar –tanto en la construcción cotidiana de alternativas como en la pelea diaria– hacia la erosión de cualquier autoridad institucional, la agudización de los antagonismos y la formación de una comunidad arraigada, autónoma, consciente y combativa, con sus medios de defensa preparados.

Los libertarios no desean sobrevivir en un capitalismo inhumano con rostro democrático y todavía menos bajo una dictadura en nombre de la libertad. No persiguen fines distintos a los de las masas rebeldes, por lo tanto no deberían organizarse por su cuenta dentro o fuera de las luchas. Se han de limitar a hacer visibles las contradicciones sociales confrontando sus ideas con las nuevas condiciones de dominación capitalista. No reconocen como principio básico de la sociedad un contrato social cualquiera, ni la lucha de todos contra todos o la insurrección permanente; tampoco pretenden basar ésta en la tradición, el progreso, la religión, la nación, la naturaleza, el yo o la nada. Pelean por una nueva sociedad histórica libre de separaciones, mediaciones alienantes y trabas, sin instituciones que planeen por encima, sin dirigentes, sin trabajo-mercancía, sin mercado, sin egos narcisistas y sin clases. Y asimismo sin profesionales de la anarquía. El proletariado existe por culpa de la división entre trabajo manual y trabajo intelectual. Igual pasa con las conurbaciones, fruto de la separación absurda entre campo y ciudad. Ambos dejarán de existir con el fin de las separaciones.

El comunismo libertario es un sistema social caracterizado por la propiedad comunal de los recursos y estructurado por la solidaridad o ayuda mutua en tanto que correlación esencial. Allí, el trabajo –colectivo o individual– nunca pierde su forma natural en provecho de una forma abstracta y fantasmal. La producción no se separa de la necesidad y sus residuos se reciclan. Las tecnologías se aceptan mientras no alteren el funcionamiento igualitario y solidario de la sociedad, ni reduzcan la libertad de los individuos y colectivos. Conducen a la división del trabajo, pero si ésta debiera producirse por causa mayor, nunca sería permanente. Al final, iría en detrimento de la autonomía. La estabilidad va por delante del crecimiento, y el equilibrio territorial por delante de la producción. Las relaciones entre los individuos son siempre directas, no mediadas por la mercancía, por lo que todas las instituciones que derivan de ellas son igualmente directas, tanto en lo que afecta a las formas como a los contenidos. Las instituciones parten de la sociedad y no se separan de ella. Una sociedad autogestionada no tiene necesidad de empleados y funcionarios puesto que lo público no está separado de lo privado. Ha de dejar la complicación a un lado y simplificarse. Una sociedad libre es una sociedad fraternal, horizontal y equilibrada, y por consiguiente, desestatizada, desindustrializada, desurbanizada y antipatriarcal. En ella el territorio recobrará su importancia perdida, pues contrariamente a la actual, en la que reina el desarraigo, será una sociedad llena de raíces.

6. La impostura política aquí y ahora[1]

Se dice del impostor que es alguien que se hace pasar por quien no es, alguien que finge ser otro. La impostura es ante todo una suplantación, lo que implica engaño, farsa y embuste. El impostor es básicamente un hipócrita y un comediante, cualidades esenciales para el ejercicio de la política. En la historia, Marx decía que los grandes hechos se repiten dos veces, una como tragedia y la otra como comedia. De tragedias hubieron muchas; de comedias, la última, la del ciudadanismo –o del patriotismo "de la gente", como gusta llamarse– las supera a todas. En efecto, el impostor imita gestas pretéritas y se engalana con sus oropeles pero de manera involuntariamente cómica. Anda bien alejado de los heroísmos pasados: su interpretación se decanta cómicamente hacia el costado que más conviene a la impostura, el que mejor sale en los medios, por más que ese proceder despierte sonrisas e incite a la incredulidad.

Nuestros ciudadanistas son perfectos ejemplos de impostores políticos y comediantes de ideales. Simulan ser distintos a lo que son –burócratas patéticos aspirantes a dirigentes– y aseguran que "no fallarán" a sus seguidores en la carrera por "ocupar las instituciones". En nombre de entidades tan brumosas como "la gente", "las personas" o "la ciudadanía" nos prometen cambios

[1] Charlas en la Cafetería Ítaca de Murcia, organizada por el Ateneo Libertario La Idea, 14 abril 2016; en el local de la CNT de Lorca, 15 abril 2016; y en el local de la CNT de Toledo, 30 abril 2016

profundos y liderazgos esclarecidos decididos a “recuperar la democracia” e incluso a “construir una nueva civilización”. Sin embargo, tan pronto como esa “democracia” y esa “civilización” se van concretando, no se distinguen de las presentes más que por el hecho de que ellos participan en su gestión. Aparentemente han cambiado de naturaleza gracias a su presencia. Al recurrir a conceptos interclasistas, los ciudadanistas se colocan por encima de las clases como representantes de un interés general que ha de realizarse únicamente a través de las instituciones. Las operaciones que conducen al “cambio” no se plantean como enfrentamiento entre clases, puesto que se huye expresamente del terreno social, sino como cambios en la delegación. Para los ciudadanistas las contradicciones importantes se dan en la escena política, que es la primera que hay que ocupar, no en la lucha social o económica. En una sociedad del espectáculo ello supone tres cosas: la desactivación de la protesta social, la formación de partidos convencionales y la promoción mediática intensiva de sus figurillas. Estamos ante un caso vulgar de charlatanería política, ni qué decir tiene, pero con la particularidad de haber tenido éxito. Ha sido una bufonada que convirtió a montones de activistas frustrados en burócratas convencidos. Cabe buscar el por qué.

La ausencia de lucha de clases ha creado las circunstancias y las condiciones que han permitido a personajes mediocres representar ante las cámaras el papel de salvadores, y a partidos de circunstancias aparecer en escena como vanguardias aguerridas. En los países a la cabeza de la economía global, la clase más numerosa no es el proletariado. Ni siquiera éste constituye una verdadera clase. No existe una “clase obrera” como elemento autónomo consciente con el que contar. La terciarización de la economía y la funcionarización de la política, a la vez que anularon los sectores proletarios más combativos, desarrollaron un amplio estrato intermedio asalariado, heredero del pensamiento burgués, que hasta hoy

abasteció regularmente de ejecutivos y mandos los escalones bajos del capitalismo renovado. Son las nuevas clases medias diplomadas, tecnológicamente al día, cuyos miembros tienen estudios y desempeñan funciones mayormente ligadas al proceso de burocratización o racionalización instrumental del sistema. Dichas clases, debido a su posición improductiva dentro de una mundialización dirigida por las finanzas, contemplan al Estado como el garante de su "bienestar", es decir, de su vida privada chapoteando en un mar de consumismo tranquilo. Con mayor razón, en tiempos de crisis, la visión salvadora del Estado se acentúa, por más que su naturaleza verdadera se corresponda poco con la salvación. Pues bien, nos encontramos en uno de esos períodos críticos donde éstas toman la iniciativa y tratan de instrumentalizar el Estado. Lo que el triunfo de los partidos ciudadanistas tiene a bien revelar es la irrupción de las clases medias en la política, con sus propios partidos y sus improvisados líderes, forzadas por una crisis que ha deteriorado la confianza en la política profesional, crisis que amenaza la existencia apacible de dichas clases y que liquida implacablemente los minúsculos privilegios que las diferenciaban de los estratos populares inferiores. El ciudadanismo es un fenómeno de clase, la toma de conciencia particular de unas clases que han conseguido arrastrar hacia las urnas a sectores desclasados más desfavorecidos y, por consiguiente, más afectados, sectores que al sentirse de alguna forma representados por los políticos de nuevo cuño, se han quedado en casa. Un ejemplo de que "sí se puede" montar en poco tiempo un operativo político triunfante en su modesto propósito de parar las luchas sociales y "tomar" las instituciones para usarlas en interés de la clase en cuestión.

El capitalismo había logrado dominar sus contradicciones, integrarlas como parte de su ser, evitando así que engendrasen a un enemigo mortal. Si bien aquéllas continúan dándose y adquiriendo cada vez mayor dimensión, pocos son los que las intuyen y menos aún los que son capaces de explicarlas. Pero

aunque fuesen expuestas y debatidas razonadamente no se produciría desafección, sino desazón y miedo. Una sociedad atemorizada e instalada en el engaño se agarra a la impostura con todas sus fuerzas; desea ser embaucada porque la verdad la asusta. Si la mayoría de la población está convencida de que tiene mucho que perder si se moviliza por su cuenta, menos todavía se embarcará en proyectos revolucionarios que aspiren a transformaciones reales. Más bien se atrincherará en una posición inmóvil, dejando que una nueva casta juvenil de antiguos estudiantes presente el enroque sin riesgos de la masa conformista como una heroica aventura. Necesitará entonces una fuerte dosis de ilusión y autocomplacencia. Gracias a ella, los cálculos estratégicos de la guerra social se convertirán por arte de magia política en aritmética electoralera. Y del mismo modo, el desmantelamiento violento del capitalismo se transformará con la guía de nuevos profesionales en una "sostenible" y relajada "transición al post capitalismo", para la cual se poseen fórmulas decrecentistas y fondos de la Unión Europea. La mistificación y el bluff [blof] desempeñan un papel tan de primera magnitud como el Estado en una sociedad donde una mayoría aplastante no desea auténticos cambios, sino la vuelta pacífica a situaciones anteriores económicamente más beneficiosas. En un contexto espectacular de autoengaño y pavoneo como el actual, ideal para teatralizar en las tertulias televisivas, consistorios y parlamentos la partida entre la vieja política corrupta y la nueva por corromper, entre la derecha y la izquierda del capital, todos van de farol y lo saben. El juego está amañado.

La crisis capitalista se percibe en el Sur de Europa como un problema político que atañe al estatus de las nuevas clases medias, no como un problema de seguridad y de fronteras. El "estado del bienestar" de dichas clases no necesita blindarse como en el Norte, sino recomponerse. El montaje mediático-político desplegado en los países europeos del Sur es una

operación rescate en la que el Estado juega un rol central, puesto que se trata de un salvamento al margen de la lucha social y hasta cierto punto, de los mercados. Por eso adquiere un carácter más político que económico, más "de izquierdas" que "de derechas", y, en lo que concierne a las masas oprimidas, tiene más efectos desmovilizadores que autoorganizativos. Los partidos ciudadanistas son pacificadores sociales y esa es una función que apenas se subraya. No son partidos antieuropeístas, es decir, no pretenden desmontar las estructuras capitalistas europeas. Son estatistas y son desarrollistas. Quieren asegurar la situación de las clases medias con ayuda del Estado, aunque también tengan que recurrir a los recortes, a los impuestos, a las industrias contaminantes, al turismo de masas, a los grandes eventos y a los macroproyectos inútiles. Donde mejor se ha visto esto ha sido en el caso griego, quizás porque la relación entre el neoestalinismo ciudadanista y la neutralización de los conflictos sociales era ya muy evidente en el momento del "asalto a las instituciones". Una vez en el poder la coalición-partido Syriza se ha comportado como lo que realmente era, una socialdemocracia de recambio, y ha tomado las medidas antiobreras oportunas para garantizar la estabilidad del capitalismo globalizado en Grecia. De igual manera, en el estado español ha podido comprobarse, sobre todo a nivel municipal, la labor del ciudadanismo en acción en pro del orden. A pesar de recurrir a una catarata de gestos de cara a la galería, los alcaldes ciudadanistas no han podido ofrecer una gestión esencialmente diferente de la anterior por más empeño que hayan puesto. Como en el cuento de Andersen, el idioma liberal-progresista de la corrección política con el que los nuevos cortesanos visten al emperador no ha podido disimular su desnudez.

El Estado y el capital son la misma cosa: relaciones sociales desequilibradas mediatizadas por formas abstractas –la mercancía, la burocracia– que se erigen como poderes separados (instituciones, administración, mercado) frente a la sociedad de

donde provienen y a la que parasitan. Constituyen una gigantesca maquinaria que funciona sólo en la dirección que favorece a la dominación. No se accede a ella impunemente, pues al instante el trepador político queda atrapado en el engranaje, y aunque lleve el equipaje repleto de buenas intenciones no podrá hacer más que lo que haya sido estipulado. Los logros obtenidos desde dentro solamente podrán beneficiar a las clases medias si no perjudican a los poderosos intereses dominantes. Con mayor razón ocurrirá lo mismo con los estratos desahuciados y excluidos, la gran coartada política del ciudadanismo. El margen es muy estrecho puesto que la gestión institucional no dará beneficios sociales más que en coyunturas económicas favorables. Lógicamente, dada la crisis, el ciudadanismo ha de fracasar necesariamente en sus objetivos asistenciales, pero seguirá triunfando mientras la mayoría de la población oprimida prefiera el reposo a la marcha y el sueño al despertar. Mientras la crisis continúe estancada, la apatía, la depresión y el miedo son los componentes principales de la vida privada de la que muy pocos intentan escapar.

Los libertarios somos los agoreros que rompemos el consenso realista en torno a los ciudadanistas y a su "Pequeñilandia", la tierra prometida del mago de Oz adonde nos debe llevar un tornado electoral. Nuestra tarea empieza combatiendo la mentalidad burguesa que coloniza el imaginario de las masas oprimidas, especialmente sus principales paradigmas, la fe en la política y la superstición del progreso. Hay que derrotar a los ciudadanistas tanto en el terreno de las ideas como en el de la acción. Hay que desvelar el reformismo retrógrado de su programa. El encerrarse en un gueto societario o sindical no sirve. Ningún cambio verdadero será posible si las masas prestan oídos a los cantos de sirena ciudadanistas y acuden a las urnas tras refocilarse en los empleos basura prometidos por los nuevos inversores. Ninguna transformación radical podrá llevarse a cabo si las masas, al calor de los conflictos, no consiguen separarse

de la clase media y de los aparatos sindicales forjando relaciones directas y creando instituciones horizontales paralelas, desde donde se elaboren programas revolucionarios de autogestión. La cuestión de la estrategia pasa a primer plano. Contra lo que suelen indicar las apariencias, el Estado y el mercado son extremadamente frágiles; numerosos indicios revelan un grado avanzado de descomposición. Se sostienen por el crédito que de buena o mala gana les otorga la población. Pero no basta con desenmascarar la falacia política: la lucha social ha de intensificarse, pues es el hogar donde ha de formarse una fuerza antagónica capaz de hacer historia desindustrializando el mundo, suprimiendo el patriarcado, destruyendo el capitalismo y aboliendo el Estado.

7. La peste ciudadana. La clase media y sus pánicos[1]

Que la economía y la política vayan a la par es algo elemental. La consecuencia lógica de tal relación es que la política real ha de ser fundamentalmente económica: a la economía de mercado corresponde una política de mercado. Las fuerzas que dirigen el mercado mundial, dirigen de facto la política de los Estados, la exterior, la interior y la local. La realidad es ésta: el crecimiento económico es la condición necesaria y suficiente de la estabilidad social y política del capitalismo. En su seno, el sistema de partidos evoluciona de acuerdo con el ritmo desarrollista. Cuando el crecimiento es grande, el sistema tiende al bipartidismo. Cuando se detiene o entra en recesión, como si obedeciera a un mecanismo homeostático, el panorama político se diversifica.

El capital, que es una relación social inicialmente basada en la explotación del trabajo, se ha apropiado de todas las actividades humanas, invadiendo todas las esferas: cultura, ciencia, arte, vida cotidiana, ocio, política... Que hasta el último rincón de la sociedad se haya mercantilizado significa que todos los aspectos de la vida funcionan según pautas mercantiles, o lo que es lo mismo, que cualquier actividad humana es gobernada por la lógica capitalista. En una sociedad-mercado de éstas características no existen clases en el sentido clásico del término (mundos aparte enfrentados), sino una masa plástica

[1] Charla en la Cafetería-librería Ítaca, Murcia, 30 de abril de 2015.

donde la clase del capital –la burguesía– se ha transformado en un estrato ejecutivo sin títulos de propiedad, mientras que su ideología se ha universalizado y sus valores han pasado a regular todas las conductas sin distinción. Esta forma particular de desclasamiento general no se traduce en una desigualdad social menguada; bien al contrario, es mucho más acentuada, pero incluso con el aguijoneo de la penuria ésta se percibe con menor intensidad y, por consiguiente, no induce al conflicto. El modo de vida burgués ha inundado la sociedad, anulando la voluntad de cambio radical. Los asalariados no quieren otro estilo de vida ni otra sociedad esencialmente diferente; a lo sumo, una mejor posición dentro de ella mediante un mayor poder adquisitivo. El antagonismo violento se traslada a los márgenes: la contradicción mayor radica más que en la explotación, en la exclusión. Los protagonistas principales del drama histórico y social ya no son los explotados en el mercado, sino los expulsados y quienes se resisten a entrar: los que se sitúan fuera del "sistema" como enemigos.

La sociedad de masas es una sociedad uniformizada, pero tremendamente jerarquizada. En la cúspide dirigente no la conforma una clase de propietarios o de rentistas, sino una verdadera clase de gestores. El poder deriva pues de la función, no del haber. La decisión se concentra en la parte alta de la jerarquía social; la desposesión, principalmente en forma de empleo basura, precariedad laboral y exclusión, se ceba en la parte más baja. Las capas intermedias, encerradas en su vida privada, ni sienten ni padecen; simplemente consienten. Sin embargo, cuando la crisis económica las alcanza, las tira hacia abajo. Entonces, dichos estratos, denominados por los sociólogos, clases medias, salen de ese inmovilismo que era basamento del sistema de partidos, contaminan los movimientos sociales y toman iniciativas políticas que se concretan en nuevas formaciones. Su finalidad no es evidentemente la emancipación del proletariado, o una sociedad libre de productores libres, o

el socialismo. El objetivo es mucho más prosaico, puesto que no apunta más que al rescate de la clase media, o sea, a su desproletarización por la vía político-administrativa.

La expansión del capitalismo, geográfica y socialmente, comportó la expansión de sectores asalariados ligados a la racionalización del proceso productivo, a la terciarización de la economía, a la profesionalización de la vida pública y a la burocratización estatal: funcionarios, asesores, expertos, técnicos, empleados, periodistas, profesiones liberales, etc. Su estatus se desprendía de su preparación académica, no de la propiedad de sus medios de trabajo. La socialdemocracia alemana clásica vio en esas nuevas "clases medias" un factor de estabilidad que hacía posible una política reformista, moderada y gradual, y desde luego, un siglo más tarde, su ampliación permitió que el proceso globalizador llegara al límite sin demasiadas dificultades. El crecimiento exponencial del número de estudiantes fue el signo más elocuente de su prosperidad; en cambio, el desempleo de los diplomados ha sido el indicador más claro de la desvalorización de los estudios y, por lo tanto, el termómetro de su abrupta proletarización. Su respuesta a la misma, por supuesto, no adopta rasgos anticapitalistas, ajenos completamente a su naturaleza, sino que se materializa en una modificación moderada de la escena política que reaviva el reformismo de antaño, centrista o socialdemócrata, pomposamente denominada "asalto a las instituciones".

La clase media se halla en el centro de la falsa conciencia moderna por lo que no se contempla a sí misma como tal; para ella su condición es general. Todo lo ve bajo su óptica particular exacerbada por la crisis, sus intereses son los de toda la sociedad. Sociológicamente, todo el mundo es clase media; sus ideólogos se expresan en el lenguaje de cartón piedra de Negri, Gramsci, Foucault, Deleuze, Derrida, Lyotard, Bourdieu, Zizek, Mouffe, etc. Para ellos el "gran acontecimiento", la quiebra del régimen capitalista, es algo que nunca sucederá. La revolución es un mito

al que conviene renunciar en aras de una contestación realista a la crisis que fomente la participación ciudadana a través de las redes sociales, o sea, la cacareada "dialéctica de contrapoder", no que impulse el cambio revolucionario. Políticamente, todo el mundo es ciudadano, o sea, miembro de una comunidad electrovirtual de votantes, y en consecuencia, ha de apasionarse con las elecciones y las nuevas tecnologías. Cretinismo ideológico posmoderno por un lado, cretinismo parlamentario tecnológicamente asistido por el otro, pero cretinismo que cree en el poder. Su concepción del mundo le impide contemplar los conflictos sociales como lucha de clases; para ella aquellos son simplemente un problema redistributivo, un asunto de ajuste presupuestario cuya solución queda en manos del Estado, y que por consiguiente, depende de la hegemonía política de las formaciones que mejor la representan. La clase media posmoderna reconstruye su identidad política en oposición, no al capitalismo, sino a "la casta", es decir, a la oligarquía política corrupta que ha patrimonializado el Estado. Los otros protagonistas de la corrupción, banqueros, constructores y sindicalistas, permanecen en segundo plano. La clase media es una clase temerosa, espoleada por el miedo, por lo que busca hacer amigos más que enemigos, pero ante todo busca no desequilibrar los mercados; la ambición y la vanidad aparecerán con la seguridad y la calma que proporciona el pacto político y el crecimiento. Al constituirse como sujeto político, su ardor de clase se consume todo ante la perspectiva del parlamentarismo; la contienda electoral es la única batalla que piensa librar, y ésta discurre en los medios y las urnas. En sus esquemas no cabe la confrontación directa con la fuente de sus temores y sus ansias –el poder de "la casta"– ya que sólo pretende recuperar su estatus de antes de 2008, reforma que pasa por la repatrimonialización ampliada de las instituciones, no por su liquidación.

El concepto de "ciudadanía" ofrece un sucedáneo identitario allí donde la comunidad obrera ha sido destruida

por el capital. La ciudadanía es la cualidad del ciudadano, un ente con derecho a papeleta cuyos adversarios parece que no sean ni el capital ni el Estado, sino los viejos partidos mayoritarios y la corrupción, los grandes obstáculos del rescate administrativo de la clase media desahuciada. La ideología ciudadanista, a la vanguardia del retroceso social, no es una variante pasada por agua del obrerismo estalinoide; es más bien la versión posmoderna del radicalismo burgués. No se reconoce ni siquiera de boquilla en el anticapitalismo, al que considera caducado, sino en el liberalismo social de corte más o menos populista. Esto es así porque ha tomado como punto de partida la existencia degradada de las clases medias y sus aspiraciones reales, por más que se apoye en las masas en riesgo de exclusión, demasiado desorientadas para actuar con autonomía, y asimismo en los movimientos sociales, demasiado débiles para creer y mucho menos desear una reorganización de la sociedad civil al margen de la economía y del Estado. En ese punto, el ciudadanismo es hijo putativo del neoestalinismo fracasado y de la socialdemocracia obstruida. El programa ciudadanista es un programa de advenedizos, extremadamente maleable y tan políticamente correcto que da arcadas, ideal para arribistas frustrados y aventureros políticos en paro. Los principios no importan; su estrategia es conscientemente oportunista, con objetivos únicamente a corto plazo, perfectamente compatibles con pactos que el día antes de las elecciones hubieran sido considerados *contra natura*.

En ningún programa ciudadanista figurarán la socialización de los medios de vida, la autogestión generalizada, la supresión de la especialización política, la administración concejil, la propiedad comunal o la distribución equilibrada de la población en el territorio. Los partidos y alianzas ciudadanistas se proponen simplemente un reparto de ingresos que amplíe la base mesocrática, es decir, pugnan por unos presupuestos institucionales que detengan las privatizaciones, eliminen los

recortes y reduzcan la precariedad laboral, sea por la creación de pequeñas empresas, o por la cooptación de una mayoría subempleada de titulados en las tareas administrativas, intenciones que no son nada rupturistas. No llegan a la arena política como subversivos sino como animadores; lo de cambiar la Constitución de 1978[2] no va en serio. Todavía no han puesto el pie en el ruedo y ya exhiben realismo y moderación a raudales, enarbolando la bandera monárquica y tendiendo puentes a la denostada "casta". Son conscientes de que una vez consolidados como organizaciones y en posesión de un capital mediático suficiente, el paso siguiente será una gestión de lo existente más clara y eficaz que la anterior. Ninguna medida desestabilizadora les conviene, pues los líderes ciudadanistas han de demostrar que la economía se desenvolverá menos críticamente si son ellos quienes están al timón de la nave estatal. Forzosamente han de presentarse como la esperanza de la salvación por la economía, por eso su proyecto identifica progreso con productividad y puestos de trabajo, o sea, es desarrollista. Persigue entonces un crecimiento industrial y tecnológico que cree empleos, redistribuya rentas y aumente las exportaciones, bien recurriendo a reformas del sistema impositivo, bien a la explotación intensiva de los recursos territoriales, incluido el turismo. Lo de menos es que los empleos sean socialmente inútiles y respondan a necesidades auténticas. El realismo económico manda y completa al realismo político: nada fuera de la política y nada fuera del mercado, todo para el mercado.

El relativo auge del ciudadanismo, con sus modalidades nacionalistas, viene a demostrar el deficiente calado de la crisis económica, que lejos de sacar a la luz las divisiones sociales y las causas de la opresión, dando lugar a una protesta consciente y

[2] En referencia a la Constitución española que se creó posterior a la muerte de Francisco Franco y que fue resultado de un pacto político que incluyó a la oposición dentro de los marcos del régimen de la llamada transición democrática [Nota del editor].

organizada que se plantee la destrucción del régimen capitalista, ha permitido a otros disimularlas y oscurecerlas, gracias a una falsa oposición que lejos de cuestionar el sistema de la dominación lo apuntala y refuerza. Una crisis que se ha quedado a mitad de camino, sin desencadenar fuerzas radicales. No obstante, las crisis van a continuar y a la larga sus consecuencias no podrán camuflarse como cuestión política y terminarán emergiendo como cuestión social. Todo dependerá del retorno de la lucha social verdadera, ajena a los medios y a la política, recorrida por iniciativas nacidas en los sectores más desarraigados de las masas, aquellos que tienen poco que perder si se deciden a cortar los lazos que les atan al destino de la clase media y bajan de su carro. Pero dichos sectores potencialmente antisistema hoy parecen agotados, sin fuerzas para organizarse autónomamente, incapaces de erigirse en sujeto independiente, y por eso el ciudadanismo campa a sus anchas, llamando suavemente a la puerta de los parlamentos y consistorios municipales para que le dejen entrar. Esa es la tragicomedia de nuestro tiempo.

8. La hora de la áurea medianía[1]

Más rectamente vivirás, Licinio, si no navegas siempre por alta mar, ni, mientras cauto temes a las tormentas, costeas el abrupto litoral

Horacio, *Odas: II*

La sociedad capitalista es una sociedad de masas jerarquizada. Si algo diferencia las actuales masas de las clases, es que las masas detestan la acción, prefiriendo siempre que otros actúen en su lugar mientras ellas se dedican a sus quehaceres privados. Alguien fue más lejos y dijo que las masas no quieren la revolución, sino su espectáculo, pero en el momento actual incluso el espectáculo de la revolución no sería de su agrado. Puestas en escena, las masas gustan exhibirse más que comunicarse, pero su sentimiento de inseguridad es tan fuerte y el miedo a perder lo adquirido es tan intenso, que la escenificación ha de destensar el arco y darle mucho a la lira. Dicho prosaicamente: ha de andar con pies de plomo y cubrirse con la promesa de que todo transcurrirá lúdicamente en un mundo feliz y protegido del peligro, con la paz, la tranquilidad y los ingresos inalterados. Fuera del espectáculo, las luchas pueden ser cualquier cosa menos masivas, y a poco que incumplan las reglas del juego y den la nota violenta, serán regularmente condenadas en tanto que provocaciones contrarias al régimen partitocrático, supuesto garante del "bienestar" y de la "democracia", los dos puntales de la liviana condición posmoderna.

[1] *Jornades sobre gentrificació*. Charla en La Col.lectiva, Cabanyal, Valencia, 26 de septiembre de 2015, y en el centro Ascaso-Durruti de Montpellier, 28 de enero de 2016.

La proletarización del mundo, es decir, la renovación del capitalismo a todos los niveles tras la derrota del último movimiento obrero –a lo que habría que añadir su fusión con el Estado y los medios– posibilitó un crecimiento económico y administrativo considerable, creando un ambiente de prosperidad burocrático-mercantil favorable al desarrollo óptimo de un estrato intermedio asalariado. No era una verdadera clase, un mundo aparte con su ideología particular, sus maneras y sus valores, sino un cúmulo de fragmentos diversos sin un nexo sólido, pero satisfechos, políticamente indiferentes y obedientes, sintiéndose bien representados por una clase política arribista enquistada en los negocios públicos. La racionalización de la producción, el predominio de las finanzas y la expansión de los aparatos estatales habían dado una base social suficiente al sistema, una cantidad apreciable de consumidores al mercado y un numeroso contingente de estudiantes a la universidad. Dicha base se componía de funcionarios, empleados, políticos, profesionales, expertos y demás, individuos cuyo estatus dependía de una preparación académica cotizada en el mercado laboral algo por encima del precio de la fuerza de trabajo convencional. Todo ese "cognitariado" tenía suficientes ataduras con el orden establecido para identificar su suerte al mantenimiento de aquél. Antaño, la socialdemocracia alemana clásica vio en esos sectores emergentes, a los que llamó *mittelstände*, "clases medias", un factor de estabilidad; una especie de escudo contra los embates de la lucha de clases. En efecto, la mentalidad de esa especie de burguesía harapienta sentada entre dos sillas era oscilante, pero por lo general, más cercana a la de la gran burguesía que a la del proletariado, y como probó la historia, en condiciones extremas su apego al Estado la hizo mostrarse más proclive a las dictaduras que a las revoluciones. Medio siglo después del final de la Segunda Guerra Mundial, la situación histórica había cambiado bastante y el crédito a

mansalva remachó un triunfo de la economía y de la política profesional que parecía absoluto. No es de extrañar pues que el activismo social desde finales de los ochenta transcurriera en un ambiente de pasividad total, ausencia de fervor contestatario y conformismo casi completo. La sociedad estaba poseída por el sentimiento de que enfrentarse al poder era imposible puesto que la mayoría asalariada confiaba en la gestión del partido de turno y se creía lo que le decía la tele, encontrándose cómoda en una vida privada colonizada por la mercancía y repleta de artefactos. La revolución era poco más que un sueño y la partitocracia parecía el menos malo de los regímenes políticos, por lo demás siempre mejorable. Pocos había que creyeran que la revolución fuese necesaria y su advenimiento se convirtió en una cuestión de fe derivada de convicciones ideológicas semejantes a las de la religión. La lucha antisistema fue relegándose y los escasos conflictos que salieron a la superficie tras la unificación capitalista del mundo siempre ignoraron la miseria modernizada y recurrieron a la mediación de las instituciones y al espectáculo mediático. A eso se le llamó realismo.

La derrota proletaria cerró las perspectivas de la lucha de clases en los setenta y ochenta, provocando un desarme teórico de la subversión destinado a durar. Frente a la crítica social revolucionaria, inmersa en contradicciones paralizantes que no viene al caso discutir, se erguía un pensamiento sumiso y débil que con estrépito seudocrítico condenaba cualquier cambio radical como imposible y además, indeseable. Para dicho pensamiento, detrás de cada revolución se escondía un proyecto totalitario. Así pues, para la sumisión Marx y Bakunin eran los padres del fundamentalismo revolucionario. El marxismo vulgar, pragmático y tercermundista que la crítica revolucionaria había desenmascarado, ya no servía como caja de herramientas de la reacción filosófica. Para el confort intelectual de las clases medias ilustradas hacía falta

algo menos sacerdotal y más adaptado al triunfalismo eufórico de la dominación. La desestructuración social, la frivolidad, el hedonismo consumidor, el compromiso efímero, la diversidad identitaria y el cortoplacismo, rasgos cotidianos típicos del nuevo capitalismo, se erigieron en virtudes individuales a preservar en aras de una pretendida "libertad" intrascendente administrada por el Estado. La idea de progreso, principio rector de las clases dirigentes, podía abandonarse sin traumas al disolverse en las urgencias lúdicas del eterno presente. La filosofía posmoderna acababa cum laude la tarea inaugurada por el marxismo estalinista, ideología fría y difunta. El filón daba incluso para seudoextremismos: un post anarquismo tremendamente reaccionario surgió del matrimonio entre el individualismo y el post estructuralismo. El pensamiento del poder se reinventaba académicamente con fragmentos críticos recuperados de la guerra de clases, dando grandes lanzadas al toro muerto y "tematizando" el nuevo orden mundial mediante una jerga autorreferencial particularmente adaptada a una visión ambivalente y relativista del mundo. Palabras como deconstrucción, episteme, dispositivo, pulsión, simulacro, contrapoder, rizoma, schizo, metarrelato, heterotopía, biopolítica, etc., permitían nadar en la protesta y guardar la ropa en las instituciones, aunando un desencanto hacia la revolución real con el prestigio de la ruptura aparente. Fría e impasiblemente, la reflexión académica se deshizo de conceptos como verdad, ideología, clase, totalidad, sujeto, razón, alienación, universalidad, memoria, espectáculo, etc., propios de lo que denominó "modernidad", y culminó en el terreno de las ideas la contrarrevolución social que desembocaría luego en la actual sociedad de masas. A partir de ese momento, las ideas dominantes fueron plenamente las ideas útiles a la dominación.

No por ello las contradicciones dejaron de producirse, trasladándose de una esfera a otra a escala planetaria. A

consecuencia de esto, cuajó un amago de conciencia de clase media alrededor de un nuevo sujeto político abstracto a más no poder al que los sociólogos de la posmodernidad llamaron "ciudadanía", y más tarde otros bautizaron como "multitud" o simplemente como "la gente". En la concepción del mundo mesocrática, el Estado era separado idealmente del Capital mediante una operación mental que sacaba de la chistera sociológica al "ciudadano", súbdito exterior a la economía con derecho a votar y a ser representado por una clase política. Así mismo, el presente se erigía como realidad absoluta y el pragmatismo más ramplón y oportunista, como signo de inteligencia política máxima. Los ideales emancipadores en tanto que parte de grandes relatos caducos y en tanto que futuro ya no servían de guía, por cuanto el supuesto sujeto "libidinal" votante era ajeno a cualquier problema social que no pudiera ipso facto traducirse políticamente y pasar a manos de profesionales con carnet. Los ciudadanistas se caracterizaban por la firme creencia en que los problemas económicos y sociales son en realidad políticos y se arreglan con elecciones. Por eso adoraban al Estado; son el partido del Estado. Y por consiguiente se oponían a cualquier movimiento verdaderamente autónomo: sus iniciativas pacifistas, alterglobalizadoras y buenrollistas de los comienzos en Seattle y Génova nunca pretendieron marginar a los partidos ni acabar con el capitalismo, sino sugerir nuevas estrategias y señalar horizontes más acordes con los intereses específicos de la clase a la que pertenecían. "Otro" capitalismo era posible, igual que otra política, evidentemente "realista", y por eso no propugnaban dejar de lado las instituciones, sino actuar a fondo dentro de ellas. Un capitalismo con las clases medias intactas.

El estallido de la burbuja crediticia, finalmente, no sólo puso abrupto fin al largo periodo desarrollista, sino que que amenazó con engullirse a varios Estados. Abundaron los recortes presupuestarios e índices de paro, precariedad y exclusión se

dispararon, pero en las capas más desfavorecidas apenas hubo reacción. Los controles asistenciales, sindicales y policiales actuaron con eficacia. Pero las nuevas medidas de contención de la crisis resultaron también muy gravosas para las clases medias asalariadas, grandes perdedoras en los recortes y pasablemente endeudadas. El desempleo llamó a sus puertas, sobre todo a las del sector juvenil titulado, subrayando su especial vulnerabilidad a los altibajos de la economía, mientras que la tolerancia de la corrupción y el despilfarro, así como el rescate bancario, despertaban su indignación. Hartas de presionar sin resultado a la clase política, dejaron en parte de sentirse representadas por ella. El 15 de mayo de 2011, los jóvenes indignados salieron a la calle y proclamaron su rechazo a los grandes partidos de gobierno, a los que hacían responsables de la "mala calidad" de la "democracia". El descontento, manifestado a través de las redes sociales, los "movimientos ciudadanos" y la "toma" de plazas, seguía buscando mayoritariamente la salida menos arriesgada, a saber, la reforma del proceso electoral, lo que denominaban "democracia real", no el fin del parlamentarismo. En paralelo, la opción independentista devino mayoritaria en Catalunya por motivos similares. El ciudadanismo y el nacionalismo fueron las primeras respuestas políticas de una porción de población que hasta entonces había permanecido como espectadora. La lumpenburguesía reconstituía su identidad política y una especie de conciencia de clase, pero no en oposición al capitalismo, sino a "la casta", o en el caso catalán, a "Madrid", es decir, unos contra la oligarquía política corrupta que había patrimonializado el Estado, y otros directamente contra el mismísimo Estado central, al que se acusaba de quedarse con la mayor parte de los impuestos recaudados en Catalunya. La ineficacia de las movilizaciones simbólicas por sí solas y el autoritarismo fascistoide del gobierno empujaron las clases medias asalariadas más allá de las estrategias de presión, convencidas de que para recobrar el estatus de antes de 2008

habían de desalojar a la derecha corrupta de las instituciones o incluso proclamar la "república catalana", tal como haría una nueva socialdemocracia o un separatismo moderado. Las clases medias querían ser rescatadas y desproletarizadas desde un Estado, el que fuera, y de la forma que fuera, por lo cual, dada la quiebra de los partidos tradicionales, el salvamento debía de ser obra de otros partidos y otras coaliciones más convencidas y menos corrompidas. El trabajo a realizar estaba claro: galvanizar a la juventud precaria y estudiante junto a la masa asalariada y a la parte insatisfecha de la burguesía en pos de una contienda electoral al "asalto de las instituciones". Como corresponde a una sociedad del espectáculo, los medios de comunicación facilitaron esa operación mucho más que los escuálidos "movimientos sociales". En las elecciones al parlamento europeo de 2014 los nuevos representantes de la lumpenburguesía asalariada, casi todos exuniversitarios, se situaron en el centro de la escena política por primera vez. En las elecciones autonómicas y municipales de mayo de 2015 la modificaron seriamente.

Los de en medio cobraban protagonismo sobre los de arriba y los de abajo. La clase media ciudadanista tomaba la iniciativa, pero no como clase universal, susceptible de representar intereses comunes a todas las clases explotadas. Su postura ambigua, ni carne ni pescado, derivada de su situación en el proceso económico, le permitía amplia libertad de movimientos, aunque no de los radicales. La cosa tiene fácil explicación: el objetivo consistía en ocupar espacios políticos, no en solucionar problemas sociales. La "socialdemocracia del siglo XXI" y los demás ciudadanismos no podían pensar en otros intereses que los propios, y por lo tanto, tenían que limitarse a buscar un cambio de dirigentes, no de reglas; tampoco perseguían el fin de la opresión, sino el restablecimiento de las anteriores y más boyantes condiciones materiales de la "ciudadanía", es decir, las suyas. Esa peculiar "democratización" de la política

tenía además la virtud de desenterrar cadáveres estalinistas como IU[2] e ICV.[3] No acarreaba la institucionalización de los "movimientos" mediante mecanismos de "participación ciudadana"; simplemente exploraba el terreno, cooptaba a sus animadores e integraba o abortaba las protestas. Tal como en 1977 se habían cuestionado las asambleas de huelguistas tras la legalización de los sindicatos, y tal como en 1979 se cuestionó el movimiento vecinal tras las primeras elecciones municipales, hoy en día empiezan a cuestionarse los "movimientos", desanimados y casi completamente "descapitalizados". No hubo mejor limpieza de calles que la de las campañas electorales. La oposición popular, demasiado débil y confusa para dotarse de un proyecto alternativo, sucumbía ante los reflejos conservadores de las clases medias y se dejaba conducir por ellas. Ni qué decir tiene que la autonomía de las masas oprimidas no ha salido reforzada con los triunfos parciales de las candidaturas ciudadanistas, o que la justicia social ha salido ganando con el "asalto" a las poltronas. Bien al contrario, la presencia de políticos de nuevo cuño haciendo de bisagra al lado de otros más vistos está estabilizando la casta partitocrática y otorgándole un suplemento de legitimidad. El orden establecido, lejos de debilitarse gracias a la entronización de un permanente asambleísmo participativo, se ha recuperado al despertarse en su perdida base social las expectativas de un cambio moderado dirigido desde los parlamentos y consistorios. Mientras tanto, los nuevos políticos consumen todo su ardor en los pactos post electorales, tratando de acoplar hasta donde es posible los intereses de las clases medias asalariadas a la burocracia administrativa y a los "brotes verdes" de la economía –sobre todo en el turismo, el nuevo motor– puesto que aquellos son los que más contribuyen a la formación de capitales y subsidiariamente, a la creación de puestos de trabajo.

[2] Izquierda Unida [Nota del editor].
[3] Iniciativa per Catalunya Verds [Nota del editor].

La política no es una esfera separada de la actividad económica o de la mediática desde donde poder corregir los problemas sociales gracias a la intermediación de una elite especializada de dirigentes que descansa en la pasividad generalizada. La política es la misma economía espectacular camuflada de compromiso ciudadano. No es pues un medio neutro, una forma vacía capaz de albergar cualquier contenido, sino la forma específica que en el seno de la sociedad capitalista lleva hasta lo público las relaciones de mercado. La libertad política que garantizan las instituciones "democratizadas" en los despachos se corresponde en último lugar con la libertad del mercado. No sirve para establecer lazos directos entre los individuos, sino para someterlos a través de mediaciones institucionalizadas a un poder exterior, el del capital/Estado. La partitocracia corregida actual no cambia su naturaleza; a lo sumo, la hace más teatral y más acompañada de gestos hacia la galería. Ha de conservar los restos clasistas obsoletos del anterior periodo capitalista sin alterar la marcha de la economía-mundo, algo difícil de realizar sin un considerable crecimiento al que el fin de ciclo desarrollista vuelve bastante improbable. El proyectado ciclo extractivista basado en la destrucción "sostenible" del territorio no ha conseguido tomar la velocidad que logró en la América Latina y la situación europea permanece estancada, con la masa ciudadana pendiente de comicios y atentados. Si las crisis y las luchas que se produzcan en consecuencia no inducen fracturas que desemboquen en un Estado fallido y por consiguiente, en el hundimiento total de la partitocracia, los movimientos de la clase media asalariada, o sea los del ciudadanismo y el independentismo, junto con sus expresiones políticas, obstaculizarán cualquier manifestación autónoma de un sujeto revolucionario, o dicho de otra manera, impedirán la aparición de una democracia verdaderamente asamblearia trabajando contra el capitalismo por una transformación social igualitaria de la sociedad. Las protestas anticapitalistas han de llegar a ser lo

suficientemente fuertes y extensas como para volver inviable la vía institucional si de verdad quieren abolir las clases y construir colectivamente una sociedad autogobernada, equilibrada, no patriarcal, justa y solidaria. El marco ciudadanista ha de romperse y dar salida a una fuerza social intransigente, todavía por formar.

Ciudad capitalista y guerra contra el territorio

9. El aire de la ciudad.

El fin de la libertad en la generalización de lo urbano[1]

Si como dijo Hegel el aire de la ciudad nos hace libres, en la misma medida el aire de la conurbación nos hace esclavos. Si el ágora, el foro o la plaza pública hicieron posible la libertad y la igualdad, su desaparición las aniquila. La conurbación que sustituye a la ciudad –y que unos llaman posciudad y otros región metropolitana– tiene características bien diferentes. La conurbación es exactamente lo contrario de la ciudad, lo opuesto de un lugar a la medida del habitante: es una no-ciudad, un espacio hecho a la medida del automóvil. Un amontonamiento aleatorio de edificios desparramándose por el territorio sin más orden que el que imponen los cinturones y ejes viarios. Lo que define la ciudad es el espacio público, el terreno común donde se dan las condiciones de una vida pública, allí donde los habitantes, a los que llamamos con propiedad ciudadanos, pueden expresarse; allí donde pueden formular y defender un proyecto colectivo. Gracias a esa dimensión política, la polis, es decir, la ciudad, fue el lugar privilegiado de la historia, de la historia como despliegue de la libertad. En cambio, en la conurbación no existe espacio público; se sigue llamando así a una zona neutral donde son imposibles las relaciones urbanas, el diálogo político o la gestión ciudadana; un espacio-espectáculo que no llama a prácticas comunitarias sino a circos

[1] Conferencia dada en el Ateneo Libertario de El Cabanyal, Valencia, 16 junio 2007

que consagran la pasividad. Lo que define a la conurbación es el espacio circulatorio, el asfalto, que abarca prácticamente todo el espacio no construido. Un espacio donde se puede ir de un lado a otro sin tocarse, pero donde los encuentros son imposibles; un lugar muerto en el que se deshacen la libertad y la historia. Desde que la ciudad no es ciudad, los ciudadanos no son ciudadanos. Los que ahora se llaman así son sólo votantes, sin un sentido particular de pertenencia, puesto que la conurbación no pertenece a los que la habitan. El urbanismo ha sido el instrumento de esa desposesión.

El urbanismo surge cuando los destinos de la ciudad caen en poder de la burguesía. El urbanismo no es más que la proyección de la ideología burguesa en el espacio ciudadano, o lo que es lo mismo, la herramienta mediante la cual se convierte la ciudad en un centro de acumulación de capital. Sus primeros pasos son quirúrgicos: a costa de los huertos conventuales desamortizados, de las murallas y de las venerables callejuelas, se ensanchan plazas y se abren vías rectas de penetración que establecen el primer peldaño en el predominio de la circulación sobre el lugar: circulación de tropas, de mercancías, de carruajes..., de capital en suma. La mercancía coloniza las relaciones sociales e introduce un nuevo concepto del tiempo: el tiempo es oro. Las masas ciudadanas se ponen en movimiento espoleadas por la prisa que les impone la economía. La ciudad crece porque ha de absorber los excedentes depauperados de población campesina que fluyen a ella en busca de trabajo y porque la nueva clase dominante necesita un espacio propio. La burguesía mediante reformas interiores fabrica nuevos centros para concentrar la actividad comercial y financiera. El centro se segrega de la periferia, donde se instalan las actividades industriales, se trasladan los mataderos, los cementerios, los manicomios y las cárceles. Para vivir la burguesía construye nuevos barrios, los ensanches, separados de los viejos barrios de artesanos y obreros. El espacio público al aburguesarse, desaparece; la burguesía

es una clase que sobrevalora su intimidad. En los exclusivos ensanches los edificios son altos, con amplias viviendas, las calles espaciosas, con comercios y establecimientos de lujo. La idea burguesa de edificio público no es el palacio, ni la modesta "casa del pueblo". El inmueble grandioso representa la ideología burguesa de progreso. Así se construirán gracias al uso del hierro los nuevos consistorios, preferentemente en un estilo ecléctico, las centrales de correos y teléfonos, los mercados municipales, las estaciones del ferrocarril y todas las sedes de bancos y grandes empresas. La función de la mole de ladrillo, hierro y cemento no es otra que la de plasmar en el espacio la nueva jerarquía social que rige en la ciudad, preocupada exclusivamente por el movimiento de mercancías y dinero. Con su imponente presencia el inmueble ha de inhibir cualquier práctica cotidiana típica de una sociedad igualitaria, paralizar la dinámica social a su alrededor; en resumen, ha de mantener el orden.

El diseño en cuadrícula u ortogonal no da significación alguna a valores colectivos, más bien revela una parcelación del terreno que obedece a razones económicas: la creación del mercado inmobiliario. Al mismo tiempo que la burguesía hace negocio con los terrenos, consagra la privacidad como valor supremo, pues al contrario de lo que sucede en los barrios obreros, en los ensanches se prima lo interior sobre lo externo y, como consecuencia, se desvaloriza la vida social. La preponderancia de la circulación sobre el lugar es también la de la vida privada, urbanísticamente representada por la isla de casas, la manzana. La ciudad burguesa es una ciudad rota, en la que cada fragmento cobra autonomía: el centro político, el centro comercial y financiero, el ensanche residencial burgués, las barriadas obreras, los suburbios fabriles, la plaza de toros... Al someterse a la circulación la ciudad pierde su ritmo. Ni el barrio ni la calle se habitan; son solamente lugares de paso para ir de compras o al trabajo. Los espacios antaño comunes pierden su capacidad de relación y de comunicación, las

avenidas separan a los barrios, las calles separan las casas, las escaleras separan los pisos, y los vecinos, encerrándose en ellos, se separan del mundo. El movimiento repetido al infinito acaba con la experiencia del espacio. Separa el espacio del tiempo y de la memoria; los monumentos son homenajes al olvido.

En el Estado Español, a finales de los años cincuenta del siglo pasado, las grandes ciudades dieron un salto cualitativo en la urbanización. Los planes de desarrollo y la entrada de capital foráneo fueron para la época el equivalente de lo que fueron derribo de las murallas y la llegada del ferrocarril para el periodo anterior. La actividad industrial pasó a ser preponderante y a concentrarse alrededor de las ciudades, forzando un vaciado de población rural. En quince años la población de muchas ciudades llegó a duplicarse. La oleada migratoria apenas pudo ser albergada en bloques de pisos, polígonos y grupos de viviendas, de arquitectura pésima, vertical y barata, ubicados según el precio del suelo con el objetivo de contener el mayor número posible de habitantes por metro cuadrado. La manzana como unidad edificatoria fue definitivamente abandonada y el bloque abierto pasó a ser la unidad celular del tejido urbano. Si económicamente salía más barato, espacialmente significaba un grado mayor de privatización y de anonimato. Aunque por primera vez, o casi, el crecimiento estuvo planificado, los *Planes Generales de Ordenación* no sirvieron más que para rellenar con total permisividad los terrenos situados entre la ciudad histórica y una ronda viaria diseñada ex profeso, plasmando un esquema de crecimiento concéntrico –como una mancha de aceite– que nunca será modificado. El deterioro de los barrios populares provocó la huida de las clases medias a la periferia, pero el centro se reforzó en tanto que centro comercial, lo que obligó a largos desplazamientos y generalizó el uso del automóvil. La ciudad se sale de sus límites merced al vehículo de motor. Al expandirse se multiplican las distancias y pierde la forma, exigiendo cada vez más medios de transporte. El tráfico rodado aparece tímidamente

y toma posesión de las calles. En pocos años será el amo absoluto de las ciudades industrializadas que durante los años sesenta se suburbializaron. La motorización de la población, el almacenaje masivo de gente en los extrarradios, la degradación de los centros históricos y la destrucción de los huertos urbanos fueron fenómenos simultáneos. A los problemas económicos se añadieron los relativos a la miseria cotidiana, o, dicho con palabras prestadas de la sociología, a la "mala calidad de vida". Pero mientras que cualquier manifestación pública era reprimida, el coche propio, la televisión y una mínima capacidad de consumo ensanchaban los límites de lo privado. El fútbol sucedió a los toros como primer espectáculo de masas. La zonificación como principio exclusivo, la privatización equipada y la dictadura de la circulación caracterizaron el urbanismo desarrollista, dando como resultado una aglomeración de individuos con escasos vínculos entre sí, indiferentes al lugar, automovilistas esclavos de las leyes dictadas por las "infraestructuras", bien fuesen circunvalaciones o autovías radiales.

El desarrollismo no fue sin embargo un rasgo específico de la dictadura franquista. Formulado por primera vez por el presidente norteamericano Truman en 1949, fue la doctrina oficial de todas las clases dirigentes y de todos los que hablaban en nombre de las clases oprimidas. Por eso el cambio de régimen alumbró una clase política separada pero no supuso un cambio de orientación en el fascismo urbanizador y mucho menos un retorno de la vida pública. Tras un corto espejismo se produjo una profesionalización acelerada de la política y el sindicalismo a la par que una desactivación del movimiento vecinal, procesos que sustituyeron a los mecanismos represivos anteriores de forma mucho más eficaz. España siguió siendo "una, grande y urbanizable". La dictadura del "generalísimo" era relevada por la dictadura del cemento. Los nuevos *Planes Generales de Ordenación Urbana* eran trajes aparentemente distintos pero hechos con los mismos patrones por los mismos expertos

(ingenieros, arquitectos, urbanistas). Unos pocos zurcidos, más verticalidad, mayor zonificación, mucha más motorización y de nuevo un desarrollismo sin otra justificación que la continuidad del proceso especulativo, puesto que la población dejó de crecer durante dos décadas. A lo sumo se trataba de dar legitimidad política al proceso técnico urbanizador, extendiendo de manera consensuada la "cultura del plan" del primer franquismo. Bajo la consigna "la tierra para el que la recalifica", los especuladores colmaron de edificios los huecos de las ciudades hasta un tercer o cuarto cinturón, consumiendo el suelo de uso industrial periclitado y lo que quedaba de suelo agrícola, para soldarse luego con las ciudades y pueblos circundantes y constituir una gran área metropolitana. El fenómeno ha sido llamado "periurbanización". Las antiguas barriadas céntricas se despoblaron y fueron parcialmente reocupadas por población marginal, acentuándose al máximo el deterioro de los lugares, su "gentrificación". Los viejos ensanches también empezaron a perder gente; buena parte del relevo generacional buscó casa en la primera o segunda corona metropolitana, ya por deseo de mejor entorno, ya por precios más asequibles. Gracias a la derrota del movimiento obrero pudieron pacificarse los escasos lugares liberados a la vida pública y lograron disolverse las ansias emancipadoras en un océano de consumismo y evasiones lúdicas. El subdesarrollo intelectual del habitante resultaba tan favorecido por el entorno urbanizado que era muy fácil de adoctrinar para el consumo y las hipotecas. El desarrollismo exacerbó todas las taras del urbanismo burgués: la fragmentación de la ciudad, la destrucción del territorio, la masificación, la inmadurez mental, el predominio de la movilidad sobre los lugares, la urbanización sin límites... Los materiales prefabricados prepararon a los consumidores para una uniformidad absoluta a través de unos cuantos millones de pisos, apartamentos y casas idénticos. Una arquitectura anónima entraña un modo de vida impersonal, insensible a la belleza tanto como a la fealdad, regido

por una idea de confort privado que descansa en el ascensor, las cristaleras, el aire acondicionado, los cuartos de baño y sobre todo en la bunkerización, a base de alarmas, códigos de acceso y puertas blindadas. El desarrollismo urbano, tanto en la dictadura como en la democracia posdictatorial, transformó la ciudad en mero soporte de la circulación autónoma y de ahí vino lo demás. Al resultado final ya no se le podía llamar ciudad, puesto que se trataba de una extensión urbanizada sin fronteras, sin forma y sin carácter; un nódulo, o un "hub", o un punto de articulación del retículo de la economía mundializada semejante a cualquier otro. Patrick Geddes tempranamente llamó a eso "conurbación"; otros le llamaron "sistema urbano". No era un fruto de la globalización; era la *conditio sine qua non* de su funcionamiento. La globalización descansa sobre una red de territorios hiperurbanizados por donde se mueven en tiempo real la información y los capitales; sobre un racimo pues de conurbaciones.

La conurbación de la era globalizadora tiene tres rasgos que la acompañan: ausencia de límites ("generalización de lo urbano"), diversidad de centros ("multipolaridad") y desagregación social extrema (atomización). Son los trazos requeridos por una economía terciaria que, al separar geográficamente el proceso productivo de los lugares de habitación y de consumo, eleva la circulación al rango de actividad preponderante. Y con la circulación todos los aspectos que le son relacionados: el almacenamiento, la manipulación, la distribución y el transporte. Para adaptarse a una economía de servicios, la conurbación debe por una parte sobrepasar un determinado tamaño crítico que la haga rentable como mercado; por la otra, disolver su centro en una red eficaz de polos especializados y geográficamente bien situados. La población necesaria viene de lejos, expulsada de sus países por la liquidación de las formas de sociedad anteriores a la globalización. Finalmente, la conurbación ha de conectarse con las demás de todas las maneras y a toda velocidad. La

permanencia dentro de la red de flujos capitalistas exige grandes infraestructuras, suministro regular de gasolina, una mayor oferta de servicios a las empresas y un márketing espectacular a base de eventos mundiales de tipo deportivo o cultural. La conurbación es un territorio-empresa en perpetua exposición y promoción, cuya entrada ha de ser cómoda y la salida, fácil. La actividad a la que sus habitantes dedican el mayor tiempo es circular, ir con el coche desde su suburbio dormitorio al trabajo o al centro comercial. El espacio urbano es ahora un espacio sin conflictos, sin sucesos, donde nunca pasa nada; un espacio sin pasado, y, por lo tanto, sin historia. Las torres de veinte o treinta pisos son el paradigma de la soledad y de la paz urbanista. Un lugar inhóspito, donde nadie entabla relaciones gratificantes, ni establece sólidas ataduras, ni piensa en quedarse para siempre. Un lugar peligroso donde el azar reparte la mala suerte, puesto que a pesar de que los individuos han sacrificado su libertad, su independencia e incluso su salud a la protección que les brinda la economía y al Estado, la sensación de inseguridad es considerable. Un lugar apto para personal gregario y gente infeliz y depredadora.

Como siempre, las necesidades y los gustos de los ricos y poderosos modelan las metrópolis. La memoria histórica ha sido borrada gracias a la destrucción o a la museificación de los lugares donde alguna vez hubo vida y hubieron tensiones. Su significación ha sido extirpada de cuajo o desnaturalizada por el relato entre aséptico y feliz de los paneles para visitantes. Los recorridos por ellos se ordenan al ritmo del museo, confundiéndose con los itinerarios turísticos. La conurbación ha perdido toda seña de identidad, cualquier significado cultural o histórico, cualquier especificidad: puede ser cualquier parte, un lugar provisional y estéril, un no-lugar. Los dirigentes intentan ofrecerle una identidad nueva a través de la arquitectura monumental de "marca". Dicha arquitectura es independiente del lugar donde se ubica; igual podía estar en

cualquier otro lado y por eso resulta ideal para la conurbación: refleja fidedignamente la disolución de la ciudad, el desarraigo reinante sobre el cadáver de los valores comunitarios. El arquitecto "artista" es indiferente al ambiente, enemigo de la trama, hostil al equilibrio con el entorno, porque el nuevo orden mundial también lo es. El exabrupto tecnológico, la salida de tono, en fin, la grosería edificada, es justamente lo que busca, su "firma". El alarde constructivo no ha de arraigar para nada, solamente aterrizar, llamar la atención y revalorizar la zona. Tiene por eso un regusto extraño, como venido de una realidad "marciana". No puede establecer una relación mínima con los habitantes, pues estos, en cierto modo, también son "marcianos". Los monumentos de la era de la globalización des-realizan los lugares, los acercan a la virtualidad. En tanto que imágenes, son señas de una realidad aparte, donde todos han de comportarse como espectadores. Son como los macro-acontecimientos: enormes operaciones de publicidad que de paso que hacen dinero, hacen tabla rasa con la historia. Su presencia en ese caos neutralizado materializa la concepción del mundo que tienen los responsables del totalitarismo urbano, y afirma con contundencia el modelo esquizoide y criminal de sociedad que estos ha elegido para todos.

Si la política de infraestructuras tiene un punto débil, ese no és el suministro de agua potable, la producción ingente de residuos o la generalización de conductas anormales; hace mucho tiempo que la conurbación dejó atrás las condiciones humanas de vida. El talón de Aquiles es el petróleo. El avance de los suburbios depende de la proliferación de automóviles y de la disponibilidad ilimitada de carburante. Así pues, el final del ultra-desarrollismo urbanizador –del capitalismo– no vendrá de la mano de un cambio climático o de una epidemia mortífera sin igual, sino de una sencilla crisis energética. Los combustibles fósiles hicieron posibles las industrias, los transportes, y, por lo tanto, las conurbaciones. Están tan íntimamente ligados a

la economía global que cuando empiecen a escasear ésta no sobrevivirá. El crecimiento en un contexto de recesión de la producción petrolífera conduce al colapso social. Hoy por hoy ninguna energía, ni siquiera la nuclear, puede tomar el relevo. Todo el sistema económico dejará de ser rentable. Las conurbaciones, sin automóviles, no serán viables. Millones de segundas residencias quedarán vacías o serán ocupadas por fugitivos de las metrópolis. Y eso es lo que sucederá dentro de unas décadas, pocas. De nuevo volverán condiciones objetivas que empujen a los individuos proletarizados a mirar el mundo fríamente y actuar en consecuencia. No se trata pues de sentarse y esperar a que pase por la puerta el cadáver del capitalismo. Conviene ir sabiendo por donde hay que tirar. La lucha por liberar el espacio urbano será la nueva lucha de clases. Un programa radical ha de oponerse al desarrollismo y reclamar un retorno a la ciudad, es decir, al ágora, a la asamblea. Ha de proponerse fijar límites al espacio urbano, devolverle la forma, reducir el tamaño, frenar la movilidad. Reunir los fragmentos, reconstruir los lugares, restablecer relaciones solidarias y lazos fraternales, recrear la vida pública. Des-motorizarse, vivir sin prisas. Olvidarse del mercado, relocalizar la producción, mantener un equilibrio con el campo, demoler las tres cuartas partes de lo construido, des-hormigonar el territorio. La economía ha de volver a ser un simple asunto doméstico. Salir del anonimato. El individuo ha de desarrollarse hasta encontrar su punto en la colectividad y echar raíces. La ciudad ha de generar una atmósfera que al respirarla haga libres a sus habitantes. Pero como apuntó un surrealista, Bernard Roger: "Sin duda las ciudades donde se agrupen los hombres de un mundo nuevo no podrán construirse sólidamente más que sobre un terreno purificado por el fuego de la revolución... El día de mañana nuestras casas serán ligeras burbujas abiertas al amor, bellas como la cabellera de las mujeres agitándose al viento".

10. Breve exposición de la noción de territorio y sus implicaciones[1]

I. El concepto

El monte chino Lushan se hallaba a menudo envuelto en nubes y era muy difícil dilucidar su figura. Decía en unos versos Sung Dongpo, poeta de la dinastía Song: "Uno no ve el verdadero aspecto del monte Lushan porque se halla encima de él". La expresión se usó para indicar la dificultad real que había en conocer la esencia verdadera de las cosas, pues ésta nunca se mostraba inmediata y claramente al entendimiento que anda por debajo. La evocación poética nos servirá como prevención a la hora de abordar la idea de "territorio", sumergida en una bruma que no podremos disipar sino sacando de ella misma su desenvolvimiento, para así mostrar lo que el "territorio" es en verdad. Caso contrario, y volviendo de nuevo a los proverbios chinos, no atraparemos más que viento y no cogeremos más que sombras.

La empresa no será fácil pues no vivimos en una "bella totalidad" como los antiguos, donde el espacio se confundía con el Cosmos, poblado de fuerzas vivas en perfecta armonía, y donde los individuos y la Tierra Madre no hacían dialécticamente más que uno. En épocas de crisis el poder unificador desaparece de la vida social y sus elementos no interaccionan recíprocamente;

[1] Charlas en la Biblioteca Social A Gavilla (Santiago), en el CSO Palavea (La Coruña), en el Ateneo Encaixe (Lugo) y en La Cova dos Ratos (Vigo), el 30 y 31 de octubre de 2013, el 1 y el 4 de noviembre de 2013, respectivamente.

dejan de relacionarse, desvinculándose unos de otros y actuando como realidades independientes e incluso hostiles. El concepto ya no se corresponde con el objeto, y la conciencia no tiene más remedio que buscar más allá de sí misma: la crítica antidesarrollista representaría hoy esa esforzada búsqueda. El territorio se erige frente a los individuos, también separados entre sí, como algo extraño, a pesar de ser obra suya. En boca de un urbanista se trataría de una reserva de espacio en torno a un área urbana, o del espacio intersticial entre dos conurbaciones. La noción se aproxima a la de "suelo", superficie no construida cuyo uso y destino hay que regular mediante una correcta zonificación. Un político o un promotor estarían de acuerdo con la idea de suelo edificable, aunque para determinar su uso emplearían mejor la expresión "correcta recalificación". Un experto en planeamiento, al mencionar el territorio, aludiría más bien a un espacio o "sistema" neutro compuesto por nodos interconectados por "redes y flujos". Para los estrategas del capitalismo verde el territorio es ante todo una fuente de recursos energéticos y la base de un desarrollo sostenible de la economía autónoma apoyado en macro-infraestructuras, mientras que para sus colaboradores ecologistas sería un complejo de ecosistemas cuya preservación forzaría la búsqueda de una fórmula jurídico-política que lo hiciera compatible con su explotación, es decir, con el dominio social de la mercancía. Así pues nos encontraríamos, disimulado con jerga científica o técnica, con algo similar a la idea de "medio ambiente". La definición de "territorio" viene por consiguiente contaminada por los intereses económico-políticos que se esconden tras ella, que en general tienden a reducirlo a espacio físico, vacío geográfico, soporte, epidermis, paisaje, mundo exterior, y, en definitiva, a lo que el sociólogo Marc Augé llamó "no-lugar" –aunque podría también llamarse "panoplia" o "decorado"–, a saber, porción de espacio sin verdadera identidad y sin habitantes fijos, donde toda estancia es provisional puesto que

en su seno todo el mundo es transeúnte o cliente, y muestra un comportamiento codificado y controlado. Bajo ese punto de vista, el territorio sería lo opuesto a "ciudad", oposición puramente formal, puesto que la difusión salvaje o planificada de las aglomeraciones urbanas que llevan impropiamente ese nombre tiende a fusionar ambos extremos. Actualmente, lo que llaman "ciudad" es tan sólo un "no-lugar" habitado. A fin de cuentas, en plena sociedad urbanizada, sin una discontinuidad clara entre urbe y entorno, el territorio visto por un dirigente no debería ser más que lo periurbano confundiéndose con lo urbano en un mismo espacio de la economía, es decir, en una gran fábrica, que como tal no se opone más que a las masas que la ocupan. Pero eso no es lo que era, sino lo que ha llegado a ser.

En interés de una comprensión global del término tendremos que saltar por encima de intereses contingentes que se apoyan en determinaciones petrificadas e ir directos a la contradicción en su cambiante existencia concreta. Territorio es el espacio definido en y por el tiempo, o dicho de otra manera, es un hecho social e histórico. Parafraseando a Hegel, diríamos que no alberga únicamente a la substancia (la naturaleza como totalidad abstracta), sino al sujeto (la humanidad como agente transformador), formando una unidad dinámica entre ambos. Su noción ha estado ligada desde el comienzo a la de civitas, que constituía su nexo, más que a la de hábitat. En la Grecia clásica la polis incluía tanto la ciudad como el terreno circundante. Clístenes dividió la polis ateniense en demos, unidades territoriales o aldeas cuyos miembros eran demotes, ciudadanos. El *territorium*, según el derecho romano, era el ámbito de influencia de una comunidad política, una agrupación de hombres unidos por el derecho (Cicerón). En sentido estricto, era algo así como su término municipal, pero sin dejar por ello de ser un espacio sagrado: el rey Numa Pompilio instauró el culto al dios Término tras una distribución de tierras. El *ager* o campo y el *saltus* o espacio agreste, junto con el *populus*, la población,

y la *urbs*, el recinto urbano, constituían la ciudad propiamente dicha. En sentido más laxo, algo así como el *hinterland*, su área de influjo cultural y económico. Para espacios más amplios objetos de administración y gobierno se prefería la palabra *regio*, región, derivada de *regere*, que inicialmente significaba dirigir en línea recta, de la que a su vez derivan regla, regimiento, rey, rector, y también regicida, rectificar, insurrección... En el siglo VII, al desaparecer literalmente los municipios romanos, el vocablo "territorio" solamente hacía referencia a una tierra trabajada por el arado y delimitada por surcos (*Etimologías*, San Isidoro), pero su realidad pasada se conservó en las demarcaciones diocesanas. Sin embargo, una estructura social nueva, producto y causa de un movimiento de roturaciones, la comunidad aldeana, fundada en la idea de territorio común y no en la del origen común, aparece en la Alta Edad Media y se consolida a lo largo de centurias sucesivas. En Francia se llamará *finage* al territorio donde se establecía la comunidad rural, que incluía la iglesia, las casas, los caminos, el campo y el bosque. Equivale más o menos a "término", o mejor a "jurisdicción", puesto que llevaba implícito el derecho a auto-administrarse. En Catalunya será la *universitat*, en el país Vasco, la anteiglesia y en otras regiones ibéricas, el concejo. Al florecer de nuevo las ciudades europeas en los siglos XII y XIII, la palabra "territorio" recuperó su significado inicial de terreno construido, labrado o baldío definido por lindes y mojones, que incluía una ciudad o villa, "lugar que es cerrado de los muros con los arrabales et los edificios que se tiene con ellos", a cuya jurisdicción estaba sometido (*Las siete partidas*, Alfonso X.) En Castilla, para definir el alcance formal de la ciudad se usó de preferencia la palabra *alfoz*, derivada del árabe *alfohoz*; en Francia, *banlieue* o *districtus*, y en Italia, *contado*; pero la expresión más ajustada de la noción de territorio sería la de "comunidad de villa y tierra", fórmula repobladora que se dio en Castilla y Aragón. El territorio no es pues un espacio a secas, sino el espacio del hombre, la naturaleza

transformada por la actividad humana; cultura significa en principio naturaleza trabajada y "cultivo" tiene su misma raíz. Es el espacio de la cultura y de la historia; espacio social puesto que contiene, reproduce y desarrolla relaciones sociales. Espacio que también es natural. Reclus, en *El hombre y la tierra*, al referirse a la armonía con el entorno de las comunidades indígenas se pregunta: ¿No puede decirse que el hombre es la Naturaleza tomando conciencia de sí misma? Marx llamó a la naturaleza el cuerpo inorgánico del hombre, dando a entender que el género humano no se concebía sin la naturaleza de la que formaba parte y con la que mantenía un especial "metabolismo". El territorio es el escenario de ese metabolismo.

Sabemos que el dominio de las fuerzas naturales no liberó a los seres humanos, antes bien se tradujo en diversas formas de opresión social que pudieron controlarse allá donde el dinamismo histórico fue mayor, y donde el sujeto, el ser social, pudo al menos en parte emanciparse del objeto, la naturaleza: era un tipo peculiar de asentamiento amurallado, a saber, el burgo, villa o *faubourg*, es decir, la ciudad medieval, una comunidad autogobernada, soldada por un juramento (*conjuratio*), cuya vida no se comprendería sin los excedentes de las aldeas cercanas. Su signo distintivo era la puerta, que la comunicaba con el territorio y el mundo. En cambio, es proverbial que al campo no se le pueden poner puertas. La ciudad fue la cuna de la libertad y la democracia, de la escritura y las artes, de la justicia y del derecho, de la ciencia y del pensamiento racional… pero también fue el lugar donde nacieron la burocracia, la tiranía, el trabajo asalariado, las clases y el dinero. A medida que se desarrollaban y trascendía su influencia, las ciudades fueron absorbiendo población, energías y riquezas, estratificándose socialmente y concentrando poder, perturbando de este modo su propio equilibrio interno (la conflictividad de las ciudades medievales fue constante). En su prepotencia, se enseñoreó del campo al que antaño había contribuido a liberar, desencadenando frecuentes *jacqueries*. Los

campesinos llegaron a segregar sus propias instituciones. En otros lugares escaparon a la señorialización por su cuenta: *Plebs semper in deterius prona est* ("el pueblo siempre es propenso a lo peor") dirá el arzobispo de Maguncia en 1127 al ser informado de la negativa campesina a pagar el diezmo. El sueño igualitario estuvo muy presente en los movimientos heréticos, las guerras de religión y en los furores campesinos. El campesinado, librado de la tutela feudal y expresándose en el lenguaje de la religión, se lanzaba a la realización inmediata del paraíso terrestre. El campo no carecía pues de experiencia histórica, y ni el arte, ni la libertad, ni tampoco las insurrecciones, le eran ajenas, pero el tiempo campesino transcurría menos linealmente que el tiempo ciudadano, favoreciendo lo colectivo sobre lo individual, la subsistencia común sobre el beneficio privado, la tradición sobre la aventura, la moral sobre la economía y la costumbre sobre el mercado. Era un espacio tremendamente ordenado mediante usos sancionados por una práctica inmemorial. Mientras que la ciudad podía describirse como *gessellschaft*, en el sentido que le dio Ferdinand Toënnies de "asociación", agregado donde predomina el interés individual, derivando de una "voluntad de arbitrio" o instrumental la cohesión de un orden regulado en el menor detalle, el campo podría entenderse como *gemeinschaf*, "comunidad", donde rige un único interés común a todos, y donde el orden, inscrito en la memoria, discurre de la "voluntad esencial", naturalmente, por costumbre (comunidad y sociedad). En ambos casos, aunque de manera diferente, el interés individual coincidía con el colectivo, o lo que viene a ser lo mismo, con la razón, aunque en uno se mantenían separados a pesar de los factores que los hacían coincidir y en el otro eran indistinguibles a pesar de los factores tendientes a separarlos. Si, como dice Spinoza, la libertad humana es tanto mayor cuanto más capaz es el hombre de guiarse por la razón (*Tratado político*), puede concluirse que la necesidad común guiaba al campesino libre y el deseo común, al ciudadano. Dos

formas distintas de razón, una orgánica y otra económica, una basada en la comunión y el consenso, la otra en el contrato y el pacto. En el campo, las reglas consuetudinarias impedían la escisión entre el ámbito público y el privado del derecho romano; el prestigio se anteponía a la propiedad, las raíces al desarraigo, la estabilidad al movimiento, y en fin, la economía doméstica al mercado. Nada de ello lo ponía a salvo de los poderes separados que había producido la historia: por un lado la Iglesia, los señores feudales y los terratenientes, y por el otro, las ciudades parasitarias y el Estado. La sociedad rural no fue nunca una "sociedad fría", profunda e inmutable, al margen de los acontecimientos. A menudo tomó parte destacada en ellos: como bien indica Debord, las grandes revueltas de los campesinos en Europa son también su tentativa de responder a la historia... (*La sociedad del espectáculo*). La decadencia de la comunidad rural fue lenta pero inexorable: la intrusión de la autoridad central mediante obligaciones y decretos inapelables, la fiscalidad excesiva de matiz diverso, la pérdida de derechos, y sobre todo, la usurpación de los comunales por potentados y señores, determinaron el divorcio entre la población rústica y el territorio (entre *finage* y *village*), y entre el territorio y la ciudad. La huida de los empobrecidos campesinos fue el corolario obligado. Un sistema punitivo cruel que colgaba a los vagabundos fugitivos de los señoríos ingleses por tandas de cien, vino en el siglo XVI a culminar la obra genocida de los cercados y cerramientos, pues parece que ante la alternativa entre la incorporación al mercado del trabajo y la mendicidad o el robo, se inclinaron por la última. Todavía conservaban en su forzoso desarraigo la dignidad del hombre libre. La práctica de desembarazarse por la vía rápida de aquellos desarraigados a los que se consideraba un peligro social no menguó hasta que la carencia de fuerza de trabajo obligó a la explotación como mano de obra barata de la población reclusa. Doscientos años después, los proyectos fisiócratas de los ilustrados que debían resolver la

cuestión agraria sin violencias e incrementar de paso las arcas estatales, se resumían en la creación de una clase campesina de propietarios, algo poco factible recurriendo a la *enfiteusis* o a leyes desamortizadoras, pero perfectamente posible con el reparto de tierras consecuente con la desaparición violenta de la aristocracia, cosa que únicamente ocurrió en Francia. El fin del Antiguo Régimen y el triunfo político de la burguesía heredera de la Ilustración en el XIX no resolvieron la cuestión. La privatización y la industrialización no hicieron más que agravarla, sin que el movimiento obrero, esencialmente urbano, se percatara suficientemente de ello. La lucha de clases no prestó atención suficiente a los asuntos agrarios. La propiedad privada capitalista arrancó definitivamente al individuo del territorio vuelto fuerza productiva, rompiendo los lazos orgánicos que le unían con él y preparando el terreno para el dominio de la mercancía. En resumen, lo convirtió en propietario o en proletario. Naturaleza, campo, población, ciudad, territorio, devinieron a lo largo del mismo proceso histórico de alienación entidades cosificadas, puestas fuera de sí, distintas, extrañas unas a otras.

II. La fragmentación

Cualesquiera que fueran las vicisitudes de la etapa de acumulación o los avatares del libre mercado, no cabe duda de que el capitalismo fue un fenómeno urbano y de que su expansión corrió paralela a la urbanización, evidentemente a costa del territorio. Las ciudades alumbraron a una clase asociada al comercio y la industria, la burguesía, bajo cuya dirección tuvo lugar la definitiva "ruptura metabólica" entre la sociedad urbana y la primera fuente de riqueza: la tierra (la otra es el trabajo). La producción capitalista se impuso en el campo aliada con los señores de la tierra, esquilmándolo igual que hacía con los obreros. Desde una óptica económica, todo progreso agrícola fue un progreso contra el propio campo, puesto que se

efectuó bajo condiciones capitalistas; la separación radical entre el productor y los medios de producción (*El capital*) responsable de la figura del "jornalero", acarreó subsidiariamente una separación completa e irreparable entre la ciudad y el territorio, fuente de males irresolubles en tanto éste último no fuera visto más que como manantial de capitales. El progreso de los ideólogos liberales significaba expropiación de los campesinos, expolio de las propiedades comunales, roturación de bosques, desecación de marismas y consolidación de una clase de grandes propietarios agrícolas. La propiedad inamovible basada en el patrimonio familiar era suplantada por la propiedad alienable basada en la explotación del trabajo ajeno. El principal efecto de la producción capitalista era extender la separación entre trabajo y propiedad, entre trabajo y condiciones objetivas del trabajo. En un desarrollo posterior, el capital aniquila el trabajo artesanal, la pequeña propiedad de la tierra en la que el propietario trabaja, y a sí mismo en aquellas formas en que no aparece en oposición al trabajo, en el pequeño capital y en las especies intermedias híbridas, situadas entre los modos de producción antiguos (o las formas que éstos asuman como resultado de su renovación sobre la base del capital) y el modo de producción clásico, adecuado, del capital mismo (Marx: *Grundisse*.) Se cerraba el ciclo: la actividad humana había engendrado fuerzas que escapando a todo control oprimían la sociedad. El mundo histórico se había mostrado como un mundo deshumanizado y opaco a la razón, aboliéndose a sí mismo y replanteando constantemente bases cada vez más opresivas para un ordenamiento social nuevo. Espacialmente, la opresión se manifestaba en el desmantelamiento de la vieja estructura urbana y en su reemplazo por otra nueva, mucho más agresiva. Las nuevas oligarquías ciudadanas codiciaban menos las rentas de la tierra que la fuerza de trabajo de su población excedente. Al redefinirse la ciudad resultante de la mal llamada "revolución industrial" en entera oposición al mundo rural,

cuya población deglutía, la misma noción de territorio se oscureció, reduciéndose su alcance y relegándose su ámbito a lo no urbano. Se asemejaba más a lo que los romanos llamaron suburbia, lugar fuera de las murallas, espacio desarticulado y mal delimitado, sin orden preciso ni funcionamiento regulado, donde se emplazaban las actividades sucias y ruidosas, pero susceptible de poseer un valor de cambio que lo hiciera atractivo. Ciertamente, en el campo tuvo lugar una "proto-industrialización" al difundirse a partir del XVIII el trabajo y la producción a domicilio, y allí se instalaron después las primeras fábricas, objeto de las revueltas ludditas.

El territorio quedaba a la merced de fuerzas principalmente urbanas que dirimían sus diferencias en lonjas y bolsas, más que en espacios abiertos y descampados. En las primeras fases del capitalismo, cuando el campo estaba lejos del abandono y la destrucción actual, y cuando todavía concentraba la mayoría de la población, el problema agrario era de lejos el asunto mayor de los reformadores sociales, quienes produjeron una cuantiosa literatura sobre el tema. Sin embargo, quedando postulado casi como dogma por Marx que la clase redentora de la humanidad era el proletariado, una clase urbana, se colegía que la solución de dicho problema iba a darse en las ciudades, cuando la clase obrera se adueñase de los medios de producción y cumpliese la tarea que la burguesía no había sido capaz de cumplir, a saber, el desarrollo de las fuerzas productivas. Pero dicho desarrollo tendría consecuencias nefastas en el campo aunque lo dirigiera la clase obrera, puesto que si imitaba el modelo productivista burgués provocaría una miseria intolerable que arrojaría a los campesinos de sus hogares para llevarlos a las puertas de las fábricas en busca de salario. No sin cierta ingenuidad, la socialista Vera Zasulich preguntaba a Marx si en una Rusia atrasada donde todavía subsistía la comuna aldeana, el mir, cuántos siglos habrían de pasar para que la obra disolvente de la burguesía en el campo llegara a su fin, signo inequívoco

del comienzo de la revolución socialista. Marx respondió brevemente que el mir era el punto de apoyo de la regeneración social en Rusia (carta del 8-III-1881) pero se explayó más a fondo en unas notas preparatorias. La aniquilación de la comunidad rural a fin de crear una minoría campesina acomodada y una masa proletaria no tenía por qué ser una fatalidad histórica; si "en el momento de la emancipación" se la ayudaba a "deshacerse de sus caracteres primitivos" podía llegar a ser un elemento de la producción colectiva a escala nacional. Marx, inspirándose en el historiador Maurer, afirma que la vitalidad de las comunidades primitivas era incomparablemente superior a la de las sociedades semitas, griegas, romanas, etc., y tanto más a la de las sociedades capitalistas modernas; es más, la comunidad nueva instaurada por los germanos en todos los países conquistados devino a lo largo de toda la Edad Media en el único foco de libertad y vida popular. Naturalmente, en toda Europa se conservaban residuos de esa comunidad rural en forma de derechos de uso y explotación común de pastizales, eriales, manantiales, turberas o bosques, lo que se llamó en Suiza y Alemania *allmende* y en Inglaterra *commons*, y habían toponímicos que recordaban el *thing*, la asamblea de los hombres libres germanos presidida por un juez o langman, pero solamente en Rusia la comunidad se mantenía viva, lo que permitiría una salida original de la crisis capitalista, favoreciendo la transformación gradual de una agricultura parcelaria e individualista en agricultura colectiva y facilitando el tránsito del trabajo parcelario al cooperativo. Marx sugería que para coordinar los esfuerzos era necesaria la creación de una asamblea de delegados campesinos elegidos en las comunidades, pero todo dependía de unos cambios radicales cuyo agente principal era el proletariado: para salvar la comunidad rusa hace falta una revolución rusa.

Bakunin compartía la visión de los socialistas populistas rusos como su amigo Herzen, para quienes una revolución campesina ahorraría a Rusia los males del capitalismo, pero discrepaba del

papel del mir[2] como instrumento revolucionario. Si por una parte el mir representaba un ideal basado en la propiedad colectiva y el autogobierno, adolecía de graves defectos que lo convertían en instrumento del despotismo: el culto al zar, la anulación de la individualidad, el aislamiento comunal y el patriarcalismo, el peor de todos. El patriarca de la familia, según dice Bakunin en *Estatismo y anarquía*, era: simultáneamente un esclavo y un déspota: un déspota ejerciendo su tiranía sobre todos bajo su techo y dependientes de su voluntad. Los únicos amos que él reconoce son el mir y el Zar. Si él es la cabeza de la familia, se comportará como un déspota absoluto, pero será sirviente del mir y esclavo del Zar. La comunidad rural es su universo; solo existe su familia y a un nivel más alto el clan. Esto explica porque el principio patriarcal domina al mir, una tiranía odiosa, una sumisión cobarde, y la negación absoluta de todos los derechos individuales y de la familia. Sin la destrucción de las relaciones patriarcales que lo paralizaban, el campesinado ruso no podía emplear el mir para redimirse a sí mismo e intervenir como factor de primer orden en la revolución europea. Kropotkin reivindicó en su libro *Apoyo Mutuo* el "principio territorial" de la comuna aldeana y los pactos de solidaridad entre las ciudades medievales como los fundamentos históricos de una sociedad libre. Particularmente, el municipio rural, del que todavía quedaban abundantes vestigios, fue para él la célula primitiva de toda vida social futura. Sin embargo, no la defendía en cuanto a tal: es en un territorio lo bastante vasto que abarcara ciudad y campo –y no en una ciudad aislada o en un pueblo solo– donde habrá que lanzarse un día hacia el porvenir comunista (campos, fábricas y talleres.) No obstante, el camino para llegar al comunismo libertario no quedaba demasiado claro en la obra del príncipe rebelde, que confiaba excesivamente en la misma evolución social y veía cada vez más asociaciones libres creadas

[2] Mir: Vocablo ruso que refiere a una forma de posesión colectiva de la tierra [Nota del editor].

para resolver problemas que el Estado era incapaz de plantearse. El pensamiento anarquista adoptó mayoritariamente su idea comunista, pero no su optimismo darwiniano. Esa mirada de reojo al pasado en busca de inspiración se dio en otros autores como por ejemplo William Morris y Gustav Landauer. Éste último insistió tanto o más que Kropotkin en las comunidades precapitalistas como embriones y cristales de vida de la cultura por venir. El periodo de la *gemeinschaft* medieval no era la edad de oro a la que había que volver, sino una mina de experiencias autónomas útiles para la reconstrucción de la sociedad sin Estado. No se despreciarían los medios aportados por la modernidad, aunque se tendrían en cuenta todas las prevenciones que podía despertar la idea de progreso, de la que Landauer era muy crítico.

Solamente en España la comunidad rural consuetudinaria fue contemplada como una respuesta inmediata al problema agrario, cuestión territorial de la época, pero no por los anarquistas. En ese país subsistía una tradición ilustrada reformista que culminó en el liberalismo social del investigador erudito y político "regeneracionista" Joaquín Costa. Una constante del pensamiento social agrario era la subordinación de la propiedad del suelo al interés general, propiciando un desarrollo rural que fijará las masas al campo mediante viejas fórmulas de posesión y usufructo como la enfiteusis, el censo y el arrendamiento, evitando así su miseria y proletarización. El Estado debía ser el motor del cambio, por lo que la reforma requería la nacionalización de la tierra, pero el drama de los reformadores era que el poder estatal estaba en manos de una minoría de caciques cuyos intereses eran totalmente contrarios a sus proposiciones. Costa fue el único de aquellos que, al final de su vida, tras convencerse de cuan inútil eran los intentos de cambiar "por arriba" el Estado liberal oligárquico y despótico, apeló a una "revolución desde abajo". En un importante libro publicado en 1898, *Colectivismo agrario en*

España, Joaquín Costa, casi como Kropotkin, estudiaba la rica tradición de instituciones campesinas de la que quedaban abundantes restos, las formas de ocupación y cooperación, los concejos, los bienes propios y comunales, las presuras y escalios, los sorteos, los quiñones, las comunidades de aguas, las pesquerías, las cofradías y hermandades, el trabajo vecinal (auzolan, andecha, sestaferia), etc. Entre los siglos XI y XIII el municipio ibérico fue una entidad pública con jurisdicción y administración autónomas, gobernada por el *concilium*, la "junta" o asamblea de todos los vecinos, que decidía sobre los intereses colectivos, particularmente en lo relativo al uso de bienes comunales, impartía justicia e incluso movilizaba fuerzas para casos de defensa. La organización concejil era un sistema político que emanaba del común, el pueblo llano, al que pervirtió la oligarquización y el sistema de "regimiento" hasta llegar a desaparecer en las ciudades durante el siglo XVI, pero que tuvo una prolongada vida en los pueblos rurales pequeños. Partiendo de ese bagaje, Costa elaboró una estrategia colectivista que aspiraba a romper el dominio oligárquico terrateniente: derogación de las leyes desamortizadoras, autorización a los municipios para adquirir tierras o tomarlas en arriendo con el objeto de repartirlas entre los pequeños cultivadores, braceros e incluso artesanos y obreros industriales, reconstrucción del patrimonio concejil aunque para ello hubiera de recurrirse a la expropiación forzosa, recuperación de prácticas colectivistas, revitalización del derecho consuetudinario, etc. Costa planteaba como problema social principal la solución de la cuestión agraria, lo que no resultaba tan descabellado en un país eminentemente rural, y no le temblaba la pluma cuando al escribir que todo dependía de la quiebra del Estado monárquico y caciquil. No fue más lejos, pero el anarquismo español, caracterizado por la adopción del principio territorial de la federación de municipios independientes como clave de reorganización social libertaria, nunca olvidó a sus precursores y siempre le reconoció su legado:

las medidas colectivizadoras de la revolución española de 1936-37 nunca se podrán entender sin la impronta de aquella tradición secular que algunos confundieron con el milenarismo, marcada al rojo en la conciencia histórica de trabajadores y jornaleros sindicados, esa tradición histórica que tanto reivindicó Costa como base indiscutible de una sociedad libre y emancipada.

III. La ordenación

El capital, apoyado en las innovaciones tecnológicas, imprime a la ciudad un ritmo de crecimiento que desborda los límites impuestos por la disponibilidad de agua, energía y alimentos, obligando al desarrollo de infraestructuras hidráulicas, energéticas, de transporte y de evacuación. La moderna clase dominante no tiene exclusivamente su origen en la industria y el comercio; en gran parte se desarrolló en torno a la actividad inmobiliaria y a la construcción o explotación de infraestructuras básicas. La ciudad industrial no fue un asentamiento compacto ya que nada podía limitarla; gracias al empleo de maquinaria, al consumo intenso de energía, a un imponente aparato burocrático y a los nuevos medios de transporte, no pararía de crecer y desparramarse por los alrededores, configurando una morfología espacial radicalmente distinta, articulada por superiores estructuras de movilidad mecánica. La sociedad de clases es una sociedad urbana, no una sociedad ciudadana. En el umbral del siglo XX, la lógica de la concentración ha producido una civilización urbana sin verdaderas ciudades: en las aglomeraciones, un centro casi deshabitado concentra todo el poder en manos de una elite industrial, financiera y constructora, envuelto por áreas suburbanas cada vez más extensas pobladas por masas asalariadas. Algunos sociólogos hablan de "ciudad difusa", "metaciudad" o post-ciudad", pero para Lewis Mumford, se trataba de una verdadera "anticiudad": Ciudad diseminada, ciudad aniquilada, dirá en *The urban prospect* (1956). Es un producto de la descomposición

de la realidad urbana, ya iniciada con la aparición del Estado moderno, un conjunto de fragmentos desnaturalizados dispersos por el entorno, sin vida pública ni comunicación normal; un espacio quebrado donde se instala azarosamente la población masificada y uniformizada. Patrick Geddes, que observó el nacimiento del fenómeno en las cuencas mineras británicas, asignó (en *La evolución de las ciudades*) el nombre de conurbaciones a ese tipo de aglomeraciones aptas sólo para una vida reducida al mínimo, motorizada y confinada la mayor parte del tiempo en espacios cerrados.

La relación entre urbe y territorio degeneró hasta lo inconcebible a medida que las invenciones tecnológicas se popularizaban; lo urbano invadió y deshumanizó todo el espacio social amontonando a una población sin autonomía en bloques patógenos, destruyendo tierras de cultivo y deteriorando o trivializando el paisaje: el territorio no era más que el espacio suburbano resultante del nuevo modelo bárbaro de ocupación. El caos urbano llegó a tales extremos que forzó a los dirigentes de la ciudad industrial a prever una cierta organización de su trama edificada, dando lugar a la ciencia del espacio de la economía, el urbanismo. La desfiguración y degradación del territorio que se derivaban del proceso de expansión urbana originaron las propuestas de "planificación regional" sistemática de Geddes, recogidas por la Asociación para la Planificación Regional de América, fundada en 1923 por Lewis Mumford, Clarence Stein y Benton McKaye. Los reformistas de la Asociación querían estimular un modo de vida intenso, alegre y creativo basado en el equilibrio territorial, para lo que proponían una agricultura de proximidad, una descentralización de la producción de energía, una descongestión de la metrópolis y un reparto equilibrado de la población en unidades convivenciales bien equipadas y conectadas. La planificación regional estaba pensada para eliminar los excesos de población y el despilfarro general de energía, alimentos y bienes de consumo, para reducir y aislar el

transporte a larga distancia y para reinstalar industrias cerca de las fuentes de materia prima. La unidad de partida no era ya la ciudad "dinosaurio", sino la región definida del siguiente modo: Una región es un área geográfica que posee una cierta unidad de clima, vegetación, industria y cultura. El regionalista tratará de planificar este espacio de modo que todos los lugares y fuentes de riqueza, desde el bosque a la ciudad, desde las montañas al mar, puedan desarrollarse equilibradamente, y que la población esté distribuida de modo que utilice sus ventajas naturales en lugar de anularlas y destrozarlas (Mumford: "*Region. To live in*", Survey, 1925). Salta a la vista el idealismo de los intelectuales comprometidos en poner "diques al diluvio metropolitano", destinado a naufragar en la marea de intereses económicos y en los laberintos burocráticos de la administración, más preocupada en servirlos. El tema de la planificación regional fue retomado por el Congreso Internacional de Arquitectura Moderna, CIAM, pero enfocado de forma opuesta, es decir, intentando conciliar las reformas con los grandes intereses que gobernaban el mundo. En su Carta de Atenas (1933), la definía como totalidad que englobaba "el plan de la ciudad". Insistía en criticar esos "descendientes degenerados de los arrabales" llamados suburbios, "una especie de espuma" que batía los muros de la ciudad y que en el transcurso de las últimas décadas se había "convertido en marea y después en inundación", por lo cual, a fin de asegurar un nuevo equilibrio o mejor, para consolidar el desequilibrio, no podía separarse en el plano la "ciudad" de la "región", es decir, del territorio. Los arquitectos funcionalistas hablaban en nombre de los intereses generales del capitalismo: aceptaban que el acondicionamiento o la domesticación del territorio eran pues una consecuencia económica de los planes de expansión urbana; sencillamente apostaban por una verticalización, es decir, por una ocupación intensiva del territorio, inaugurando la arquitectura para pobres de bloques, típica de la posguerra. Sin embargo, estos planes

no podían contradecir las permisivas leyes del suelo, las cuales favorecían descaradamente los intereses muy concretos de los propietarios de tierras y los especuladores. El beneficio privado inmobiliario se superponía a cualquier racionalización del crecimiento urbano y los planes de "ordenación" no llegarían a confeccionarse hasta pasados los años cincuenta del siglo pasado, cuando el automóvil y el hormigón habían dado una importante vuelta de tuerca a la suburbialización del territorio y el desarrollismo se adueñaba de la política. La conurbación exigía cada vez mayores volúmenes de desplazamientos y una mayor cota de motorización. La zonificación higiénica tan recomendada por los arquitectos del CIAM, es decir, la separación cada vez más distante entre los lugares de ocio, consumo, residencia y trabajo con alguna que otra "zona verde" de por medio –nada que ver con el cinturón agrícola recomendado por la Asociación para la Planificación Regional–, aliada con un transporte público deficiente, unas condiciones de vida cada vez más sórdidas y un crédito asequible, precipitó las masas en el vehículo privado, multiplicándose las vías de circulación, y por consiguiente, incrementándose exponencialmente la movilidad, la demanda de energía y el desorden. El proceso desencadenado no era de simple dispersión edificatoria –de ocupación extensiva–, sino de urbanización generalizada, o sea, era una lisa y llana fagocitación del territorio, que al final resultaba cubierto por un tejido urbano indiferenciado. El hábitat, definido por Le Corbusier como "máquina del vivir", no era viable económicamente de ninguna otra manera. El espacio urbanizado extensivamente devino en su mayoría espacio de la circulación de vehículos. Las autopistas modelarán el territorio y determinarán su articulación. No obstante la prioridad del beneficio privado, la formación de "megalópolis" o "ciudades-región", agujeros negros que absorbían todo el espacio, el patrimonio común y la vitalidad que podía encontrarse, exigía de alguna forma una regulación de los asentamientos periurbanos y de las

instalaciones industriales que dio en llamarse “ordenación del territorio”, tal como corresponde a una prolongación de la ya conocida ordenación urbana. La Ordenación del Territorio, cuya redacción dependía de ingenieros y arquitectos, pretendía ser una disciplina científica cuya función era la de proporcionar un marco legal de actuación de los “agentes económicos”, o sea, de los constructores, industriales y especuladores, o más bien, de legalizar dicha actuación confirmando su arbitrariedad y sus excesos. En realidad no era más que el disfraz científico de la promoción inmobiliaria. La Ordenación perseguía ante todo la accesibilidad del territorio, su fácil “conectividad”, y por lo tanto, la multiplicación de infraestructuras. El territorio se sometía a las infraestructuras en lugar de adaptarse éstas al territorio. En efecto, las infraestructuras condicionarían e incluso determinarían todos los usos: paisaje, cultivo, circulación, dormitorio, ocio, vertedero, cárcel, producción energética... Y allí donde había autopistas, allí estaban los promotores. La normativa elaborada para justificar esta “cultura de la carretera” con el pretexto del “desarrollo regional”, las “economías de escala”, la “creación de puestos de trabajo” y la mayor recaudación impositiva, se denominó “ordenamiento territorial”. Era una consagración del desorden a un nivel cualitativo superior de deterioro, pues para los dirigentes no se trataba de controlar o proteger nada, sino de “conectar” y “dinamizar”, es decir, de crear las condiciones óptimas de un crecimiento especulativo que proporcionase ingentes y rápidas ganancias. El “ordenamiento” era la contribución de los funcionarios, técnicos urbanistas y cargos públicos a la destrucción del territorio, las reglas políticas de su transformación completa en capital.

Cincuenta años después de la Carta de Atenas, con las corporaciones financiero-constructoras mucho más poderosas, la conferencia de ministros responsables de la ordenación territorial celebrada el 25 de mayo de 1983 precisamente en Torremolinos, lugar emblemático de la destrucción salvaje de la

costa, precisaba objetivos en una Carta Europea de Ordenación del Territorio, definida como la expresión espacial de la política económica, social, cultural y ecológica de toda la sociedad, o resumiendo, la plasmación geográfica del desarrollismo corporativo de las multinacionales. Era un intento mucho más serio de planificar la explotación sistemática del territorio. En aquel momento, se empezaban a notar los resultados de los cambios tecnológicos de la posguerra debidos a la carrera por la productividad. El medio urbano, desenvolviéndose linealmente, chocaba frontalmente con el territorio bloqueando sus procesos cíclicos. Las novedades que afectaron a la agricultura (principalmente el uso masivo de fertilizantes y plaguicidas) y al transporte (los automóviles de gran cilindrada y la sustitución del ferrocarril por el tráiler), junto con el incremento exponencial de la producción de energía y el desarrollo explosivo de la industria petroquímica, ocasionaron males inimaginables. La verdadera crisis estaba servida: la despoblación del campo, la acumulación de residuos, la polución, el agotamiento de recursos energéticos, el agujero de la capa de ozono, el calentamiento global, el cambio climático, etc., eran sus primeras manifestaciones. El movimiento ecologista había degenerado en partidos "verdes" y se había subido al carro del desarrollismo y de la política. Consecuentemente a la estatización del ecologismo, el Estado se había ecologizado, terminando por admitir que las "profundas modificaciones" ocasionadas por el capitalismo en la sociedad civil demandaban una revisión de los principios que rigen la organización del espacio con el fin de evitar que se hallen enteramente determinados en virtud de objetivos económicos a corto plazo para plasmarla en una "metódica realización de planes de ocupación de suelo" que sentara las bases de una "utilización racional del territorio". Lo que no alcanzaba a disimular la fraseología del "bienestar", "equilibrio entre regiones", "calidad de vida" e "interacción con el medio ambiente" era el paso a una sociedad de masas, donde el territorio no era principalmente

fuente de alimentos sino capital-espacio organizado para ser consumido al pormenor. Y el consumo preferente provenía de la industrialización del ocio por la vía de la segunda residencia y el turismo. Pero el territorio tampoco era simplemente reserva de suelo urbanizable, pues en la explotación de sus recursos se estaban gestando intereses que se sumaban a los del sector inmobiliario y las grandes infraestructuras. Desde entonces se han producido una cascada de leyes "ordenadoras" y planes territoriales, pero la fuerte demanda de suelo, los condicionantes políticos y las crisis –"la variabilidad de la coyuntura económica" diría un experto– ha imposibilitado su aplicación global. Sin embargo, tras el informe Brundtland de las Naciones Unidas, los ejecutivos que deciden en la economía, al plantearse el problema de la futura escasez de energía, habían tomado conciencia del momento "verde" del capitalismo: en lo sucesivo, el desarrollismo sería "sostenible", o no sería. Para mejor precisión éste fue definido en la Conferencia de Río de 1992 como la unión del medio ambiente con la economía globalizada adoptando la forma de "capital territorial". El territorio adquiría "una nueva dimensión" en la alta política, situándose en el centro del triángulo sociedad-economía-medio ambiente. Adquiría prioridad su "vertebración" en tanto que "periferia" de una serie de núcleos centrales con los que cabía conectarse mediante nuevas infraestructuras a proyectar. Con ese tipo de descentralización se "maximizaría" su competitividad –aumentaría al máximo su "valor" como "activo"– y se reforzaría la "cohesión económica y social", corrigiéndose los graves desequilibrios que ocasionaban el desigual potencial económico con respecto a las áreas metropolitanas, esos "laboratorios de la economía mundial" y "motores del progreso." En el Estado Español la ordenación territorial sería competencia del nivel burocrático intermedio, el de las comunidades autonómicas, lo que tuvo como consecuencia unos planes exageradamente desarrollistas, por cuya sostenibilidad "velaban" comités

compuestos por ejecutivos financieros, empresariales y políticos responsables de las áreas implicadas. Los dirigentes europeos, que concretaron sus objetivos en un documento de 1999 titulado Estrategia Territorial Europea, querían la integración incluso de las partes más recónditas del territorio en la economía mundial, revalorizándolas gracias al acceso a "redes transeuropeas" de transporte, telecomunicaciones y energía, es decir, a través de la constitución de un mercado europeo integrado de la construcción, de la distribución, del turismo de masas y del gas y la electricidad. Los fondos para la reestructuración, los planes de desarrollo local, la legislación medioambiental, el productivismo y la informatización total, esos son los componentes del "nuevo modelo de desarrollo policéntrico". Mediante mecanismos de teleparticipación y concertación público-privada se pondrá en marcha una "nueva cultura del territorio" que disimule en lo posible la contradicción insuperable entre los procesos naturales que lo ordenan verdaderamente y los procesos industriales que estructuran la sociedad globalizada. O dicho de otra manera: se tratará de apagar el incendio con una nueva clase de leña.

IV. La defensa

En la actual etapa de crecimiento capitalista, la del desarrollismo mundializado, el territorio se ha convertido no sólo en el soporte de las infraestructuras y el pilar mayor de la urbanización sino, de modo general, en el principal recurso explotable y el impulsor imprescindible de la actividad económica. En una economía terciarizada, sin apenas actividad agrícola, se descubre que el capital-territorio disputa al capital-urbe la preponderancia como forma dominante. La acumulación de capitales se ha deslocalizado y el territorio es ahora el elemento primario de una fábrica difusa y a la vez el punto final del proceso de industrialización de la vida. Paralelamente, el territorio en tanto que capital ha de ser controlado y securizado en función de su importancia estratégica adquirida. Pero precisamente por

culpa de sus nuevas funciones, el territorio ha pasado a ser para el sistema capitalista la contradicción que contiene todas las demás: por un lado, su destrucción en tanto que recurso finito impedirá una explotación que pretende ser infinita, amenazando así los fundamentos de la economía; y por el otro, su destrucción en tanto que artificialización completa del espacio social donde se acumulan los efectos nocivos de un desarrollismo ponzoñoso, comportará la supervivencia de la especie humana en condiciones tan abominables que difícilmente ésta podrá soportar. La crisis energética es un ejemplo de lo primero; las revueltas espontáneas de los suburbios metropolitanos del mundo, un ejemplo de lo segundo. Y además, la destrucción del territorio no es soslayable en el contexto actual: dado que la fuerza productiva preponderante, la tecnología, es eminentemente fuerza destructiva, la catástrofe es el resultado y también el requisito previo del funcionamiento capitalista contemporáneo. A lo que conducen las catástrofes es a un mayor control, solución técnica donde las haya, así que la destrucción del territorio no se detiene ante sus consecuencias, sino que impone una monitorización, eso que los "verdes" llaman "seguimiento", los expertos policiales "contención" y los dirigentes, simplemente "salvaguarda del orden". Los controles persiguen tanto la adaptación de las poblaciones a la devastación, como el encarrilamiento y la disolución de la protesta. Para una cosa recurrirán a la legislación medioambiental y a los medios, dando juego las plataformas ciudadanas, al ecologismo político y al voluntariado. Para la otra, echarán mano directamente de la tecnovigilancia y de las fuerzas del orden. Esos son los dos polos cuya tarea no es otra que neutralizar el combate anticapitalista por excelencia: la defensa del territorio. La dialéctica capitalista de la destrucción y reconstrucción se duplica en dialéctica de la represión e integración.

El territorio, al convertirse en parte principal de una fábrica dispersa, deviene el lugar donde los antagonismos sociales

pueden desplegarse en toda su magnitud, y, por lo tanto, la cuestión social puede presentarse como cuestión territorial. En Castilla, “la defensa del territorio” como defensa de los bienes comunales contra la usurpación nobiliaria es mencionada en el siglo XV, pero el uso general de la expresión es mucho más reciente; probablemente provenga de las luchas de las comunidades campesinas latinoamericanas de los años 70 y 80 en defensa de su entorno y su cultura contra la agroindustria, la minería a cielo abierto y la construcción de embalses. Frente a un territorio esquilmado por los intereses económicos espurios, las comunidades oponían la idea de un territorio como bien común de uso colectivo regulado, abrigo, recurso y fuente de vida. En los países donde reinan condiciones turbocapitalistas, la defensa del territorio surge en el campo como protección del hábitat rural y del modo de vida que éste hacía posible, y surge en la conurbación como respuesta a la degradación insoportable de la vida urbana. En ambos casos es una defensa de la identidad perdida, esa de la que nos hablaba Catón el Censor al escribir en *De agricultura*: cuando nuestros antepasados querían alabar a un buen ciudadano le llamaban buen agricultor, buen granjero (los romanos consideraban el trabajo de la tierra como la única ocupación verdadera del hombre libre). En el campo se prolonga en una resistencia a las infraestructuras y a la industrialización de la actividad agraria, resistencia que pretende restaurar la democracia vecinal; en la aglomeración urbana es una lucha por la descolonización de la vida cotidiana que desemboca bien en un combate por el retorno de la vida pública, o bien en la deserción de la urbe. En el primer caso se apela al apoyo de las masas urbanas; en el segundo, se invita desde la plaza pública a la ocupación de tierras y a la creación de huertos colectivos. La defensa del territorio es pues una lucha por la ciudad, y viceversa, la lucha por la ciudad es una defensa del territorio. Hubo un tiempo en que la población urbana tenía un fuerte componente agrario, representado en sus órganos rectores. Ciudad y territorio

nunca han sido y no son realidades distintas y enfrentadas, son interdependientes; ni son concebibles una sin la otra, ni se pueden transformar por separado. Ni la libertad ciudadana existirá en un territorio sojuzgado, ni la soberanía municipal podrá darse alrededor de una megalópolis. Para que se dé una verdadera simbiosis, las dos exigen el desmantelamiento de las conurbaciones y la dispersión del poder, pero no la abolición de la ciudad; la recuperación para el cultivo del espacio urbanizado y el fin de la dependencia unilateral, no es el fin del proyecto colectivo de convivencia ciudadana: la desindustrialización sigue los pasos de la ruralización, no los de la barbarie anticivilizadora. Desurbanizar el campo y ruralizar la urbe, volver al campo y retornar a la ciudad, tales son las líneas convergentes de una futura revolución. El derecho al territorio que ha de deducirse de un uso racional del espacio, es también derecho a la ciudad.

Si proclamamos que la defensa del territorio es la nueva lucha de clases o que, repitámoslo, la cuestión social es ante todo una cuestión territorial, ello no es debido a que los objetivos de una clase oprimida se hayan desplazado de las fábricas a la agricultura, a la recolección o a la caza. En una sociedad donde la explotación es fundamentalmente técnica, los oprimidos no forman una clase, puesto que no son sino prótesis de la máquina, masas hechas a imagen del mundo urbano en el que sobreviven. No les define la recepción de un salario a cambio de un trabajo, sino el ser piezas de un engranaje que les obliga a consumir y endeudarse en un espacio enclaustrado y condicionado, el de la economía de mercado. Les define pues un modo de vida particular impuesto, donde carecen de decisión por completo. Dicho espacio es urbano pero sin vida urbana, ideal para los neuróticos, los parásitos, los anormales y los sociópatas. Es el espacio de masas sin voz y sin conciencia, infelices, administradas mecánica y autoritariamente por profesionales del adiestramiento. La degradación de la convivencia y la agresividad que lo caracterizan son ambas producto de los

factores mórbidos que provoca el amontonamiento, el ritmo de la máquina, la tensión consumista, la incomunicación y la soledad. Patrick Geddes llamó a la metrópolis degenerada patópolis, ciudad de las enfermedades, y efectivamente, la vida urbana está minada por condiciones patológicas crecientes. La violencia de las revueltas urbanas refleja la enorme violencia que soportan cotidianamente los desmoralizados habitantes de las conurbaciones. No es una violencia de clase, es una violencia de desclasados. La insurrección latente de las masas no es más que la expresión violentamente lógica de la patología de la vida privatizada, mediocre, apática y esclava. La miseria de la vida cotidiana, acentuada por las crisis, es el denominador común de todos los disturbios urbanos, desde los de las ciudades americanas durante los años cincuenta hasta los más recientes de Estocolmo, Ankara o Sao Paulo, y es el sustrato de todas las revueltas. A través de ellos se anuncia el nuevo proletariado. Tampoco busquemos en las cuestiones laborales la base donde recomponer el sujeto de la historia, la unificación del objeto (la realidad objetiva) con el sujeto (el agente de la Razón), porque ésta subyace en la protesta contra la expropiación total de la vida. Es una protesta que contiene implícitamente el rechazo de un espacio reificado y masificado donde reinan la desmemoria, la ausencia de vínculos y la sumisión; en resumen, el rechazo del hábitat metropolitano. Por consiguiente, la crítica de la vida cotidiana en actos es portadora de una crítica del espacio: de la crítica del urbanismo concentracionario de los dirigentes llegamos a la de la domesticación del territorio adquiriendo por el camino una conciencia social del espacio o, dicho de otro modo, una conciencia territorial. La defensa del territorio, asamblearia por naturaleza, es la materialización de dicha conciencia. La comunidad se manifiesta como reunión, como "junta", no como unión, no como entidad susceptible de institucionalizarse. En cierto modo se podría decir que si al penetrar en todos los resquicios de la vida la

opresión se había espacializado, la lucha contra ella, también. En el fragor de la batalla, la clase de la conciencia, el nuevo proletariado, se constituye creando y defendiendo su espacio, que es su mundo, su objeto. Su hábitat es la fábrica difusa que ha de desindustrializar y desurbanizar para poder gestionarla libremente, y su herramienta orgánica no es otra que la comunidad territorial representada por la asamblea.

Si la ordenación del territorio era la última fase de la ordenación de la vida, o sea, el caos planificado, la primera tarea de su defensa será "desordenarlo", es decir, desmasificarlo, desprivatizarlo y conducirlo hacia la anarquía, que, de acuerdo con Reclus, es la más alta expresión del orden. La defensa del territorio ha de bregar con grandes contradicciones. La primera de ellas reside en el hecho de que el sujeto que ha de llevarla a cabo está mayoritariamente concentrado en las conurbaciones, el suelo estéril de la inconsciencia y el olvido, por lo que es más probable que los procesos de despoblamiento y de repoblación sigan ritmos diferentes y vayan descoordinados. El urbanismo y la ordenación territorial, con el fin de volver imposible la apropiación liberadora de los lugares y el abandono de las zonas de apelotonamiento, han levantado grandes obstáculos al reequilibrio poblacional. A este escollo se superpone otro: la lucha desde la conurbación es principalmente destructiva, pues poco se puede construir de autónomo y verdadero en los espacios yermos de la esclavitud asalariada y consumista, y en cambio, en el campo, el aspecto constructivo goza de más oportunidades, pues la cultura campesina rebrota con facilidad en terrenos segregados del mercado, todo lo cual, con una conciencia social ausente, favorece el desarrollo de ideologías mesiánicas y nihilistas en la parte urbanizada, y el de ideologías ciudadanistas y ruralistas en la suburbanizada, formas de la falsa conciencia que oscurecen la mente y vuelven a los individuos extraños a la vida libre. Así, en las áreas metropolitanas, la problemática laboral será ensalzada como máxima expresión de la "lucha de clases",

mientras que el enfrentamiento con las fuerzas del orden suele ser elevado a los altares de la radicalidad y la violencia, convertida en un valor absoluto en tanto que "poesía de la revuelta". Por otro lado, en las zonas post rurales, el proteccionismo legalista, el recurso a los partidos y a la administración, el compromiso ambiental de los empresarios y la economía seudo-altruista llegarán a considerarse panaceas del decrecimiento y de la ruralidad bien entendida. En todas partes ha de construirse una comunidad de lucha para tirar hacia adelante, pero igual que no hay que desdeñar los huertos urbanos, los talleres cooperativos o los métodos asamblearios en nombre de la autodefensa de las movilizaciones, tampoco hay que dejar de lado ni la ocupación de tierras abandonadas o expropiadas, ni el sabotaje de los cultivos transgénicos, de la maquinaria para infraestructuras o del turismo. Es revolucionario saber cómo se hace una hogaza de pan, pero también lo es saber como se hace una barricada. Tanto la segregación como la resistencia no tienen como objetivo la supervivencia aislada sino la consolidación de la comunidad y la abolición del capitalismo. El restablecimiento de los concejos abiertos y de las juntas, la creación de una moneda "social", los circuitos cortos de producción y consumo, o la recuperación de los terrenos comunales no pueden ser vías "alter-capitalistas" y pretextos para la inactividad o el ciudadanismo. Su finalidad en el ámbito del oikos es la producción de valores de uso, no de valores de cambio. No son trazos identitarios del gueto rural buenrollista, sino distintos aspectos de una misma lucha, la lucha por un territorio emancipado de la mercancía y del Estado, cuya atmósfera hará libres a quienes la respiren. Son elementos de importancia mayor de cuya correcta combinación dependerá una estrategia eficaz que conduzca las fuerzas de la conciencia histórica a la victoria. Su elaboración es tarea de la crítica antidesarrollista, que a diferencia de otro tipo de críticas, no se pierde en generalizaciones teóricas abstractas ni se instala en la pura negatividad o positividad activista, puesto que, de

forma muy concreta, sabe lo que quiere. Por eso no intenta coger la luna en el reflejo del agua. Conoce exactamente el lugar adonde ir a buscar las cosas.

11. Dialéctica del cenit y el ocaso[1]

Hemos alcanzado el umbral de una nueva época, donde la barbarie da un salto hacia delante, supera su forma concreta anterior y adopta una nueva: la del desarrollo. Todas las ideas y conceptos en curso hasta hoy, se disuelven y desvanecen como en un sueño. Mientras la vida en el planeta se va deteriorando poco a poco, la barbarie prepara nuevas salidas; son los expertos y los políticos quienes saludan su aparición y la reconocen como el verdadero progreso. El capitalismo ha alcanzado su cenit, ha traspasado el umbral a partir del cual las medidas para preservarlo aceleran su autodestrucción. Ya no puede presentarse como la única alternativa al caos; es el caos y lo será cada vez más. Durante los años sesenta y setenta del pasado siglo, un puñado de economistas disconformes y pioneros de la ecología social constataron la imposibilidad del crecimiento infinito con los recursos finitos del planeta, especialmente los energéticos, es decir, señalaron los límites externos del capitalismo. La ciencia y la tecnología podrían ampliar esos límites, pero no suprimirlos, originando de paso nuevos problemas a un ritmo mucho mayor que aquél al que

[1] Charlas de Pineda de Mar organizada por la sección local de la CNT en Can Comas (30 junio 2011); de Segorbe en el Ateneo Libertario Octubre del 36 (2 julio 2011); de La Llagosta en les Jornades de l'autogestió de Can Piella (24 julio 2011); de Lleida en el CSA La Maranya (30 julio 2011); de Valladolid en las Jornadas Agroecológicas del BAH (6 noviembre 2011); y de Madrid en las Jornadas de Crítica al Progreso organizadas por la Federación de Estudiantes Libertarios (8 noviembre 2011)

arreglarían los viejos. Tal constatación negaba el contenido clave de la política estatal de posguerra, el desarrollismo, la idea de que el desarrollo económico bastaba para resolver la cuestión social, pero también negaba el eje sobre el que pivotaba el socialismo, la creencia en un futuro justo e igualitario gracias al desarrollo indefinido de las fuerzas productivas dirigidas por los representantes del proletariado. Además, el desarrollismo tenía contrapartidas indeseables: la destrucción de los hábitats naturales y los suelos, la artificialización del territorio, la contaminación, el calentamiento global, el agujero de la capa de ozono, el agotamiento de los acuíferos, el deterioro de la vida en medio urbano y la anomia social. El crecimiento de las fuerzas productivas ponía de relieve su carácter destructivo cada vez más preponderante. El desarrollismo trataba de sostenerse recurriendo a la tecnología, la última gran superstición, como salida indefectible de cualquier problema ecológico. Pero la fe en el progreso hacía aguas; el desarrollo material esterilizaba el terreno de la libertad y amenazaba la supervivencia. La revelación de que una sociedad libre no vendría jamás de la mano de una clase directora, que mediante un uso racional del saber científico y técnico multiplicase la producción, corrigiera su impacto ambiental e inaugurara una época de abundancia donde todos quedaran ahítos, no era más que una consecuencia de la crítica de la función socialmente regresiva de la ciencia y la tecnología, o sea, del cuestionamiento de la idea de progreso. Pero el progresismo no era solamente un dogma burgués, era la característica principal de la doctrina proletaria. La crítica del progreso implicaba pues el final no sólo de la ideología burguesa sino de la obrerista. La solución a las desigualdades e injusticias no radicaba precisamente en un progresismo de nuevo cuño, en otra doctrina del progreso depurada de contradicciones. Como dijo Jaime Semprún, cuando el barco se hunde, lo importante no es disponer de una teoría correcta de la navegación, sino saber cómo fabricar con rapidez una balsa

de troncos. Aprender a cultivar un huerto como recomendó Voltaire, a fabricar pan o a construir un molino como desean los neorrurales podría ser más importante que conocer la obra de Marx, la de Bakunin o la de la cualquier otro. Eso significa que los problemas provocados por el desarrollismo no pueden acomodarse en el ámbito del saber especulativo y de la ideología antiprogresista porque son menos teóricos que prácticos, y, por consiguiente, la crítica tiene que encaminarse directamente hacia la praxis. En ese estado de urgencia, el cómo vivir en un régimen no capitalista deja de ser una cuestión para la utopía para devenir el más realista de los planteamientos. Si la libertad depende de la desaparición de las burocracias y del Estado, del desmantelamiento de la producción industrial, de la abolición del trabajo asalariado, de la reapropiación de los conocimientos antiguos y del retorno a la agricultura tradicional, o sea, de un proceso radical de descentralización, desindustrialización y desurbanización debutando con la reapropiación del territorio, el sujeto capaz de llevar adelante esa inmensa tarea no puede ser aquél cuyos intereses permanezcan asociados al crecimiento, a la acumulación incesante de capital, a la extensión de la jerarquía, a la expansión de la industria y a la urbanización generalizada. Un ser colectivo a la altura de esa misión no podría formarse en la disputa de una parte de las plusvalías del sistema sino a partir de la deserción misma, encontrando en la lucha por separarse la fuerza necesaria para constituirse.

Al final de la era fordista, tras la subida de precios del petróleo como consecuencia del cenit de la producción en Estados Unidos, conocemos la salida que buscó la clase dirigente para preservar el crecimiento: un desarrollismo de nuevo tipo, neoliberal, basado primero en el fin del Estado-nación, la privatización de la función pública, el abandono del patrón oro, la energía nuclear, la eliminación de las trabas aduaneras, el abaratamiento del transporte, las tecnologías de la información, la globalización de los mercados, la expansión del

crédito y la desregulación del mundo laboral. Una segunda fase, algo más keynesiana, rentabilizaría la destrucción acumulada mediante un desarrollismo llamado sostenible, integrando el punto de vista ecologista en un capitalismo "verde". El Estado recuperaría un tanto su papel de impulsor económico que tenía en la época anterior de capitalismo nacional financiando dicha modernización y forzando el reciclaje de la población en el consumo de mercancía labelizada. También conocemos las alternativas progresistas neokeynesianas que en el marco del orden establecido reivindicaron "otra" globalización en donde las cargas estuvieran mejor distribuidas, o lo que viene a ser lo mismo, una mundialización tutelada por los Estados que respetara los intereses de la burocracia obrerista y el estatus de las clases medias. Esta propuesta descansaba en la falsa suposición de que el Estado era un instrumento neutral frente al capitalismo, y no la adecuada expresión política de sus intereses. Como quiera que fuera, ambas políticas –la neoliberal conservadora y la neokeynesiana socialdemócrata– fracasaron al tropezar el capitalismo con sus límites internos. La liquidación de las economías locales arruinó poblaciones enteras que se fueron acumulando en las periferias de las metrópolis, dando vida a inmensos poblados de chabolas. Innumerables masas emigraron a los países "desarrollados", extendiendo las consecuencias de la crisis demográfica a las zonas privilegiadas del turbocapitalismo. Esta nueva mutación del capital creaba una nueva división social: los integrados y los excluidos del mercado. La contención de la exclusión quedó fundamentalmente en manos del Estado, en absoluto neutro, obligado a desarrollar para la ocasión políticas represivas de control de la inmigración y extenderlas a cualquier forma de disidencia. Por otro lado, el carácter eminentemente especulativo de los movimientos financieros internacionales y las políticas estatistas clientelares, tras una década de euforia, condujeron a la bancarrota general del 2008, agravada por las deudas que los Estados no habían podido reembolsar,

precipitando una vuelta al neoliberalismo mucho más dura. Las medidas draconianas son necesarias para traspasar la crisis provocada por los bancos y los Estados a la población asalariada, mayoritariamente hipotecada. La pauperización material de un tercio de la población se suma a una pauperización moral vieja de años, pero la incapacidad irremediable de crecer lo suficiente de los Estados Unidos y la Unión Europea, si no es compensada con una demanda emergente, china o india, proporcionará un marco crítico duradero donde podrá invertirse el proceso de anomia. Potencialmente, y por mucho tiempo, el espectro de Grecia –las condiciones griegas– asediará la conciencia de los dirigentes. La venganza o la voluntad de desquite dominarán en los primeros momentos con toda la secuela de conflicto y violencia, pero para construir habrá de darse en las masas vapuleadas un sentimiento de dignidad a la par que el desarrollo de una conciencia verdaderamente subversiva.

Paradójicamente, en la fase actual de descomposición del sistema dominante, las contradicciones internas ocultan las externas. El drama de la exclusión, el paro, la precariedad, los recortes, los desahucios y el empobrecimiento de las clases medias asalariadas, al poner por delante sus intereses inmediatos todavía ligados al mantenimiento de un estilo de vida urbano, artificial y consumista, han oscurecido momentáneamente la cuestión esencial, el rechazo del credo del progreso, y, por consiguiente, el del modelo social y urbano que le es inherente. En consecuencia, la creciente "huella ecológica" y la insostenibilidad intrínseca de la supervivencia bien o mal abastecida bajo el capitalismo no se han tenido en consideración, por lo que las exigencias desindustrializadoras y desurbanizadoras parecen fuera de lugar. La protesta urbana, obrera o populista, rechaza solamente pagar la factura de la gestión desarrollista anterior y así se contenta con exigir "otra" política, "otra" banca u "otro" sindicalismo, a lo sumo, "otro" capitalismo, pero jamás se planteará seriamente la ruralización

o la desaparición de las metrópolis, es decir, otra manera de convivir, otra sociedad u otro planeta. La mayoría de los habitantes de las conurbaciones solamente busca o aspira a encontrarse con la naturaleza los fines de semana, en tanto que consumidores de relax y paisaje, por lo que una crítica antidesarrollista tiene serios problemas para darse a conocer fuera de estrechos círculos, ya que la mentalidad urbana es incapaz de asumirla y los desertores del asfalto son todavía pocos. Por otra parte, la población campesina, residual, sufre un deterioro mental aún peor, fruto de su suburbanización, y las más de las veces reproduce estereotipos ideológicos urbanos. La crítica antidesarrollista no cuaja pues, ni en el medio rural, que debía ser el suyo, ni en el medio urbano, mucho menos propicio. Por eso la materialización en la práctica del antidesarrollismo como defensa del territorio se ve sometida a multitud de inconsecuencias y limitaciones. El carácter específicamente local de dicha defensa juega en su contra. Apenas se conforma una oposición contra una nocividad particular, surgen acompañantes municipalistas, verdes o nacionalistas, que tratan de confinarla como "nimby" en la localidad, exprimirla políticamente y empantanarla en marismas jurídicas y administrativas. Solamente en los casos en que ha conseguido aliados de las conurbaciones gracias precisamente a los irregulares de la post ciudad, ha podido formularse un interés general y desarrollarse un conflicto de envergadura (por ejemplo: contra trasvases, contra las líneas MAT, contra el TAV,[2] contra autopistas, centrales eólicas, etc.). Resumiendo, la defensa del territorio está lejos de mostrarse como el único conflicto realmente anticapitalista, ya que, debido a las condiciones hostiles que debe afrontar, no consigue constituir una comunidad de lucha estable y suficientemente consciente que contribuya con eficacia a incrementar el número

[2] MAT: Líneas de transmisión de energía de muy alta tensión; TAV: trenes de alta velocidad. [Nota del editor].

de renegados de la urbe. Todavía no ha logrado transformar la descomposición urbana en fuerza creativa rural, ni la oposición al desarrollismo territorial en barrera contra la urbanización total.

Será necesaria otra vuelta de tuerca en la crisis para que la cuestión urbana –el problema de desmontar la conurbación– aparezca en el centro de la cuestión social. En efecto, la conurbación es la forma ideal de la organización del espacio por el capitalismo; una gran concentración de consumidores hecha posible por la abundancia hasta ahora ilimitada de combustible fósil barato y de agua potable. Es de suponer que un encarecimiento del combustible conduciría a una crisis energética que pondría en peligro la agricultura industrial, el sistema de vida urbano y la existencia misma de las conurbaciones. Igual sucedería con una sequía prolongada que exigiera la construcción de numerosas desaladoras funcionando con petróleo. Ese es el horizonte que perfila a corto plazo la gran demanda de los países emergentes y el cenit de la producción petrolífera a medio: el fin de la era de la energía barata. No hay remedio posible puesto que la energía nuclear y las llamadas "renovables" son caras, necesitan igualmente para su puesta en marcha ingentes cantidades de combustible fósil cada vez menos al alcance y el ritmo de su producción nunca podrá satisfacer las exigencias de un consumo creciente. El capitalismo verde es una falacia y la globalización está entrando en su fase terminal; las innovaciones tecnológicas no podrán salvarla. La perspectiva de un declive de la producción industrial de energía pinta de negro el futuro de las conurbaciones, puesto que un encarecimiento del transporte paralizará los suministros y las volverá inviables. Los bloques de viviendas, los rascacielos, los centros comerciales, los adosados residenciales, los polígonos logísticos, las autopistas y demás se deteriorarán a gran velocidad. Entonces, los sofisticados materiales de construcción, el aire acondicionado, los electrodomésticos, los ordenadores,

la calefacción central, la telefonía móvil y los automóviles serán cosas del pasado. Además, el calentamiento global es imparable puesto que el consumo de energías contaminantes es imposible de aminorar, y, en pocos años, cuatro o cinco, desbocará el cambio climático y entonces los daños provocados serán irreversibles. El decaimiento de la agricultura industrial –esclava del fuel, de los abonos y herbicidas petroquímicos– junto con las secuelas del calentamiento –incremento del efecto invernadero, deforestación, erosión, salinización y acidificación de los suelos, desertificación, sequías e inundaciones– desembocarán en una crisis alimentaria de graves consecuencias en la parte sobrealimentada del mundo. Gobiernos, bancos y especuladores se están lanzando a comprar tierras en África y América para asegurarse alimentos y beneficiarse con la futura crisis. Pero esta deslocalización de la producción agraria no resolverá el problema de la alimentación, sino que agravará sus efectos, desposeyendo a los campesinos que quedan y especulando todavía más con los precios. Ante una interrupción del suministro de alimentos, aunque sea relativa, la mayoría de la población urbana quedará desabastecida, viéndose impelida violentamente a buscar comida y combustible fuera, desperdigándose por un campo esquilmado. El que este proceso de expulsión del vecindario se efectúe de forma caótica y terrorista o transcurra positivamente dependerá de la capacidad integradora de las comunidades de lucha surgidas de la deserción y la defensa del territorio. Si éstas son débiles no podrán enfrentarse a la avalancha de una población hambrienta y transformar su desesperación en fuerza para el combate por la libertad y la emancipación. La desagregación del turbocapitalismo daría lugar entonces a un reguero de formaciones capitalistas primitivas defendidas por poderes locales y regionales autoritarios. Será inevitable que la sociedad se contraiga y se vuelva intensamente localista, pero lo pequeño no siempre es hermoso. Puede ser horrible si la necesaria ruralización, que habrá de afrontar las consecuencias

de una superpoblación repentina y brutal, no discurre por vías revolucionarias, es decir, si se limita a una producción centralizada y privilegiada de comida y energía en lugar de orientarse hacia la creación de comunidades libres y autónomas capaces de resistir a la depredación post urbana. En definitiva, si el proceso ruralizador no respira esa atmósfera de libertad que antaño se atribuía a las ciudades.

A fin de no caer en profecías apocalípticas y evitar que la ciencia-ficción se adueñe de los análisis futuristas postulando retornos al paleolítico o a la barbarie de género cinematográfico, conviene considerar la crisis energética como un marco general y un horizonte temporal que condicionará cada vez más el acontecer social con el chantaje consabido de "o la energía o el caos" sin por lo tanto determinarlo completamente. La especulación novelesca es deudora de la actitud contemplativa frente a la catástrofe, típica de la religión –o de su equivalente secular, la ideología historicista– que considera lo que adviene como resultado forzoso y no como una posibilidad entre muchas, un desenlace en el tiempo fruto de múltiples variables: la conciencia del momento, la inteligencia de los cambios, la configuración de fuerzas independientes, la habilidad en captar las contradicciones que se manifiestan y en aprovechar las ocasiones que se presentan... Ni el resultado explica enteramente el proceso, ni el proceso, el resultado. El cenit no precede necesariamente a la extinción. Entre los dos interviene el juego dialéctico de la táctica y de la estrategia entre contrincantes con fuerzas desiguales, a corto y medio plazo. El juego de la guerra social. Las esperanzas de los sectores aferrados a la conservación del capitalismo de Estado en un decrecimiento paulatino, pacífico y voluntario serán prontamente desmentidas por la brutalidad de las medidas de adaptación a escenarios de escasez y penuria y la dinámica social violenta que van a originar. Históricamente, las clases medias en descomposición han exigido siempre gobiernos autoritarios.

Pero si bien el colapso catastrófico no va a producirse en fecha fija, inminente, tampoco va a ser inevitable la entronización de un régimen ecofascista con o sin ayuda de las masas desclasadas; sin embargo, la probabilidad más o menos cercana de ambos fenómenos puede servir para llevar la acción por derroteros consecuentes, lográndose así en las sucesivas confrontaciones una salida favorable al bando de los partidarios de un cambio social radical y libertario. Nada está decidido, por lo que todo es posible, incluso las utopías y los sueños.

12. El derecho al territorio: notas[1]

1. La sociedad capitalista tiende a constituirse como red metropolitana. La urbanización general es el proceso de adaptación del territorio a las exigencias de la turboeconomía. La expansión ilimitada de las ciudades conforma la llamada sociedad urbana. La disponibilidad de carburantes baratos que facilitaban tanto el desplazamiento en vehículo privado como la "revolución verde" y la deslocalización de la producción agraria, ha hecho posible dicha sociedad, o dicho de otra manera, ha provocado la desaparición de la agricultura tradicional y su mundo. Las metrópolis se han emancipado de los huertos de la periferia aniquilando la vida y la cultura campesinas. La alimentación antaño tradicional de sus habitantes y el cuidado del campo, son ahora asunto de la industria agroalimentaria y del mercado mundial del petróleo. A un enjambre de adosados, campos de golf y centrales eólicas acompaña una comida industrial uniformizada, excesiva, manipulada, adulterada e insana.

2. A partir de ahora los usos del suelo vienen determinados exclusivamente por las necesidades de las aglomeraciones urbanas. El espacio de las cercanías queda inmediatamente suburbanizado y sometido a contaminaciones diversas. Es

[1] Charla en la masía ocupada Can Piella, en el término de Montcada i Reixac (Barcelona), 15 octubre 2012, en apoyo a la protesta contra su orden de desalojo. Charla en el Ateneo Riojano de Logroño, el 7 noviembre 2012.

fagocitado por la urbe. Así pues el entorno rural queda visto para sentencia: se ha vuelto capital inmobiliario. Ninguna actividad agraria puede subsistir cerca de las aglomeraciones, ni siquiera como ocio, cuando la tierra se ha transformado plenamente en capital.

3. La misma ciudad en tanto que proyecto de convivencia colectivo con relativa autonomía no puede existir al perder los límites. El tejido social no crece con el entramado urbano, determinado éste cada vez más por la circulación de vehículos. La sociabilidad se deshace con la acumulación de bloques de pisos-dormitorio y la proliferación de autovías. El aprovisionamiento a través del mercado global impone el modelo de alimentación basura. La vida, estabulada y motorizada, se privatiza y reduce a consumo. Las instituciones ciudadanas son instrumentalizadas por los especuladores inmobiliarios. La ciudad desbordada y desarticulada cae en manos de dirigentes sin control que la gobiernan como una empresa de su propiedad y "ordenan" el territorio de acuerdo con planes que gustan a las constructoras.

4. Reivindicar un uso racional y sostenible del suelo, ya esté abandonado o no, equivale a proclamar la resistencia a la urbanización y a la industrialización como sustrato de cualquier ocupación que se realice en nombre de la razón y de la sostenibilidad. Al final, el futuro de la sociedad dependerá de la manera como se utilice el territorio; si lo trabajan colectivamente en reciprocidad con la naturaleza, las formas de la convivencia en su seno evolucionarán hacia el equilibrio y la libertad. Si lo explotan, lo ensucian y lo destruyen, el territorio no será más que el reflejo de una sociedad amorfa y esclavizada. Apto para que las masas domesticadas y confinadas en las metrópolis-cárcel consuman los fines de semana en tristes residencias secundarias la imagen de una naturaleza y una jardinería rural cuya realidad no se encuentra en ninguna parte.

5. La función social del territorio es fundamental para los humanos: el territorio ha de educar y formar para la acción comunitaria en simbiosis con la naturaleza. Ha de ser la base de la dignificación de la existencia, tan sometida a toda clase de condicionamientos típicamente urbanos: dinero, soledad, masificación, neurosis, despilfarro, ignorancia, manipulación... Por consiguiente, desde el punto de vista antidesarrollista, el uso del espacio ha de ser redefinido dentro de una nueva carta de libertades que contenga un nuevo derecho: el derecho al territorio. Derecho a escoger un modo de vida no urbano si se desea (derecho a instalarse en el campo). Derecho a disfrutar del medio, derecho a cultivar y plantar semillas autóctonas, a producir sus propios alimentos y comerlos, derecho a habitar (habitar en sentido genuino significa participar en la vida social, no solamente ocupar un sitio). Derecho al territorio que comporta el deber de preservarlo, restituirlo y defenderlo; deber pues de oponerse a su degradación. Derecho a echar raíces, o a conservarlas.

6. La defensa del territorio tropieza frontalmente con el derecho a la propiedad, las leyes de infraestructuras y los planes urbanísticos cuando delante tiene a los intereses privados de la construcción, del agronegocio o de la energía. Sin embargo, especialmente en periodos de crisis económica, en el momento de cerrarse el ciclo especulativo, el poder no tiene problemas en emplear un lenguaje verde o incluso ultraverde. Así pues, nos trae a colación no sólo la tan manoseada sostenibilidad, sino la biodiversidad y la agroecología. Desde las instituciones autonómicas y municipales, a menudo con la complicidad de ONGs, se organizan mercadillos de alimentos ecológicos y grupos de consumo, a la vez que ceden "huertos urbanos" a parados. Hasta se han llegado a crear "bancos de tierras" y a promover arriendos que incluyen el compromiso de preservar el paisaje y reciclar los residuos. Evidentemente lo que presentan

como una experiencia de "economía social" es un engaño que nada tiene que ver con la verdadera agroecología o con la soberanía alimentaria, pues éstas luchan abiertamente contra la agricultura industrializada y globalizada y defienden la autogestión en el medio rural; en los experimentos mencionados la autoorganización es descartada en pro de la mediación y el control en todo momento de burócratas nombrados al efecto. En realidad es una forma de asistencia pública adaptada a la crisis, con la finalidad de mostrar una cara amable del inmundo comercio agrícola y disimular al mismo tiempo los niveles escandalosos de paro y exclusión. La ideología verde de los dirigentes sigue en paralelo, pero como aliada, el mismo camino que la destrucción.

7. Ya en el mismo terreno de la agroecología y la soberanía alimentaria, aprovechando que el antidesarrollismo y la defensa del territorio son todavía débiles como demuestra la preponderancia del mecanismo organizativo plataformista sobre el modelo asambleario, que las prácticas neorrurales a menudo están despolitizadas, o que las experiencias agrícolas permanecen separadas de la protesta social, surgen voces pidiendo un pacto social entre el Estado y la "ciudadanía", es decir, entre el Estado y los partidos que se abrogan su representación, para aumentar la fiscalidad medioambiental, subvencionar la creación de cooperativas y establecer una política agraria proteccionista para la producción ecológica. Una especie de ruralización de Estado, asesorada por ecologistas patentados y cooptados, que procurarían cuidadosamente conciliar las necesidades marginales del sector con el brutal desarrollo capitalista. Ruralización con gaseosa en beneficio de una potencial pequeña burguesía agraria que se convertirá en la futura responsable del suministro verde de la facción exquisita y yuppie de la clase media urbana. Otros hablan de "economía solidaria" (y de mercado social, banca ética, comercio justo o

consumo responsable) como modelo de transición inmerso en el mundo capitalista hacia una producción autogestionada. El reformismo de las propuestas ciudadanistas de ruralismo institucional o de socialmercantilismo "alternativo" esconde la mayoría de veces la intervención de terceros partidos, sindicatos minoritarios y seudomovimientos sociales que mediante plataformas, candidaturas populistas y redes, tratan de recuperar una actividad esencialmente anticapitalista, pugnando por una "democracia participativa" que les ceda espacio. Para desgracia suya la restitución del territorio nunca puede ser parcial, ni realizarse desde la administración, la política o en general, desde la zona gris del colaboracionismo. El territorio objeto es territorio muerto, apto solamente para fines comerciales. Para darle vida hay que desmercantilizar el campo, el vivir y, en general, la sociedad, no buscar complementos a la política o a la economía de mercado. Eso conlleva una desurbanización, una desindustrialización y una descentralización generalizadas; por consiguiente, la desaparición del capital y del Estado. Así pues, si bien implica un esfuerzo constructivo como el que puedan significar las cooperativas "integrales" o las redes "solidarias", también y por encima de todo, implica un enfrentamiento decidido y no un pacto con las fuerzas políticas y económicas que nos gobiernan. No obstante los enemigos de la libertad continuarán hablando de desarrollo sostenible o de regeneración medioambiental y democrática como si eso fuera posible en un mundo hiperurbanizado e industrializado, hasta que un movimiento masivo, una masa crítica fruto de movilizaciones defensivas en el territorio y las conurbaciones, acabe con su demagogia contemporizadora y les fuerce a quitarse la careta. Si el objetivo es la reconstrucción de la sociedad civil y de la rica cultura campesina desde el ámbito local mediante la formación de comunidades autónomas, no podemos permitirnos ni una migaja de capitalismo y ni un milímetro de Estado.

8. La civilización capitalista solamente marcha bien cuando crece, pero nunca crece uniformemente: los centros urbanos absorben todos los recursos del territorio y lo transforman en periferia. Cuando sus posibilidades ecológicas son superadas, o sea, a medida que se agote el "capital natural" o mejor dicho, el "capital territorio", el "capital social" o mejor, el "capital urbe", irá deshaciéndose. El modo de vida consumista y motorizado de las conurbaciones no podrá asegurarse. En ese instante las bases del sistema temblarán porque el esfuerzo exigido a los dominados será excesivo y la relación entre la obediencia a los dirigentes y la prosperidad prometida se revelará como un fraude que hará tomar a los individuos conciencia de su opresión. Las masas, tratando de sobrevivir, desertarán de los bloques donde estaban recluidas. Entonces vendrán los bárbaros y saquearán los templos del imperio del dinero; los emperadores huirán desnudos por la ventana y nadie jamás los volverán a ver.

13. La evolución de las conurbaciones o la destrucción del territorio[1]

A la fuerza de atracción natural del suelo que tiende a repartir normalmente los hombres, a distribuirlos de una manera rítmica sobre toda la Tierra, se une en el mundo moderno una fuerza completamente opuesta en apariencia, la que agrupa centenas de millares y hasta millones de hombres en ciertos puntos estrechos alrededor de un mercado, de un palacio, de un foro o de un parlamento

Eliseo Reclus, *El Hombre y la Tierra*

El asentamiento humano conocido con el nombre de ciudad aparece por primera vez en el neolítico y su existencia se prolonga sin demasiadas modificaciones estructurales hasta el siglo XIX, cuando la revolución industrial alteró profundamente su morfología y sus relaciones con el territorio. Hasta entonces éste le proporcionaba alimentos, agua, combustible y material de construcción, condicionando su tamaño. El ente producido por la revolución industrial, al convertir el antiguo mercado local en lugar de acumulación de capitales, o lo que viene a ser lo mismo, al estar centrado en la producción masiva y el trabajo asalariado, rompe la simbiosis con el territorio y se transforma en una nueva formación en constante expansión donde corren a perderse campesinos empobrecidos y desarraigados en un "golfo de la especie humana" como dijo Rousseau, guardando con el territorio una relación de dominio. En ese momento se habla por primera vez de población urbana y población agraria como

[1] Charla en el Ateneu Cultural La Coveta, de Crevillent (Alacant), 3 mayo 2013. Artículo en la revista La Salamandra, julio 2014

realidades distintas. El mundo rural pierde su independencia y pasa a regirse por los tiempos de la ciudad industrial, siendo ésta la que en adelante condicionará la nueva estructura y forma del territorio.

El capital imprime un ritmo de crecimiento a la antigua ciudad que rápidamente sobrepasa los límites que imponía el abastecimiento y la capacidad financiera, desarrollando las infraestructuras y creando un mercado inmobiliario. Los proyectos de ensanche cuadriculan el suelo para convertirlo mejor en mercancía, mientras que los planes urbanísticos tratan de ordenar el estiramiento de calles y la ampliación de los servicios públicos. El ferrocarril y el tranvía primero, y el autobús y el automóvil después, crearán los suburbios, que al desparramarse por el extrarradio provocarán el estallido de la ciudad nueva, zonificada y fracturada, esa que los moralistas denominarán "Babilonia moderna". Las barriadas obreras segregadas y los barrios residenciales burgueses son el principio de un proceso que, superando los mojones municipales, transformará la antigua ciudad compacta, inicialmente amurallada, en un aglomerado impersonal discontinuo y descentrado al que Geddes, a principios del siglo XX, llamó conurbación. Al calor de la explotación de innovaciones tecnológicas se desarrollaron potentes infraestructuras de toda clase, hidráulicas (pantanos, canales, trasvases, depósitos), de transporte (tren, carreteras, rondas, túneles), de energía (fábricas de electricidad, tendidos, cableado) y de evacuación (alcantarillado, vertederos.) Así nació la planificación territorial. Cada nuevo avance en las infraestructuras ha propiciado un tipo de aglomeración más descompuesto, fomentando una ocupación extensiva del territorio y un modelo de urbe difusa que alcanza los tiempos actuales. La nueva clase dominante no tiene su origen exclusivamente en la industria, sino que buena parte de ella se formó precisamente en la construcción y explotación monopolística de infraestructuras públicas

(ferrocarriles, tranvías, gasificadoras, alumbrado eléctrico, agua corriente, líneas telefónicas, telégrafo) organizada según fórmulas nuevas, como por ejemplo la sociedad anónima y el *trust* o consorcio.

La conurbación moderna –la que apareció tras la posguerra–, cualitativamente más fragmentada y formando con otras adyacentes una metrópolis-región, es fruto del automóvil y del hormigón: las circunvalaciones y las autopistas dirigen su evolución tanto como los nuevos materiales y técnicas de construcción. Las leyes del suelo, al quitar trabas a la especulación, proporcionaron el marco idóneo de la urbanización. El coche, en la medida en que pasó de ser el medio de desplazamiento de la burguesía y las clases medias, símbolo de realización personal, para convertirse en un instrumento de trabajo, en una prótesis del asalariado que le posibilitaba ir al trabajo o a la compra en ausencia de un transporte público eficaz, ha sido el gran factor de suburbialización y destrucción del territorio. La conurbación evoluciona con la circulación y al aparcamiento; exige cada vez mayor volumen de desplazamiento, luego, un mayor grado de motorización. El espacio público deviene espacio del vehículo. Si en un principio, gracias a la producción en serie, la posesión de un coche significa el acceso a un modo de vida consumista reservado hasta entonces a los privilegiados, cuando se generaliza la sociedad de consumo llega a ser un artefacto imprescindible de uso obligado. El espacio es de forma creciente espacio del automóvil: el conductor es ahora el símbolo de la realización de la máquina. Un nuevo tipo de expertos, los ingenieros y analistas del tráfico, sustituyen a los urbanistas en la planificación urbana y territorial: los accesos y variantes desarrollan la conurbación más que ningún plan de ordenación urbana; la autopista, aliada perfecta de la insolencia de las constructoras, modela y "articula" el territorio por encima de cualquier planificación.

La actividad productiva es desplazada como motor de la economía por la especulación constructivo-financiera. En

torno a la construcción y financiación de infraestructuras se ha configurado el mayor y más poderoso grupo de presión, al que se asociaron otros: el de la distribución, el automovilístico, el petroquímico, el eléctrico, el inmobiliario. Evidentemente, los macroproyectos no han hecho más que reforzar su poder y así, el tren de alta velocidad, los megapuertos, los aeropuertos, los macrovertederos y los conjuntos residenciales, han contribuido a extender su influencia. La nueva oligarquía trasciende el territorio nacional, expandiéndose su radio de acción por todo el planeta gracias al mercado mundial. Su poder, sostenido y alimentado por la clase empresarial y política subalterna, realmente no conoce fronteras. Ya no podemos hablar propiamente de la "ciudad del capital" puesto que el interés del capital no radica solamente en la metrópolis, sino del "territorio del capital"; el capital ha ocupado totalmente la geografía. El territorio se ha hecho soporte de todos los equipamientos, actividades económicas y cómo no, infraestructuras. Y dentro de ellas, las del transporte se vuelven determinantes, o si usamos la jerga política, "vertebradoras". Es más, las infraestructuras de transporte constituyen una entramado sin la cual el sistema es incapaz de funcionar: son sus arterias. Es tan vulnerable a su sabotaje que una simple interrupción lo echaría abajo como a un castillo de naipes. Las infraestructuras son para la dominación el principal elemento estratégico, y la seguridad de su funcionamiento autoriza incluso la intervención del ejército y la guerra. Los males de unas infraestructuras se curan con otras: la complejidad desemboca en fragilidad, a la que se quiere poner remedio con infraestructuras de vigilancia y control. Estamos ante una sociedad urbana que alberga diferencias sociales enormes jamás habidas antaño. Una sociedad "de los promotores" capitalistas, de los "tiburones" de las finanzas, donde lo territorial es subsidiario de lo urbano, y donde el campo está sometido totalmente a la conurbación. Una sociedad panóptica, carcelaria.

Las infraestructuras definen la accesibilidad del territorio, su nivel de "conectividad", y por lo tanto, determinan su uso: reserva paisajística, logística, industria, tráfico, cultivo, segunda residencia, ocio, barrio-dormitorio, tratamiento de residuos, producción energética, macrocárcel. El campo suburbanizado ya no es el alfoz de la ciudad, sino un "vacío" urbanizable. Las aldeas, pueblos y pequeñas ciudades no tienen sentido como entidades autónomas, sino como partes de un sistema urbano del que dependen completamente. O son pura periferia, o mueren. Por debajo del medio millón de habitantes ningún lugar habitado es rentable desde el punto de vista de la economía global. La conurbación se independizó del campo gracias a la industrialización de la agricultura y a su relocalización en zonas concretas. El combustible fósil barato permitió una transformación del campo que acabó literalmente con siglos de cultura campesina, despoblándolo y convirtiéndolo en un erial contaminado. Y justamente por ser un recurso limitado, el combustible ha ido encareciéndose y amenazando el suministro energético de las conurbaciones, siempre en aumento, ante lo cual la clase dominante ha reaccionado primero globalizando los mercados, lo que repercute en el territorio en forma de gaseoductos, oleoductos y líneas de alta tensión. En segundo lugar, combatiendo el agotamiento de recursos con nuevas fuentes de energía industrializables, lo que confiere al territorio una nueva función, la de proporcionar energía suplementaria y, por consiguiente, nuevos negocios. Así pues el territorio se presta a albergar centrales y demás instalaciones nucleares, térmicas, plantas de biomasa, extracción de gas por fractura hidráulica, plantaciones de agrocombustibles, "parques" eólicos y "huertos" solares.

La constante conversión del territorio en una mercancía camaleónica, capaz de revestir un carácter nuevo –un mayor valor– ante cada fase del desarrollo de la economía, es una exigencia de la ocupación del espacio por el capital. En cada

momento su acumulación impone condiciones diferentes que son el resultado de desarrollos pasados. Ello nunca ocurre sin conflictos, ya que lesiona numerosos intereses. De las resistencias campesinas al cercado de terrenos y a la venta de tierras comunales hasta la actual oposición a las infraestructuras, la defensa del territorio ha ido abandonando los márgenes de la lucha de clases, que transcurría casi siempre en el escenario urbano, para situarse en el centro del combate social. En efecto, la revuelta contra la industrialización del vivir que se manifiesta como deserción de las insalubres conurbaciones y rechazo del trabajo esclavo, constituye el eje sobre el que pivotarán los enfrentamientos. Se puede decir que las áreas urbanas han perdido su poder de atracción, y poco a poco los espacios alejados lo recuperan gracias a dicha revuelta. Ésta tiene su retaguardia en los huertos ocupados y trabajados colectivamente, sin fertilizantes químicos ni plaguicidas, sin transgénicos, lejos de los detergentes, de los plásticos y de los recipientes desechables, pero el frente está donde hayan o se planeen infraestructuras, porque son el punto más débil del sistema. La nueva conciencia "de clase" que acarree los cambios sociales radicales histórica y vitalmente necesarios, se forjará tras arduas batallas en pro de su desmantelamiento, paradójicamente libradas por las masas urbanas, pero fuera de la conurbación. La frugalidad, el reciclaje o la alimentación sana elevarán la moral de los soldados, sin apartarlos por tanto del objetivo principal de la guerra.

14. La guerra contra el territorio, estadio supremo de la dominación

Durante los últimos doscientos años, la sociedad humana ha evolucionado en permanente conflicto con el hábitat planetario obligada por las normas de la producción capitalista, conducta que, al alterar gravemente los procesos que se generaban en el medio rural y natural, ha comportado su destrucción, poniendo en peligro no solamente la continuidad de dicha sociedad, sino incluso la supervivencia de la especie. El entorno industrializado, contaminado y exhausto, se vuelve cada vez más hostil a la vida, más inhumano.

La naturaleza, para nosotros, no es un hecho pre-social, sino un producto de la cultura y de la historia, un espacio definido por un tiempo eminentemente rural, por lo cual usaremos de preferencia la palabra "territorio" al referirnos a ella. Del mismo modo, por "sociedad" entendemos sociedad industrial y urbana, puesto que esa es su forma histórica bajo el régimen capitalista. Tras esta aclaración, advertimos que el territorio se rige por leyes muy diferentes de las que gobiernan la sociedad de masas que lo coloniza. La más importante se enuncia como sigue: todo va conectado, todo se relaciona con todo. Bien al contrario, en la sociedad masificada cada elemento actúa desconectado del resto, y no son las necesidades humanas las que lo determinan,

[1] Para el debate con Luis Blanco y Carlos García sobre "Crisi, lluites i perspectives anticapitalistes", 25 mayo 2013, organizado por la Assemblea Llibertària del Vallès Oriental, en Granollers. Reproducido en la revista *Argelaga*, nº 3.

sino que, al revés, es él quién determina dichas necesidades. El territorio hoy en día es naturaleza mal socializada; la sociedad, humanidad mal naturalizada.

El funcionamiento normal de la naturaleza/territorio es cíclico: todo retorna al principio. No hay residuos. Las sustancias básicas van de un lugar a otro mediante circuitos cerrados; los desperdicios de un proceso constituyen la materia prima del proceso siguiente, y así sucesivamente, hasta volver al comienzo. En cambio, los procesos de la civilización técnica son lineales: los restos sólidos y líquidos van depositándose al final hasta contaminar tierra y aguas por un lado, y por el otro, los gaseosos van acumulándose en la atmósfera hasta envenenarla, calentar el planeta más de la cuenta y trastornar el clima. Tanto en lo relativo al territorio, como en que concierne a la urbe, cualquier modificación se paga. Cada innovación tiene su respuesta no deseada; los cambios repentinos acarrean desventajas inevitables. La tecnificación y quimicalización de la sociedad productivista impacta en el ambiente, y de carambola, en la misma sociedad. La concentración de la población en áreas cada vez más pequeñas, convierte enfermedades aisladas en epidemias. Una alimentación industrializada causa daños en la salud antes impensables. La humanidad entera queda atrapada en el choque entre el medio natural territorial y el medio artificial urbano, entre los procesos cíclicos, equilibrados y conservadores del territorio, y los procesos lineales, descompensados y expansivos de la sociedad industrial. En consecuencia se produce una crisis, la de verdad.

Si ignoramos el territorio, la crisis puede ser planteada como problema ambiental secundario a resolver con medios técnicos y disposiciones legislativas; cuestión de investigar, de innovar, de legislar, de impuestos, de inversiones, etc., nada que "los mercados" no puedan regular o que el Estado no pueda controlar. Si por el contrario, ignoramos la sociedad (y por consiguiente ignoramos el capitalismo), la crisis entonces

puede contemplarse como un problema de civilización, cuyo responsable exclusivo es la especie humana, esa engañosa "cumbre de la creación", crisis que puede arreglarse con un control demográfico extremado, meditación trascendental, dietas veganas o primitivismo. Una posición lleva a sobrevalorar las nuevas tecnologías y la política convencional, mientras que la otra nos conduce al rechazo insensato de cualquier herramienta y a la animalización. Ambas se instalan en el irracionalismo, aunque de signo opuesto en cada caso; el primero, optimista, se inscribe en la instrumentalización del individuo y la artificialización total de la vida; el segundo, pesimista, lo hace en el antiespecismo y el espiritualismo místico, es decir, en la negación de la cultura y de la función histórica de la humanidad en el mundo. Una posición llega a justificar cualquier desastre ambiental en nombre de los supuestos beneficios aportados por la tecnología, y la otra aplaude cualquier catástrofe humanitaria con tal de reducir el número de seres humanos en el planeta, de forma que su odiosa preponderancia termine.

Entre los dos extremos hay posiciones intermedias, unas postulando un desarrollismo "sostenible" o una "nueva cultura del territorio", y otras inclinándose hacia el decrecimiento; no obstante, las primeras distinguen sin motivo entre crisis ambiental y economía, como si tuvieran poco que ver entre sí, queriendo superar una sin perjudicar a la otra. Eso falsea la cuestión territorial al presentarla como un problema conservacionista, no como un problema social, lo que les sitúa en el mismo terreno que el desarrollismo radical, y así pues, les conduce al pacto con los agentes económicos e institucionales, que son en último extremo quienes deben de tomar las medidas proteccionistas oportunas. Por lo que respecta al decrecentismo, sus partidarios evitan el mismo error en la teoría para cometerlo en la práctica. Separan la economía de la política, menospreciando la defensa del territorio para fiarlo todo al Estado, entidad que debería estar por encima del bien y del mal pero que no es sino

el capital en su forma política. Una variante mediterránea, el integralismo, consiste en la separación abstracta entre territorio y ciudad, cambiando la defensa por la fórmula convivencial. La solución parecería concretarse en las iniciativas marginales de cooperación, distribución e intercambio que, bien con el apoyo, o bien con la neutralidad de las instituciones, partirían pacíficamente de los espacios olvidados por el crecimiento económico.

Nosotros creemos deseable una relación armónica de la sociedad con la naturaleza, y por consiguiente, de la ciudad con el territorio. Para nosotros es un error considerar las dos cosas como si fuesen realidades separadas. No existe un rincón de la naturaleza que no tenga huellas sociales, ni lugar de la sociedad a salvo de las intemperancias naturales. Un planteamiento correcto de la cuestión hará que veamos los problemas ecológicos como sociales, y los problemas sociales como ecológicos, por la sencilla razón de que la crisis es única, global, a la vez ecológica y social, territorial y urbana. Las leyes que ordenan la naturaleza y el territorio no han de entrar forzosamente en contradicción con las leyes que estructuran la sociedad urbana. Pero en verdad, el funcionamiento industrial de la sociedad hace tiempo que declaró la guerra al medio ambiente, o sea, al territorio. Y a la guerra se responde con la guerra.

Aquello que los ecologistas expertos y asesores de empresas y partidos llaman "guerra de la sociedad contra la naturaleza" es en realidad una guerra del sistema económico que parasita la sociedad contra ella misma. La sociedad es la verdadera víctima; los males de la naturaleza son daños infligidos a ella. El principio del beneficio privado como norma fundamental de funcionamiento social es el causante de esta guerra. El dominio de una economía separada de las necesidades sociales sobre cualquier otra actividad ha desembocado en una guerra contra todo lo que obstaculiza la realización inmediata del beneficio, ya sea la naturaleza, el territorio, la tradición o las mismísimas

relaciones sociales. Eso significa guerra contra cualquier impedimento puesto al mercado, y por lo tanto, contra cualquier barrera al crecimiento de las fuerzas productivas.

La primera gran guerra de la economía autónoma contra la sociedad y el territorio, habida a lo largo del siglo XIX, recibió el nombre de "revolución industrial", involuntariamente irónico, ya que se trataba de una verdadera contrarrevolución. El territorio se valorizó entonces como mercado de la tierra. La última, la más mortífera, aquella donde el desarrollo deviene principio político y las fuerzas productivas se vuelven ampliamente fuerzas destructivas, comenzó a partir de los años cincuenta del siglo pasado. En aquel momento la búsqueda de productividad originó cambios tecnológicos de tal magnitud que entraron en conflicto con el medio territorial y urbano de forma nunca vista antes. Tanto por culpa de las transformaciones introducidas en la agricultura, la construcción, el transporte y la distribución, como por culpa de la producción de energía y el desarrollo de la industria petroquímica, la contaminación se generalizó y se produjo el sobrecalentamiento global. El territorio se convirtió en mercancía esta vez como espacio multiusos.

La industrialización de la agricultura trajo consigo el uso masivo de fertilizantes y plaguicidas, con la subsiguiente polución de tierras, ríos y aguas subterráneas, eutrofización, lluvia ácida, mortandad de la fauna y la flora. En la actualidad la huida hacia delante se ha materializado en los transgénicos. La salida al mercado de automóviles de gran potencia fue responsable de la niebla fotoquímica conocida como smog que cubrió las metrópolis como si fuera un sombrero, de resultas de la emisión a la atmósfera de ingentes cantidades de polvo, dióxido de nitrógeno e hidrocarburos volátiles producidos en la combustión de la gasolina. La mortalidad por cáncer, alergias y enfermedades cardiovasculares aumentó proporcionalmente desde entonces. Además, la sustitución del transporte por ferrocarril por el de carretera multiplicó la demanda de

combustible, y la urbanización progresiva derivada de la proliferación de automóviles hizo lo mismo con la de cemento y asfalto, impactando mortalmente en el territorio. Las nuevas condiciones de vida en el reino de la mercancía implicarían el consumo de un montón de productos y derivados químicos: detergentes, fibras sintéticas, envases y carcasas de plástico, sucedáneos, aditivos, fármacos, cosméticos, etc., consumo que contribuyó a la mala alimentación y a la contaminación, y por consiguiente, al deterioro de la salud y del entorno. Encima surgió el problema grave de la eliminación de residuos y basuras, lo cual nos llevaba a los vertidos incontrolados y a la incineración, y por lo tanto, a las dioxinas. Más contaminación entonces, mayor regresión de la fauna y la flora, más enfermedades. Para acabar, el despilfarro de los recursos finitos, principalmente energéticos, obligó primero a la construcción de centrales térmicas y nucleares, y después, a las renovables industriales, al fracking y a los agrocombustibles.

El nuevo salto cualitativo en la industrialización del mundo y en la agresión al territorio ha dado lugar a la constitución de una nueva oligarquía capitalista transnacional compuesta por los dirigentes de los grandes bancos y las grandes corporaciones multinacionales del transporte, de la energía, de la química y los plásticos, de la agroalimentación, la construcción y las grandes superficies. Dicha oligarquía acapara toda la decisión, envenena el planeta y encima saca beneficios con la descontaminación y el reacondicionamiento "verde" de los procesos productivos. El círculo suicida de la destrucción se cierra con una concentración inaudita de poder y una evolución paralela de la desigualdad social, la pobreza y las epidemias a escala mundial.

El régimen social capitalista, pese haber triunfado, presenta síntomas evidentes de agotamiento tras la mundialización de los mercados, al no poder crecer la economía al ritmo suficiente. Ha tropezado con sus límites internos. La ruina del territorio debido a la contaminación, la destrucción de tierras de cultivo

y el cambio climático, así como la crisis energética que se anuncia por la superación de los "picos" de la producción de petróleo y gas natural, indican en negativo sus límites externos. Habrá que buscar remedio no en el rechazo de la tecnología, sino en la promoción de tecnologías benignas y convivenciales, tecnologías que no condicionen ni alteren las relaciones sociales libres y solidarias, sino que al contrario las fomenten y refuercen. En energías renovables descentralizadas; en una agricultura ecológica que restablezca los sistemas naturales de fertilidad y de control de plagas; en un transporte público colectivo; en una producción local orientada hacia la satisfacción de necesidades en armonía con el medio. Abandono inmediato del vehículo privado, de la petroquímica, de los combustibles fósiles, y, en general, de la producción de masas. No es un retorno a la naturaleza, sino a la armonía con la naturaleza. Ahorro, diversidad, reciclaje, frugalidad, asambleísmo... algo no realizable sino mediante una revolución social.

La aplicación de remedios revolucionarios resulta imposible en sociedades que no sean predominantemente rurales, horizontales e igualitarias, y en consecuencia, comunitarias en un contexto antidesarrollista de desurbanización y desglobalización. Un programa que promueva tal tipo de sociedad desafía a las poderosas fuerzas que dirigen la actual sociedad de la masificación y la exclusión. Sus ganancias –y su poder– van ligadas a su permanencia y a la intensificación de sus trazos característicos. Dichas fuerzas han elegido la vía tecnológica, lo que quiere decir más casas, más cosechas, más automóviles, más capitales, más trabajo basura, más consumo, más gente. Han optado por el desastre que les sea más productivo y les salga más rentable. Ninguna modificación de la producción, la circulación o el consumo de mercancías que vaya contra sus intereses será aceptada sin lucha. Pero ninguna lucha que no consiga hacerlas retroceder vale la pena. No existen vías blandas de transición: todas las alternativas al capitalismo

serán duras. El combate será muy desigual: por un lado están los ejércitos mercenarios de la oligarquía; por el otro, las mal equipadas movilizaciones populares. Sin embargo, no por eso tiene el Poder la victoria asegurada. Si las fuerzas justicieras de la verdad son todavía débiles, los errores catastróficos cometidos por la dominación reequilibran los platillos de la balanza.

Anarquismo y antidesarrollismo

15. Antidesarrollismo vs decrecimiento[1]

El título de la conferencia puede parecer extraño, puesto que tales nociones en apariencia son cercanas. La confrontación de ambas ideas se entendería mejor si se presentaran como lo que realmente son, la crítica social actual del moderno capitalismo y una determinada fórmula de estabilización ecológico-administrativa del mismo. Las dos tratan sobre la crisis del régimen capitalista, pero una como enemiga y la otra como readaptadora. En efecto, el antidesarrollismo es uno de los apelativos que recibe la crítica de la globalización capitalista desde la óptica de las luchas en defensa de los barrios y del territorio no urbano, mientras que el decrecimiento es un catecismo de orientaciones y medidas con el que afrontar la exclusión y hacerla compatible con ella. El primero tiene como eje la crítica de la ideología del progreso; el segundo, parte de una crítica al crecimiento ilimitado de la economía. Uno, es eminentemente negativo, cobra vida en el fragor de los enfrentamientos con el sistema al que pretende abolir; es fruto pues de activistas que teorizan. El otro es fundamentalmente positivo, nace en los despachos de la universidad y de la administración y, por consiguiente, es un producto de expertos y funcionarios que en absoluto aspiran a subvertir ningún orden. Las referencias del antidesarrollismo son la Asamblea AntiTAV de Euskalherria,

[1] Conferencias en los locales de la CNT-AIT, Almería, 13 enero 2017, y Adra, 14 enero 2017.

la ZAD de Nantes, la movilización contra la central nuclear de Lemoiz o la ocupación de pueblos amenazados por la presa de Itoiz. El decrecimiento señalará en cambio las ecoaldeas, las monedas sociales, los grupos de consumo y las cooperativas integrales.

La crítica social contemporánea descubre en la acumulación ampliada de capital una necesidad de crecer arrolladora que condiciona y esclaviza toda la actividad humana, genera enormes desigualdades, agota los recursos naturales y destruye el planeta. Es antidesarrollista en cuanto que el desarrollo es el arma principal de capital y el responsable de su obra aniquiladora. Planta cara ante los nuevos problemas que se presentan, como por ejemplo, la destrucción del medio obrero de las ciudades, la erradicación de la agricultura tradicional y los saberes campesinos, la crisis ecológica, la función desestabilizadora de la tecnología en tanto que principal fuerza productiva y herramienta colonizadora de la vida, la imposible autogestión de una economía mundial terciarizada, la dificultad insuperable de organizar una clase sin conciencia de sí misma, en fin, *last but not least*, la fusión entre la industria y la vida, la política y la economía, el capital y el Estado. Trata de forjar una teoría de la sociedad desde una perspectiva histórica de luchas que sirva para agudizar el sentido estratégico de sus rebeldes protagonistas. Quiere comprender y explicar la realidad yendo al fondo de las cosas, a la génesis histórica de los fenómenos sociales y los conflictos que evolucionan en contextos cambiantes a gran velocidad. Y no tiene otra finalidad que suscitar la creación de una fuerza social cohesionada capaz de derrocar el sistema de explotación y derribar el ordenamiento político, jurídico y social vigente. Se encamina a poner en marcha un proceso revolucionario.

El decrecimiento es una doctrina positiva que persigue un cambio de mentalidad en las masas y pregona unas prácticas "ambientalmente correctas" de producción y consumo dirigidas

a la creación de islotes cooperativos dentro de la sociedad capitalista. Sus postulados son semejantes a los de otras propuestas como el crecimiento cero, la agricultura biológica, la soberanía alimentaria o la economía social. No adopta una postura beligerante con la política y las instituciones, que o bien ignora, o bien aprovecha, ni contra el mismo régimen capitalista, para el que busca una puerta de salida que no altere la paz y tranquilidad de las gentes. No quiere enfrentamientos, ya que su éxito no depende de la acción anticapitalista de una clase, sino de la fe que inspiran sus directrices salvadoras en los "objetores" al crecimiento, así como del altruismo que despiertan en los dirigentes. Su estrategia se reduce a predicar con el ejemplo y suscitar debate en todos los partidos, sindicatos, organizaciones ciudadanas y movimientos sociales. Se trata más bien de un cambio evolutivo desde dentro, limitado a los partidarios de la frugalidad adscritos a redes de intercambio. Constituye una fórmula de supervivencia marginal yuxtapuesta a los modos convencionales, pero sin competir con ellos. Sin embargo, llega a presentarse de manera grandilocuente como embrión de una sociedad autogestionada, base de un contrapoder popular o modelo de vida libre y soberana. Se supone que una progresión acumulativa de experimentos locales conduce en línea recta y sin desviarse un ápice de la vía no violenta hacia la autogestión mundial. Y si la palabra revolución sale a relucir, no se alude con ella a ningún cambio brusco, radical y violento en la política o la economía como pudiera ser por ejemplo la abolición del Estado o del dinero, sino al resultado de la aplicación pacífica, lenta y paulatina de los principios decrecentistas en sectores importantes de la producción. Siendo una creencia reciente, no se interesa por la historia más que para dotarse de una genealogía *post festum* confeccionada con patrones descontextualizados de experiencias mutualistas. Las cruentas batallas libradas contra la explotación no son de su incumbencia.

Crítica social revolucionaria y decrecimiento se desenvuelven en espacios diferentes, la una en el de la subversión social, el otro, en el de la construcción de una economía intersticial, ni pública, ni privada. La confusión se produce cuando algún autor intenta renovar la estrategia de un partido u organismo sindical mediante la amalgama de elementos críticos dispersos y recetas decrecentistas. En el medio libertario, la fórmula "sindicatos más cooperativas" vendría a ser un ejemplo de ello, que por otra parte no es nuevo, ya que ha sido objeto de discusión en diversos momentos de la lucha de clases. Es síntoma de retroceso y de ausencia de objetivos finales, típica de un periodo de extrema decadencia, donde el comunismo libertario ha dejado de ser un ideal cercano casi palpable y ha sido confinado en el limbo de las abstracciones. Los anarquistas seducidos por profesores de economía han perdido la memoria, lo que constituía su mayor patrimonio, su cultura y la brújula con que orientarse. En el siglo XIX, ya se planteó la disyuntiva en términos de "cooperación" o "resistencia", o sea, de trabajo e inversión o huelga y sabotaje. No son polos que se excluyen mutuamente, pero conviene reafirmar que, si nos trasladamos al combate social, el lado negativo prima siempre sobre el positivo. Otra cosa sería "el día de después" de una revolución triunfante, cuando procediera la reconstrucción de un orden justo y equitativo. De todas formas, hoy, cuando el trabajo y el consumo de mercancías conforman la vida de casi toda la humanidad, es decir, cuando todo el mundo es trabajador y al mismo tiempo consumidor, es muy probable que la construcción de un sujeto colectivo capaz de negar su condición y enfrentarse a la clase responsable de ella no pueda realizarse en el mercado laboral en forma de sindicato o consejo, pero mucho menos lo hará en la esfera del consumo buenrollista bajo el aspecto de una cooperativa o una red de distribución. En las actuales circunstancias históricas tales estructuras son puramente formales y carecen de vida. Son

medios a los que el pragmatismo ha convertido en fines. La cuestión social emerge en otra parte.

Nosotros los antidesarrollistas habíamos aplaudido la vuelta al campo en busca de una vida menos constreñida por la mercancía con tal de que no se separara de la defensa del territorio, tanto urbano como rural. Sostenemos que, dada la dimensión extractivista del capitalismo global, el territorio cobraba una importancia mayor como factor de crecimiento, por lo que de su defensa podía surgir una comunidad de lucha con posibilidades de desarrollarse y radicalizarse. No solo la parálisis de cualquier operación proyectada (una central energética, una macrourbanización, una gran infraestructura viaria, etc.), sino la simple producción directa de alimentos esquivando los circuitos de la industria alimentaria, tocaba el corazón de la economía y cuestionaba todo el sistema de dominación, cosa que no sucedía ya en los conflictos laborales. El ejemplo almeriense del "mar de plástico" vendría a demostrar todo lo que un complejo agroindustrial es capaz en materia de destrucción ecológica, degradación social y corrupción política, máxime si viene del brazo de la especulación turístico inmobiliaria. Por otro lado, pensábamos que las relaciones de vecindad establecían lazos más fuertes que las relaciones de trabajo, fomentando así un espíritu comunitario no desdeñable. No obstante, tales luchas se han acostumbrado tanto a autolimitarse por cuestiones tácticas u otras menos honorables, que ya no cuestionan en lo más mínimo el sistema contra el cual pelean. Incluso acaban reforzándolo al controlar sus arbitrariedades más repugnantes. El chantaje de los puestos de trabajo a una población pobre y desmoralizada culminan el operativo. Véanse los derroteros circulares de las plataformas ciudadanas contra cualquier nocividad. En ese sentido, la defensa del territorio no se diferencia demasiado de las cada vez más inocuas disputas laborales. Si sacamos balance de tres décadas de resistencia territorial, los resultados son decepcionantes. La causa que motiva la inanidad creciente de

la defensa del territorio es la misma que la responsable de la insustancialidad de las luchas por el empleo. Es una cuestión cultural.

Nos explicamos. Por cultura entendemos el conjunto de conocimientos, valores y normas que confieren a un grupo social una determinada sociabilidad y una identidad concreta. Así pues, hablamos de cultura obrera al referirnos a una determinada concepción del mundo y de la sociedad propia de la clase obrera, nacida en los albores del capitalismo y desarrollada en pugna con él. No tiene nada que ver con la gran cultura, de raigambre aristocrática y burguesa, pero mucho con la cultura popular urbana, de la que es heredera. Pues bien, la cultura obrera muere con la segunda revolución industrial, la que se extiende a la formación y la comunicación poniendo en pie grandes aparatos educativos y una verdadera industria cultural. Cuando la clase obrera deja atrás la penuria por un bienestar semejante al de las clases medias, abandona su modo de vida característico y adopta un estilo de vida consumista, perdiendo uno a uno todos sus valores morales y viendo cómo se desvanecen sus modelos de conducta tradicionales. El hedonismo, el utilitarismo y el encierro en la vida privada colman el vacío existencial provocado por la pérdida del sentimiento de pertenencia a una clase, dando al final un individuo aburguesado, narcisista, propenso a la neurosis, timorato y, por lo tanto, manipulable. Nos referimos a lo que hoy en día los dirigentes y sus lacayos denominan “ciudadano”. En el estado español el proceso comenzó en la última etapa del franquismo, con la televisión y el automóvil utilitario, culminando al final de los años ochenta del pasado siglo, los de la democracia felipista,[2] con la propiedad de la vivienda y los primeros ordenadores personales. El desarrollismo típico de

[2] Felipe González fue presidente del Estado Español entre 1982 y 1996. Pertenece al Partido Socialista Obrero Español (PSOE), de orientación social-demócrata [Nota del editor].

la dictadura desbordó el marco clerical-fascista que encuadraba la cultura del poder, pero al mismo tiempo hizo trizas el marco obrerista. Los partidos y sindicatos legalizados hicieron el resto. La derrota del movimiento asambleario de los setenta y la generalización de la sociedad de consumo exterminaron la vieja cultura obrera, capaz de resistir la represión más feroz, pero incapaz de hacer frente a la falsa tolerancia paternalista típica del nuevo orden político y a la cultura del entretenimiento de masas sobre la cual dicho orden se asienta.

Mientras las perspectivas revolucionarias desaparecían, el capitalismo siguió su curso hasta socavar las bases sociales que habían asegurado su triunfo y trabar el desarrollo del amplio sector mesocrático. La revolución había sido conjurada por mucho tiempo, pero las clases medias no se resignan ahora mansamente al sacrificio: la formación de nuevos partidos y "confluencias" de izquierdas, nacionalistas o de derechas, indica que dichas clases juegan una última baza a favor de la partitocracia. El relativo éxito electoral les concede un papel en la gestión de la crisis a la vez que cierra su ciclo de protagonismo, más bien corto. En adelante la reacción mundial se pertrecha para una guerra que está librando en la periferia y de forma subrepticia en el centro. La represión se ha vuelto ciencia y doctrina ¿Cómo podría ser derrotada por unas masas sin voluntad ni determinación y cada vez más temerosas?

Empecemos atacando por el flanco. La crítica social radical entiende que sin la recreación de una cultura de lucha, de unos valores, unos ideales y unos modelos conductuales opuestos a los de la dominación, no es posible la reaparición de un sujeto autónomo anticapitalista. La revolución social es más que nunca una revolución cultural. No nos estamos refiriendo a la restauración modernizada de una cultura regional cualquiera que proporcione una identidad ficticia a la que asirse y dote a la opresión de un tinte folclórico localista. Tampoco a un hippismo friki como el de algunos decrecentistas. Aún menos

a las elucubraciones posmodernas paridas en la universidad gracias a las cuales las nuevas generaciones se abastecen de ideas y representaciones seudorradicales con las que reproducen maquillado de rebeldía extrema el discurso posmoderno del poder. Hablamos de otra cosa. La combinación de la experiencia histórica anarquista, la propaganda por el hecho cotidiano y el ejemplo que hoy aportan las luchas de las comunidades pobladoras e indígenas latinoamericanas no tiene precio: la larga resistencia no hubiera sido posible sin una cultura vernácula que no se hubiera conservado vigorosa al paso de los años. En los países colonizados por el espectáculo cultural de la dominación, las luchas sociales, ocurran en el campo laboral, en el de la vivienda o en el territorio, han de ser lo bastante fuertes, radicales e independientes como para romperlo. Han de imponer condiciones que resulten favorables a la implantación y estabilización de una contracultura libertaria resistente y emancipadora. Sin embargo, eso no depende de la voluntad de unos cuantos, o de muchos, sino de la conjunción azarosa de diversos factores disolventes que en un escenario de guerra civil produzcan un colapso de la economía y un vacío de poder suficiente. Las crisis sucesivas de la sociedad capitalista indican que estas situaciones van a presentarse con mayor frecuencia. En ellas, los combatientes no habrán de esperar nada de este mundo y marchar dispuestos a todo en pos de otro, hecho a la medida de sus deseos liberados. Pero ¡qué época aquella en que sólo el desastre universal puede desencadenar una pasión constructiva realmente liberadora!

16. Crecimiento y decrecimiento[1]

Hablar de crecimiento y decrecimiento es lo mismo que hablar de capitalismo y anticapitalismo, pues el capitalismo es la única formación económica que no se basa únicamente en la obtención de beneficios, sino en la obtención creciente de los mismos. Los frutos de la explotación capitalista no se emplean principalmente en dispendios sino que se convierten en capital y se reinvierten. De este modo el capital crece, se acumula sin cesar. El crecimiento es la condición necesaria del capitalismo; sin crecimiento el sistema se desmoronaría. Es el indicador del funcionamiento normal de la sociedad; es por tanto un objetivo de clase. Desde que la burguesía es consciente de los fundamentos de su poder, la expansión es su bandera; no obstante, hasta 1949 el crecimiento no se define como política general de Estado, en el famoso discurso de Truman. El capitalismo ya se había vuelto más técnico, más dependiente de la tecnología, más americano. La ideología basada en el crecimiento económico como panacea, el desarrollismo, se convertirá en el eje de todas las políticas nacionales, tanto de derechas como de izquierdas, tanto parlamentaristas como dictatoriales. La primacía del crecimiento económico sobre el objetivo político caracterizó durante los años cincuenta y sesenta los discursos de los representantes de la dominación. La libertad

[1] Jornadas Libertarias organizadas por la CNT de Vitoria, 16 febrero 2008. Editado en la revista *Resquicios*, nº 7.

fue asimilada a la posibilidad de un mayor consumo, del acceso a un mayor número de mercancías, gracias al crecimiento. Y quedó garantizada por los pactos sociales de posguerra entre las administraciones, los partidos y los sindicatos, al permitir el pleno empleo y la mejora del poder adquisitivo de los trabajadores asociada a la productividad.

La vacuidad de una vida entregada al consumo y manipulada por la industria cultural fue puesta de manifiesto por la revuelta juvenil de los sesenta, que afectó las capitales de los países llamados "desarrollados": los jóvenes insatisfechos no querían una vida donde el no morir de hambre se cambiaba por la certeza de morir de hastío. Los disturbios del gueto negro americano añadieron nuevo combustible al fuego de la rebeldía. Los excluidos de la abundancia demostraban su rechazo mediante el saqueo y la destrucción de mercancías. Esa revuelta nihilista encontró su teoría en Mayo del 68. Pero eso no fue todo. El propio sistema empezó a ser cuestionado desde dentro por especialistas disidentes, concretamente desde el campo de la teoría económica y desde el ambientalismo. Rachel Carson fue la primera en advertir de la amenaza que para la vida en la tierra significaba la producción industrial. Los economistas N. Georgescu-Roegen, H. Daly o E. J. Mishan (el primero en escribir de *Los costes del desarrollo* en 1969), daban un enfoque "físico" y holístico a su disciplina, considerando el mundo como un sistema cerrado, una "nave espacial Tierra" donde todo está relacionado con todo y todo tiene un coste. Según un artículo histórico de Kenneth Boulding escrito en 1966, en la economía del "cowboy" la medida del éxito la proporcionan la producción y el consumo, mientras que en la economía del "astronauta" el éxito corresponde a la conservación del medio. Sin embargo, el crecimiento inherente a la primera se alimenta con su degradación, bien visible a partir del punto en que la destrucción domina sobre lo demás (cuando la capacidad del planeta en soportar desperdicios queda superada). Contaminación,

aditivos químicos, lluvia ácida, residuos, explosión demográfica, urbanismo depredador, motorización, turismo, etc., problemas que revelaban el desequilibrio biológico del planeta, fueron planteados y debatidos muy tempranamente. Por entonces, Barry Commoner, *en El círculo se cierra*, y Edward Goldsmith, desde la revista *The Ecologist*, criticaron el desarrollo tecnológico unilateral, la dilapidación irreparable del "capital natural" y el impacto negativo creciente de la industria moderna sobre los ecosistemas, la salud y las relaciones sociales. Científicos como J. Lovelock y S. Margulis formularon la "hipótesis Gaia" sobre el planeta como sistema autorregulado, y revelaron por primera vez el aumento del efecto invernadero debido a los vertidos gaseosos a la atmósfera de la industria y la circulación motorizada. Otro experto, Donella Meadows, del MIT, a instancias del Club de Roma redactó un informe titulado *Los límites del crecimiento* para la Conferencia de Estocolmo (1972), que planteaba la contradicción irresoluble entre un desarrollo infinito y unos recursos naturales finitos. La expansión económica desorganizaba la sociedad y obligaba a multiplicar las jerarquías y los controles. Se efectuaba en detrimento de la ecosfera y de mantenerse iba a terminar agotando los recursos. Cualquier política económica había de contar con el medio ambiente si de verdad quería saber los costes reales. Además, el aumento exponencial de la población acabaría provocando una crisis alimentaria (como decía Malthus) y en un siglo se llegaría al colapso social y a la desaparición de la vida. La solución residiría en un "crecimiento cero". Recordando la recomendación de Stuart Mill, una economía estacionaria restablecería el equilibrio entre la sociedad industrial y la naturaleza. Finalmente, Goldsmith y un grupo de colaboradores publicaron en 1972 un *Manifiesto para la supervivencia* que retomaba y sistematizaba las críticas anteriores. Su mensaje: economía y ecología debían reconciliarse, para dar lugar a formas sociales estables, autárquicas, descentralizadas.

Las críticas que resaltaban el papel menospreciado de la naturaleza en la historia social, fueron ignoradas por casi todos los contestatarios con la salvedad honrosa del anarquista Murray Bookchin, porque primeramente cuestionaban el dogma del desarrollo de las fuerzas productivas, la base sagrada del socialismo. Y en segundo lugar, porque lejos de pretender un cambio revolucionario tratando de agrupar a una mayoría tras un programa antidesarrollista radical, no aspiraban sino a convencer a los gobernantes, empresarios y políticos del mundo de la necesidad de hacer frente a los hechos denunciados, con medidas que no iban más allá de los impuestos, las multas y las subvenciones. Los científicos y demás expertos eran víctimas de su posición de clase subalterna y auxiliar del capitalismo, que no cuestionaban en absoluto, por lo que cerraban los ojos ante las consecuencias para la acción de sus objeciones al crecimiento y negaban su anticapitalismo esencial. Limitándose a ejercer su función de consejeros, cometían el error de confiar en los dirigentes, o sea, en los responsables del deterioro planetario que ellos mismos habían denunciado. El movimiento ecologista arrastrará siempre ese pecado de origen y en los ochenta los proyectos "verdes" confluirán con las innovaciones capitalistas. La huida neoliberal hacia delante en el crecimiento y la degradación –encarecimiento del petróleo, Bhopal, Chernobil, las dioxinas, el agujero de la capa de ozono, la polución, etc.— confirmó la pertinencia de las críticas y el fracaso del desarrollismo sin trabas convirtió al ecologismo la mayoría dirigente. El concepto de "desarrollo sostenible" del informe Bruntland (1987), presentado por la Comisión Mundial sobre el Medio Ambiente y el Desarrollo, y sobre todo, por la Conferencia de Río (1992), marcaría la fusión de la ideología ecologista con el capitalismo, aceptada en primer lugar por los partidarios de la regulación estatal de crecimiento, la vieja "izquierda". En realidad, se trataba de preservar el desarrollo, no la sostenibilidad. De administrar la nocividad, no

de suprimirla. Para ello se buscaba la armonización del medio ambiente con la economía de mercado. La capa de ozono y el modo de vida consumista podían ser compatibles merced a una nueva contabilidad que incluyera el coste ambiental. El mercado beneficiaría la producción "limpia" y castigaría la contaminante. El reciclaje sería premiado y la basura, penalizada. No obstante, la Conferencia de Kyoto sobre el cambio climático (1997) puso de manifiesto las dificultades insalvables que presentaba el proceso de reconversión ecologista de la producción y el consumo. A pesar de la aparición de un negocio ambiental cada vez más importante y del ahorro que significaba el desguace de los servicios sociales del Estado, el mercado no podía hacerse cargo de dicha transformación por ser onerosa para las industrias. Medidas elementales como los topes a la emisión de gases ponían en peligro el crecimiento puro y duro, pilar central del sistema capitalista actual. La solución encontrada, la globalización de los intercambios, y su consecuencia primera, la deslocalización de las industrias y el incremento exponencial del transporte, caminaba en la dirección contraria. Exigía que la agricultura intensiva siguiese alimentando al mundo, esta vez con ayuda de la ingeniería genética, que la industria química determinara el metabolismo humano, que los niños asiáticos trabajasen en fábricas y que el TAV acuchillase Europa. Otro tanto se diría de la energía nuclear o de los OGM. Si el crecimiento destructivo necesitaba la cobertura ecológica, la destrucción había de presentarse como el acto ecológico por excelencia.

En diciembre de 1912, seis años antes de ser asesinada por la soldadesca de un gobierno socialdemócrata, Rosa Luxemburgo publicaba un controvertido libro, *La acumulación del capital*, donde afirmaba que la reproducción ampliada de capital, o sea, el "crecimiento", no podía asegurarse sin que entrasen en la órbita mercantil los sectores atrasados de los países modernos y la población del resto del mundo que se desenvolvía en economías precapitalistas o de capitalismo incipiente. Para el

mundo capitalista era vital la existencia de un mundo exterior, fuente de consumidores, materias primas y mano de obra barata. Las dificultades que el proceso podía tener se solucionaban a la fuerza:

> En los países de ultramar, su primer gesto, el acto histórico con que nace el capital y que desde entonces no deja de acompañar ni un solo momento a la acumulación, es el sojuzgamiento y la aniquilación de la comunidad tradicional. Con la ruina de aquellas condiciones primitivas, de economía natural, campesina y patriarcal, el capitalismo europeo abre la puerta al intercambio de la producción de mercancías, convierte a sus habitantes en clientes obligados de las mercancías capitalistas y acelera, al mismo tiempo, en proporciones gigantescas, el proceso de acumulación, desfalcando de un modo directo y descarado los tesoros naturales y las riquezas atesoradas por los pueblos sometidos a su yugo.

Quizás por contradecir a Marx el libro fue olvidado, pero su punto de vista fue repetido en los setenta por determinados críticos, que tenían en común el haber sido altos funcionarios –Ivan Ilich, de la Iglesia; François Partant, de las finanzas francesas; Fritz Schumacher, de la industria inglesa— implicados en programas de desarrollo del Tercer Mundo, y el hecho de postular, a diferencia de los ecologistas, el abandono del capitalismo. En efecto, libros como *La convivencialidad* (Illich), *El final del desarrollo* (Partant), *Lo pequeño es hermoso* (Schumacher) o *El manual completo de la autosuficiencia* (John Seymour), denunciaban la ausencia de relación entre prosperidad económica y bienestar social, rechazaban el productivismo, las nuevas tecnologías, los sistemas burocráticos y autoritarios, el consumo de masas, los monocultivos, los pesticidas y fertilizantes químicos, el urbanismo desbocado, etc., y propugnaban la economía vernácula basada en lazos comunitarios, la descentralización,

la tecnología tradicional, la diversidad de cultivos y los abonos naturales, el autoabastecimiento, la reducción del tamaño de las ciudades... Eso comportaba en teoría la ruptura con al menos dos aspectos esenciales del marxismo (y del sindicalismo revolucionario): la sociedad plenamente industrializada como alternativa emancipadora, o sea, el despliegue ilimitado de las fuerzas productivas socializadas como condición elemental de una sociedad libre, y el papel de la clase obrera fabril en la liberación de las servidumbres capitalistas, es decir, la función el proletariado industrial –con su ética del trabajo y su docilidad sindical– como agente histórico y sujeto revolucionario. Puesto que la libertad dependía de la estabilidad de los ecosistemas dentro de los cuales se insertaba, no podía nacer ésta de un desarrollismo socializado universal sino de un retorno a la colectividad autosuficiente y a la producción local; surgiría no de la toma de los medios de producción capitalistas, sino de su desmantelamiento. No debían asegurarse un mayor consumo y por lo tanto una producción mayor, sino su subsistencia material. Sus necesidades habían de definirse en función de los recursos, no en función del poder adquisitivo. Para eso no tenían que organizar de otra manera la misma sociedad, sino transformarla de abajo arriba, abolir todas las dependencias, destruir la maquinaria que obligaba a la jerarquía, a la especialización y al salario. En la sociedad convivencial ninguna actividad impondría a quien no participara en ella un trabajo, un consumo o un aprendizaje. La sociedad organizada de modo autónomo y horizontal debería dominar las condiciones de su propia reproducción sin alterarse. Los intercambios no podían comprometer su existencia. Una sociedad así había de ser una sociedad donde el tejido social sustituyera al Estado, controlando su tecnología y prescindiendo del mercado. Siguiendo el hilo del discurso, a fin de alcanzar una sociedad de ese tipo –añadimos nosotros– los obreros habrían de luchar no para colocarse mejor o simplemente mantenerse en el

mercado del trabajo, sino para salirse de la economía. Tenían que destruir las fábricas y las máquinas, no autogestionarlas. Y, puesto que en el capitalismo contemporáneo el consumo prevalece sobre la producción, el terreno del conflicto residiría menos en los lugares de trabajo que en el área de la vida cotidiana. Este combate requeriría la voluntad de vivir de otra manera, por lo que no podía ser asumido por asalariados satisfechos y consumistas. Los destinados a hacerlo serían los trabajadores precarios, los inmigrantes, los parados, los presos o los automarginados –los excluidos en general– actuando no en el marco de la producción capitalista, sino al margen, es decir, con un pie fuera del sistema, y por consiguiente, más proclives a colocarse, mediante la autoorganización y el autoconsumo, en una perspectiva de debilitamiento de la economía y del Estado. En los países "desarrollados" el grado de exclusión es mínimo, aunque crece, pero en los países que los dirigentes llaman "subdesarrollados", los excluídos son legión.

La destrucción del medio obrero en los ochenta es responsable de que esta crítica permaneciese anclada en los medios que le dieron origen y de que quince años más tarde fuera recuperada por los ideólogos del decrecimiento. En el campo de la radicalidad, apenas podemos citar reflexiones en ese sentido: Bookchin, Fredy Perlman, Theodore Kaczinski, *Encyclopédie des Nuisances*, *Fifth Estate*. Lo menos que puede decirse de aquellos medios es que no eran los más apropiados para expurgar dicha crítica de contradicciones y difundirla. De acuerdo con ella, la reproducción ampliada de capital y de la fuerza de trabajo estaba asegurada por el crecimiento, pero no así la reproducción del medio que proveía de recursos, ni tampoco de la sociedad en su conjunto. Entonces, cabía preguntarse si los conflictos que forzosamente han de derivar del deterioro ambiental, las catástrofes y la descomposición social, favorecerían una transformación del sistema, o en otras

palabras, si permitirían la emergencia de una alternativa creíble. La ideología del decrecimiento pretende ser esa alternativa.

El nombre es una simple etiqueta tomada de Nicholas Georgescu-Roegen. En principio consiste en un conjunto aparentemente coherente de ideas como las que podemos encontrar en Illich, Partant, Mumford o en *The Ecologist*, elaborado por expertos desde instancias de cooperación para el desarrollo, universidades, ONG's y "foros sociales", el mismo medio que alumbró la ideología ciudadanista de la "alterglobalización". No obstante, existen diferencias importantes entre ambas: la del decrecimiento es antidesarrollista y condena claramente el ecocapitalismo y el papel de las nuevas tecnologías. Desaprueba tanto el desarrollo sostenible como el crecimiento cero. Defiende pues una salida del mercado, no un mercado mundial controlado; es más, desconfía del Estado como sistema de poder centralizado y jerárquico, injustificable ante una sociedad sin mercado, prefiriendo en su lugar el ideal gandhiano de una federación de aldeas autosuficientes. En teoría estaríamos ante concepción libertaria semejante a la del naturismo, o a la más próxima del comunalismo, pero en la práctica no hay otra cosa que ciudadanismo. El apoyo de ATTAC, Ecologistas en Acción o *Le Monde Diplomatique* vendrían a corroborarlo si necesidad hubiere. Los objetivos podrán variar, pero lo de menos son los objetivos, pues el "decrecimiento convivencial" aspira a reducir pacíficamente la producción y el consumo de masas "mediante el control democrático de la economía por la política". Arnau, de Can Masdeu, precisa que se trataría de formar "gobiernos de transición, de ética inquebrantable y monitorizados desde abajo". ¿Cómo conseguirlo? Mediante la acción "convivencial", que nos conducirá, a través de la inanidad de actos simbólicos y festivos "para concienciar la sociedad", a la política oficial, a las asociaciones de consumidores, a las candidaturas municipales y al sindicalismo. Y es que la transición a la economía autónoma ha de discurrir sin problemas, porque los desencuentros con

el poder ponen en peligro "la democracia". Los partidarios del decrecimiento, en tanto que lumpenburguesía ilustrada, tienen pánico al "desorden" y prefieren de lejos el orden establecido a las algaradas populares. Las ideas habrán cambiado, pero los métodos son ciudadanistas. Hay que "ejercer la ciudadanía" y avanzar en "la democracia" nos dice el ideólogo Serge Latouche. El partido del decrecimiento a fin de conjurar la crisis social pretende sustituir el aparato económico del capitalismo conservando su aparato político. Como al fin y al cabo la proclamada salida del mercado no es rupturista sino suavemente transaccional, quiere separarse de la economía sin separarse de la política, acepta todas las mistificaciones que ha rechazado en teoría. No olvidemos que escapar al crecimiento no significa para Latouche renunciar a los mercados, la moneda o el salario, puesto que no busca amotinar a los oprimidos sino convencer a los dirigentes. Su discurso es el del tecnócrata experto, no el del agitador. Mostrando el cambio climático, el estallido de las burbujas financieras, el aumento del paro, el endeudamiento de los países empobrecidos, las sequías y demás catástrofes, pretende animar a la clase dirigente a que se olvide del crecimiento. Se supone que los dirigentes, ante la imposibilidad de controlar las crisis y bajo la amenaza de conflictos imprevisibles, preferirán la paz social y la "deconstrucción" mercantil. Eso explica que dicho partido no contemple un cambio social revolucionario a realizar por las víctimas del crecimiento, y que en la práctica proponga un conjunto de reformas, impuestos, desgravaciones, moratorias, leyes, etc., o sea, un "programa reformista de transición" a aplicar desde las instituciones políticas actuales. Ni que decir tiene que es lo mismo que proponen las plataformas cívicas, los ecologistas, los antiglobalizadores de pega e incluso la "izquierda" integrada. Excusamos decir que el fomento de una economía marginal sin autonomía real ni posibilidad de convertirse en una verdadera alternativa es sólo una coartada.

Agricultura campesina, reducción del consumo y de la movilidad, prioridad de las relaciones, alimentación sana, redes locales de trueque, no competir, no acumular, etc., son ideas antidesarrollistas que pierden todo el sentido cuando no se quiere la fractura social que sus intentos de realización efectiva han de provocar cuando su generalización altere seriamente las condiciones de producción e intercambio poniendo en peligro la existencia del mercado, de las instituciones y de las clases sociales privilegiadas. Presionada por la necesidad de apaciguamiento, cualquier medida alternativa sigue la dirección del capitalismo. Así las economías marginales de cierta envergadura no son más que zonas de reserva de mano de obra industrial autosostenidas; las energías renovables desembocan en grandes parques eólicos o solares según el modelo industrial; el reciclaje y la reutilización nos llevan al gran negocio de la exportación de basura digital; la crisis del petróleo inaugura la época de las grandes plantaciones de agrocombustibles. El interés del decrecimiento convivencial por las ONG's, los sindicatos, los parlamentos o las Naciones Unidas como instancias reguladoras y "monitorizadas" ilustra a contrario su desinterés por las asambleas comunales y, en general, por la reconstrucción de una esfera pública autónoma. No quiere liquidar a los dirigentes, por lo que ha de conservar primorosamente la maquinaria política que los hace necesarios, aunque para ello tenga que impedir en su *back yard* cualquier experiencia real de democracia asociativa, pues estas cosas está bien que ocurran en Mali, Bolivia o la Selva Lacandona, pero no en las metrópolis occidentales.

La producción cooperativa y el intercambio sin beneficios no podrán nacer del consenso con el poder sino de la imposición por parte de los oprimidos de unas condiciones sociales que proscriban la producción industrial y el comercio lucrativo. La lucha contra la opresión –que como diría Anders, ocurre entre víctimas y culpables– es la única que puede sentar las bases de

una “democracia ecológica local” y una autonomía social, en los alrededores de Kinshasa y en todas partes.

La ideología del decrecimiento es la última mutación del ciudadanismo tras el miserable fracaso del movimiento contracumbres; una ilusión renovable, como dirían *Los amigos de Ludd*. Como trivialización de la protesta y supresión del conflicto, es un arma auxiliar de la dominación. En los días que corren, el capital ha salido vencedor, como ya saliera de la lucha de clases de los sesenta y setenta. Sin nada ni nadie que le detenga prosigue su carrera de destrucción creciendo sin parar, esta vez gracias a las aportaciones ecologistas y ciudadanistas. Una sociedad libre no puede concebirse sin su abolición, que para el partido del decrecimiento acarrearía el caos social y el terrorismo, algo que de sobra está presente y que configura paulatinamente un régimen ecofascista. Dada la magnitud de la catástrofe ecológica, luchar por una vida libre no es diferente a luchar por salvar la vida. Pero la lucha por la supervivencia –por las redes de intercambio regionales, por el transporte público o por las tecnologías limpias– no significa nada separada del combate anticapitalista; es más su fuerza radica en la intensidad de dicho combate. Se trata de un movimiento de secesión pero también de subversión, cuyo empuje depende más de la profundidad de la crisis social que de la propia crisis ecológica. Dicho de otra manera, de la conversión de la crisis ecológica en crisis social, y por lo tanto, de su transformación en lucha de clases de nuevo tipo. Si ésta alcanza un nivel suficiente, las fuerzas de los oprimidos podrán desplazar al capitalismo y abolirlo. Entonces la humanidad podrá reconciliarse con la naturaleza y reparar los daños a la libertad, a la dignidad y al deseo provocados por los intentos de dominarla.

17. Cuando el capitalismo se vuelve ecologista[1]

Desde que el capitalismo se aposentó en el planeta no ha hecho otra cosa que destruir el medio natural para forjar uno propio donde crecer obligando a los individuos a adaptarse. La ciencia y la técnicas adquirieron un impulso decisivo y un amplio desarrollo merced a las resistencias a tal adaptación, al punto que el capitalismo no solamente ha sabido superar todos los obstáculos, sino que los ha ido convirtiendo sistemáticamente en una oportunidad de expansión. El crecimiento, tan inherente a su naturaleza, no se detendrá mientras la humanidad explotable exista, y ese es precisamente el nuevo desafío que el capitalismo tiene ante sí. El crecimiento genera trastornos económicos y sociales semejantes a los de las guerras. El sistema productivo es a medida que crece más y más destructivo. La colonización mercantil del territorio y de la vida, del espacio y del tiempo, no puede detenerse sin cuestionar sus fundamentos, ni progresar sin poner en peligro la misma especie. En consecuencia, la crisis ecológica conduce a la crisis social. El capitalismo ha de seguir creciendo para que eso no ocurra, pero sin que los afectados tomen conciencia de las graves amenazas que acompañan al crecimiento. Para ello ha de improvisar medidas económicas, tecnológicas y políticas que a la vez que disimulen sus

[1] Charlas en La Mistelera, Dènia, y en Casa els Flares, Alcoy, 28 y 29 diciembre 2007. Publicado en *El Rapto*, nº 3, diciembre 2008 y en el folleto "La Ideología" de la Distri Desorden, Valencia.

desaguisados, permitan convivir con ellos y sacarles partido. La producción y el consumo están, como dirían los expertos, ante "un cambio de paradigma". Los hábitos de consumo, junto con las actividades empresariales y políticas, han de ejercerse de otra manera, obviamente no para salvar la naturaleza, ni siquiera para preservar la especie, sino para salvar al propio capitalismo. Por eso a los políticos el corazón se les hace verde. Por eso el capitalismo se vuelve ecologista. Desde ese nuevo punto de vista, la ecología no es incompatible con la acumulación de capital, sino que es su condición obligada. Como decía con más suavidad un ministro de Hacienda británico: "podemos ser verdes y crecer al mismo tiempo. En realidad, si no somos verdes acabaremos minando el crecimiento" (Informe Stern, 2006).

El despertar de la conciencia ecológica fue temprano. Ya en 1955 Murray Bookchin había advertido sobre el peligro para la salud de los aditivos alimentarios, y en 1962 él mismo y la doctora Rachel Carson denunciaron el efecto nocivo de los pesticidas. La abundancia prometida por el capitalismo resultaba una abundancia envenenada:

> La crisis está siendo avivada por aumentos masivos de la contaminación del aire y del agua; por una acumulación creciente de desperdicios no degradables, de plomo residual, de restos de pesticidas y aditivos tóxicos en la comida; por la expansión de las ciudades en vastos cinturones urbanos; por el incremento del stress debido a la congestión, al ruido y a la vida masificada; y por las injustificables cicatrices de la tierra como resultado de explotaciones mineras y madereras y por la especulación sobre el patrimonio. Como resultado la tierra ha sido expoliada en pocas décadas a una escala sin precedentes en la ocupación humana del planeta. Socialmente, la explotación y manipulación burguesas han llevado la vida cotidiana al nivel más extremo de vacuidad y aburrimiento. En tanto que sociedad, ha sido convertida en una fábrica y un mercado, cuya razón fundamental de existencia es la producción en su propio

> beneficio y el consumo en su propio beneficio (*Anarquismo en la sociedad de consumo*, 1967).

La desruralización, la industria alimentaria, la quimicalización de la vida y la lepra urbanística impusieron un modelo de vida consumista y embrutecedor, *egoístagueto* y neurótico, inmerso en un ambiente artificial y atomizante. Como conclusión de una época de revueltas –el gueto negro americano, el movimiento pacifista británico, los provos holandeses, la juventud alemana, Mayo del 68, etc.— Guy Debord apuntaba:

> La polución y el proletariado son hoy los dos lados concretos de la crítica de la economía política. El desarrollo universal de la mercancía se ha enteramente verificado en tanto que realización de la economía política, es decir, en tanto que 'renuncia a la vida'. En el momento en que todo entró en la esfera de los bienes económicos, incluso el agua de los manantiales y el aire de las ciudades, todo devino mal económico. La simple sensación inmediata de los efectos nocivos y de los peligros, a cada trimestre más opresivos, que primero y principalmente agreden a la gran mayoría, es decir, a los pobres, constituye un inmenso factor de revuelta, una exigencia vital de los explotados, tan materialista como lo fue la lucha de los obreros del siglo XIX por la comida. Ya los remedios para el conjunto de enfermedades que crea la producción en este estadio de la producción mercantil son demasiado caros para ella. Las relaciones de producción y las fuerzas productivas han alcanzado al fin un punto de incompatibilidad radical, pues el sistema social existente ligó su suerte a la consecución literalmente insoportable de todas las condiciones de vida (*Tesis sobre la Internacional Situacionista y su tiempo*, 1972).

Aunque el planteamiento de la lucha de clases era puesto en términos históricos exactos, la capacidad del capitalismo por sobrevivir a sus catástrofes era infravalorada tanto como

sobrevalorada la capacidad de la conciencia histórica para convertirse en fuerza subversiva. Así, mientras los trabajos de Mumford, Charbonneau, Russell, Ellul o Bookchin pasaron casi desapercibidos, y la conciencia ecológica quedaba atrapada en el misticismo o el posibilismo, lejos de un proletariado indiferente, el capitalismo superó sus contradicciones cuantitativamente, con un salto hacia adelante, desarrollando una industria nuclear, incrementando la producción de automóviles, creando una nueva generación más peligrosa de pesticidas, inundando el mercado de productos químicos letales y lanzando a la atmósfera miles de toneladas de contaminantes gaseosos. Cuando en la década siguiente tales soluciones condujeron a catástrofes como las de Chernobil, Seveso, Bophal, la del "síndrome tóxico" producido por organofosforados y atribuido al aceite de colza, el agujero en la capa de ozono o el aumento del efecto invernadero, por no hablar de la destrucción de gran parte del territorio debida a la urbanización y el turismo, apenas hubo oposición y el movimiento ecologista que surgía de ella se convertía en el cómplice del capitalismo y el renovador de su política. Los dirigentes de la economía y del Estado, al contemplar las consecuencias catastróficas de su gestión, lejos de amilanarse se erigieron en campeones de la lucha contra el desastre, con la ayuda de expertos y ecologistas, proclamaron un estado de excepción ecológico, es decir, una economía de guerra que movilizaba todos los recursos, naturales y artificiales, para ponerlos al servicio del desarrollismo global, incorporando el coste ambiental, o sea, el precio de la reconstrucción paisajística y los gastos necesarios para fijar un nivel de degradación soportable. La *Encyclopédie des Nuisances* fundó su causa en la denuncia de esa operación de maquillaje como coartada ecológica de la dominación:

> El ecologismo es el principal agente de la censura de la crítica social latente en la lucha contra los fenómenos nocivos,

> es decir, esa ilusión según la cual se podrían condenar los resultados del trabajo alienado sin atacar el propio trabajo y a la sociedad fundada en su explotación. Ahora que todos los hombres de Estado se vuelven ecologistas, los ecologistas no dudan en declararse partidarios del Estado... Los ecologistas son en el terreno de la lucha contra los fenómenos nocivos, lo que son en el terreno de las luchas obreras los sindicalistas: meros intermediarios interesados en la conservación de las contradicciones cuya regulación ellos mismos aseguran... meros defensores de lo cuantitativo cuando el cálculo económico se extiende a nuevos dominios (el aire, el agua, los embriones humanos, la sociabilidad sintética, etc.); en definitiva, son los nuevos comisionistas de la sumisión a la economía, el precio de la cual ha de integrar ahora el costo de "un entorno de cualidad". Ya podemos vislumbrar una redistribución del territorio entre zonas sacrificadas y zonas protegidas, coadministrada por expertos "verdes", una división espacial que regulará el acceso jerarquizado a la mercancía-naturaleza (*Mensaje dirigido a aquellos que no quieren administrar la nocividad sino suprimirla*, 1990).

La optimización mundial de recursos se materializó en cosas como la agricultura transgénica, el mal de las vacas locas o la gripe aviar; de hecho el estado de excepción ecológico denunciado por la EdN convirtió el planeta en un inmenso laboratorio de experimentación tecnocientífica, y a toda su población en cobayas. La catástrofe perdió su carácter nacional y con la globalización se salió del ámbito estatal. La crisis ecológica no podía circunscribirse a determinadas zonas superindustrializadas y requería medidas globales. Así nacieron las cumbres medioambientales que entre 1988 y 1997 fijaron las pautas del desarrollo capitalista para los años venideros: Toronto, Río de Janeiro, Copenhague y Kyoto. En ellas se lanzaron fórmulas creativas para salvar el desarrollo y combatir el cambio climático sin modificar el sistema dominante: agendas

21, desarrollo sostenible, desarrollo social, desarrollo local... Puras contradicciones terminológicas, puesto que el desarrollo nunca es local, social o sostenible, ya que el capitalismo nunca funciona en interés de la localidad, de los oprimidos o de la naturaleza. Pero lo que tienen claro los dirigentes de la economía mundial es que ningún eufemismo desarrollista, aún sosteniéndose en tecnologías modernas, puede funcionar sin las medidas políticas y sociales capaces de reeducar a la población en los nuevos hábitos consumistas que las hagan rentables, pues es la adopción masiva de dichas tecnologías lo que abarata su aplicación y estimula las iniciativas empresariales en esa dirección. La lucha contra el cambio climático puede verse favorecida objetivamente por el encarecimiento imparable del petróleo y demás combustibles fósiles, pero corresponde a los "poderes públicos", es decir, a los políticos, al menos en una primera fase, promover el negocio medioambiental obligando a la población a usar tecnologías "bajas en carbono" y a consumir productos y servicios catalogados como "respetuosos con el medio ambiente", o imponiendo una "nueva fiscalidad" que reconcilie la "cultura empresarial" con la naturaleza y que penalice las viejas costumbres contaminantes y el despilfarro energético, normales hasta ayer, pero hoy punibles por el bien de la economía. Y de esta manera, el Estado, los partidos, las instancias internacionales, y en menor medida los "foros sociales", las ONGs y los "observatorios" de sostenibilidad, ejercen el papel de mecanismos reguladores que habían perdido en los inicios de la globalización. Auxiliares de la transición mundial hacia una economía también "baja en carbono". De golpe, el control de la producción de cemento, de fertilizantes o de fibras sintéticas, el reciclaje de residuos, la reforestación, la construcción de nuevas centrales nucleares, de desaladoras o de campos de golf, la inversión en energías renovables o el cultivo de agrocombustibles, se convierten en decisiones políticas, y por la vía política, en cuestión de Estado. Al mismo

tiempo, todos los dirigentes económicos y políticos descubren que son ecologistas. El aislamiento térmico, la iluminación de bajo consumo, las nuevas directrices para la edificación o la fabricación de motores para vehículos, y, en general, la reestructuración de todo tipo de actividades, exigen una potente financiación a la que no acompaña una rentabilidad suficiente y que, por lo tanto, el mercado no puede asumir. Toca al Estado y a la burocracia política arrimar el hombro.

Las preocupaciones ecológicas de los dirigentes obedecen a la mercantilización total del planeta provocada por la necesidad constante de crecimiento del capital. Las destrucciones provocadas por el desarrollo de la producción son de tal magnitud que exigen una gestión controlada no sólo de los medios de producción y de las fuerzas productivas, sino del territorio, de su cultura y su historia, de la flora y la fauna, del agua y del aire, de la luz y del calor, ahora convertidos en "recursos", es decir, materias primas de actividades terciarias y fuerzas productivas de nuevo tipo. La revitalización institucional que el cambio productivo y la "seguridad energética" demandan ha puesto de nuevo en circulación al partido del Estado, o sea, a la burocracia político administrativa, y no hablamos sólo del conglomerado de socialdemócratas, neoestalinistas, verdes y ciudadanistas. Un reformismo aparente se erige como doctrina de moda –como ideología– que hasta los conservadores y derechistas aceptan, pues todo el mundo comprende que hay que contener a los refractarios, alejar el horizonte de la catástrofe y ganar tiempo para la economía. Frente a un capitalismo contrario a trabar el desarrollo mediante el control de emisiones, un capitalismo sospechosamente altruista presenta el rostro humano de la destrucción hablando de sostenibilidad y de educación ciudadana, de consumo responsable y de eficiencia energética, de paneles en las azoteas y de ecotasas, sin que se detenga un ápice el trazado de autopistas, las líneas del TAV o la depredación urbanizadora. Desarrollismo tradicional contra desarrollismo

ambientalista. Evidentemente, los costos de la dominación se han disparado con la polución, el calentamiento global y el cénit de la producción de petróleo, situación que el mercado no puede resolver como en ocasiones anteriores. Tampoco el despegue del sector económico medioambiental es suficiente. La pervivencia del capitalismo necesita una movilización general a escala local, nacional e internacional, de todos los dirigentes en pro de la explotación laboral y social reconvertida, en pro del modo de vida sometido a los imperativos del consumo renovado; el Estado, en tanto que mecanismo de coerción, resulta de nuevo rentable. Esa es la carta del ecocapitalismo y de sus servidores de izquierdas o de derechas. No es descartable que el proceso de reconversión pueda encontrar serias resistencias en la población que lo sufre, por lo que han de desarrollarse formas de control social adecuadas, empezando por las escuelas, los medios de comunicación, la asistencia social, etc., hasta llegar a la policía y el ejército. El capitalismo y la burocracia no tienen ideales que realizar sino un orden que defender, a escala local y mundial. Para ellos los problemas en política exterior y los conflictos sociales son directamente problemas de seguridad, que en último extremo se resuelven manu militari. El ecofascismo será la forma política más probable del nuevo reino ecológico de la mercancía.

En ausencia de luchas serias, o lo que es lo mismo, en ausencia de la conciencia histórica, aparecen al lado de seudorreformistas que nos venden su "pragmatismo" y sus "pequeñas conquistas" en favor de la política institucional y del modelo capitalista, verdaderos utopistas que nos hablan de "convivencialidad", pues para ellos el remedio a tanto mal no ha de venir de una lucha de liberación sino de la aplicación pacífica de una fórmula milagrosa, en este caso la del "decrecimiento." Las medidas a realizar no van a resultar de un conflicto nacido del antagonismo de un sector de la población con el conjunto de la sociedad industrial y consumista, sino de una serie de

iniciativas particulares convivenciales, de buen rollo, a ser posible incentivadas institucionalmente y defendidas por partidos, "redes" o ONG's, que tengan la virtud de convencer de las ventajas de salirse de la economía. Los partidarios del "decrecimiento" desconfían de las vías revolucionarias: sobre todo, que no pase nada. Y nada puede pasar puesto que el capitalismo tolera un cierto grado de autoexclusión en la sociedad que coloniza, pues de hecho buena parte de la población mundial está excluida del mercado y vive al margen de las leyes económicas. Incluso puede sacar beneficios de la autoexclusión a través de programas de ayuda, turismo alternativo y subvenciones. Es lo que los expertos llaman economía del "tercer sector", ya estudiada por el principal responsable de la política pública americana durante la presidencia de Clinton, Jeremy Rifkin. En su obra de 1994, *El fin del trabajo*, da por sabido que la globalización y la desregulación del mercado laboral obligarán a una organización de los electores que podría restablecer el sentimiento ciudadano, la política burguesa clásica y el Estado interventor:

> Conseguir una transición con éxito hacia la era posmercado, dependerá en gran medida de un electorado estimulado, que trabaje a través de coaliciones y movimientos, para lograr transferir tantas ganancias de la productividad como sean posibles del sector del mercado al tercer sector (...) mediante la creación de una nueva unión entre el gobierno y el tercer sector, cuya finalidad sea la de reconstruir la economía social, se podrá ayudar a restaurar el sentimiento cívico en cualquier sociedad.

Sin embargo, desde el punto de vista de la emancipación social, no se trata de modificar gradualmente los márgenes del sistema capitalista, sino de fundar una sociedad nueva. Transformar el mundo, no refugiarse en islotes. Para ello hacen falta fuerzas sociales empeñadas en dicha transformación, que no pueden

nacer sino contra aquello que han de abolir. Por consiguiente, el conflicto ha de surgir con fuerza y desplegarse, de modo que parta la sociedad en dos bandos irreconciliables. Un bando querrá abolir las relaciones de producción y consumo, acabar con la explotación del trabajo y liberar la vida cotidiana, salvar el territorio y volver al equilibrio con la naturaleza. El otro, querrá a toda costa defender el statu quo industrial y desarrollista. Ningún programa convivial podrá solucionar los problemas acarreados por el capitalismo, porque al apostar por la pacificación impide que la crisis ecológica devenga crisis social, cuando hay que hacer precisamente de lo contrario, o sea, tensar al límite la cuerda de la opresión que mantiene unidos los diversos sectores sociales para provocar una fractura social irreparable. Cuando las víctimas del capitalismo decidan adaptar la vida a condiciones humanas controladas por todos y pongan en pie sus contrainstituciones, entonces será el momento de los programas transformadores y de las verdaderas experiencias autónomas que restituirán los equilibrios ecológicos y reconstruirán las comunidades sobre bases libres. Una sociedad libertaria solamente podrá realizarse mediante una revolución libertaria.

18. La invasión de los residuos[1]

Nada podría parecer menos natural, pero la verdad es que hoy, cuando el dominio de la economía es total y completo, lo que mejor crece en el campo no es la vegetación, sino las plantas de residuos. Tiempo ha que la función principal de la tierra no es la provisión de alimentos a las zonas urbanas próximas, puesto que con la industrialización masiva de la agricultura, la deslocalización de la producción agraria y la mundialización del comercio agroalimentario, el huerto de proximidad dejó de ser una actividad rentable y, por consiguiente, la forma de vida campesina se volvió inviable. En cambio, dado que las aglomeraciones urbanas son incapaces de eliminar todos sus desperdicios, el potencial del campo como basurero y vertedero de sustancias tóxicas se ha hecho patente y se ha desarrollado. Los beneficios se han vuelto tentadores, lo que ha empujado a un montón de empresarios depredadores y políticos corruptos a hacer caja con el transporte, depósito y tratamiento de toda clase de heces industriales y detritus contaminante, penetrando en el territorio como un elefante en una cacharrería. Si las economías tradicionales reciclaban sus sobras, la economía de mercado acumula restos sin parar que hay que amontonar en algún lado. No los transforma en materia prima, sino que los convierte en inmortal mercancía.

[1] Charla en Otos, Valencia, contra la planta de residuos animales de Pobla del Duc, 6 mayo 2015 (traducida del valenciano)

En una sociedad hiperurbanizada el espacio rural perdió toda su autonomía. No es un mundo aparte, con sus costumbres, tradiciones y normas. Es un apéndice de lo urbano, una reserva apta para cualquier clase de operaciones, exceptuando precisamente la pequeña explotación agrícola. Los usos del campo ahora están fijados desde el aglomerado urbano de las capitales –que ya se suele llamar conurbación–, lugar en el que financieros, técnicos, urbanistas y políticos establecen conjuntamente planos de ordenación de acuerdo con intereses ajenos a la realidad campesina. La amenaza proviene siempre de la selva urbanizada. La oligarquía de la urbe es quien designa la nueva función y el nuevo destino del territorio, que efectivamente, tiene poco que ver con la agricultura. El campo sólo es periferia, vacío no construido y decorado paisajístico que espera pasivamente una explotación degradante. Así pues, según el punto de vista de la economía globalizada, lo que sobra no son las infraestructuras, la especulación inmobiliaria o la industria del ocio y turismo, todos ellos destructores de la naturaleza y de los cultivos; lo que sobra son los propios agricultores. No es que la agricultura haya dejado de ser suficientemente productiva: al territorio le pasa lo mismo. Su población, los municipios, los servicios públicos, las formas de vida rurales, la vegetación misma, etc., resultan onerosos, caros de mantener. Si eso sucede, su suerte está echada.

Las necesidades económicas que gobiernan la sociedad no solamente aumentan el desequilibrio entre conurbación y territorio, malgastan la tierra y artificializan la vida, sino que hacen de ello la conditio *sine qua non* del buen funcionamiento. La crisis territorial es más que un reflejo de la urbana, es la otra cara de la crisis urbana. De forma nunca vista, la carrera por la productividad y los beneficios ha entrado en conflicto con el territorio después de hacerlo con la ciudad. A la separación entre necesidades sociales reales y hambre voraz de ganancias debemos el incremento del efecto invernadero, la lluvia ácida, los

incendios, la contaminación, los pesticidas, los transgénicos... Aberraciones típicas de la manera de vivir urbana como el individualismo patológico, el encierro en la vida privada, las dietas disparatadas, las nuevas enfermedades, la motorización salvaje, la sociabilidad virtual, etc., se han vuelto frecuentes en el campo. En efecto, la huída hacia adelante de la civilización estatista de mercado entra en contradicción con la salud de las personas, imponiendo estilos de vida consumista cada vez más enloquecidos. Actualmente, la solución a todo en el marco capitalista parece pasar por la transformación del territorio en mercado, o mejor, en un mercado de mercados. Uno que engloba el mercado de la tierra, el del medio ambiente, el de las vacaciones, el de la segunda residencia, el de la contaminación, el de la logística, el de la energía y... el de la basura. La frenética manera de vivir urbana absorbe constantemente combustible, vehículos de gran cilindrada, plásticos, productos químicos, cemento y alimentos fabricados, todo lo cual plantea el grave problema de la eliminación de deshechos e inmundicias. Y al mismo tiempo abre un mercado próspero, el mercado de los residuos.

Lo que llaman "iniciativa privada" no es más que la táctica de combate usada por las fuerzas de la economía contra la sociedad que parasitan. En vista de los estragos cometidos, podemos demostrar que se trata de una verdadera guerra donde el territorio se lleva la peor parte. Si por azar la población no consiente de grado en beneficiar de inmediato a unos empresarios piratas, los mandamases la acusan de ir contra el "desarrollo", nombre oficial y coartada del progreso del desastre. El hecho de que tengan detrás a las finanzas, los medios de comunicación y los partidos demuestra que el enemigo del territorio y de su gente no es sólo un puñado de bárbaros emprendedores; es todo un sistema de dominación, cuyos puntales son el capital y el Estado.

Frente a las consecuencias más destructivas de la economía y la política de mercado, los dirigentes mundiales propusieron en las distintas cumbres celebradas un pacto entre la economía y la ecología traducido en fórmulas como "desarrollo sostenible" y "nueva cultura del territorio". Teniendo en cuenta la limitación de los recursos planetarios y las ilimitadas exigencias del crecimiento, dos polos de una contradicción irresoluble, concluyeron que los negocios deberían ser "verdes" o no serían, es decir, que había que restar del beneficio el coste ambiental de la actividad. Las exacciones entraban en los cálculos. De esta forma aislaban la crisis ecológicas del régimen capitalista, reduciendo la cuestión territorial a problema ambiental, conservacionista y, en última instancia, político, y escondiendo en una misma jugada su naturaleza económica y social. Los defensores de la sostenibilidad en realidad lo que defienden es el desarrollo, algo que no cuestionan jamás, y, en consecuencia, defienden también el régimen político y económico que promueve esa clase de desarrollo. Si recurren a las instituciones no es para abolir la dictadura de la economía, sino para ponerle un mínimo de condiciones. Su realismo no aspira a liberar la sociedad civil del yugo del capital, sino de hacerlo más llevadero: cambiar algo del sistema para preservarlo íntegro. Las instituciones, que al fin y al cabo no son más que la forma político-administrativa del mercado, bajo esta óptica adquieren un carácter neutral que nunca han tenido. El poder de decidir, o sea, la voluntad general, algo imposible de ejercerse fuera de contrainstituciones de autogobierno como por ejemplo asambleas populares y comunidades vecinales, acaba siendo secuestrado por autodenominados representantes de plataformas ambiguas, ni chicha ni limoná, o por políticos de partido, con la misión de ahogar la defensa del territorio en el pantano jurídico y parlamentario.

Si deseamos una relación armónica entre el mundo urbano y el territorio, hemos de conciliar las dos realidades mediante

el restablecimiento de sus funciones antaño complementarias. Pero para hallar el equilibrio entre la ciudad y el mundo rural hace falta que una situación de emergencia empuje a repoblar el campo, recobrar los bienes comunales, revalorizar el derecho consuetudinario y, sobre todo, desmantelar las conurbaciones. La instauración de un modo de vida comunitario y protegido de los imperativos de la industrialización ha de nacer en las ruinas de los asentamientos de población estabulada todavía llamados ciudades, aunque no lo sean. Al reino de la libertad se llega tras un proceso de ruralización y desindustrialización capaz de devolver a la sociedad, reorganizada horizontalmente, la autonomía perdida. Así pues, fin del mercado y retorno a la economía de la necesidad y el deseo, doméstica y no mercantilizada. La utopía libertaria no podrá edificarse si no es en una perspectiva antidesarrollista.

Si los principios y los objetivos finales son necesarios para impedir que las luchas sean recuperadas por el sistema dominante y las derrotas de éste no se trasformen en victorias de la economía con boina verde, las tácticas a emplear tienen que concretar las líneas de la acción cotidiana de modo práctico, afrontando los conflictos locales particulares con los medios que se dispongan, a menudo escasos. Si es evidente que la defensa del territorio tiene un aspecto inequívocamente anticapitalista, puesto que obstaculiza con mayor o menor eficacia las salvajadas del desarrollo económico, también resulta evidente que las fuerzas que se ponen en movimiento no lo tienen tan claro. La cuestión social antagónica no aparecerá con nitidez más que al final de una serie de batallas defensivas. Hay que conseguir movilizar la mayor cantidad de gente posible contra los proyectos nocivos o inútiles –mucha de la cual se encuentra atrapada en las conurbaciones– si se pretende impulsar un sujeto colectivo con discernimiento y fuerza suficiente para detener primero los planes de la devastación, pasando después

a la ofensiva mediante la deserción de las urbes, la ocupación de zonas rurales y la puesta en marcha de proyectos comunitarios.

19. Qué es y qué quiere el antidesarrollismo[1]

El antidesarrollismo, por un lado, sale del balance crítico del periodo que se cierra con el fracaso del viejo movimiento obrero autónomo y con la reestructuración global del capitalismo; arranca como pensamiento en los años ochenta del siglo XX. Por otro lado, se manifiesta como acción en el incipiente intento de ruralización de entonces, en las protestas populares contra la presencia de fábricas contaminantes en los núcleos urbanos y en las movilizaciones contra la construcción de centrales nucleares, urbanizaciones, autopistas y pantanos. A la vez, es una crítica de la ideología del progreso, un análisis teórico de las nuevas condiciones sociales auspiciadas por el desarrollismo económico y una lucha contra sus consecuencias. Es pues un pensamiento crítico y una práctica antagonista nacidos de los conflictos provocados por el desarrollo en la fase última del régimen capitalista, la que corresponde a la fusión de la economía y la política, del capital y el Estado, de la industria y la vida, del territorio y la urbe. En resumen, la que corresponde a la sociedad de masas y a la globalización. La crítica y la lucha antidesarrollistas no han adquirido cierta cohesión

[1] Charla en las Jornadas en defensa del territorio organizadas por la librería asociativa Transitant en Palma de Mallorca, 17 y 18 mayo 2014; en la *Festa de Martra, pays et paysans*, Tarn, Francia, 16 de agosto 2014; en las Jornadas antidesarrollistas de Castro Urdiales, 24 de octubre 2014; en la Biblioteca Social Hermanos Quero, Granada, 14 enero 2015; y en la Oficina de Producciones Culturales, Almería, 16 de enero 2015

y coherencia hasta las recientes luchas antiglobalizadoras. Por culpa de la sumisión y la resignación de las masas desclasadas, reflexión y combate no han ido de la mano; la una postula objetivos que el otro no siempre quiere asumir: el pensamiento antidesarrollista formula intereses generales y pugna por una estrategia global de confrontación, mientras que la lucha a menudo no sobrepasa el horizonte local o sectorial y se reduce a tacticismo, lo que solamente beneficia a la dominación y a sus partidarios. Esa separación es responsable de que la lucha se oriente la mayor parte de las veces hacía una modificación de las condiciones capitalistas, no hacia un anticapitalismo. Los medios contradicen a los fines porque las fuerzas movilizadas casi nunca son suficientes ni conscientes de su tarea histórica, mientras que la lucidez de la crítica tampoco consigue iluminar suficientemente las movilizaciones. La ignorancia y el miedo a la libertad impiden quebrar la adhesión a lo existente, volviendo imposible la autonomía real de la protesta.

La mercancía transforma la sociedad continuamente de acuerdo con sus reglas. El dominio formal de la economía en la antigua sociedad de clases se transforma en dominio real y total en la moderna sociedad tecnológica de masas. Los trabajadores, masificados y desclasados, ahora son ante todo consumidores. La principal actividad económica no es industrial, sino administrativa y logística por un lado, y extractivista por el otro. Los momentos más importantes del proceso de formación de capitales son la extracción y circulación; la principal fuerza productiva no es el trabajo, sino la tecnología. En cambio, los asalariados son la principal fuerza de consumo. La tecnología, la burocracia y el consumo son los tres pilares del actual desarrollo. Entretanto, el mundo de la mercancía ha dejado de ser autogestionable. Es imposible de humanizar: primero hay que desmontarlo. Absolutamente todas las relaciones de los seres humanos entre sí o con la naturaleza no son directas, sino que se hallan mediatizadas por cosas (mercancías), o mejor,

por imágenes asociadas a cosas (espectáculos), técnicamente forjadas. Una estructura separada, el Estado, controla y regula variablemente esa mediación. Así pues, el espacio social y la vida que alberga se modelan según las leyes de la mercancía, la tecnología, la burocracia y el espectáculo, particularmente las relativas a la circulación, el control y la seguridad, originando todo un conjunto de divisiones sociales: entre urbanitas y rurales, dirigentes y dirigidos, ricos y pobres, incluidos y excluidos, veloces y lentos, conectados y desenganchados, vigilantes y vigilados, etc. El territorio, libre de agricultores, es reordenado y dividido de acuerdo con las nuevas necesidades de la economía, convirtiéndose en una reserva de espacio urbano, en una mina de recursos a extraer (una nueva fuente de capitales), un decorado y un soporte de macro infraestructuras (un elemento estratégico de la circulación.) Esta fragmentación espacial, junto con las divisiones y los roles sociales que la acompañan, aparece hoy en forma de una crisis global insuperable que presenta diversos aspectos, todos ellos interrelacionados, demográficos, políticos, económicos, culturales, ecológicos, territoriales, sociales, etc. El capitalismo ha rebasado tanto sus límites estructurales como los históricos, o dicho de otra manera, ha tocado techo.

La crisis múltiple del nuevo capitalismo es fruto de dos clases de contradicciones: las internas, que son causa de las divisiones aludidas y de fuertes desigualdades sociales; y las externas, responsables del marco territorial degradado por la contaminación, el cambio climático, el agotamiento de recursos y el urbanismo. Las primeras no sobresalen del ámbito capitalista, donde quedan disimuladas como problemas culturales, de género, laborales, asuntos crediticios o déficit parlamentario. Las luchas sindicales, nacionales y políticas que les corresponden jamás plantean salirse de la esfera de influencia del orden establecido; menos todavía se oponen a su lógica. Las segundas, rebasan el área capitalista, revelando la naturaleza terrorista de la economía, por lo que apenas

pueden camuflarse como problemas ambientales, ecológicos o agrarios. Las contradicciones principales son pues las externas, bien producidas por el choque entre la finitud de los recursos planetarios y la demanda infinita que exige el desarrollo, bien por la colisión entre las limitaciones que impone la devastación y la destrucción ilimitada a la que obliga el crecimiento continuo. La autodefensa ante el terrorismo de la mercancía y del Estado se manifiesta tanto como lucha urbana que rechaza la industrialización del vivir –o sea, como anticonsumismo–, que como defensa del territorio, negando la mercantilización del espacio. Es una lucha por la autonomía. Los representantes de la dominación, si no pueden integrar el conflicto bajo el ropaje de la oposición "verde" y ciudadana, respetuosa con sus reglas de juego, lo presentarán como un problema minoritario de orden público, para proceder así a reprimirlo y aplastarlo.

En un momento en que la cuestión social tiende a presentarse más nítidamente como cuestión territorial y en que un sujeto histórico tiende a constituirse mejor como comunidad vecinal, sólo la perspectiva antidesarrollista es capaz de plantear aquella correctamente. De hecho, la crítica del desarrollismo es la crítica social tal como ahora existe; ninguna otra es verdaderamente anticapitalista, puesto que ninguna cuestiona la abundancia, el crecimiento o el progreso, los viejos dogmas que la burguesía traspasó al proletariado. Al revisar el papel de la resistencia y creatividad campesina en la historia, se proporciona, en nombre de la razón, una teoría histórica radicalmente antiprogresista: la historia se ralentiza con el desarrollo del Estado y la expansión del capital, y no al contrario; los tiempos intensos transcurren en los años oscuros de las revueltas agrarias. Las grandes masacres de campesinos respondieron a los intentos por parte del poder constituido de resistir a la historia, es decir, a la memoria de abajo, y convertirla en conocimiento codificado del pasado muerto. Por otro lado, las luchas "por la tierra", o sea, las luchas en defensa y por la preservación del territorio mediante la

segregación revolucionaria y la reordenación comunitaria del espacio, al sabotear el desarrollo económico y la burocratización política, hacen que el orden de la clase dominante se tambalee: en la medida en que consigan conformar un sujeto colectivo anticapitalista esas luchas se convertirán en la lucha de clases moderna.

La conciencia social anticapitalista se desprende de la unión entre la crítica y la lucha, es decir, entre la teoría y la práctica. La crítica separada de la lucha deviene ideología y doctrina sectaria (falsa conciencia); la lucha separada de la crítica se vuelve aventurerismo, vanguardismo o reformismo (falsa oposición.) La ideología propugna a veces un retorno imposible al pasado (un primitivismo), lo cual proporciona una excelente coartada a la inactividad (o a la actividad virtual, que es lo mismo), y a menudo alienta la formación de un gueto autocomplaciente y autorreferencial, con su metalenguaje y ritual propios. Sin embargo, la forma más habitual de la misma se produce primero en el área económica marginal, el cooperativismo subvencionado o las redes consumistas: es la llamada economía social; y segundo, en el área política: es el ciudadanismo (o populismo a la europea.) Si dejamos aparte la creación de sectas y modas, algo secundario, la principal función de la praxis ideológica es gestionar el desastre. Tanto la ideología como el reformismo cooperativista-ciudadanista que es su necesaria secuela, separan la economía de la política para así proponer soluciones en el marco institucional o en el marco económico. Y ya que los cambios han de derivar de la aplicación de fórmulas económicas, administrativas, jurídicas o políticas que desarrollen burocracias en los campos correspondientes, el ciudadanismo niega la acción, a la que sustituye con sucedáneos lúdicos, convivenciales y simbólicos. Huye de un enfrentamiento real, puesto que quiere compatibilizar su práctica con la dominación o incluso ser subvencionado por ella, o al menos aprovechar sus

lagunas y resquicios para subsistir y coexistir. Quiere gestionar espacios aislados y administrar la catástrofe, no suprimirla.

La unión arriba mencionada entre la crítica y la lucha proporciona al antidesarrollismo una ventaja que no posee ninguna ideología: saber todo lo que quiere y conoce el instrumento necesario para ir a por ello. Puede presentar de modo realista y no dogmático una teoría de la historia, de la crisis y del sujeto sin pretensiones unitarias y exclusivistas, a la vez que los trazos principales de un modelo alternativo y creíble de sociedad emancipada. Dicha sociedad se hará palpable tan pronto como se supere el nivel tacticista de las plataformas, asociaciones y asambleas, y se pase al nivel estratégico de las comunidades autónomas combatientes. O sea, tan pronto como los medios empleados se adecuen a objetivos finales; en fin, tan pronto como la fractura social pueda expresarse en todo el sentido como un "nosotros" frente a "ellos". Los de abajo contra los de arriba.

Las crisis provocadas por las huidas hacia adelante del capitalismo no hacen sino afirmar a contrario la pertinencia del mensaje antidesarrollista. Los productos de la actividad humana –la mercancía, la ciencia, la tecnología, el Estado, las conurbaciones– se han complicado, independizándose de la sociedad e irguiéndose contra ella. La humanidad ha sido esclavizada por sus propias creaciones incontroladas. En particular, la destrucción del territorio por la urbanización cancerosa se revela hoy como destrucción de la sociedad misma y de los individuos que la componen. El desarrollo, tal como un dios Jano, tiene dos caras: ahora, por ejemplo, las consecuencias iniciales de la crisis energética y del cambio climático, al ilustrar la extrema dependencia y fragilidad del vecindario urbano, nos muestran la cara que permanecía escondida. El estancamiento de la producción gasista y petrolera, –con la distribución energética en manos de oligopolios– anuncia un futuro donde el precio de la energía será cada vez más alto, lo que encarecerá el

transporte, acarreará crisis alimentarias (acentuadas todavía más por el calentamiento global) y causará colapsos productivos. Sin embargo, la crisis no avanza linealmente. Los precios dependen en gran medida de condicionantes geopolíticos, como por ejemplo, los Estados fallidos, la competencia de algunos países productores con los hidrocarburos americanos obtenidos por fracking, o las represalias de Estados Unidos contra Rusia a causa de la cuestión ucraniana. Las caídas coyunturales de la demanda, al hacer bajar los precios, desvían el curso del capitalismo hacia su autodestrucción por vericuetos que dañan la financiación de los Estados gendarmes extractivistas y conducen a la quiebra a las empresas que explotan el gas no convencional. Lo desvían, pero no lo detienen. A medio plazo, los Estados y sus metrópolis serán totalmente inviables y sus habitantes se encontrarán en la tesitura de escoger entre rehacer su mundo de otro modo o desaparecer entre las ruinas estatico-urbanas. El antidesarrollismo quiere que la descomposición inevitable de la civilización capitalista desemboque en un periodo de desmantelamiento de industrias e infraestructuras, de ruralización y de descentralización, de descapitalización y desestatización, o dicho de otra manera, que inicie una etapa revolucionaria de transición hacia una sociedad justa, igualitaria, equilibrada y libre, y no un caos social de dictaduras y guerras. Con tal augusto fin, el antidesarrollismo intenta que estén disponibles las suficientes armas teóricas y prácticas para que puedan aprovecharlas los nuevos colectivos y comunidades rebeldes, germen de una civilización distinta, liberada del patriarcado, de la industria, del capital y del Estado.

Forma y contenido de la revolución social

20. Puntos de fuga en la cultura obrera[1]

Para entender el peso de la agrupación de "Los Amigos de Durruti" en la guerra revolucionaria española hay que situarla en un contexto de contrarrevolución rampante que planteó una disyuntiva radical a diversos militantes anarcosindicalistas de dilatada experiencia y valor probado. O obedecer a los comités dirigentes de su organización, que ordenaban no responder a las agresiones, o enfrentarse abiertamente con las fuerzas contrarrevolucionarias. Partiendo de la determinación revolucionaria y de la calidad humana de aquellos luchadores proletarios, puede dilucidarse con facilidad la materia de la última revolución obrera, la que va del 19 de julio de 1936 al 8 de mayo de 1937. Nos hemos limitado a nueve biografías, a las que se podría añadir otras –las de Jaime Balius y Joaquín Pérez Navarro, ya publicadas– sin agotar el filón. La CNT y el anarquismo fueron una cantera inigualable de individualidades totalmente entregadas a la causa de la libertad y la justicia social –la causa del proletariado– a las que sus enemigos llamaron "incontrolados". El sambenito fue un homenaje involuntario que la contrarrevolución rendía a aquellos revolucionarios fuera del control institucional burgués y estalinista. Si la historia se

[1] Presentación del libro *Los Incontrolados de 1937. Memorias militantes de Los amigos de Durruti*, editado por Aldarull, en El Banc Expropiat de Gràcia, Barcelona, 10 abril 2015; en el Ateneu La Pua, d'Hospitalet, 29 mayo 2015; en La caseta de la Malatesta de la Feria del Libro de Madrid, 11 junio 2015; y en el Ateneu Cooperatiu la Base, Barcelona, 26 junio 2015

torció, no fue por su culpa. Todas las fuerzas antihistóricas conspiraron para que así fuera, desde el conglomerado fascista hasta la argamasa republicana. La burguesía jugó todas sus bazas para ganar *in extremis*. La publicación de este modesto libro demuestra que esa victoria no fue total. s

En otros tiempos, creíamos que la revelación de la verdad oculta en las derrotas causaría suficiente impacto como para orientar la acción revolucionaria, apartando a sus agentes de los callejones sin salida de la historia. El pasado, suponíamos que contenía todas las enseñanzas necesarias para resolver las encrucijadas del presente. Ahora, la publicación de un libro dentro de una sociedad que vive en presente perpetuo tiene que resultar por fuerza algo anacrónico, fuera de lugar. El conocer la verdad del pasado no tiene ningún efecto en la acción cotidiana. No refuerza los valores de una comunidad potencialmente revolucionaria, ni incrementa la capacidad crítica de los lectores activos. En una sociedad sin conciencia del tiempo y sin memoria, el pasado no existe, y no resurge sino como objeto arqueológico o como efemérides espectacular tipo "octogésimo aniversario de la guerra civil", siendo su lugar habitual la universidad, el museo o los suplementos culturales de la prensa oficial, espacios donde su poder subversivo, de conservarse, es inoperante. Estas biografías estarían destinadas a los herederos de los legendarios Amigos de Durruti, pero ¿tales herederos existen?

Las sociedades tradicionales transmiten su legado oralmente de unas generaciones a otras. Los jóvenes aprenden de los mayores; no hay ruptura generacional. Son sociedades estáticas: el futuro de la juventud sigue los cauces del pasado y transita por el camino de la generación anterior. Los vínculos familiares y territoriales son muy fuertes. La memoria, de la que son depositarios los ancianos, juega un papel importante en la conservación de los hábitos sociales y la preservación de la identidad, y por lo tanto, es elemental en la reproducción continua de la sociedad. La aparición de las sociedades

históricas, basadas en el cambio constante, la acumulación de conocimientos, el comercio y la escritura, introduce factores de disolución circunscritos en principio a las ciudades. Son sociedades dinámicas con vínculos debilitados e identidades lábiles, en las que la memoria desempeña un papel secundario frente a la novedad. El recuerdo resulta de poca utilidad, cuando la tiene. No obstante, la mayoría de la población permaneció al margen de aquel dinamismo nihilista, ya que vivió en el campo y mantuvo estilos tradicionales que no fueron eliminados hasta la consolidación del capitalismo en el mundo rural. En la sociedad plenamente capitalista los jóvenes aprenden de sí mismos siguiendo pautas universales consumistas transmitidas por los medios de comunicación de masas, no de sus progenitores: su futuro depende de un presente cortado de la experiencia de las generaciones pretéritas, mucho menos alteradas por las tecnologías, ya que se forjaron en gran parte al margen de los condicionantes capitalistas. La producción turbocapitalista ha impuesto un modo de vida industrializado, una nueva cultura narcisista con unos valores pragmáticos y hedonistas sin relación alguna con los que imperaban en los medios obreros antes de que el consumo generalizado los evangelizara.

En las primeras etapas del capitalismo, al disolverse las formas tradicionales de vida, se creó un mundo aparte con características propias, una sociedad dentro de otra constituida por los desheredados, los parias, los desarraigados expulsados del campo o de los talleres gremiales; en suma, por los trabajadores. El mundo proletario, basado en la célula familiar, cuyo único vínculo con la sociedad industrial que lo englobaba era el trabajo, desarrolló rasgos comunitarios que le confirieron una identidad particular, estable, una identidad de clase, una cultura específica. En cierto modo hubo una tradición obrera que articulaba la sociedad del trabajo y poseía valores propios permanentes: la necesidad de asociarse, la idea federativa, el afán por instruirse, la solidaridad, la dignidad del oficio, el

porvenir de los hijos, el orgullo de clase, el internacionalismo, la revolución social… Las autobiografías militantes que se han escrito reflejan a la perfección esa mentalidad. Pensemos por ejemplo en las memorias y recuerdos de Pierre Joseph Proudhon, Gustave Lefrançais, James Guillaume, Anselmo Lorenzo, Nestor Makhno, Emma Goldman, Victor Serge, Manuel Pérez, José Peirats, etc., retratos valiosos de vidas rebeldes al servicio de la causa obrera.

La sociedad proletaria estaba en conflicto permanente con la sociedad burguesa, por lo que la experiencia de las luchas pasadas contaba mucho, y por consiguiente, quienes las habían protagonizado tenían en ella un peso considerable. Era una sociedad de estatus. El futuro de la clase se asentaba en la memoria de los combates del pasado y también en la de quienes se habían destacado en ellos, que eran populares y gozaban de gran autoridad moral. Puesta por escrito constituía la cultura obrera, una cultura de resistencia típicamente histórica, es decir, que encontraba su sentido y su ser en la historia, puesto que llevaba en sus entrañas la victoria final, pero también una cultura tradicional, asentada en unos valores colectivos bien arraigados, resistentes al paso del tiempo. Los hijos repetían a sus padres hasta en el vestido, sucediéndolos en un escenario social estable. Paradójicamente, su sentido y su ser también dependían de la costumbre invariable propia de la clase. La historia de los trabajadores, que es la historia de sus luchas, a pesar de ser la historia de un colectivo, tenía nombres y apellidos. Estos correspondían a personas que encarnaban la conducta y los valores que mejor podían representar a la clase, por lo que los trazos individuales no eran relevantes y se diluían con el tiempo. Tales fueron por ejemplo, en el estado español, Salvador Seguí, Francisco Maroto y Buenaventura Durruti, las tres últimas figuras míticas del proletariado ibérico (míticas no en el sentido soreliano). En ellas se reafirmaba la identidad

obrera y se protegía del efecto corrosivo del devenir histórico determinado por el capitalismo.

El movimiento proletario y campesino español de influencia anarquista hizo mayor hincapié en el aspecto consuetudinario, puesto que no se oponía a un capitalismo desarrollado, sino a la existencia misma del capitalismo, todavía en pañales. La fe en el progreso no le afectó más que superficialmente, en forma de optimismo cientista, influencia burguesa de la que no supo librarse bien. Franz Borkenau señalaba en su libro *El Reñidero Español*, escrito durante la Guerra Civil Española, que "lo que choca en la conciencia del movimiento obrero y campesino español no es la idea de un capitalismo que se perpetuaría indefinidamente, sino la aparición misma de ese capitalismo. Tal es para mí la clave de la posición privilegiada del anarquismo en España". Las ideas de beneficio privado, cantidad, éxito, mecanización, utilitarismo, etc., propias de una civilización industrial, apenas habían penetrado en un medio autogobernado por principios como la solidaridad, la fraternidad, la amistad y la formación.

En las fases más avanzadas del capitalismo –aquellas en las que las derrotas seguidas de cambios incesantes, profundos, en su mayor parte tecnológicos, dinamitaron la sociedad obrera, integrándola en el mundo de la mercancía– el presente proletario rompe con su pasado, se separa, deja de identificarse con él. Con la familia obrera reducida a su mínima expresión nuclear, sentada ante la pantalla del televisor, el trabajador subsiste en tanto que individualidad consumidora, no como miembro del colectivo proletario. No extrae la norma del pasado, usurpado éste por burócratas sindicalistas y políticos, sino de la actualidad transmitida por la televisión, reproduciendo el proceder errático y consumista de sus modelos coetáneos de clase media, fieles a las consignas del espectáculo. La cultura obrera ha quedado disuelta en una cultura homogeneizada interclasista hecha a medida del capitalismo. Se ha producido un verdadero

genocidio cultural, una erradicación de valores proletarios. La ruptura generacional tiene especiales consecuencias en una clase trabajadora en declive, ya que ésta acaba desconfigurada, vaciada, hecha un fantasma de sí misma. Es incapaz de resistir el menor embate, y aún menos, de asimilar los cambios sin salir perjudicada. Es clase en la superficie, pero su interior está desestructurado, licuado, colonizado. Sucede que los viejos proletarios no pueden trasmitir conocimientos y valores con los que afrontar la nueva situación en constante transformación, máxime si se dejaron llevar por el menor de los males y depositaron sus intereses en manos espurias. Su estilo de vida familiar, frugal, peatonal, austero y moralista, no es válido en un mundo de consumidores, utilitario, ansioso, entretenido, completamente motorizado, mercantilizado y masificado. Las reglas de la penuria no son las mismas que las de la abundancia de mercancías y espectáculos: lo que sirve contra el hambre, no sirve contra el hastío. Una cultura de clase compite en clara inferioridad de condiciones no contra una cultura burguesa, sino contra una industria cultural y una teatralización sindical y política omnipresentes. Así pues, la cultura obrera muere con la institucionalización de sus organizaciones y la generalización de la cultura de masas.

El pasado se extingue con el desvanecimiento de toda una generación de vencidos, porque los viejos obreros no pueden ofrecer modelos prácticos de comportamiento; hay que confeccionarlos partiendo de una realidad diferente, extremadamente móvil, sin anclajes. Las condiciones de los jóvenes asalariados de hoy son radicalmente distintas a las de las anteriores generaciones. Quienes educan a los hijos de los obreros son las instituciones públicas, no los padres, y aquellas transmiten otro tipo de reglas desligado de la experiencia pasada y en consonancia con las necesidades reproductivas del capital determinadas por las nuevas tecnologías. La desconexión con el pasado empuja a buscar referencias de conducta en

un presente colonizado por la mercancía y en condiciones de extremo aislamiento. El obrero jubilado es un extraño para el joven currante, y ambos no se toman en serio o incluso se miran mutuamente con desconfianza. El viejo no cuenta toda la verdad, lo que, en ausencia real de comunidad, exacerba todavía más la ruptura generacional, la pérdida de la memoria y, en consecuencia, la pérdida de identidad. Sin memoria ni pasado, no subsiste la conciencia de clase. El conflicto entre generaciones, el choque de mentalidades, impide un resurgir. La reafirmación abstracta y voluntarista de los viejos conceptos de la cultura obrera ya convertidos en tópicos, no resuelve la cuestión, sino que la ridiculiza.

Una característica típica de los movimientos sociales actuales es la escasa presencia de adultos y, por contra, la abundancia de adolescentes. Sería el ejemplo más palmario de la desvinculación con las luchas sociales anteriores, incluso con las relativamente recientes, pero también ejemplifican la tremenda sumisión y escepticismo de la gente entrada en años. Son guetos tolerados que suelen mantenerse dentro de los límites que les han sido asignados. Lo propio de estos movimientos es que partan de cero y que sucumban ante las burdas maniobras de siempre, puesto que por naturaleza carecen de experiencia y conocimientos históricos para verlas venir. Están vencidos de antemano, es más, a menudo su potencial de protesta es derivado directamente hacia la conservación renovada del sistema dominante, puesto que cuando abandonan su espacio característico y salen a la luz pública es para adoptar el punto de vista de la mayoría bovina y reproducir casi automáticamente sus valores, con tal de que modernicen su exterior. Las transformaciones sociales regresivas tienen su reflejo cultural, y las enseñanzas que extrae la juventud contestataria son fruto de la inmediatez y no van más allá del día a día. En su mayoría, no leen ni se informan. Ni aprenden, ni se quitan de encima la educación recibida: actúan sin pensar. En la etapa más tardía del capitalismo la cultura de

masas se ha vuelto tan inestable que ni siquiera el presente es capaz de ofrecer modelos de conducta pasablemente duraderos. Las mudanzas se han acelerado tanto que la ruptura acontece dentro de una misma generación. El joven de hoy envejece en pocos años, el tiempo que tardan en cambiar sus convicciones. Sus historias pierden interés a pasos agigantados, al ritmo de las modas. Diez años son un abismo. Pasado, presente y futuro se concentran en un sólo instante. A partir de ahí no es que la experiencia sea intransmisible, es que no hay experiencia. Ni ruptura propiamente dicha (todas las generaciones son una), ni tampoco futuro, sólo objetivos a corto plazo. Así pues, la conducta se hace conformista y la política institucional, puesta de patitas en la calle, entra por la ventana. En este mundo no cabe más utopía que la capitalista.

La sociedad de consumo ha creado un entorno cada vez más extraño y hostil para las viejas generaciones; sin embargo, para las nuevas es el suyo y se sienten cómodas en él. Se parecen más a su época que a sus padres. No es que las generaciones predecesoras ya no sirvan de guías, es que, al ser el pasado incomunicable, no hay posibilidad de guía. No solamente las distintas generaciones siguen códigos diferentes y hablan lenguajes literalmente distintos, sino que así lo hacen los estratos de una misma generación. Los recién venidos no saben más que los demás, pero lo que aquellos saben no les interesa, porque ese saber no da la respuesta esperada a sus escasísimas preguntas. La experiencia no sirve, puesto que se ha forjado en circunstancias muy diferentes, antes del reinado absoluto de la mercancía y el establecimiento completo de su normativa cultural. Y entonces ¿para qué la memoria? Pero esto tiene consecuencias: la desmemoria implica la desaparición del concepto de verdad. Al desligarse de la historia lo verdadero se relativiza; no está fundamentado en ninguna causa sólida ni determinado férreamente por una necesidad histórica, sino que depende exclusivamente de una opinión contingente, arbitraria

y variable, deudora de las condiciones inmediatas del individuo que la expresa. Fin de las ideologías que legitimaban las grandes causas colectivas y dominio absoluto del individualismo pragmático, de la vida privada y del compromiso efímero. Y paradójicamente, reunificación generacional en el aislamiento neurótico y la ignorancia satisfecha. Los jóvenes son viejos sin quererlo; los viejos son impelidos a comportarse como jóvenes. Curiosamente, se produce una inversión de perspectiva: los jóvenes sirven de modelo a los adultos, menos duchos en los cambios. Esta situación no tiene parangón con ninguna otra; es enteramente nueva. Algunos la han llamado "modernidad líquida" y otros, "posmodernidad". En un contexto posmoderno el pensamiento no ata, más bien se amontona en los bordes del camino vital asfaltado por la tecnología. Acompaña como decorado, no explica nada, es autorreferencial y por encima de todo, no influye. Más que líquida, la reflexión se vuelve gaseosa, como la realidad tremendamente fluida a la que se acopla. Su función no radica en su poder de captación de la época, en su capacidad de verdad, sino más bien en el poder de hacer ambas ininteligibles.

La eternización del presente no sólo desvaloriza la lucha pasada, sino que conlleva la volatilidad de los grupos sociales, fácilmente reducibles a montones de individuos agregados, cuyo único nexo es la imagen. Otro tanto ocurre con el sentimiento comunitario, sustituido por un enjambre de identidades desesperadas, verdaderamente patológicas en grado diverso, incapaces de contrarrestar de otra forma la sensación general de desarraigo. Sin embargo, el sistema no supera sus contradicciones más que para sumergirse en otras mayores. Con la supresión de la memoria y la enajenación del yo, la sociedad no sale más reforzada, sino que se vuelve cada vez más impredecible. El conflicto no cesa de producirse, posibilitando incluso la creación de comunidades de lucha, todavía frágiles, pero puede que en algún momento crítico, forzadas por la

necesidad de supervivencia, sean capaces de encontrarse con la historia y de forjar un proyecto de sociedad radicalmente igualitaria y justa. No se tratará ni de volver al pasado, ni de recrearlo, sino de restablecer el contacto con él y aprender. No es pues una vuelta nostálgica hacia tradiciones perdidas, sino un impulso hacia la formación de una tradición nueva de lucha –una nueva cultura– mediante una reapropiación no doctrinaria del pasado y una resistencia al cambio enloquecido del desarrollo económico. En ese sentido los libros como el que presentamos pueden resultar instructivos puesto que contribuyen a dicha cultura. Si así sucede "Los Amigos de Durruti" podrán tener por fin herederos.

21. La fase crepuscular[1]

Si consideráis al mundo racionalmente, él también os considerará racionalmente, esto es una determinación recíproca
Hegel, *La Razón en la Historia*

En una época abierta a todas las posibilidades de cambio radical como la de los años sesenta y setenta del siglo pasado, la mayor preocupación de sus partidarios giraba en torno a las formas de su realización total. En multitud de países había llegado la hora de la acción revolucionaria y había que superar con actos subversivos las contradicciones que empujaban la vieja sociedad de clases a desaparecer. Típicos títulos salidos de la pluma de Jaime Semprun durante esos años: "La Guerra social en Portugal", "Manuscrito encontrado en Vitoria", "Consideraciones sobre el estado actual de Polonia". Era el momento de la lucha, del movimiento inteligente de las fuerzas sociales desplegadas y, por consiguiente, de la táctica y de la estrategia. Se pasaba de la teoría a la acción; de las armas de la crítica a la crítica de las armas. Los escritos que mejor se corresponden con el periodo son los de agitación y análisis panorámico, los que estudian la evolución de la coyuntura y calculan su potencial. La verdad, largo tiempo atrapada en la carcasa de lo viejo, pugnaba por salir a la luz y mostrarse con toda su amplitud y su esplendor, objetiva y subjetivamente. Se daba por supuesto que la verdad existía y que era revolucionaria. De pronto, todo se simplificaba y aclaraba. Los opuestos se

1 Para la presentación de *El abismo se repuebla*, de Jaime Semprun, en la Feria del Libro Anarquista de Gijón, 8 septiembre 2017.

reconciliaban dialécticamente, mientras que la fragmentación y el particularismo típicos de la época moribunda cedían ante la unificación y la universalidad de la etapa iconoclasta. Pero, ¿qué sucedió en los ochenta, cuando las fuerzas liberadas por la crisis social no lograron superar el profundo desgarro provocado por las contradicciones no resueltas?

O bien el sujeto revolucionario no fue lo bastante poderoso y fue derrotado, o bien retrocedió ante la inmensidad de sus tareas hasta desvanecerse. No hubo un nuevo amanecer al que saludar. La revolución dejó de estar a la orden del día. Incluso se la acusó de traer consigo el totalitarismo y, por consiguiente, de indeseable. El poder unificador del ciclo revolucionario desapareció y los términos de la contradicción se hicieron independientes unos de otros. Por un lado la economía, el Estado, la civilización, el campo, la clase dominante; por el otro, la sociedad, el individuo, la naturaleza, la urbe, las masas dominadas. Los vínculos que los conectaban se rompieron. La subjetividad y la objetividad, el ser y la nada, el cuerpo y el alma, los medios y los fines, la afirmación y la negación, se separaron abruptamente. Fin de la totalidad feliz de la revuelta y de la armonía colectiva de sus protagonistas. La recuperación, trabajando para la industria de la memoria, permitió mercantilizar sus fragmentos. Repercutió en la filosofía, el arte, la cultura, la crítica social, la literatura y la política, dando lugar a un sinfín de sucedáneos. "El compendio de recuperación" es un texto de combate contra ella. Se acabaron las utopías, los ideales, y en fin, la modernidad sólida. Triunfaron el individualismo masificado y el encierro amueblado en la vida privada. La libertad se convirtió en libertad de consumir y la sumisión a los imperativos del consumo se volvió algo habitual y cotidiano. El proyecto de comunidad universal devino yuxtaposición de átomos deshumanizados. La cultura popular se redujo drásticamente a lo utilitario. El lenguaje se empobreció, poblándose de neologismos técnicos y posestructuralistas. La realidad resultaba entonces ininteligible

y se envolvía en un cúmulo de representaciones, todas ellas incompletas y arbitrarias y, por lo tanto, quiméricas y falsas. Las fantasmagorías que la sustituyeron desde entonces no han hecho más que oscurecer las mentes y volver los seres humanos ajenos a la vida real, ya que no alcanzan a entender su racionalidad, pues su mirada no atraviesa la superficie de las cosas, no va más allá de lo contingente y se queda en las apariencias exteriores, en el espectáculo.

La transformación del mundo según pautas libertarias fue abortada finalmente en los ochenta, quedando los revolucionarios forzados a un repliegue sobre sí mismos del que sólo los más conspicuos intentaron salir mediante la reflexión crítica. El pájaro de Minerva emprende el vuelo a la medianoche. La elaboración teórica nace pues de la constatación de un fracaso, el de la revolución social, al que no se consideró definitivo. Las perspectivas de cambio revolucionario se alejaban, pero la victoria de la dominación no había resuelto ninguna de las contradicciones esenciales; más bien las había agudizado. Las crisis eran por lo tanto inevitables. El movimiento antinuclear, la juventud de Tienanmen, el pueblo de Soweto, la *Solidarnosc* de los obreros polacos y la caída del muro de Berlín, por ejemplo, eran señales de un futuro saludable. El pensamiento crítico no pretendía más que tender puentes entre las revueltas pasadas y las futuras. Su tarea era pasajera: intentaba actualizar la condena universal del actual estado de cosas para salir de un laberinto cuyas vueltas se iban alargando demasiado. La teoría era la herramienta con la que el crítico no sólo intentaba explicar la época con el fin de sobrevivir a la miseria moral y al vacío que la caracterizaban, sino con la que aspiraba a reunir de nuevo las fuerzas latentes de la negación, aquellas que continuaban haciendo de la insatisfacción su causa. Es el objeto, por ejemplo, de libros como *La nuclearización del mundo* y de la revista *Enciclopedia de la Nocividad*. Así pues, la teorización no significó en modo alguno pasividad o retiro: la puerta siempre estuvo abierta

para la acción por mínima que fuera la ocasión de practicarse. Teoría y práctica no se opusieron sino para fusionarse en una totalidad reconstruida, pero tal fusión no sucedió y hoy por hoy aún está lejos de concretarse. No se andaba desencaminado, pero se pecó de optimismo, se confió demasiado en el poder disolvente de la verdad y se valoró en exceso la negatividad de los conflictos: por un lado, la verdad se relativizaba y dejaba de tener efecto alguno en un mundo dominado por la falsedad; por el otro, la negación era incapaz de devenir pasión creadora. La crisis había alcanzado también al movimiento obrero y a sus ideales de emancipación. La sociedad capitalista sobrevivió y supo prevenirse contra los escándalos y las revoluciones volviendo superflua, gracias a las nuevas tecnologías, a una parte de la población obrera, la fuerza productiva central. No es que cada vez más trabajadores potenciales rechazaran ingresar en el mercado del trabajo, sino que dicho mercado rechazaba a un número creciente de trabajadores. La presión del paro y el temor a la exclusión causaron tantos estragos como la propaganda consumista, por lo que, ni una conciencia universal ni menos una voluntad popular pudieron cuajar, o dicho de otra manera, el sujeto revolucionario, las fuerzas de la negación y la afirmación, la nueva comunidad combatiente de individuos deseosos de organizar libremente su vida, no consiguió formarse. Las reglas de la mercancía y la ideología del progreso siguieron determinando las relaciones sociales tanto en la vida cotidiana, cada vez más colonizada, como en la vida pública, cada vez más profesionalizada. Al globalizarse el capitalismo y expandirse las nuevas técnicas de comunicación, el espectáculo penetró tan profundamente en el imaginario social que llegó a sustituir completamente la realidad. De resultas, la irracionalidad contaminó cualquier razonamiento. Y sin pensamiento racional no hay sujeto real.

El ser humano solamente puede realizarse en una sociedad libre, pero en la sociedad contemporánea la libertad se ofrece

únicamente como espectáculo, el no-lugar de la resolución ficticia de las contradicciones sociales. Espectáculo también de la política, de la vida social, de la cultura y de la revolución si cabe. Espectáculo de la autorrealización, cada vez menos creíble, puesto que el grado de frustración ya es demasiado elevado para contrarrestarse con simulacros. Ante ello las seudomovidas "de izquierda" se emplean a fondo. Las ideologías izquierdistas son al espectáculo lo que el pensamiento crítico es a la revuelta. Constituyen el primer peldaño hacia la sumisión espectacular. Cumplen la función consoladora en otro tiempo encomendada primero a la religión y luego al consumo: hacer soportable la miseria personal y la sensación de fracaso. El izquierdismo actual intenta adoctrinar a los sectores desclasados, principalmente juveniles, para movilizarlos en nombre de abstracciones como por ejemplo la clase obrera, el pueblo o la ciudadanía. No lo hace en pro de una sociedad en libertad, sin Mercado ni Estado, sino en pos de una renovación de la economía neoliberal que incluya mejoras del deteriorado estatus social de dichos sectores. A eso llaman "transición al postcapitalismo". A pesar de la destrucción del medio obrero, de la proliferación de funcionarios y empleados, y de la automatización de la industria, una minoría vanguardista sigue asignando un papel redentor al proletariado industrial. Apenas cuentan en sus análisis el desclasamiento y la alienación, fáciles de comprobar en la generalización entre los asalariados de una mentalidad idéntica a la de la clase media. En un mundo sin sentido, cuando más absurdas sean las teorías mejor calado tienen. Sin embargo, la mayoría de izquierdistas si que han adaptado sus estrategias a la presencia estabilizadora de esa masa asalariada filistea a la que llaman "ciudadanía". La "ciudadanía" surgió como el sujeto imaginario del moderno cambio político, ocupando en el terreno institucional la centralidad que la clase obrera dejó vacante al perder su identidad y su ser. Ella se confirma por el hecho de votar, no por el de pensar y actuar. El principio

regulador de su ser es el derecho al voto, no el derecho a la rebelión. En tanto que nueva clase universal no fundamenta su existencia en el escándalo de la desigualdad, la alienación y la opresión; más bien se apoya en su capacidad electoral y en el poder del Estado. Se comporta pues más como un grupo de presión que como una clase. Accede a la realidad gracias a las urnas, no a las protestas.

No se suele dar mucha importancia a la novedad clave de la civilización industrial posmoderna, a saber, la expulsión a los márgenes de la sociedad, sin medios materiales suficientes, de ingentes masas abandonadas a la degradación psicológica y a la miseria. En efecto, actualmente más de mil millones de pobres viven en las periferias metropolitanas del mundo. Hoy en día, sólo las víctimas inmediatas de la economía –los campesinos expulsados del campo, los excluidos del mercado laboral, los trabajadores temporales y precarios, los parados y marginados, los endeudados y desahuciados, los indocumentados y los sin techo, los refugiados y los desplazados, etc.– son susceptibles de reaccionar violentamente contra su situación material y espiritual inhumana, pero no están en condiciones de inventar actividades libres que les encaminen hacia una superación revolucionaria de su situación. La clase dirigente bien que lo sabe, puesto que, aunque no tema en absoluto que ese subproletariado se convierta en el "ejército de reserva" de una revolución inexistente y que casi nadie desea, aprovecha su violencia para legitimar la transformación del Estado "del bienestar" en un Estado penal, merced a un endurecimiento punitivo, una legislación restrictiva y una policía con amplios poderes y alto grado de impunidad. En definitiva, las auténticas capas desfavorecidas han dejado de desempeñar función alguna en las ideologías salvacionistas de la posmodernidad. La idea de concederles una "renta básica" o de embarcarlas en proyectos "cooperativos" subvencionados con el fin de reintegrarlas en el consumo, es de origen neoliberal. Los izquierdistas hace tiempo

que se consagraron enteramente a las nuevas clases medias bajo amenaza de depauperación, de conducta más previsible y políticamente más rentable. El ciudadanismo representa la ideología del fin de la clase proletaria como referente doctrinal. Pero ¿qué ocurre con los desarraigados de la mundialización, con los habitantes de las zonas abandonadas por la economía, extraños en un mundo hostil y en descomposición, sin esperanza ni futuro?

El resultado del desclasamiento general, fenómeno que discurre en paralelo a la proletarización total, es una persona desubicada, ignorante, sin normas ni valores, indiferente al conocimiento y al saber, frustrada y rencorosa, enemiga de todo y de todos. Ya no estamos en una lucha de clase contra clase, sino en una especie de guerra de todos contra todos. Puede que a primera vista no sea tan evidente, pero a juzgar por el frenesí y la histeria que subyacen en los hechos cotidianos, los individuos parecen artefactos a punto de estallar. Sólo el miedo les retiene, pero no por completo. Los valores de clase –el respeto, la lealtad, la compasión, la generosidad, y, sobre todo, la solidaridad– han dejado de practicarse, de suerte que los motines de la desesperación sustituyen a las huelgas generales, pero sin efecto acumulativo alguno. En la periferia metropolitana, se siguen produciendo levantamientos desde 1981, año de la algarada de Brixton (desde agosto de 1965, si tenemos en cuenta los disturbios raciales de Watts). Los alborotos suburbanos son puramente destructivos, vandálicos; no reivindican ni se coordinan, no emiten consignas ni tienen portavoces, están despolitizados, desorganizados, sin objetivos. Una chispa de indignación los enciende y el cansancio o el aburrimiento los apagan. Revueltas sin conciencia sobradamente motivadas, pero que el Estado puede utilizar e incluso provocar si necesita coartada para reforzar los mecanismos autoritarios. Jaime ha sido el primero en hablar de esa posibilidad bien real de montaje provocador en *El abismo se repuebla*. No faltará quien crea ver

en tales movimientos, por supuesto desde lejos, el retorno del verdadero proletariado, y habrá quien considere positivamente sus monstruosas carencias, pero ello es debido a la fascinación que ejerce la nada, rebautizada como deseo permanente de insurrección, sobre los jóvenes urbanos intelectualizados, insumisos pero incapaces de una rebelión propia. Estos nuevos ideólogos no se inquietan ante la ignorancia y la sinrazón, enaltecen el egoísmo, hacen tabla rasa de la cultura, ignoran la historia y estetizan la violencia, los rasgos típicos no sólo del desplazado suburbial, sino del individuo posmoderno, solipsista, aunque normalmente integrado. Glorifican el enfrentamiento con las fuerzas del orden y los incendios en tanto que estadio supremo de la revuelta. Bueno, no es exactamente la revuelta, sino el espectáculo del caos, la "deconstrucción" total. Leyendo semejantes diatribas se tiene la impresión de que tratan de ocultar la crisis en lugar de explicarla. La retórica sofisticada y apocalíptica, a menudo salpicada con verdades de cajón, citas escogidas y alusiones históricas, no cambia la naturaleza oscura de las visiones tremendistas. Al suprimir con más o menos destreza el pasado, la memoria, la verdad objetiva y el mismo pensar, se suprime la contradicción, la tensión entre posturas antagónicas, el contenido de la vida real y el sentido de la lucha. Todo transcurre en una perspectiva lineal rígida que trata de dar sentido a la proliferación de hechos violentos inconexos, artificialmente encadenados. La nada, como la muerte, es liberadora a su manera. Si la verdad no existe, la realidad tampoco: cualquier especulación está permitida, cuanto más catastrofista mejor. Como dice Nietzsche: "No hay hechos, sólo interpretaciones". Esta clase de razonamiento conviene tanto a la dominación, que es perfectamente legítimo preguntarse si acaso no es fruto de ella. El discurso del poder, léxico aparte, no es esencialmente diferente. Así pues, el discurso de la revuelta no debe de apostar por la negatividad absoluta; esa es una enseñanza aprendida del pasado. Los días felices de la revolución

nunca volverán a menos de que una masa considerable de gente decida vivir de otro modo y se sitúe negativa y positivamente –dialécticamente pues– al margen de lo establecido. Mas ¿es eso lo que pasa?

El capitalismo, en la fase tardía de la globalización, ha suprimido todo vínculo comunitario, cultura autónoma, sociabilidad, práctica colectiva, identidad de grupo, etc., despojando a los individuos de cualquier relación directa y profunda con sus semejantes y con su entorno, enfrentando a los unos con los otros. El *homo posmoderno*, privilegiado o marginado, es un indigente psicológico, un narcisista insensible con una carencia absoluta de empatía; cuando se desvanecen las apariencias y la función termina, ante sí no tiene realmente más que soledad y vacío. La experiencia social más verídica en el mundo tecnológico colonizado por la mercancía es la de la ausencia y la nada. Así es la alienación en la fase crepuscular. La mayoría tratará de huir, bien exigiendo seguridad para sumergirse aún más en una vida privada deplorable, en gran medida virtual y friki, bien recurriendo a identidades artificiosas y a causas ficticias, refugiándose como antaño en las ideologías o en las religiones. Los tiempos son propicios tanto para las evasiones militantes como para la esquizofrenia (hechos ya relacionados por Gabel), tanto para la falsa conciencia como para las reacciones psicopáticas contra una sociedad contemplada como entorno extraño y hostil. Quedan igual de abiertas la posibilidad de encerrarse en un caparazón bien acondicionado y la de arrojarse al precipicio. La OMS calcula que un 3 por ciento de la población mundial sufre psicopatías (Reich diría peste emocional), es decir, 160 millones de personas. Seguramente el porcentaje es mayor, el doble o incluso más. La frustración ha llegado tan lejos, que una considerable minoría rechaza acomodarse a una cotidianidad degradada y securizada y se lanza de cabeza hacia la muerte, llevándose por delante a los primeros que se le cruzan por el camino, figurantes involuntarios de sus hazañas.

El pánico, la angustia y la depresión propician la sumisión incondicional, el *cocooning* y el suicidio silencioso, pero la rabia y el resentimiento desembocan en psicosis, violencia criminal e ideales de exterminio. No es algo exclusivo de una clase o subclase específica: la atracción del abismo es casi lo único de esta civilización en horas bajas que puede considerarse universal. Los frecuentes casos de jóvenes armados de familia pudiente que cuelgan sus cavilaciones patológicas en las redes sociales e incluso graban sus asesinatos en sus *smart phones* momentos antes de suicidarse o ser abatidos, son un buen ejemplo de hasta dónde puede llegar el revanchismo y la angustia existencial de los desequilibrados nihilistas cuando salen de la burbuja de la privacidad. Algo muy trivial y, sin embargo, muy corriente. En las condiciones actuales de enajenación, incluso resulta natural. El tejido social se deshilacha, se acaban los tiempos modernos y se repuebla el "abismo", como dice Jaime Semprun, pero con gente de todas las clases. El extremismo suicida llama la atención al islamizarse, pero no nos engañemos, no es el Corán lo que alienta a los yihadistas de los guetos europeos, sino el desarraigo, el delirio, la sensación de poder y el fetichismo de las armas. Hechos similares vienen sucediéndose desde mucho antes. El mismo desprecio de la vida y el mismo culto a la muerte subyacen en la conducta del copiloto de Germanwings o del ultraderechista noruego responsable de la matanza en la isla de Utøya, en la de los autores de la masacre del instituto Colombine (imitados en más de setenta ocasiones), o en los sicarios y las maras latinas.

La población bajo el capitalismo global ha perdido el rumbo y no dispone de líneas claras de conducta con las que orientarse: los modelos de la clase media satisfacen cada día menos. Las condiciones dominantes son pasablemente psicopáticas: bajo el complejo de Narciso, el enemigo siempre son los otros. No son pues los voluntarios *lumpen* del Estado Islámico un caso extremo de fundamentalismo mortífero que responsabiliza

a todos los “infieles” de la opresión de un supuesto pueblo musulmán (otra abstracción), sino una de tantas apariciones de esa aberración tan laica típica de un capitalismo globalizado: el nihilismo. El Islam no tiene nada que ver, en cambio, internet sí. La cosa juega ya un rol demasiado importante para ser soslayado y ya podemos encontrar –por ejemplo, en Olivier Roy– estudios muy afinados. La crisis de la cultura ha sido el resultado de la eliminación completa de la subjetividad (del yo freudiano), los valores, la comunicación directa y la vida interior (eso que Derrida llama “metafísica”), consecuencia del dominio absoluto de la economía y de la apropiación unilateral del conocimiento científico y técnico por parte de sus ejecutivos. Paradójicamente, el progresismo de los dirigentes y el cientismo de los expertos han precipitado a la humanidad en la fosa del irracionalismo, acontecimiento celebrado como un triunfo filosófico por todos los pensadores posmodernos. Pero lo irracional no es real, el saber instrumental no es cultura y la ciencia no es la única forma de aprehensión de la realidad. Por otra parte, el progreso material termina acarreando fuertes retrocesos éticos. Ni el objetivismo tecnocientífico, ni la razón económica, determinan una manera humana de vivir, sino una supervivencia mecanizada. Cuando los saberes han sido desplazados de la vida real, o sea, de la cultura propiamente dicha –cuando el ser humano universal ha sido liquidado en provecho del individuo aislado, interseccionado y robotizado– nada tiene valor y todo da igual. El nihilismo impregna el modo de vida inhumano de los nuevos tiempos. Otros apuntarán a la sinrazón o la barbarie. Estamos no solamente inmersos en una crisis social global, sino en una crisis de la civilización, tanto en sus formas occidentales, como en las orientales. No hay choque entre culturas, hay disolución generalizada de todas ellas. En su punto culminante, la globalización, se han creado tales alteraciones en la vida cotidiana, tales desarreglos en las mentes de las personas, que la eticidad reguladora y moderadora de

los comportamientos sociales ha desaparecido por doquier, de norte a sur y de oriente a occidente, convirtiéndose la sociedad global en una fábrica planetaria de perturbados, muchos de ellos fuera de control y con cargos dirigentes. Recordemos a propósito de esto último que, desde el acceso al poder de los militares argentinos y chilenos y la irrupción del narcotráfico a gran escala, la tortura, el asesinato y la desaparición se han convertido en una forma nada excepcional de gobierno.

La mundialización capitalista es el principal enemigo de sí misma. No teme ni a los conflictos ni a las crisis, siempre inevitables puesto que sus causas se multiplican, sino al carácter incontrolable del mal que ella misma fomenta (guerras incluidas), porque provoca fisuras en sus rangos y debilita sus fundamentos; por eso el catastrofismo está presente en su propaganda. La administración del desastre parte en busca de argumentos con que explicar sus malos resultados y justificar sus funestas decisiones. Y mira por dónde, al cubrirse una porción del nihilismo con el velo islámico, proporciona ésta el pretexto ideal para la construcción de un Estado mundial securitario, el instrumento con el que los dirigentes de este mundo absurdo tratan de evitar su hundimiento, aunque fuera al precio de sacrificar literalmente un amplio número de gobernados. Los cuerpos de seguridad ya encabezan los cortejos de manifestantes protestando contra el terrorismo. El control social generalizado y la aplicación del "derecho penal del enemigo" se justifican de manera mucho más convincente con la proliferación de yihadistas espontáneos y solitarios –"terroristas"– que con el alarmismo de la descomposición social, basado hasta ahora en la delincuencia, el tráfico de estupefacientes, la inmigración refractaria y los idealistas antisistema. Los "enemigos" son fundamentales para la estabilidad de una sociedad globalizada abierta a catástrofes imprevisibles. No obstante, repetimos, los verdaderos enemigos de la humanidad, los nihilistas de elite, irresponsables y dementes, ocupan ahora los puestos de

mayor relevancia. Por desgracia, la insurrección queda todavía lejos; las escaramuzas anticapitalistas son demasiado débiles y minoritarias, cuentan con apoyos escasos y con no poco rechazo en la población mayormente conformista y temerosa. Encima, arrastran el peso muerto del reformismo ciudadanista y de las fórmulas convivenciales ilusorias estilo redes de consumo "responsable", bancos de "tiempo" y monedas "sociales". Como con el caos, hay que ser cruel con su valoración superlativa, que no obedece más que al autoengaño, al *bluff* activista y a la demagogia del ciudadanismo experimental. La mayoría de los que se embarcan en tales proyectos sienten pánico ante los males a los que arrastraría el derrumbe del edificio social, o a la represión que podría desencadenar una acción demasiado radical, por lo que prefieren cerrar los ojos a lo evidente: el hecho de que ningún territorio significativo puede funcionar al margen de la norma capitalista y competir con el "sistema" sin que éste dé buena cuenta de él. A pesar de todo, por más victorias parciales que el sistema se apunte en su haber, por más pavor que inspire en la masa ciudadana su ruina, el capitalismo encierra contradicciones colosales que le condenan sin remisión. La carrera frenética a favor del crecimiento económico ha descoyuntado irreversiblemente la sociedad, ha mundializado la corrupción, ha desencadenado guerras y engendrado dictaduras, y sin lugar a dudas acabará destruyendo el planeta. Los revolucionarios de los sesenta y setenta subestimaron la capacidad de supervivencia del régimen capitalista, pero no se equivocaron en el diagnóstico. El que las minorías críticas no consigan hacerse oír por el momento, no impide que el grado de insatisfacción progrese y que la protesta lúcida pueda reaparecer y extenderse si una idea de vivir de otra manera –una cristalización de la conciencia histórica– logra prender en una masa de población numerosa donde estén bien representados los excluidos. El desabastecimiento y el hambre contribuyen a ello, pero no es lo determinante. Naturalmente, la

supervivencia es lo primero, pero la imposibilidad de satisfacer las mínimas necesidades morales que sostienen el espíritu comunitario es el elemento de revuelta principal. Así sucedió en las revoluciones proletarias del pasado y así puede volver a suceder en las luchas en defensa del territorio, las únicas realmente llenas de contenido vital y con capacidad idealista. La reconstrucción de lazos comunitarios y la vuelta de la razón queda en el horizonte de la posibilidad, sin garantías, puesto que no se dispone de medios suficientes de autodefensa. Los resignados son por ahora mayoría y los arribistas, depredadores y enfermos mentales, numerosos, pero no cabe la menor duda de que la sociedad estatizada de mercado está destinada al desguace. Eso es lo único que realmente puede darse por seguro. Desde luego, esto no significa el triunfo automático de la causa libertaria, puede que incluso signifique lo contrario, que gane el Estado o que gane la barbarie nihilista, pero tampoco la libertad victoriosa es descartable. Todavía queda mucha tela que cortar. La historia nunca se detiene y a un periodo de sombras puede suceder una época de luz.

22. La liebre y el gato[1]

Hoy en día, cuando el capitalismo ha vuelto obsoleta a la mayor parte de la población planetaria y su aparato militar la puede borrar del mapa cuando quiera, es más revolucionario saber fabricar pan que saber manejar un arma. Para defenderse de la catástrofe hay que sobrevivir, por lo que las experiencias autogestionarias dentro del sistema, sea cual sea su resultado, tienen una relevancia estratégica y propagandística que jamás antes habían tenido. Nada me resultaría más grato que contribuir con conocimientos históricos a un programa de emancipación social apoyado en tales experimentos, reflejo de una voluntad de vida sin condicionantes y un admirable amor por la libertad. Sin embargo, la mayoría de las veces los medios empleados en los proyectos no parecen estar en consonancia con los fines que se suelen proclamar. Hay un desfase entre unos y otros que indica un grado de desconexión preocupante con la realidad, al que un lenguaje posmoderno no hace sino resaltar. Habría que liarse a correazos cada vez que sonaran palabrotas como "empoderamiento", "ciudadanía", "caja de herramientas", "dialogicidad", "deconstrucción" o "poscapitalismo". La ideología seudoautogestionista usa su propia jerga para dirigir la voluntad de vivir de otra manera hacia la resignación. La facilidad con que la falsa conciencia

[1] Charla en las Jornadas de Crítica Social en La Querida, Rodasviejas, Salamanca, 27 mayo 2017.

parasita y limita el horizonte de los ensayos de autonomía me obliga a apartarme de mis intenciones iniciales, pues alguien tiene que avisar del peligro que comporta una interpretación estúpidamente entusiasta y glorificadora de hechos aislados sin tener en cuenta el conflicto social y político en el que éstos ha de insertarse. El gueto autocomplaciente no es la utopía. El gato no es la liebre.

Bakunin confesaba ser un amante de la verdad y un enemigo declarado de los fetiches ideológicos como la patria, la clase, la política, el Estado o el socialismo "científico". Hoy, ese amor y ese odio serían un buen comienzo, cuando el orden reina sin réplica y la pasión irrefrenable por la confusión y el autoengaño dominan por doquier. Estamos en una sociedad de consumo, masificada, digitalizada y globalizada. Es una sociedad del espectáculo, dentro de una realidad invertida, fruto de la separación insalvable entre las masas dirigidas, confinadas en su vida privada o en un activismo inocuo, y las minorías dirigentes, instaladas en los aparatos del poder. Las masas, acostumbradas a un modo de vida artificial tutelado y horrorizadas ante la amenaza de exclusión, están más que dispuestas a someterse, a creer verdaderos todos los espejismos y a conformarse con cualquier sucedáneo. La esclavitud, bajo las apariencias de la libertad, es más llevadera. El sistema dominante se ha sofisticado con el desarrollo tecnológico y se puede permitir unas reglas del juego flexibles, claro está, siempre que sus intereses no resulten lesionados. Incluso, si todo va bien, es capaz de tolerar la presencia de zonas relativamente autónomas en lugares discretos donde las ideas de liberación puedan materializarse, eso sí, sin rebasar determinados límites que los propios implicados no dudarán en autoimponerse. Lo peor no es que vivamos en una sociedad de masas alienadas, sino que esa sociedad no tenga frente a ella una alternativa real convincente para la mayoría. Signo inequívoco de que la dominación ha penetrado hasta el fondo de las conciencias, y de que su triunfo no sólo es

aplaudido por la clase dominante, sino por la "ciudadanía" o como antes se decía, "la sociedad civil", es decir, por la multitud pasiva de votantes sujeta al Estado.

No obstante, el éxito de la dominación nunca es absoluto. Pero aunque no pueda disimular las crisis que su desarrollismo desbocado no cesa de producir, el sistema de la clase dominante puede paliar sus efectos alimentando una protesta amañada, pacifista e institucional por supuesto, que encauce con mano izquierda cualquier clase de malestar. La dominación, a pesar del estado de descomposición en el que se encuentra, tiene una ventaja estratégica importante: enfrente, las fuerzas son menguadas y el terreno que pisan se ha vuelto estéril para las ideas. Ha conseguido que sus contradicciones no se traduzcan en conciencia antagonista, y que muchísimos la consideren parte de la solución. Un montón de intelectuales y activistas trabajan gratis y a destajo en pro de una domesticación alternativa, un alterconformismo, con el objeto de que jamás cristalice en los conflictos una crítica coherente de la dominación que, revelando su verdad, ayude a conformar un sujeto revolucionario. No lo hacen por maldad, sino por vocación de servir. La batalla contra los ideólogos y sus expectativas adormecedoras tendría que ser forzosamente la primera en librarse. A pesar de todo, no se puede hacer gran cosa cuando la servidumbre voluntaria es la norma; a lo sumo, propaganda de las ideas, bien a través de medios de comunicación paralelos, bien por el ejemplo de realizaciones parciales, y por desgracia, ese también es el terreno de los recuperadores. Hay que situar correctamente el momento y explicarlo en términos de lucha social en el tiempo, o sea en la historia. Hay que separar el grano de una experiencia constructiva, de una movilización o de un sabotaje, de la paja de un discurso mistificador, de un informe técnico o de un trámite jurídico. Igual que cuando las abejas acuden el panal, apenas la protesta despunta enfrentándose a los hechos, la monserga capituladora se apresta a confeccionar

proyectos de supervivencia, recoger firmas, suplicar entrevistas con las autoridades y pedir subvenciones. En el lenguaje de la obediencia disfrazada, la genuflexión diplomática es el punto culminante de la lucha y el empantanamiento procesal es la victoria. Nunca se hablará más de soberanía popular, de autonomía, de autogestión, de contrapoder, de utopía, etc., que cuando la realidad sea precisamente la opuesta.

El mundo esclavo de la mercancía es mayoritariamente urbano, en guerra con su entorno y sus pobladores. Así lo atestigua la urbanización desbocada, la motorización general, la industria agroalimentaria, la contaminación, el cambio climático, la desigualdad creciente y las guerras por los recursos que se acaban. Un mundo libre ha de ser exactamente lo contrario, eminentemente rural, aunque no hostil a la ciudad autogobernable, reducida a dimensiones humanas. Ese mundo nuevo nacerá de la guerra contra el viejo. Actualmente, en pleno desequilibrio entre naturaleza y civilización, inmersa la humanidad en una crisis ecológica sin fin, ni el campo ni la metrópolis son espacios donde la libertad pueda ser posible. La libertad la entendemos como producto de la correspondencia directa entre las palabras y los hechos, algo que no puede ser posible sin la abolición previa de todas las instituciones. Lo rural y lo asfaltado no se rigen por otras reglas que las de la economía, ni albergan instituciones que representen otra cosa que su dominio, siempre real y profundo. La misma vida indigna y antinatural se lleva en cualquier parte. Es evidente que la salida del capitalismo será un movimiento revolucionario o no será nada. Movimiento a la vez destructivo y constructivo. Un proceso desurbanizador y desestatizador donde la desproletarización implicará un tipo de asentamiento cualitativamente diferente al del presente, económicamente autogestionado y políticamente autogobernado. Asimismo, tras una lucha dura, con arduos combates, el campo será desindustrializado y colectivizado. Podemos hacernos una idea con rememorar figuras del

pasado: juntas vecinales, concejos, bienes comunales, derecho consuetudinario, campos abiertos, ágora ciudadana, huertos urbanos, barriadas populares, consejos obreros, etc., etc. Sin embargo, no se trata de un retorno, sino de una evocación. La inspiración puede buscarse en épocas precapitalistas o de capitalismo incipiente, pero la poesía debe surgir del presente.

El anarquismo fue un ideario práctico nacido en una época revolucionaria, con una clase obrera dispuesta a cambiar el mundo de arriba abajo y de la circunferencia al centro. Como metáfora genérica podríamos decir que si el pensamiento no huele a pólvora, no es anarquismo. Cada vez que se han dado condiciones revolucionarias, el anarquismo ha sido fructífero. Pero ni la época actual es proclive a las revoluciones, ni son revolucionarias las intenciones de los asalariados modernos. Los trabajadores desclasados por el consumismo no sueñan con sindicatos únicos, comités de fábrica o consejos obreros. Más bien lo contrario; en los países ultracapitalistas la clase media asalariada es quien ha tomado la iniciativa, comunicando su filisteísmo a toda la población explotada. Ni la actividad contestataria, ni la disidencia, escapan a la mentalidad mesocrática –ambivalente, oportunista y precavida– que está presente en todas partes; pretendidos rebeldes se convencen con facilidad de que pueden obtenerse cambios sociales de consideración sin necesidad de combatir, y, por consiguiente, sin correr riesgos. Será suficiente con una serie de mediaciones jurídicas, políticas, sindicales y económicas. Habitualmente, en los medios libertarios, tal manera de pensar y actuar encontró su sitio en el sindicalismo de concertación, pero dada la relevancia cada vez menor de los sindicatos y la conflictividad laboral, ahora se inclina hacia la "economía social", eso que los dirigentes mundiales llaman desde hace tiempo "tercer sector". No es esta una economía ajena al orden establecido; su función consiste en administrar la exclusión y convertirla, si no en un negocio rentable, al menos en un gueto controlado y pacificado. La

fuerza de trabajo que el mercado no necesita puede gestionarse colectivamente sin problemas mediante fórmulas cooperativas legales, financiadas con capitales del primer sector (la empresa, la banca, los particulares) o del segundo (el Estado, los fondos europeos, las administraciones menores). De preferencia, con la mediación de una nueva casta político-funcionarial que orienta y administra la marginación. La pregunta que habría de hacerse es la siguiente: desde la autogestión de la miseria, la única salida para cada vez más gente, ¿podemos lograr una sociedad libre sin jamás enfrentarnos con el orden?

El discurso economicista de la lumpenburguesía posmoderna es ingenuamente triunfalista y embarullado. Abunda la propaganda trompetera del ICEA, SAT, CIC y otras hierbas edulcorantes. Hace malabarismos con la historia, amalgamando de la forma más gratuita realidades descontextualizadas y valorándolas positivamente de la forma más absoluta: las cooperativas de Lanark, las de Mondragón, el banco de crédito proudhoniano, las colectividades de la guerra civil, la autogestión yugoeslava, los piqueteros argentinos, Marinaleda, las cestas de los grupos de consumo, los bancos de tiempo, etc. Son como epifanías particulares de un mismo fenómeno universal, que sucede circularmente en cualquier momento y lugar. La susodicha "narración" cobró fuerzas tras el 15-M modelo Madrid, fecha capital de la ideología ciudadanista y primera respuesta autónoma a la crisis de los jóvenes sin futuro de la clase media. El aspecto antieconómico de cualquier plan revolucionario representado por la gratuidad, el don, el regalo, la fiesta y el potlach, está completamente ausente en la oratoria ciudadanista. Ésta asegura que una nueva sociedad es posible sin necesidad de cambios radicales como la erradicación del turismo, la supresión del dinero o la abolición del mercado, ni de revoluciones violentas. Habiéndose vuelto insoportable la vida en las conurbaciones, basta con la progresiva y pacífica vuelta al campo de individuos, familias y colectivos para que, gracias

a internet y a la aplicación gradual de recetas cooperativistas, conseguir en un plazo razonable una sociedad autogestionada. La revolución ha sido relegada al museo; ya no se trata de destruir el capitalismo, sino de "trascenderlo".

Veremos cómo se efectúa la "trascendencia". De movilizaciones, las menos. Se supone que una economía social es posible en el seno de la otra, la capitalista, y que gracias a sus bondades, la primera, la que interesa al 99 por ciento de la gente, acabará desplazando a la segunda, la del 1 por ciento, que humildemente aceptará su obsolescencia. La ocupación de tierras, a pesar del caso de Fraguas (Guadalajara), un malentendido sin duda, colaboraría con los planes de ordenación territorial que cuentan con el respaldo de la Delegación del Medio Ambiente del gobierno respectivo. La sobreexplotación de acuíferos por culpa del cultivo superintensivo hallaría una solución satisfactoria para el ecosistema y los cultivos tradicionales, aunque este no parece ser el caso del municipio de Tabernas (Almería) y de su río Aguas. El desarrollismo y el decrecentismo convivirían disputándose pacíficamente espacios, como en un tablero del Palé, suponemos que haciendo la vista gorda a las incineradoras urbanas, a las térmicas, a las macrocárceles, a las minas de uranio, a los tendidos de alta tensión, a las autopistas y a las centrales eólicas. La misma lógica gobernaría en la educación, la sanidad, la justicia, los medios de comunicación y la cultura: las prácticas alternativas se codearían con las mercantiles, y como se solía decir, aquí paz y después gloria.

Para los tartufos políticos y economistas de la clase media ciudadana, una sociedad autogestionada, convivencial, frugal y saludable, subsistiría durante un periodo de tiempo más o menos largo dentro de una economía turbocapitalista, competitiva, hiperurbanizada, policial, enferma y consumista, puesto que la transición desde la marginalidad al convivencialismo generalizado no habría de ser para nada rompedora, o dicho con claridad, revolucionaria. Caminamos hacia el "poscapitalismo",

no hacia el comunismo revolucionario. Al miserable euro no le quedaría más remedio que intercambiarse con las monedillas de trueque o los cheques de tiempo. Pero ¿qué pasa con el Estado? El Estado, en manos de la "ciudadanía empoderada", procuraría que la transición discurriera como los partos con epidural, sin dolor. La neutralidad de las instituciones se da tan por sentada como la disposición de las multinacionales a retirarse de la escena. La política no se cuestiona en absoluto. Reivindicaciones como la renta básica, la moratoria de la deuda, los servicios sociales sin recortes y el fomento del trabajo autónomo, dependen del Estado y son pilares básicos de una economía social como dios manda, es decir, como una forma pobre de "estado del bienestar". No sorprende que las simpatías por la política socialkeynesiana tipo Podemos, Mareas, *En comú*, la CUP, *Compromís* o *Bildu*, abunden en el gueto decrecentista y cooperativo. El ciudadanismo político, partidario de una cierta regulación estatal del mercado, es el complemento necesario en la larga marcha al "poscapitalismo", un estadio de gracia trascendente donde los gatos y las liebres son indistinguibles.

Si las especulaciones ideológicas de los ciudadanistas parecen el cuento de la lechera, es debido a que la crisis prolongada del capitalismo ha deteriorado tanto las subjetividades que los fantasmas de la telerrealidad circulan como moneda corriente por el imaginario atrozmente empobrecido de las clases medias. Pero no se puede ser tonto todo el tiempo; incluso para un individuo crédulo y cándido no será complicado darse cuenta de que cooperativas no equivale a autogestión. La forma no es el contenido. Tampoco la contingencia es el concepto: plantar huertos no es lo mismo que soberanía alimentaria. Asambleas no es igual a debate libre, ni desurbanizar significa cambiar de domicilio. No se superan los antagonismos con fórmulas, catecismos o letanías por mucha voluntad que se ponga. En realidad, por encima de los tópicos ¿se está hablando de salir del capitalismo o de ocupar sus márgenes? ¿De repoblar el territorio

o de hacerse un hueco entre las infraestructuras, la propiedad privada y la industria del ocio? ¿De arrebatar espacios al mercado o de sobrevivir en lugares yermos? ¿De suprimir los efectos de la exclusión o de acabar con sus causas? ¿De administrar la catástrofe o de suprimirla? ¿De entrar en el jodido y trascendente poscapitalismo o de instaurar el comunismo libertario?

El retorno al campo y el desmantelamiento de la conurbación son dos aspectos inseparables de la lucha contra el capital y el Estado. Las experiencias de ruralización solamente sirven a la causa de la libertad en tanto que ejemplos de convivencia revolucionaria y defensa del territorio. No son fines en sí mismos. Según cómo se planteen, son una inestimable ayuda para el sistema, puesto que reintroducen en la economía de mercado a sectores desahuciados por éste. Acabar con el capitalismo es otra cosa. Implica una segregación importante de población, un espacio autónomo extenso, una comunidad de lucha numerosa y una voluntad de combate determinada. Y por encima de todo, implica incompatibilidad, riesgo, enfrentamiento, violencia. Todo lo que la clase media friki no quiere. El objetivo no pasa por construir un sistema con ribetes libertarios al lado de otro explotador, sino en agrupar fuerzas para abolir la explotación. El final de la opresión no vendrá como consecuencia de una combinación económica que garantice una supervivencia tranquila y un diálogo constructivo de mediadores políticos y jurídicos con la clase dirigente, sino de una guerra victoriosa contra las fuerzas opresoras. Quien diga lo contrario, está mintiendo como un bellaco.

23. Camino hacia una sociedad sin Estado[1]

La revolución tal como la entendemos tendrá que destruir radical y completamente desde el primer día el Estado y todas sus instituciones
Mijail Bakunin, *Programa y objeto de la organización secreta revolucionaria de los Hermanos Internacionales*

Así comienzan las revoluciones, con el derrumbamiento del Estado. Bakunin, inspirándose claramente en la Comuna de París, describía el proceso paso a paso: organización directa de la comuna insurrecta, supresión de los cultos y de los códigos jurídicos, armamento del pueblo, abolición de la propiedad y de las instituciones estatales. Y seguía: proclamación de la igualdad económica y política (abolición de las clases), llamamiento a todas las provincias, comunas y asociaciones a seguir el ejemplo, federación de todas ellas según los mismos principios, extensión del movimiento a otras naciones... Como buen discípulo de Hegel, creía en el trabajo paciente del "viejo topo". Así, las revoluciones no eran obra de vanguardias, ocultas o públicas, sino que "nacen de sí mismas, por la fuerza de las cosas, por el movimiento de los hechos y los acontecimientos. Durante mucho tiempo se incuban en la profundidad de la conciencia instintiva de las masas; luego, estallan, aparentemente debido a causas fútiles". La tarea de los revolucionarios consistía básicamente en reunir los elementos de la revolución que se encontraban diseminados, algo así como amontonar materiales combustibles para un incendio.

[1] Charla en el local de la CNT de Elx (Alicante), 4 enero 2014.

La abolición del Estado podría concretarse en el fin del sistema de enseñanza, de la sanidad y asistencia públicas, del aparato de justicia, de la burocracia, de la policía y del ejército, de cuyas funciones se harían cargo las comunas libres y las federaciones. Sus responsables serían nombrados en elecciones. Ahora bien, el camino hacia una sociedad sin Estado, o sea, hacia la anarquía, que, de acuerdo con Bakunin, no es más que "la manifestación completa de la vida popular librada a sí misma", ha de recorrer un gran trecho antes de llegar al punto en que el Estado y el capital, dos realidades que son sólo una, se debiliten y disuelvan por causas internas y externas. Dicho recorrido está marcado por la crisis. Si alguna tarea han de tener quienes trabajan en pro de tal disolución por el bien de toda la humanidad, ésta no es más que la de identificar y dar a conocer los indicios de dicha crisis, con el fin de que el sujeto de la historia incida en ella con mayor acierto y haga lo que tengan que hacer. ¿Dónde se forja ese sujeto?

El sujeto revolucionario se constituye a partir de los antagonismos que surgen y se desarrollan dentro de la sociedad capitalista ¿Se manifiestan en el terreno de la política? Por supuesto que no. Ese terreno es propiedad de una casta usurpadora. Allí todos los antagonismos que surgen son falsos ¿Y en los lugares de producción? No exclusivamente. La extensión de las condiciones fabriles al conjunto de la sociedad urbanizada lleva el antagonismo capital-trabajo a manifestarse en cualquier parte. Lo que interesará saber es el sitio donde el capitalismo resulte más vulnerable, pero ese ya no es el taller o la fábrica. Menos todavía lo es el parlamento. El eslabón más débil lo constituyen las infraestructuras, los lugares de circulación. El sistema capitalista no es un régimen estático, sino que se halla en perpetuo y acelerado dinamismo. En el estadio actual de desarrollo, el de la producción mundial deslocalizada, la rapidez del intercambio determina la ganancia tanto o más que la

productividad. El Estado constructor es el garante y responsable directo del veloz movimiento de la mercancía.

La bancarrota del Estado y del régimen económico que representa y protege, vendrá pues de la esfera de circulación; entiéndase circulación de energía, personas, mercancías y dinero. El viejo topo saldrá por ahí a la luz del día. Pero ¿qué causas objetivas originarán su quiebra? Ahí entra en juego el antagonismo que se deriva de la explotación ilimitada de los recursos finitos de la naturaleza, principalmente energéticos, es decir, la oposición entre capital y territorio, en torno a la cual ha de crearse la nueva clase subversiva. La circulación, las conurbaciones –y en última instancia, el capitalismo– dependen fundamentalmente del petróleo barato y del gas natural, mercancías que van a rarificarse en los próximos decenios, encareciendo el transporte y dificultando el funcionamiento de la sociedad urbana. El consumo descenderá, junto con la oferta de trabajo; la exclusión se extenderá y las áreas metropolitanas se volverán inviables. El crecimiento demográfico se detendrá. Y ahí es cuando entran en juego las masas agitadas. La lucha contra las infraestructuras virará a la supervivencia, lo que permitirá primero la aparición de huertos urbanos y generadores de energía renovable en los edificios arruinados junto a un esbozo de autoorganización marginal, y luego, de forma más general, determinará un movimiento de la población hacia el campo.

El antagonismo entre capitalismo y territorio –que a veces se presenta como conflicto entre la agroindustria y la soberanía alimentaria– no es único, aunque sea principal, sino que se refuerza con otros menores. Por ejemplo, el que existe entre la automación y el empleo, o el que hay entre las finanzas autónomas y el capital productivo (que a menudo se da entre el crédito y los salarios, o entre el consumo y la exclusión). También, entre la administración partitocrática y los servicios públicos, etc. Las contradicciones interactúan, acentuando los efectos críticos. Para la clase dirigente no es cuestión de superarlas

o disimularlas, sino de incorporarlas a la cotidianeidad del sistema, convirtiendo la excepción en norma. En lo sucesivo, las crisis serán –ya son– la condición normal de la sociedad donde reinan condiciones turbocapitalistas.

El proceso triple de exclusión/desurbanización/ruralización significará para las administraciones una disminución recaudatoria, y por consiguiente, la contracción del Estado. La falta de financiación obligará al sistema a decretar nuevas tasas inasumibles, y en consecuencia, a proletarizar las clases medias y liquidar el nivel bajo de la jerarquía burocrático-política, que es el más numeroso, tratando de preservar lo más que se pueda el aparato represivo. La base social de la dominación se irá peligrosamente estrechando. La respuesta histórica de la burguesía a la crisis de los años veinte del siglo pasado fue el fascismo; la de la crisis de los setenta fue la mundialización. La primera aplastó al proletariado; la segunda, lo atomizó. Es de suponer que la próxima tenga más de represivo que de integrador, pues el crecimiento económico es bastante problemático y la sumisión no está suficientemente asegurada por la masificación. La respuesta será eminentemente fascista: empezará con un estado de excepción permanente, apuntalado en la derogación por ley de cualquier garantía política y en un sistema punitivo de largo alcance. La movilización popular permanente ha de volverlo inoperante.

En un contexto de crisis energética y financiera prolongada, los Estados tendrán dificultades en nuclearizar y militarizar el mundo a fin de impulsar nuevamente la economía. La población sacrificada, la que queda fuera del mercado, como ya hemos dicho antes, tendrá que auto-organizarse a una cierta escala y, a falta de erario, recurrir a formas de supervivencia al margen de los circuitos capitalistas. A la larga, la desestatalización y desmonetarización de la sociedad serán la consecuencia final de una crisis múltiple más que la obra de un sujeto consciente, pero igualmente dará lugar a comunas libres para la solución

de problemas inmediatos, a las que sólo un movimiento radical de autodefensa podría consolidar. El elemento objetivo (las comunas) impulsará a su vez al elemento subjetivo, es decir, al sujeto (el movimiento social). Las indicaciones al respecto apuntadas por Bakunin siguen siendo las adecuadas. No obstante, aún sin un Estado que moleste, el paso de un régimen capitalista a otro comunista anárquico no se realizará en un sólo país de la noche a la mañana, porque, dejando de lado la necesaria internacionalización del proceso revolucionario, hace falta un programa de transición que sería ante todo un programa de desmantelamiento. Por otra parte, si las comunas no fueran capaces de organizar su defensa, el Estado, aunque reducido a su mínima expresión, no moriría, sino que trataría de recomponerse a través de mafias, partidos armados, señores de la guerra y bandas paramilitares nacidos de la dispersión del poder. La lucha final no será otra.

24. El segundo asalto: forma y contenido de la revolución social[1]

Aunque[1] nadie parezca recordarlo entre los sesenta y los ochenta del siglo pasado hubo un periodo revolucionario que se saldó con la derrota proletaria, pero que forzó la sociedad capitalista a una reestructuración y modernización sin precedentes, desembocando en una urbanización general y una mundialización de la economía. La política dominante se redujo a la imposición unilateral de un crecimiento económico de graves efectos destructivos ambientales y sociales: el desarrollismo. Las masas asalariadas de las conurbaciones se muestran sumisas a las leyes de la mercancía y a los dictados estatales, mientras que el centro de gravedad de la agitación social se desplaza de los lugares de trabajo a la defensa del territorio. La cuestión social se plantea menos en términos laborales que ecologicos. Las esperanzas revolucionarias adquieren por ello una perspectiva desurbanizadora y ruralizante. Las nuevas clases peligrosas ha de surgir de la segregación y encontrar su autonomía fuera del sistema capitalista.

[1] Charlas en el local de la CNT de Vitoria 7 febrero 2011; en la Biblioteca La Maldita de El Gamonal, Burgos, 9 febrero 2011; en la Kelo Gaztetxea de Santurtzi (organizada por la Ezkerraldeko Asamblada Antidesarrollista), 15 marzo 2011; y en la Casa Xenpelar de Errenteria (por cuenta del colectivo "La Ilusión", LKN-CGT), 18 marzo 2011. Publicado en *Libre Pensamiento*, nº 67, primavera de 2011

La primera cuestión que debemos proponernos es ésta: ¿Cuál es el objeto de nuestra ciencia? Y la respuesta *más sencilla y clara es que este objeto es la verdad*

Hegel, *Enciclopedia*

El ser social del proletariado no se corresponde con su conciencia

Cansados de contemplar cómo las contradicciones de la dominación no se corresponden con progresos en la conciencia de los oprimidos, cada vez que planea en el horizonte o que sucede una confrontación social de mayor o menor intensidad se entona el cántico de la lucha de clases, del retorno del proletariado y del drama final, sin tener en cuenta las condiciones presentes y los antecedentes que puedan explicar el conflicto a fin de desvelar sus límites y posibilidades. Es como si la historia se hubiese parado en algún momento significativo del pasado y no le quedará otra opción que repetirse en permanencia al azar de fortuitos momentos subversivos: un estallido en Grecia, un manifestación de estudiantes en Londres, una huelga contra el deterioro del sistema de pensiones en Francia, una revuelta masiva como la de Túnez o Egipto... La evolución teórica de la protesta social parece haber culminado con los ideales de la socialdemocracia, el anarcosindicalismo, el estalinismo o el situacionismo y, en buena lógica, estos acontecimientos ofrecen la mejor ocasión para vestir lo nuevo con ropa vieja acoplando las consignas previsibles y los lugares comunes de las ideologías. El dolor del ánimo y la tristeza intelectual ya no acompañan a la impotencia de la razón, puesto que el análisis superficial y tópico ha elevado esa impotencia a doctrina. Gracias a la confusa herencia ideológica la historia regresa, se repite, pero la repetición en realidad no refleja más que una falta absoluta de marco conceptual con el que identificar las líneas del proceso histórico ordenada y coherentemente, de forma que los hechos

adquieran un significado real e inteligible. Así pues, tampoco hay fin ni retorno de la historia; lo que hay es ausencia de conciencia histórica, y en su lugar, fetichismo ideológico, parálisis teórica y oscurecimiento de la experiencia. Son los resultados del triunfo del capitalismo, de sus formas correspondientes de sociedad y Estado, de la mentalidad, la cultura y estilo de vida que le son propios, de donde salen las trompetas y emanan los argumentos de su falsa contestación.

Si aspiramos a lo que Hegel llamaría "un conocimiento racional de la verdad" y queremos orientar nuestra obra sin perdernos en tópicos y trampas ideológicas, no podemos quedarnos en el registro de lo contingente y aparente, ignorando el lado interior de los hechos, particularmente los recientes, los últimos partes de guerra. Un periodo donde las fuerzas sociales históricas han sido vencidas constituye la oscura prehistoria que ha incubado el periodo siguiente. El escenario social ha sufrido profundas alteraciones con la derrota y la mayoría de los conceptos y experiencias se han vaciado, ya no significan lo mismo ni conducen al mismo lugar. La derrota marca tanto el fin de los avances teórico-prácticos de las clases oprimidas como la degradación de su proyecto. El no reconocimiento de sus fatales consecuencias equivale a abandonar "el rudo trabajo de la inteligencia", circunstancia que alimenta la nostalgia de la oposición antisistema actual, cuyos miembros vuelven "a las arenosas playas de las cosas de este mundo" (Hegel *dixit*) sin haberlas nunca abandonado, incapaces de enfrentarse a la utopía capitalista vencedora con otras armas que las prehistóricas. El capitalismo los tiene en su terreno: podrá resentirse con las múltiples catástrofes que provoca, pero no tiene nada que temer de las armas de juguete, de las modas contestatarias o de los apocalipsis literarios. Con tales complementos se puede llegar a ser hábil y adquirir la rutina de una profesión, sea la de dirigente político o la de revolucionario, pero muy otra cosa es

modelar un pensamiento realmente subversivo y practicarlo de forma coherente.

Dos fenómenos igual de lamentables se repiten en todos los conflictos sociales contemporáneos: primero, sus protagonistas nunca cuestionan completamente a sus enemigos –el Estado, la burguesía, los sindicatos, los partidos– pues parten de problemas muy concretos cuya solución cae dentro del sistema y además carecen de proyecto alternativo. Ya parece que sea normal vender su tiempo y esfuerzo o que otros negocien la venta; a nadie sorprende que las finanzas dominen las necesidades y los deseos. Segundo, cualesquiera que sean los resultados de la lucha, al finalizar ésta todo vuelve a estar como antes. La experiencia no se acumula. Este cuadro no es intemporal, surge durante el reflujo de las luchas obreras que prendieron al final del fordismo y se generaliza con la reestructuración capitalista posterior –años setenta y ochenta–, por lo que no conviene ignorarlo, como si siempre hubiera estado ahí, a fin de no nadar en las aguas turbias de la ideología: conviene regresar a los debates suscitados por el desvanecimiento de las perspectivas revolucionarias en Europa y América durante aquella época tan prometedora. En resumen, reexaminar el fracaso de lo que dio en llamarse el segundo asalto a la sociedad de clases.

El aborto de un periodo revolucionario y sus resultados

Los movimientos huelguísticos acaecidos entre Mayo del 68 y Polonia del 81 no instauraron un control obrero de la producción ni llevaron a la formación de consejos obreros. En los lugares donde aparecieron formas consejistas –asambleas, comités, piquetes, comisiones representativas o coordinadoras de delegados– éstas no rebasaron jamás las funciones que ejercían los sindicatos; su existencia estuvo marcada por la inestabilidad y su duración fue siempre escasa. No fueron jamás órganos de poder paralelo ni instrumentos de expropiación o

de reordenación de la vida cotidiana en el medio obrero. La excepción polaca fue relativa: la central obrera Solidarnosc devino efectivamente poder alternativo, pero su fuerza fue empleada en la demolición controlada del régimen estalinista, de modo que en lugar de emancipar a los trabajadores, modernizó la dominación. En España, con la intención de paliar los efectos negativos del exceso de espontaneidad y desorden de las asambleas de huelga, así como para protegerlas de la represión y la manipulación de los sindicalistas reformistas, hubo quienes defendieron la necesidad de una central sindical no burocrática, asentada en bases asambleístas, con principios, métodos y fines libertarios. Ese fue el argumento más honorable de la reconstrucción de la CNT, aunque hubo otros que lo fueron menos. El problema, sin embargo, no radicaba solamente en la forma idónea de la lucha de clases, asambleas o sindicatos, sino en su contenido. No era suficiente la autoorganización del proletariado, había de especificarse su autoabolición. La lucha de clases implicaba a la vez, autoafirmación y desclasamiento. La autonegación del proletariado tenía que manifestarse en la práctica diaria junto a la autorrealización, no quedar anclada en un futuro brumoso como improbable objetivo de un programa o tema de un dictamen congresual. Pero dicha práctica, tal como se manifestaba en el absentismo o el *turn over*, en la deserción de la fábrica, en la insumisión, en la lucha antinuclear, en la liberación de la sensibilidad y el deseo, en la sexualidad libre y la comuna, en la convergencia entre rebelión y arte... entraba en contradicción con la lucha cotidiana por las condiciones de trabajo, el salario y el empleo. La sustracción de la existencia al mercado no se llevaba bien con la compra cotidiana en dicho mercado de la propia existencia. Las reivindicaciones laborales ya no cuestionaban como antaño la esencia del sistema dominante puesto que eran perfectamente asumibles, y eso a pesar de que la crisis de la organización laboral fordista diera pábulo a ilusiones al desencadenar procedimientos expeditivos

inaceptables para el poder establecido: solidaridad, huelgas salvajes, ocupaciones, sabotajes, enfrentamientos, etc. La lucha por el trabajo en los setenta hubiera tenido que ir estrechamente asociada a una revuelta contra el trabajo, pero los pactos sociales, las reformas y la policía sindical lo impidieron. Tanto las estructuras asamblearias subsistentes como las organizaciones que no aceptaron el Estatuto de los Trabajadores, hubieron de amoldarse a esa realidad y escoger entre la transformación en lumpen o en sindicatos vulgares, presentando candidaturas y, en tanto que mediadores en el mercado laboral, ateniéndose a las constricciones de la economía capitalista.

El proletariado había sido capaz de subvertir la sociedad de clases, pero sin poner otra en su lugar, ya que quedaba prisionero de la lógica productivista. No concebía una producción diferente, sino una gestión diferente, pero el capitalismo es un modo de producción y la gestión obrera de esa producción, llámese autogestión, colectivización o socialismo, no va más allá de un capitalismo sin patronos. Tampoco imaginaba un hábitat diferente, por lo que su "socialismo" corría parejo a la urbanización. Bajo el punto de vista obrerista la tarea fundamental de la revolución proletaria no sería otra cosa que la corrección de los aspectos negativos del capitalismo (injusticia, desigualdad, privilegios, chabolismo), conservando otros (organización fabril, tecnología, salario, moneda, suburbios). El reino de la necesidad seguiría subsistiendo en un régimen "socialista", y a la libertad le tocaría el turno solamente al sonar la sirena anunciando el fin de la jornada laboral. El viejo proyecto revolucionario del proletariado había quedado obsoleto porque se fundaba en la preservación y generalización de la condición obrera, no en su superación. Además, para un proletariado absorbido por sus problemas cotidianos todos las grandes cuestiones –la destrucción del Estado, del dinero, de las relaciones de mercado y del trabajo asalariado, y por supuesto, de las metrópolis– no eran más que una meta, un destino indatable,

el punto final de un camino que comenzaba y recomenzaba del modo más realista con las reivindicaciones laborales. La lucha reivindicativa desde luego no apuntaba en la dirección adecuada, resaltando aún más la contradicción entre medios y fines. Los intereses inmediatos oscurecían los intereses generales. A fin de superar tantos escollos, voces radicales propugnaron soslayar las reivindicaciones y partir de la subversión inmediata del sistema capitalista, es decir, no detenerse en la defensa de la condición obrera y combatir directamente por su abolición. Eso podían hacerlo un puñado de irregulares, pero la clase en sí era incapaz, y después del fulgor de las primeras huelgas incontroladas y de la lucha por la autonomía, las explosiones de rebeldía y los organismos de base abundaron cada vez menos, hasta desaparecer en los albores de la mundialización. La clase dominante había sabido integrar al enemigo en su mundo; la lucha de clases había acarreado finalmente un refuerzo de la economía global. El enroque sectario de los guardianes de la verdad impoluta, el activismo desconectado de toda reflexión o el refugio en la especulación teórica desligada de cualquier praxis, son variantes del exilio interior de los vencidos que reivindican la herencia proletaria. Escapismo ante las cuestiones que la derrota del segundo asalto planteó de manera ineludible: ¿Continuaba siendo el proletariado una clase revolucionaria? ¿Cuál era el contenido actual de la revolución? ¿Cómo ir en su dirección?

La cuestión social no es principalmente laboral sino ecológica

La clase que ya no era subjetivamente revolucionaria, había dejado de serlo objetivamente. Después de la reestructuración industrial, la suburbanización general, las innovaciones tecnológicas y la terciarización de la economía –en suma, después de la modernización– la clase obrera había perdido su posición estratégica en el proceso productivo, y por lo tanto, era un factor social pasivo, sin influencia en el desarrollo capitalista

ni papel significativo en las crisis económicas. Aquella posición podía haberse recuperado en la esfera de la circulación si la clase hubiera conservado su solidez y no hubiera dejado colonizar y disolver. Pero el conglomerado de trabajadores casi todos del sector terciario, intelectuales, empleados, pensionistas y funcionarios, resultante del desarrollismo, un agregado dependiente, atomizado y recluido en la vida privada, no mantenía en su seno relaciones directas, o en otras palabras, no constituía una clase. No era cuestión de ponerse a buscarla en las tinieblas de la especulación, inventando una naturaleza proletaria negativa y abstracta enfrentada a un ser real y afirmativo, o dicho de otra manera, imaginando un proletariado "comunizador" celeste dentro de una resignada clase terrestre. Concluyendo: el proletariado no poseía un carácter revolucionario intrínseco, y mucho menos estaba imbuido de una misión histórica cualquiera. Cierto que existía un antagonismo entre explotados y explotadores, o entre dirigidos y dirigentes, pero éste no desbordaba los cauces de la explotación y, por tanto, no conducía a un proceso revolucionario. Las luchas reivindicativas no contribuían a la destrucción del capitalismo sino a su modernización, pues el proletario no podía ser al mismo tiempo defensor y destructor del trabajo. Pero había más; llegado el momento en que el impacto nocivo de la actividad económica sobre la salud y el medio era peligroso, en que la cantidad de recursos que se destruían duplicaba al montante de lo que se regeneraba, la defensa del trabajo era injustificable desde el interés general y, por lo tanto, moralmente inasumible. Cuando el síndrome del capitalismo tardío se manifestaba con claridad, esto es, cuando la irracionalidad plasmada en la unidad inseparable de la producción y la destrucción se mostraba como "huella ecológica", no se podía mantener una posición neutral ante los productos del trabajo, cada vez más perniciosos y contaminantes, y por consiguiente, no gestionables. La putrefacción de estas contradicciones sentenció

las aspiraciones revolucionarias y legitimó de nuevo a los enemigos de clase desenmascarados en el pasado. Los sindicatos ya no podían considerarse excrecencias burocráticas exteriores al proletariado, organismos de la burguesía y del Estado, sino que, tal como demostraron las seudohuelgas generales desde 1987, eran la expresión orgánica más genuina de la defensa del trabajo esclavo bajo el capitalismo renovado –incluido el trabajo tóxico y socialmente dañino–, la forma organizada de la existencia económica de los trabajadores bajo el capital, del mismo modo que los partidos autodenominados obreros y socialistas eran la forma de su existencia política. Los sindicatos y partidos representaban realmente a los trabajadores tal como eran, o sea, objetos domesticados y manipulables, clase para el capital. En efecto, la recobrada influencia sindical oficialista demostraba que los asalariados habían elegido la servidumbre voluntaria en vez de la libertad; habían escogido su afirmación alienada como fuerza de trabajo en lugar de tomar partido por su propia negación. Mejorar las condiciones de existencia, pero no cambiar la sociedad en su conjunto. Fin de las teorías obreristas, y con ellas, de la idea de la revolución como acto de afirmación proletaria, democrático o dictatorial, o sea, como una toma del poder por parte de sus organizaciones, sindicatos, consejos o partidos, en el terreno económico o en el político. Los obreros no harían nunca esa revolución, puesto que se conformaban con los convenios y pactos sociales, renunciando incluso a gestionar directamente lo existente; ni tampoco la otra, la que se confundía con su autodisolución: nunca pelearían por el comunismo libertario ni por ninguna otra clase de comunismo.

Comunidad rural antidesarrollista o sociedad de masas urbanas

El abandono teórico del obrerismo sin recurrir a sucedáneos como la ciudadanía, el pueblo, la nación, las redes sociales, los cibernautas o la multitud, tenía que concretarse en una secesión

práctica de las estructuras capitalistas, que bien podía debutar con la huida del lugar de trabajo, el rechazo del consumismo, la búsqueda de un modo de vida solidario, la recuperación de viejos saberes artesanales, el descubrimiento de la agricultura tradicional, etc., es decir, con algo opuesto a la idea de progreso y en la línea del socialismo utópico y del colectivismo libertario. Dos concepciones existenciales se hacían entonces patentes: la comunidad, el reino de la *kultur*, y la sociedad, el reino de la *zivilisation*. El mundo de la ética y el mundo de la economía, el dominio del valor de uso y el del valor de cambio; en resumen, el territorio y la urbe. No obstante buscar las respuestas lejos de las fábricas y de las aglomeraciones urbanas, no había que perderlas de vista si no se quería parar en situaciones marginales completamente inofensivas. Cuestiones como la subjetividad autónoma, el sujeto revolucionario, el papel de la técnica y del urbanismo, las luchas anticapitalistas o el contenido de la revolución, tampoco podían plantearse seriamente en el marco de una autoexclusión voluntarista que despreciara los movimientos urbanos generados en las crisis de la dominación. Para la elaboración de una nueva teoría de la revolución y el ejercicio de una nueva praxis hacía falta un espacio público apropiado, un particular terreno de combate, un escenario verdaderamente anticapitalista donde pudiera forjarse una sensibilidad ajena al cemento y desarrollarse una nueva comunidad subversiva. Pues bien, dicho espacio se articula en torno a la defensa del territorio, pero no es solamente rural, ni deja de ser urbano. La explotación del territorio es el recurso último del capitalismo, para lo que necesita ingentes obras de adaptación. La resistencia a la transformación del territorio impuesta por políticas hidráulicas y energéticas, por la construcción de infraestructuras y por el fomento del turismo, que es una resistencia al modo de vida industrial y urbano, ocupa involuntariamente el centro de la protesta social, puesto que apunta al corazón del sistema. La defensa del territorio es

la verdadera lucha anticapitalista, porque de un lado cuestiona radicalmente la naturaleza del capital, y porque del otro, los antagonismos que suscita al trabar su circulación alientan una superación emancipadora.

Algunos hechos no se habían tenido suficientemente en cuenta. El desarrollo económico ilimitado implica la proletarización casi total de la población, la generalización de las relaciones capitalistas, la mercantilización absoluta de las relaciones sociales. La desagregación de las estructuras de clase, la artificialización de la vida y la urbanización general del territorio son una consecuencia necesaria. El capitalismo crea y organiza su propio espacio, aquél donde el mundo de la mercancía y del progreso tecnológico puede desplegarse sin trabas: la conurbación es la forma espacial que mejor conviene a la dominación. La forma en donde el tiempo le pertenece. Las conurbaciones, áreas metropolitanas y sistemas urbanos, funcionan como fábricas gigantescas en donde la vida, motorizada, inmersa en un entorno tecnológico y recluida en el ámbito privado, se confunde con el trabajo. El nuevo sujeto de la historia podría definirse provisionalmente así: proletario es todo aquél que vive en un territorio-fábrica y es consciente de ello. El espacio público ha sido reemplazado por un espacio de flujos, de no-lugares, donde la mutilación de la vida se acelera hasta alcanzar un umbral en la alienación que vuelve imposible cualquier forma generalizada de conciencia, y por lo tanto, cualquier forma coherente de rebeldía. El capitalismo ha resuelto el problema de la revolución yendo por delante, bloqueando así la emergencia de un sujeto disolvente. Para escapar a las tenazas de los mercados hay que luchar contra la mal llamada ciudad y procurar instalarse o al menos establecer lazos con el espacio suburbano, al que ya no se puede llamar campo, donde pueden reconstruirse relaciones solidarias directas y formularse las preguntas esenciales sin demasiados lastres ideológicos que las embrollen. Este nuevo eje de lucha deja a la conurbación en

la retaguardia y traslada el frente al territorio, pero no abandona una por el otro, sino que se sirve de ambos. El contenido de la revolución –y si nos apuran, el de la poesía– replanteado de esta manera es antidesarrollista y desurbanizador. La conurbación, es territorio aniquilado, historia borrada, cultura muerta. Su abolición equivale a la de la fábrica: fin del trabajo y fin de la vida como trabajo. Por consiguiente, una sociedad comunista libertaria, orientada hacia la satisfacción en libertad de necesidades y deseos, ha de ser una sociedad predominante pero no absolutamente rural, de carácter municipalista. Es una sociedad donde la integración de la ciudad y el campo en el territorio superará la contradicción entre lo urbano y lo rural. Los bienes comunales, el trabajo colectivo y el municipio, son las herramientas sociales de esa superación.

La lucha decisiva es en defensa del territorio

La ciudad descoyuntada, como hemos apuntado, es el peor sitio para la conciencia, pues se trata de un espacio esencialmente capitalista donde los conflictos son neutralizados y la vida cotidiana sometida a los imperativos del consumo y la motorización. Es el territorio *per se* del desarraigo y de la desposesión. Habrá que luchar contra su expansión, al fin y al cabo expansión de ese mismo desarraigo y esa misma desposesión, y el combate podría efectuarse mejor desde fuera, puesto que el ritmo de vida campesino que facilita los encuentros y permite un uso relajado del tiempo y del espacio. Pero no exclusivamente; también se combate contra la conurbación desde dentro, pues mientras la segregación sea mínima y no afecte al mercado de trabajo, o mejor, mientras las comunidades de lucha más numerosas permanezcan de grado o por fuerza en la urbe, no hay otra posibilidad. Conviene remarcar que el movimiento de segregación no busca retornar al paleolítico o a la Edad Media, sino enfrentarse eficazmente al capitalismo, siendo el campo abandonado por la economía una especie de

nuevo laboratorio tanto de la razón como de la imaginación, el horizonte del nuevo sujeto colectivo y de la nueva subjetividad apasionada a constituir por los desertores del mundo urbano y de la agricultura industrializada. La sociedad libre no podrá edificarse sino sobre la ruina de las industrias y las conurbaciones, pero eso simplemente es el final de la civilización burguesa, no el final de cualquier civilización.

El municipio ha sido en la península ibérica la formación social más parecida a la *polis* griega y también la más contraria al Estado. Su desarrollo entre los siglos XI y XIV tras un largo periodo desurbanizador representó la forma más lograda de sociedad fraternal e igualitaria, al menos en sus primeros momentos, cuando no se producían excedentes o éstos se dilapidaban de modo improductivo en fiestas, edificios públicos o batallas. Las relaciones con un poder territorial al principio sin capacidad coercitiva suficiente se basaban en la reciprocidad y no en la opresión. Las diferencias estamentales no eran importantes y las decisiones se tomaban en asamblea abierta; el vecindario se regía por normas dictadas por la costumbre y combatía la escasez con el aprovechamiento de tierras comunales. En tal sociedad sin Estado –o al menos fuera de su alcance– tuvo lugar la síntesis de lo rural y lo urbano que dio forma a una cultura rica e intensa, el primer rostro de nuestra propia civilización, hoy irreconocible. En su seno no se concebía la individualidad como aislamiento y ausencia de obligaciones; el individuo era determinado por la comunidad y no al contrario. Así las cualidades de la conciencia histórica (memoria, tenacidad, lealtad, autodisciplina, compromiso social) se sobreponían a las aptitudes exigidas por una existencia entregada a la satisfacción inmediata de impulsos (narcisismo, hedonismo, ludismo, inconsecuencia), tan típica de nuestros días. El municipio fue durante mucho tiempo la célula básica y autónoma de la sociedad, el centro ordenador del territorio, la forma de su libertad política y jurídica ganada a pulso en lucha

contra la Iglesia, la aristocracia o la realeza, el medio de una identidad mediante la cual sus habitantes pudieron intervenir como sujeto histórico en otros tiempos, que el desarrollo de patriciados, la propia decadencia, el Estado absolutista y la burguesía decimonónica se encargaron de cerrar. Y precisamente hoy, cuando una identidad combativa debe constituirse en la resistencia antidesarrollista y la defensa del territorio, único espacio donde pueden confluir el interés subjetivo y el objetivo, su ejemplaridad puede servirnos de fuente de inspiración, aunque no de coartada para compromisos institucionales de tipo localista. Se trata de reconstruir elementos comunitarios en una perspectiva revolucionaria, no de legitimar el sistema político de la dominación con candidaturas electorales. Importa echar abajo el edificio de la esclavitud política y salarial, no apuntalarlo, por lo que el municipalismo revolucionario no ha de entenderse sino como un retorno antipolítico a lo local en el marco de la defensa radical y universal del territorio.

Contra la nocividad
anarquismo, antidesarrollismo, revolución

Se terminó de imprimir en octubre de 2017
en Grafisma editores S.A. de C.V.
Jaime Nuno 670/Col. Santa Teresita, Guadalajara. Jalisco.
El cuidado de la edición estuvo a cargo de los editores.
En su elaboración se emplearon las tipografías Goudy old style y Euphemia UCAS